

Universidad
Autónoma
Metropolitana



Casa abierta al tiempo Azcapotzalco

DIVISIÓN DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO
Especialización, Maestría y Doctorado en Diseño

EX CONVENTO DE CUERNAVACA: UNA VISIÓN HISTÓRICA PARA SU RESTAURACIÓN.

Angélica Contreras López

Tesis para optar por el grado de Maestra en Diseño
Posgrado en Diseño para la Rehabilitación, Recuperación y Conservación del
Patrimonio Construido

Miembros del Jurado:

Dr. José S. Revueltas Valle

Director de Tesis

Dra. Carmen Bernárdez de la Granja

Mtro. José Javier Arredondo Vega

Dr. José Ignacio Aceves Jiménez

Dra. Guadalupe Ríos de la Torre

Ciudad de México

Septiembre, 2018

Para mi papá y mi abuelito, quienes no
alcanzaron a ver este trabajo.

Mi profundo agradecimiento a:

Mi mamá, por su enorme paciencia, sus
grandes consejos y su cariño.

A mi hermano, por alentarme en este largo
proceso.

A Arturo y Valeria, por sus regaños y no
dejarme abandonar en ningún momento.

Al Dr. José Revueltas, por todas esas charlas
y libros que le dieron forma a este trabajo.

Qué duda cabe que una parte de nuestra experiencia de la arquitectura está basada, fundamentalmente, en nuestro disfrute de esas respuestas psicológicas –que el arquitecto experto sabe cómo manipular para obtener el máximo efecto–, pero la experiencia más completa de la arquitectura la adquirimos si ampliamos nuestros conocimientos sobre un edificio, su estructura, su historia y su significado, contribuyendo, a la vez, a aminorar nuestros prejuicios y nuestra ignorancia.

Leland Roth.

Síntesis

En la presente tesis se hace una revisión histórica al conjunto del Convento de la Asunción, en Cuernavaca, Morelos, identificando los procesos históricos, así como a los personajes que le dieron la forma que conocemos hoy día, tanto en la construcción como en las transformaciones que ha tenido en sus casi 500 años de existencia, reconociendo los elementos que lo conforman y la importancia que tiene cada uno de ellos.

Este análisis se hace a partir de una pregunta central, buscando explicar el por qué de su construcción, forma y uso, así como su vigencia en la actualidad, esto para poder dar una solución más real a los problemas de conservación y restauración que pudiera tener, entendiendo que su construcción, al igual que sus transformaciones, no fueron de manera aislada ni pensados a la ligera, responden expresamente al contexto histórico en el que se desarrolla.

Este trabajo está conformado por cuatro capítulos. El primero hace un análisis de los procesos históricos, tanto en el nivel mundial, como local, que permitieron la conformación del territorio y que propiciaron las construcciones conventuales en general. El segundo capítulo analiza los antecedentes de traza urbana, tanto europeos como mesoamericanos, que dieron pie al establecimiento del Marquesado del Valle y el convento franciscano. Para el tercer capítulo se buscaron los antecedentes en materia conventual, desde lo que se conoce como los primeros monasterios, hasta el primer programa arquitectónico descubierto, hecho ex profeso para un cenobio, pasando con esto a analizar el propio convento de Cuernavaca, tomando cada uno de sus elementos constructivos, y algunos decorativos, que lo caracterizan. Por último, el cuarto capítulo está dedicado a la restauración, comenzando con un estudio de la historia de ésta, pasando a los trabajos que ha tenido el convento, dando mayor importancia al realizado en 1957 y utilizando este último para analizar su pertinencia en comparación con leyes y normas en materia de restauración, terminando con un plan general de conservación que permita prolongar la vida útil el conjunto.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	8
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	9
JUSTIFICACIÓN Y OBJETIVOS.....	12
HIPÓTESIS	13
PROCEDIMIENTO METODOLÓGICO	13
CAPITULO I	
ANÁLISIS HISTÓRICO.....	15
CARTA DE FRAY TORIBIO DE MOTOLINIA AL EMPERADOR CARLOS V, FECHADA EL 2 DE ENERO DE 1555 EN EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE TLAXCALA.....	16
EL ESFUERZO INTELECTUAL DE ESPAÑA PREVIO A LA CONQUISTA DE MEXICO.....	21
CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO	30
EVANGELIZACIÓN	38
EUROPA Y LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO MODERNO	
LA PROYECCIÓN DEPURADA DE UN PROYECTO. LA EUROPA PROTESTANTE.....	43
EUROPA EN EL MEDIEVO	47
EL APOORTE FRANCISCANO A LA CONSTRUCCIÓN DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVI	49
EL MILENIO FRANCISCANO, O LAS INTERPRETACIONES DE UN DISCURSO	51
UNA UTOPIÁ DE FRAILES: BERNARDINO DE SAHAGÚN, JERÓNIMO DE MENDIETA. HACIA LA INVENCION DEL NUEVO MUNDO	54
EN LA LÍNEA: JERÓNIMO DE MENDIETA.....	68
CAPITULO II	
ANÁLISIS DE LA TRAZA URBANA.....	78
TRAZA URBANA EN LA NUEVA ESPAÑA	79
ANTECEDENTES PREHISPÁNICOS.....	89
CONQUISTA DE CUAUHNÁHUAC.....	92
ORDEN MENOR EN MORELOS	94
LA CIUDAD DE CUERNAVACA	97
CAPITULO II	
ANÁLISIS DEL CONVENTO.....	101
ANTECEDENTES CONVENTUALES MEDIEVALES.....	102
MODELO MEDIEVAL EN EL NUEVO MUNDO.....	106
CONVENTO DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, CUERNAVACA, MORELOS.....	120
ELEMENTOS DEL CONJUNTO CONVENTUAL	123
MURALES DEL CONVENTO E IGLESIA.....	134
CAPITULO IV	
ANÁLISIS DE RESTAURACIÓN.....	145
BREVE HISTORIA DE LA RESTAURACIÓN.....	146

RESTAURACIONES	153
RESTAURACIÓN DE FRAY GABRIEL CHÁVEZ DE LA MORA	156
BIBLIOGRAFÍA.....	185
GLOSARIO DE TÉRMINOS.	192
CURRICULUM VITAE	197

Índice de Figuras

FIG. 1 ZONIFICACIÓN HIPOTÉTICA APLICADA A LA TRAZA ACTUAL.....	99
FIG. 2 ZONIFICACIÓN HIPOTÉTICA DE LOS BARRIOS DE OLAC Y TECPAN.	98
<i>FIG. 3 PLANO DE SANKT-GALLEN CON LAS DISTINTAS ÁREAS.</i>	<i>105</i>
FIG. 4 RETHORICA CHRISTIANA.	113
FIG. 5 CONJUNTO CONVENTUAL DE CUERNAVACA.	124
FIG. 6 PLANTA DE IGLESIA Y CONVENTO DE CUERNAVACA CON PROPORCIONES	126
FIG. 7 CAPILLA ABIERTA.....	127
FIG. 8 PORCIÚNCULA CON LA PROPORCIÓN DEL ÁNGULO K.	129
FIG. 9 PORCIÚNCULA CON LA PROPORCIÓN ÁUREA.	129
FIG. 10 VISTA NORTE.....	130
FIG. 11 FOTOGRAFÍA DEL CLAUSTRO.	132
FIG. 14 NUESTRA SEÑORA DE DOLORES.....	133
FIG. 14 CAPILLA DELA TERCERA ORDEN.....	133
FIG. 14 CAPILLA DEL CARMEN.	133
FIG. 15 APROBACIÓN DE LA ORDEN POR EL PAPA INOCENCIO III	136
FIG. 16 ESTIGMATIZACIÓN DE SAN FRANCISCO.....	137
FIG. 17 ÁRBOL DE LA VIDA PINTADO EN UNO DE LOS ALTARES DEL CLAUSTRO BAJO.	138
FIG. 18 DETALLE DE PINTURA QUE DECORA EL INGRESO DEL CONFESIONARIO EN EL MURO NORTE,.....	139
FIG. 19 GENEALOGÍA DE SAN FRANCISCO.....	140
FIG. 20 IMAGEN DEL CALVARIO.....	141
FIG. 21 PINTURA DE SANTA ELENA EN EL CLAUSTRO ALTO.....	141
FIG. 23 MURALES DE LOS MÁRTIRES DE JAPÓN.	143
FIG. 22 MURALES DE LOS MÁRTIRES DE JAPÓN.	143
FIG. 24 MURALES DE LOS MÁRTIRES DE JAPÓN.	144
FIG. 25 IGLESIA DE NEVIGES DE GOTTFRIED BÖHM.	157
FIG. 26 SALA DE LOS CABALLEROS.....	158
FIG. 28 IGLESIA DE LA VIRGEN DE LA MEDALLA MILAGROSA.....	159

FIG. 27 CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.	159
FIG. 29 IGLESIA DE CRISTO REY	160
FIG. 30 CAPILLA DE AHUACATITLÁN	161
FIG. 31 BOCETO DE LA ADECUACIÓN DE LA CATEDRAL.....	163
FIG. 32 BOCETO DE LAS CRUCES QUE SE ENCUENTRAN EN LA IGLESIA	164
FIG. 33 BOCETO DE LAS CRUCES QUE SE ENCUENTRAN EN LA IGLESIA	165
FIG. 34 NICHOS HAGIOGRÁFICOS CON LA CALIGRAFÍA DE FRAY CHÁVEZ DE LA MORA.	165
FIG. 35 DIBUJO DE LAS MANOS DE DIOS	166
FIG. 36 VISTA DEL ALTAR DESDE EL CORO.....	166
FIG. 37 VITRAL DEL CORO DE LA CATEDRAL.	167
FIG. 38 ESQUEMA DE DAÑOS EN FACHADA NORTE DE LA IGLESIA, CAPILLA ABIERTA Y CAPILLA DE DOLORES.....	171
FIG. 39 PLANO DAÑOS ENCONTRADOS EN EL CONJUNTO CONVENTUAL..	172
FIG. 40 FACHADA NORTE DE LA NAVE DE LA IGLESIA CON PÁTINA.....	173
FIG. 41 CAPILLA ABIERTA.	173
FIG. 42 CONTRAFUERTE DE LA CAPILLA ABIERTA CON DESPRENDIMIENTO DE ACABADO.	174
FIG. 43 CAPILLA DE DOLORES CON FLORA PARASITARIA EN LA PARTE SUPERIOR DE LOS CONTRAFUERTE	174
FIG. 44 CLAUSTRO DEL CONVENTO DONDE SE APRECIA LA FLORA PARASITARIA EN LA CLAVE DEL ARCO.....	175
FIG. 45 CORREDOR AV. MORELOS.	177
FIG. 48 VISTA DE LA AVENIDA MORELOS.	178
FIG. 47 ENTRADA AL PARQUE REVOLUCIÓN.....	178
FIG. 46 ESQUINA DE MARIANO ABASOLO Y AV. MORELOS.....	178
FIG. 50 VISTA DE LA AV. MORELOS A LA ALTURA DE LA IGLESIA DE GUADALUPE..	179
FIG. 49 CENTRO MORELENSE DE LAS ARTES Y MUSEO DE LA CIUDAD DE CUERNAVACA.....	179
FIG. 51 VISTA DE IGLESIA DE GUADALUPE.....	179
FIG. 52 VISTA DE LA CAPILLA DE LA TERCERA ORDEN DESDE EL JARDÍN BORDA.....	180
FIG. 53 CORREDOR MIGUEL HIDALGO.	181
FIG. 54 ESQUINA DE AVENIDA MORELOS Y MIGUEL HIDALGO.	182
FIG. 56 PLAZA COMERCIAL FRENTE AL CONJUNTO CONVENTUAL.....	182
FIG. 55 VISTA DE LA CAPILLA DEL CARMEN.....	182
FIG. 57 VISTA DE LA CALLE MIGUEL HIDALGO.TOMADA POR LA AUTORA.....	183
FIG. 58 ESCUELA PRIMARIA ALEDAÑA AL CONVENTO.	183
FIG. 59 CORREDOR DE LA PLAZA DEL ZACATE.	183
FIG. 60 VISTAS DE LA CALLE NETZAHUALCOYOT.	184
FIG. 61 ESCUELA DE MÚSICA, DANZA Y TEATRO.	184
FIG. 62 CALLE 20 DE NOVIEMBRE.....	184

Introducción

Cuernavaca ha sufrido constantes cambios a lo largo de su historia, desde su fundación bajo el nombre prehispánico de Cuauhnáhuac, hasta la actualidad. Todo ello visible no sólo en su arquitectura sino también en la traza urbana, su sociedad y la relación que mantiene con el patrimonio. Sin embargo, estas transformaciones han llegado a afectar importantes construcciones históricas que se han visto abandonadas, mutiladas o incluso desaparecidas, con base en lo que supuestamente requiere una ciudad para su desarrollo. En la actualidad se ha priorizado la demanda inmobiliaria y a la creciente necesidad de vialidades, olvidando que una parte fundamental de una sociedad es reconocer su historia y hacerla propia.

En esta lógica tenemos al Ex Convento de la Asunción, quinta fundación franciscana en la Nueva España, después de que Hernán Cortés conquistó la región en 1521, tomó para sí este territorio y procuró que la evangelización se diera de manera rápida, por lo que en 1525 a tan sólo nueve meses después de la llegada de los franciscanos, se asentaron en lo que Motolinia llama Quauhnáhuac, fundando el convento.

Desde su culminación, el conjunto conventual ha sufrido una transformación constante en virtud de las nuevas exigencias estilísticas; por ejemplo: la iglesia fue concebida con una nave rasa, sin embargo para mediados del siglo XVII comenzó la construcción de dos corillos encontrados (localizados cerca del presbiterio), aportando así la imagen de una planta de crucero, siendo posible también que para ese entonces se le hayan agregado los altares laterales que restaron la función central del ábside. El departamento de Monumentos Coloniales restauró el templo en 1957, cuando retiró la capa de cal que cubría las paredes y encontró restos de pintura mural del siglo XVIII que representaban la llegada a Japón y el martirio del santo mexicano Felipe de Jesús y sus compañeros. Para esta fecha la Catedral aún conservaba un retablo churrigüesco bañado en oro además de dos altares laterales con columnas de fuste y capiteles y una escultura de madera de la Santísima Virgen. Durante esta restauración realizó un importante cambio litúrgico contando con las ideas arquitectónicas de Fray Gabriel Chávez de la Mora, y en la parte de restauración con Ricardo de Robina, quienes marcaron con esto la pauta para una renovación de la liturgia no sólo en el nivel nacional, sino internacional, con las reacciones polémicas que eso conlleva.

Anterior a la restauración, y con base en todos estos aspectos históricos, artísticos y arquitectónicos fueron los que llevaron a la UNESCO el 13 de junio de 1949 a declarar el conjunto conventual como patrimonio de la nación y, posteriormente en 1994, a incluirlo en su lista de Patrimonio Mundial, donde figura junto a 13 conventos más, todos ubicados a las faldas del volcán Popocatepetl.

Planteamiento del Problema

Con una visión preliminar del estado actual de monumento, podemos identificar de manera inmediata que si bien el aspecto general del convento no es descuidado, existen aproximadamente tres problemas sustanciales que ponen en duda la permanencia del monumento.

El primero deriva de la problemática del sitio, que es la preservación de la unidad arquitectónica del conjunto. Aunque tuvo varias etapas constructivas en diferentes siglos y que se ve reflejado en los diferentes estilos dentro del mismo convento, no existe un manejo unitario de los espacios en materia de restauración, la que se ha realizado arbitrariamente; primero el exterior y después el interior pero siempre sin considerar la unidad ni las intervenciones anteriores, lo que pone en riesgo la integridad histórica y arquitectónica, especialmente de la nave de la iglesia y la capilla abierta, dos de los elementos más importantes del convento por la época de construcción, que lo hace la capilla abierta más antigua aún existente en el país, y por su valor arquitectónico, como sucede con la iglesia.

En el segundo caso, al igual que su construcción, la restauración se ha realizado en varias etapas, en algunos casos con varias décadas entre una y otra, y por ende los encargados de éstas no son los mismos y tienen ideologías distintas sobre las tareas de la restauración, provenientes en muchos caso de diferentes escuelas, lo que se ve reflejado en el conjunto y a la larga esto provoca su deterioro, lo que se quiere evitar con esa serie de intervenciones.

En la actualidad estas diferencias son muy notorias en el manejo del espacio interior y exterior, mientras la iglesia tiene un mantenimiento perfecto que ha logrado conservarla en buenas condiciones desde su intervención más importante. El resto del conjunto conventual muestra signos de abandono como flora parasitaria, marcas de humedad en los muros, manejo

de áreas verdes en el atrio sin una relación histórica con el entorno, y las marcadas diferencias en el manejo de fachadas que existen con las tres capillas del atrio.

Se agrega otro problema, que es la restauración realizada por los arquitectos de Robina y Chávez de la Mora, puesto que ésta ha resultado muy invasiva, por lo que habría que preguntarnos si mantiene el carácter colonial, sobrio y elegante del templo o si ha sido modificado a tal grado de perderlo.

Esta pregunta surge de una visita al sitio donde se observó un manejo del espacio muy distinto al original; los retablos neoclásicos fueron retirados y sustituidos por un ciprés de estilo minimalista y una serie de decoraciones impropias de una iglesia franciscana, que incluye iluminación y equipo de sonido empotrado sobre los muros y sin respeto hacia el monumento.

La restauración corresponde al año de 1957, donde además de restaurar la Catedral, se buscó el reacondicionamiento litúrgico de la misma; obra altamente cuestionada pero que al mismo tiempo sirvió de parteaguas en la liturgia contemporánea para las nuevas construcciones, debido a las características tan atractivas históricas y turísticas que tiene este monumento. Las transformaciones que se le han hecho han sido demasiadas y, de seguir así, sin una planeación correcta, podría perder la esencia colonial que aún prevalece, es por esto que se propone un análisis detallado de la repercusión real que ha tenido esta adecuación para un monumento con estas características y evaluar con esto si debe servir realmente como un modelo a seguir, así como el solucionar los posibles problemas existentes y tomar los puntos a favor que se puedan hallar.

Todo esto es con el fin de preservar de la mejor manera posible un edificio tan emblemático no sólo para su comunidad, sino para el resto del mundo, ya que representa una época arquitectónica de vital importancia para la conformación del franciscanismo, y, por supuesto del cristianismo.

Parte importante de este problema es el correcto análisis de los elementos del convento, con esto la evaluación de la importancia que tiene cada uno para la validación histórica del conjunto.

Estos elementos son el atrio, parte central del conjunto, con forma de “L” cuyos ángulos son ocupados por las capillas de Dolores, del Carmen y de la Tercera Orden. La capilla abierta dedicada a San José cuya construcción abovedada, enmarcada por arcos botareles es la más antigua aún existente en el país.

La nave de la iglesia de planta de cruz latina y bóveda de cañón corrido, enmarcada por la pintura de la llegada a Japón y el martirio de San Felipe de Jesús, y el convento, de dos niveles cuya construcción original ha sido modificada a tal grado de encontrar pocos elementos auténticos del siglo XVI.

El último punto a destacar sería el entorno, pues éste no comulga de manera armónica con el monumento, haciéndolo pasar desapercibido y amenazando su preservación, debido a que la traza original del centro histórico de Cuernavaca ha sido modificada de tal modo que el convento se ha visto mutilado y segregado a una zona problemática y con una gran afluencia vehicular, dejando el conjunto conventual en un espacio aislado visualmente, sin la importancia ni jerarquización que una obra arquitectónica de este tipo requiere.

Estas alteraciones son consecuencia de los cambios sociales y urbanos a los que se ha visto sometida la ciudad al aumentar la demanda de espacio para dar vivienda a la cada vez más creciente sociedad, por lo que fue necesario subdividir muchos de los predios de mayor tamaño, así como generar vialidades que permitieran la entrada y salida de la ciudad. A ello se agrega también como elemento histórico, la promulgación de las Leyes de Reforma, por las cuales enormes terrenos pertenecientes al clero fueron fraccionados, buscando excluir iglesias y conventos de la vida diaria.

Las distintas alteraciones a la traza original de un centro como éste, cuyos antecedentes se remontan incluso a antes de la conquista, se han hecho con base en necesidades modernas, como más y mejores vialidades para dar acceso al automóvil, sin considerar las alteraciones que esto pueda significar al patrimonio de manera física y visual, modificando seriamente el entorno para el que fue concebido.

Toda esta serie de transformaciones han surgido en la gran mayoría de los centros históricos coloniales, sin embargo es en Cuernavaca donde se hacen más evidentes estas problemáticas que surgen a raíz del cambio en las ciudades. Para nuestro caso el convento es restringido por dos de las avenidas más importantes de la ciudad, lo que genera una enorme afluencia peatonal y vehicular sin que esto signifique una ventaja para su cuidado pues al contrario, existe como un elemento más en el paisaje.

Consecuencia de estas alteraciones es el estado actual del inmueble, si bien a simple vista no es fácil reconocer el deterioro que ha ocasionado, éste existe a niveles más profundos

que al hacerse más evidentes pueden ser irreparables, lo que llevaría a la pérdida definitiva del monumento.

Es por esto que se propone, para resolver este punto específico, un estudio de la traza original del centro histórico, y específicamente del área correspondiente al conjunto conventual, que pueda dar como resultado la peatonalización de una o varias de las avenidas circundantes así como la revitalización del parque ubicado a espaldas del convento, lugar que anteriormente era ocupado por la huerta.

Con esto se busca devolverle al convento la importancia perdida, evitando también que la constante circulación de vehículos, sobre todo de gran tamaño, continúe deteriorando la estructura, todo con el fin de preservar el convento el mayor tiempo posible, objetivo principal de esta tesis.

Justificación y Objetivos

Al hablar del Ex- Convento de Cuernavaca no nos referimos únicamente a un edificio del siglo XVI como cualquier otro, sino a uno de los conventos coloniales más antiguos y que aún conserva una de las primeras capillas abiertas de la Nueva España. Dentro de su importancia también hay que destacar que además de ser parte de nuestra historia, hablamos de un patrimonio mundial que necesita ser conservado tanto en sus fachadas como en su entorno.

Por lo tanto, para mantener ese trozo de nuestro pasado es necesario entender su historia de manera detallada, ya que es ésta la que dará la pauta para su restauración y conservación, misma que no debe ser limitada, por ningún motivo, al momento de su construcción, sino buscar más allá, hasta los movimientos políticos y culturales que dieron forma al monumento. Ya obtenido esto se podrá plantear, en el futuro, la creación de un plan maestro de conservación que permita darle seguimiento a las obras, creando así una unidad, al mismo tiempo que se logra conservar el entorno.

De igual manera, el estudio de un proyecto de restauración ya realizado y con una objetividad derivada del tiempo transcurrido, permitirá analizar el impacto real que tiene un plan de estas dimensiones, logrando en consecuencia resolver problemas que las técnicas actuales presentan y a la vez, proponer sustitutos.

Hipótesis

Con una visión preliminar del estado actual del monumento se puede suponer que aunque el aspecto del convento no es descuidado, no se ve una unidad en el manejo de los espacios como debió haber sido construido, además de que el entorno no comulga de manera armónica con el monumento, haciéndolo pasar desapercibido y amenazando su preservación, a lo que se agrega que la última intervención a la que se le sometió resultó excesivamente invasiva, por lo que habría que preguntarnos si responde a las necesidades y características del convento.

El análisis de un edificio colonial con las características arquitectónicas y estéticas de éste, ya supone en sí una aportación para el diseño, puesto que el mirar hacia el pasado y conocer nuestros antecedentes siempre supone una buena base para el futuro. Sin embargo, el análisis de un proyecto real de restauración considera un importante elemento de estudio ya que no sólo conocemos el lado patrimonial, sino que se puede estudiar cómo es que reacciona un edificio y su entorno ante una restauración, evaluando con esto aportaciones y desventajas que las técnicas de restauración y conservación han tenido hasta el momento, dando la oportunidad de proponer mejoras en las mismas.

Procedimiento Metodológico

Para la realización de este proyecto es necesario investigar acerca de los movimientos político-sociales ocurridos en Europa que desencadenaron tanto la creación de la orden de san Francisco, como la colonización de América en la manera en que se generó, dando paso a la llegada y la importancia que tuvo tal orden en la Nueva España, identificando la relevancia que la provincia tuvo para el desarrollo de la evangelización. De la misma forma, se analizará la construcción del convento y las modificaciones que ha sufrido a lo largo de los años, tratando de darle un sentido al estado actual del inmueble.

También se dará una gran importancia al estudio de las restauraciones que ha tenido, especialmente a la restauración y adaptación realizada por fray Gabriel Chávez de la Mora y el arquitecto Ricardo Robina, buscando con ello entender el funcionamiento actual del inmueble así como las repercusiones que la restauración causó en el mismo, buscando extrapolarlos con

las cartas de restauración y normativas que han surgido hasta la fecha y que son pertinentes al tema.

Las visitas de campo fueron de gran importancia y se realizaron tanto al monumento como a su entorno, a fin de establecer el estado actual del inmueble y de evaluar el estado en el que se encuentra éste, así como la relación que mantiene con su entorno y la manera en que esto puede mejorarse, con vistas a una mayor conservación del mismo.

Capítulo I

Análisis Histórico

Al descubrimiento de un nuevo mundo, la cultura del Renacimiento añade todavía una hazaña mayor: la de descubrir e integrar plenamente por primera vez la substancia humana y lograr sacarla a la luz.

Jules Michelet.

**Carta de fray Toribio de Motolinia al Emperador Carlos V, fechada el 2 de enero de 1555
en el convento de San Francisco de Tlaxcala**

Tres décadas después de concluida la conquista, fray Toribio de Benavente, miembro del famoso grupo de doce religiosos franciscanos que arribaron a Veracruz en mayo de 1524, escribe al saliente emperador una carta famosa, como si entre ellos dos no fuesen famosas muchas cosas, en que plantea algunos de los intereses y propósitos que se han fincado y desarrollado en el virreinato en las últimas tres décadas. Aparentemente, y podría dejarse por sentado que el interés principal es producto de un conflicto de propósitos tanto con el padre Bartolomé de las Casas, como con la orden de Santo Domingo, la carta revela un conjunto de argumentos que conviene traer a colación, destacando la importancia de ellos, todos reflejos de la obra religiosa emprendida. El primero, es la existencia de un estudio sobre el pasado de los pobladores de estas tierras. Tan importante fue tal interés que el no menos famoso fray Barnardino de Sahagún dedicó buena parte de su vida al estudio de las llamadas "antigüedades" de los indios, estudios que originaron investigaciones sobre el fraile y el mundo prehispánico que hasta la fecha continúan. Y no sólo fue en la orden de san Francisco, los dominicos no fueron ajenos a este esfuerzo antropológico, pero también, y siendo el caso más señalado, el de los jesuitas en el siglo XVIII en el nombre del padre Francisco Javier Clavijero. Para los franciscanos novohispanos de los años cincuenta del siglo XVI no son gratuitas las referencias a los chichimecas, otomíes y los mexicanos, tanto a sus dioses, como a sus asentamientos, y por supuesto a sus fiestas religiosas, caracterizadas en el malestar de los cristianos por los numerosos sacrificios humanos. En este sentido, el señalamiento de Motolinia es claro:

Sepa V.M. que cuando el Marqués del Valle entró en esta tierra, Dios nuestro Señor era muy ofendido, y los hombres padescían muy cruelísimas muertes, y el demonio nuestro adversario era muy servido con las mayores idolatrías y homecidios más crueles que jamás fueron (p.205).

Motolinia implícitamente va señalando los elementos que justifican la presencia de España en América, el importante papel de Hernán Cortés, así como la destacada misión de la orden de San Francisco en estos lugares. Es una razón histórica, pero en nuestro ámbito es una justificación de la labor material y constructiva realizada con prontitud desde las primeras cinco fundaciones de esta orden, a saber: Tlaxcala, Texcoco, México, Huexotzingo y Cuernavaca.

Horrorizó a los españoles el sinúmero de sacrificios en el nombre de las deidades prehispánicas, calificadas de demoniacas, exagerando sin duda el número de víctimas de tales actos. Donde no exageraron en proposiciones y determinaciones, fue en el cometido de los frailes, animados en implantar la fe católica y colocar por todas partes la Cruz del Señor: "... (logrando) tan grande conversión de gentes, donde tantas almas se han salvado y cada día se salvan y edificar tantas iglesias y monasterios, que de solo frailes menores hay más de cincuenta monasterios habitados de frailes..." (p. 206). Un gran esfuerzo, la consecución de una misión sumamente relevante en los destinos tanto de la orden como de la historia humana, como señalara el estudioso norteamericano John Leddy Phelan en una investigación de gran relevancia, escrita en la década de los cincuenta del siglo pasado. Molesta a Motolinia también la crítica que hace el aguerrido padre las Casas a la labor que España ha hecho en estas tierras, sintiéndose ambos frailes con la calidad moral e histórica para sugerir la forma y el modo en que se debiese llevar a cabo la labor evangelizadora. Defensa de los indios, por un lado, y la evidente crítica sobre las causas de la destrucción de las indias, por el otro.

En otros aspectos de la crítica de Motolinia al discurso del padre las Casas, y en el señalamiento de los excesos a los que pudieron caer los españoles, cabe destacar que es posible encontrar en ello el origen de algunos elementos que se discutirán durante los tres siglos del virreinato, aflorando con mayor fuerza a raíz de las justificaciones de la guerra de Independencia y en los proyectos sobre las formas de gobierno del país nuestro en el siglo XIX. El siguiente señalamiento de Motolinia dio pie a varios comentarios:

Dice el de las Casas que todo lo que acá tienen los españoles, todo es mal ganado, aunque lo hayan habido por granjerías: y acá hay muchos labradores y oficiales y otros muchos, que por su industria y sudor tienen de comer (p. 207).

El autor franciscano hace hincapié con ello en la labor civilizadora española y en el esfuerzo que ha representado para los conquistadores el fundar el virreinato. No todo fue a sangre y fuego, y no es poco lo logrado: fundación de ciudades, tanto españolas como mineras, creación de haciendas, desarrollo de caminos, descubrimientos geográficos. El arquetipo más claro como conquistador y constructor de civilización lo fue sin duda Hernán Cortés, y en conjunto, quizá se podrán señalar excesos, pero es de destacar que se han evitado por la presencia de los religiosos los múltiples sacrificios humanos y se ha difundido con creces la religión católica, se han establecido gobiernos adecuados a las “repúblicas de indios” y de españoles, todo en palabras de Motolinía. Y religioso todavía anclado en muchos de los preceptos del pensamiento medieval, profundiza en una visión particular de la historia, en la cual su compañero de hábito fray Gerónimo de Mendieta llevará mayores argumentos, así como ideas más acotadas sobre un aparente reino milenario. Pocos años después, anota Motolinía:

(las Casas) Dice más: que por estos muchos tiempos y años nunca habrá justa conquista ni guerra contra indios. De las cosas que están por venir, contengibles, de Dios es la providencia, y El es el sabidor de ellas y aquél a quien su Divina Majestad las quisiere revelar, y el de las Casas en lo que dice quiere se adivino o profeta, y será no verdadero profeta, por que dice el Señor será predicado este Evangelio en todo el universo antes de la consumación del mundo (p. 211).

El razonamiento de Motolinía es una crítica abierta a la llamada causa justa de la guerra contra los indios, defensa de la fundación de esos más de cincuenta conventos hacia 1555, del Colegio de Santa Cruz Tlatelolco, de la conversión de cuando menos dos generaciones de pobladores, de la redacción de libros que a la larga serán de gran importancia, de la preservación histórica también de una parte importante del mundo prehispánico.

La casi natural y comprensible comparación con la Biblia, como lo hará también Gerónimo de Mendieta, no se hace esperar en esta carta:

Mas es de notar lo que el profeta Daniel dice en el mismo capítulo: que Dios muda los tiempos y edades, y pasa los reinos de un señorío en otro; y esto, por los pecados, según paresce en el reino de los cananeos, que lo pasó Dios en los hijos de Israel con grandísimos castigos; y el reino de

Judea, por el pecado y muerte del Hijo de Dios, lo pasó a los romanos; y los imperios aquí dichos. Lo que yo a V.M. suplico es el quinto reino de Jesucristo, significado en la piedra cortada del monte sin manos, que ha de henchir y ocupar toda la tierra, del cual reino V.M. es el caudillo y capitán, que mande V.M. poner toda la diligencia que sea posible para que este reino se cumpla y ensanche y se predique a estos infieles o a los más cercanos, especialmente a los de la Florida, que está aquí a la puerta (p.212).

Al momento de la redacción de la carta, una parte importante de los esfuerzos expedicionarios españoles se orientan hacia la península de la Florida, misma que originalmente fue explorada por el conquistador Ponce de León pocos años antes de la conquista de México. Con el virreinato en expansión se inicia además la llamada Guerra chichimeca, conflicto que alcanzará los primeros años del siglo XVII. Y si bien es cierto la labor evangelizadora ha sido muy numerosa, Motolinia ve ya una sombra de desencanto e impotencia. Las Casas tocó tal herida. Y la realidad para Motolinia era contundente, sus juicios así lo muestran:

Yo ya no sé los tiempos que allá corren en la vieja España, porque ha más de treinta años que de ella salí; muchas veces he oído a religiosos siervos de Dios y a españoles buenos cristianos, temerosos de Dios, que vienen de España, que hallan acá más cristiandad, más fe, más frecuentación de los santos sacramentos y más caridad y limosna a todo género de pobres, que no en la vieja España (p.214),

y el esfuerzo para ellos es digno de aplauso. Como vemos, mucho de la disputa con el padre las Casas se desvanece en el señalamiento los logros de los franciscanos, de su trato a los indios, de los enormes beneficios en la propagación de la fe, tajante Motolinia señala: "Y sepa VM por cierto que los indios de esta Nueva España están bien tratados y tienen menos pecho y tributo que los labradores de la vieja España, cada uno en su manera" (p. 216). Un mejor trato, un estudio sobre su historia, la propagación del conocimiento de un Dios verdadero y la predicación del evangelio. Pero, y es parte de la consecuencia de ejercer la evangelización como conquista y por ello no es razón para entrar en discusiones con el fraile franciscano. Podríamos hablar de la desaparición de una religión, cohesionante social, del desmantelamiento de espacios sagrados que fueron suplantados por nuevos usos, la eliminación de mercados, la desaparición de ciertas fiestas, en algunos casos, mismas que fueron suplantadas por el sincretismo característico también del siglo. Para unos fue una

expansión religiosa, para los indios la generación de un discurso de supervivencia que perdura hasta nuestros días. Un último alabo aparece en la carta, el señalamiento de un aspecto que llevado a lo espacial determinará mucho de la forma física en que es trazada la ciudad de Cuernavaca, mismo que es de importancia:

Siempre tuvo el Marqués en esta tierra émulos e contrarios, que trabajaron [por] escurecer los servicios que a Dios y a V.M. hizo. Y allá no faltaron. Que si por éstos no fuera, bien sé que V.M. siempre le tuvo especial afición y amor, y a sus compañeros. Por este capitán nos abrió Dios la puerta para predicar su Santo Evangelio, y éste puso a los indios que tuviesen reverencia a los santos sacramentos, y a los ministros de la Iglesia en acatamiento. Por esto, me he alargado, ya que es difunto, para defender en algo su vida (p.221).

Es Motolinia, pero muy probablemente sea el acuerdo en charlas y discusiones sobre la visión franciscana en esta tierra después de la llegada de los doce en 1524.

Motolinia señala la íntima relación que aparece entre los franciscanos y el posterior Marqués del Valle. Vecinos fueron en Cuernavaca. Mucho del ser y de la razón de ser del convento es derivado de esta relación, y, aunque aparentemente ha sido estudiado por varios autores, las razones físicas del Convento de la Asunción, se encuentran profundamente vinculadas al proceso de evangelización novohispano y a la relación de Cortés con esta orden. Caso, hay que insistir, que fue único: la casa del marqués vecina del convento franciscano. En las siguientes cuartillas expondremos parcialmente esta historia, para recalcar la importancia de la relación entre el Marqués del Valle y la orden de san Francisco. La relación es política, adelantamos, pero también y por mucho simbólica y religiosa.

Cada vez más los humanistas cristianos se empeñan en extraer del Evangelio una filosofía; pero toda filosofía, para ellos, está coronada por el Evangelio.

Marcel Bataillon.

El esfuerzo intelectual de España previo a la conquista de México

Quizá por el manejo de fuentes, y por tener encasillados a los autores por determinados hechos de los que fueron protagonistas, conquistadores y evangelizadores. Todos formaron parte de un discurso recurrente, por poner los grandes adjetivos precedentes al hecho histórico concreto, llamados Descubrimientos, Conquista, Evangelización, Monarquía o simplemente por la referencia a un personaje central o trascendente movimiento, Carlos V o la Reforma. Por tal motivo nos cuesta trabajo entender que junto con las acciones señaladas existieron otras muy dinámicas, que en conjunto, conformaron la personalidad extraordinariamente variada y en no pocas veces admirable de España durante el siglo XVI. Fue el estado contrarreformista por excelencia, opuesta a muchas variantes del pensamiento erasmista y humanista luego de la tercera década, la que perdió en la guerra de Lepanto, incapaz de frenar el avance paulatino de la burguesía en Inglaterra y Alemania, y por supuesto del protestantismo. No obstante, esa España en conflicto y lucha permanente pudo con creces hacer múltiples hazañas, entre ellas administrar y conquistar un territorio inmenso, dejar una huella cultural y política que caracterizará una parte importante de los conflictos del siglo XIX, y, entre otros logros centrales, haber dejado como herencia el idioma castellano, la difusión de la religión católica, con la centralidad que hasta hoy día le brindamos, y a generar una visión occidental del mundo donde tuvieron cabida ideas como la de nación y su proyecto. Las bases de tal hazaña no pudieron ser únicamente militares o de caudillos como Cortés o Pizarro. España ofreció una serie de cimientos por demás centrales, culturales y políticos, que le permitieron hacer del siglo XVI un siglo en donde fueron la figura central en la geografía política del continente europeo. Por tal razón, muchos de sus rostros que se dieron en España, lo fueron en términos culturales. El siglo XVI español fue un semillero de grandes humanistas, escritores, filósofos y arquitectos que

constituyeron la base central de la Conquista Religiosa, de la construcción de conventos, de la invención de la imprenta y la Universidad en la ciudad de México. En las siguientes páginas nos referiremos a los antecedentes culturales que permitieron la llegada de frailes franciscanos a los territorios recién sometidos por Hernán Cortés en 1521, no como impulso de conquista, sino más bien como repercusión de una dinámica religiosa y humanista que caracterizó a tal nación, por supuesto también junto con su vocación exploradora y militar.

Uno de los problemas centrales que son abordados por la historia es el referido a la localización del problema por investigar, y, junto con él, el de hacer un seguimiento de antecedentes y repercusiones, ya en la ubicación de los hechos precursores, como en el estudio de los efectos consecuentes de los mismos, aspectos únicos e irrepetibles que le caracterizan. Aunque aparentemente es una cita larga de un libro muy complicado aunque el título sea breve -*Erasmus y España*-, ofrece una serie de enseñanzas sobre los antecedentes de la evangelización en América, que a su vez es de gran importancia, la de cómo debe ser escrita la historia, independientemente del tema, -incluidos el manejo por parte de los restauradores- y, por supuesto en atención a las periodizaciones correspondientes. Por tal razón, se trae a colación la siguiente referencia, ya que en ella se visualizan no pocos de los alcances de la orden que vendrá en 1524 y fundará el convento de Cuernavaca, entre otros. Bataillon (1982) anota:

El cardenal Jiménez de Cisneros muere en el momento de deponer la carga de la regencia en manos de Carlos de Gante, ocho días después de que Lutero clava sus tesis en la puerta de la Schlosskirche de Wittenberg. Confesor de la reina Isabel desde 1492, casi inmediatamente después provincial de los franciscanos de Castilla, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas desde 1495, Inquisidor General desde 1507, regente del reino en dos ocasiones, este fraile domina tan claramente la vida religiosa española durante los veinte años que preceden al estallido de la Reforma, que no podemos menos de remontarnos hasta él si queremos comprender la actitud de España frente a la revolución protestante (p. 1).

De los personajes y hechos que se desprenden, resaltan una congregación de antecedentes que inevitablemente gravitarán entorno al recién fundado virreinato de la Nueva España. Y por supuesto no fueron los únicos, pero si son algunos de los principales. Carlos V, rey que enfrentó una suerte variada de conflictos con Francia, mismos que fueron de menor intensidad de los que tuvo con los príncipes protestantes. El rey español que se convertirá a los

22 años de edad en gobernante de acaso uno de los imperios más grandes conocidos por la historia del mundo, estuvo también íntimamente ligado con los discursos intelectuales de personajes centrales como Erasmo de Rotterdam y Martín Lutero, heredero a su vez de la serie de descubrimientos formidables hechos por los españoles y portugueses, que son de importancia ya por el hecho en sí mismo, pronto obligaron a un proceso de colonización que por supuesto consideró la necesaria evangelización de las poblaciones recién sometidas. Antecedentes hubo si bien es cierto, enmarcados por la evangelización de los moriscos como señala Antonio Garrido Aranda (1980), pero jamás imaginados por la variedad de las culturas y la cantidad de personas que en ellas encontraron.

Ximénez de Cisneros fue un auténtico puente entre siglos, entre el siglo XV en su última etapa caracterizado por las guerras de Reconquista y la expulsión de los moros, y el XVI, siglo de la expansión de las naciones europeas por el mundo, del desarrollo del comercio y la burguesía, de la Reforma religiosa y la transformación de las bases que permitieron la cohesión y sobrevivencia de la Europa medieval. Isabel la Católica muere en noviembre de 1504, y, a pesar de la presencia de Fernando el Católico, una parte importante de las acciones y políticas del reino hasta 1517 quedarían en manos del franciscano Ximénez de Cisneros. En los avatares del inicio del siglo para España, tenemos a un franciscano al frente de uno de los primeros estados nacionales consolidados en la Europa de la época.

Los hechos anotados podrían ser estudiados aisladamente, como en no pocas ocasiones ha ocurrido, pero todos quedaron aglutinados en manos de este central personaje, en la importancia de su regencia, en el impulso de una destacada reforma al interior de su orden, y por lo que a nosotros toca, también en las enseñanzas que se derivan del libro de quien lo historió. *Erasmo y España* es uno de los grandes monumentos de la historiografía del siglo XX, y también un gran monumento a la inteligencia humana.

Algunas de las bases que brinda Cisneros para que se diera la empresa franciscana en el Nuevo Mundo serán ofrecidas a continuación, más en su papel como franciscano, impulsor y promotor de empresas culturales, que como gobernante interino. Su presencia muestra además varios de los rasgos más importantes del quehacer español del siglo, representados por la presencia de humanistas y escritores españoles de la importancia de Antonio de Nebrija o san Juan de la Cruz, precursores a su vez de Cervantes de Saavedra.

Sorprende pronto la energía del arzobispo franciscano. Fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, impulsor de la publicación de la Biblia Poliglota, reformador de la orden franciscana años antes de que el doctor Martin Lutero enarbolara su sólida crítica a la institución papal. En forma más categórica que el agustino alemán, Cisneros se encuentra depurando mucho del discurso medieval, mismo que enfrentó una nueva realidad, imprevista por supuesto a todas luces, pero discurso que permitirá generar una suerte de explicaciones, algunas de ellas motivo de debates históricos como el suscitado entre los doctores John Leddy Phelan, George Baudot, y por supuesto, la doctora Elsa Cecilia Frost entre 1970 y 1985. No obstante las interesantes posiciones en este, los variados argumentos y toma de posiciones ante los mismos, mostraron que mucho del discurso en construcción sobre la razón y misión española en torno al descubrimiento y expansión del cristianismo no se han agotado, ni por mucho terminado de debatir.

La propuesta de reforma hacia los franciscanos fue la vuelta a una ortodoxia religiosa más centrada en las enseñanzas de los padres de la Iglesia, del amor por la pobreza predicada por san Francisco de Asís, de una crítica muy aguda a quienes se han desviado del discurso católico y han caído dentro de los distintos encantos del siglo, entre ellos los marcados por la apetencia de lujos, no dejaron de estar dentro de la atención de Cisneros. Crear un ejemplo de santidad en una sociedad que demanda tal condición para su propia existencia fue de gran importancia, para con ello enfrentar la división existente entre dos grupos que, cobijados bajo el franciscanismo, tuvieron formas distintas de ver el mundo. Tal diferencia se encontraba marcada por los grupos llamados conventuales, con una actitud más relajada en relación con las altas demandas exigidas por la orden de frailes mendicantes, y, los observantes, frailes extremadamente estrictos en su actitud personal y de grupo frente a los preceptos propios de la orden y la interpretación de las enseñanzas de Cristo. Frente a ellos existió, como parte de un aglutinamiento social, una condición de gran importancia que generó un conflicto en cuanto tratamos de la función de las creencias como factor de congregación al interior de las sociedades. Bataillon (1982) lo ubica con sobrada claridad ante el problema que enfrentó Cisneros al ser elegido arzobispo, diciendo lo siguiente:

... en un principio, se propone observar en el trono arzobispal lo más posible de la pobreza franciscana, pero este gesto parece tan revolucionario, que el Papa tiene que llamarlo a la "decente observancia" de su estado. El clero secular, en masa, ha renegado casi de su magisterio

espiritual. Aquí está una de las causas del prodigioso empuje de las órdenes monásticas (monjes), y especialmente de las órdenes mendicantes: a los ojos de una sociedad en que la preocupación por la salvación es más viva que nunca, aparecen estos frailes como los verdaderos representantes del ideal cristiano (p. 4).

El comentario del historiador francés es de relevancia, ya que esta disputa será traída a América y tanto en el discurso sobre la corrupción de las distintas esferas religiosas, como en lo concerniente a la fundada aprensión por la salvación del alma, aparecerá una marcada preocupación para que en la Nueva España, además de ser tierra de evangelización incipiente, estas desviaciones que pudiesen existir entre los franciscanos, no se den. Ecos y maduración de tales preceptos se observarán a lo largo de los siglos novohispanos. Hay aquí una raíz central en la conformación de la historia virreinal. El ejemplo que nos ofrece Cisneros en busca de la vuelta al origen más definitorio de la orden de san Francisco, será parte de un debate de gran relevancia. Más adelante veremos como el franciscano Motolinia, como ejemplo, miembro del grupo que llega en mayo de 1524 a la Nueva España, adopta este adjetivo que escuchó en Tlaxcala, y que significa literalmente el pobre.

En la lucha de Cisneros y en las conclusiones de su reforma, una luz sobre por qué vinieron franciscanos a la Nueva España es posible rastrear en la siguiente conclusión: “La reforma de Cisneros consistió esencialmente en quitar a los conventuales sus monasterios, por las malas o por las buenas, e instalar en ellos a los observantes” (Bataillon, 1982, p.5). Entre los varios grupos de religiosos que existían en la península, la orden franciscana era la orden mejor preparada para enfrentar la tarea de evangelizar a los descendientes de los mexicas y de los demás pueblos mesoamericanos, con un alto compromiso en relación con la propagación de la fe, con una vocación que los hará hacer historia. Muchos de los hechos centrales en el inicio del virreinato son imposibles de ser comprendidos sin la presencia de la orden franciscana, hechos que por supuesto incluyen la construcción de conventos y la congregación de pueblos. Resultan de suma importancia para el proceso de invención de América y por supuesto de la Nueva España en el siglo XVI, ya que al ser una orden reformada, aunque fuese por una minoría de frailes, mismos que en ocasiones simpatizaron con Erasmo, se convirtieron en una de las mejores justificaciones para la labor imperial española.

Junto con la reforma al interior de la orden, dos proyectos sumamente ambiciosos se sumaron a la labor de Cisneros: la creación de la Universidad de Alcalá de Henares, y la

publicación de la Biblia Poliglota. Una breve referencia se impone, en especial en cuanto al caso de la Biblia se refiere, respeto hacia las lenguas originales, quizá origen remoto del respeto que años después fray Bernardino de Sahagún tendrá por las lenguas antiguas mexicanas, dioses, historia y costumbres.

La creación de la Universidad permitió a Cisneros la renovación de la enseñanza teológica, e introducir el pensamiento de algunos de los héroes de la razón pensante franciscana en el medievo, como lo fueron los planteamientos de Duns Escoto. Aunque la enseñanza de la teología fue el aspecto central de la Universidad, no se olvide que en ella se innovó en relación con otras universidades españolas debido a la creación de la Facultad de Teología, Bataillon (1982) señala un gran abanico de intereses y propósitos por seguir intelectuales impulsados por Cisneros apuntado lo siguiente:

De la gramática a las artes liberales, y de las artes a la teología, vivificada por el estudio directo de la Biblia: tal es el camino real y derecho que se abre ante los jóvenes que Cisneros quiere ver afluir a Alcalá de todas las diócesis de España, y volver después a estas diócesis para constituir planteles de una Iglesia más digna de Cristo (p.13).

Casi podemos aventurar como conclusión que no será gratuita la alta calificación que existió entre los frailes que vinieron a Nueva España en 1524, y que fueron algunos de los mejores ejemplos del humanismo de la reforma cisneriana. Misma atención poseerá también, por ejemplo, la misión encomendada a fray Antonio de Ciudad Rodrigo, quien retornando a España en 1526, puso sobrada atención en la elección de los frailes que escogerá para la continuación de la labor franciscana en Nueva España. Uno de ellos, baste destacar, fue fray Bernardino de Sahagún, a los que bien se pueden sumar los nombres de quienes fundaron el convento de Cuernavaca, fray Antonio Ortiz, fray Alonso Herrera, y fray Diego de Almante, de la provincia de San Gabriel.

La Biblia Poliglota es otro sonado triunfo de las empresas culturales de Cisneros. Obra que llevó un tiempo largo en su gestación, aglutinó a un conjunto de humanistas y sabios letrados en torno a su impresión y estudio. La filología apareció en este caso ocupando un papel central, teniendo un personaje que será de los más brillantes humanistas españoles, de los muchos que se dieron en el siglo XVI, Antonio de Nebrija. Saber rodear de talento es una cualidad central de un líder y se manifiesta con fuerza en las empresas que cobija. El siguiente comentario de Bataillon (1982) muestra otro rasgo que encontraremos presente dentro de la

evangelización novohispana: “Nebrija encarna, en los umbrales del siglo XVI español, el esfuerzo autónomo del humanismo por restaurar la antigüedad íntegra, profana y sagrada” (p. 25). Podemos adelantar, más allá de otras vertientes que le fueron propias a la orden dentro de sus Provincias, que el terreno abierto por Ximénez de Cisneros tuvo un gran número de repercusiones en la evangelización novohispana, en quienes fueron los encargados de asumirla, y en la forma en que la hicieron. Fue de tal suerte excepcional, que no resulta extraordinario que aún en el siglo XXI se le siga caracterizando dentro de los siguientes aspectos. De la labor de los frailes, hijos de esta época excepcional, y su quehacer e investigación sobre el mundo prehispánico, se puede decir lo siguiente:

...su objetivo declarado era conocer la vida de los indígenas sólo para lograr su conversión plena, lo cierto es que la amplitud, seriedad y profundidad de su esfuerzo de conocimiento rebasó con mucho ese propósito. Terminó siendo, acaso sin quererlo del todo, una extraordinaria hazaña del humanismo renacentista (Krauze, 2005, p. 24).

Tal afirmación es claramente extensible a la creación arquitectónica y de diseño urbano. Antonio de Nebrija por su ejemplo y condición de erasmista anterior al mismo Erasmo, fue una brújula cuya cristalización se dio en personajes como fray Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Toribio de Motolinia y Jerónimo de Mendieta. España dentro de los actuales términos humanísticos, era una nación sumamente avanzada: universidades, publicaciones de libros, discusiones religiosas, recuperación de lenguas antiguas, estudios bíblicos. No podemos creer así que quienes vinieron a la Nueva España fueran religiosos sin mayor sensibilidad ante las cosas de la realidad. Una última conclusión de Bataillon (1982), sumada a toda la tradición medieval española, nos ofrece mayores datos sobre el semillero de frailes allí formados:

...mientras los humanistas cristianos, en Alcalá lo mismo que en París o en Oxford, hacían de la Biblia el objeto de su más elevado y minucioso estudio, mientras descubrían en ella las profundidades de la philosophia Christi y soñaban con regenerar a la humanidad gracias a ella, ciertas publicaciones en lengua vulgar preparaban los caminos para una amplia difusión de su influencia en el suelo de España (p.46).

Parte de este espíritu permeó además a no pocos de los escritos de los llamados soldados cronistas, desde Hernán Cortés pasando por Bernal Díaz del Castillo, hasta llegar al Conquistador Anónimo.

En otra vertiente, pero no menos central que la española, tendremos tanto la intervención de Martín Lutero como de Erasmo de Rotterdam.

Franciscanismo

Este tipo de espiritualidad tuvo una gran aceptación en miembros de la orden de San Francisco, a pesar de las reticencias de los superiores de la comunidad, lo que permitió que muchas de estas teorías pasaran a la Nueva España. Esto se entiende por los preceptos de la Iglesia Medieval, pensamiento aún latente entre los hermanos de la orden, que tenía anhelos muy marcados: el regreso a la Iglesia primitiva, caracterizado en san Francisco y su apego por la pobreza, el regreso de la Edad Dorada de Augusto, así como el retorno a la simplicidad e inocencia de Adán. Para poder comprender esto, es necesario apuntar que el franciscanismo se vea como la exaltación de la pobreza evangélica, de la mano del fundador san Francisco de Asís. Estas ideas se fueron transformando hasta el siglo XVI cuando estaban tan desvirtuados que algunos miembros de la orden, de la mano de los movimientos humanistas del momento, tuvieron que dar un paso atrás y buscar los ideales de su fundador.

La orden aparece en el siglo XIII, época dorada del medievo, en donde encontramos el surgimiento de las universidades, la filosofía escolástica, método científico y la literatura didáctica. Era una sociedad donde el hambre, la pobreza y las desgracias resultaban comunes, y el clero, contrastando con el vulgo, vivían en completa opulencia, ignorando los ideales evangélicos de pobreza y humildad. Es por esto que la pobreza se retoma desde el punto teológico, ya que desde los hebreos se había considerado la miseria como un camino a la iluminación divina, y dado que es el momento de surgimiento del capitalismo, se creó la salvación de los ricos, la caridad, justo en la época de oro de la Iglesia, que se permitió expandir su ideología por Europa en las universidades, hospitales y las artes.

San Francisco de Asís, fundador de la orden franciscana, hijo de un rico mercader, descubre el camino hacia Dios a través de la pobreza, da la vuelta a una interpretación particular del cristianismo, por lo que adopta tal estilo de vida y renuncia a todo, incluyendo su familia, para poder predicar la palabra del señor, ganando en poco tiempo muchos seguidores. Desde sus inicios, uno de los trabajos más importantes de la orden era la labor evangelizadora entre los no cristianos, ya que no solo salvaban el alma hereje sino que con eso ayudaban a su

propia salvación, por lo que estuvieron en Asia y África. Por ello, al descubrirse América, la orden menor ya contaba con una tradición misionera y un espacio propicio para la conversión pacífica. Tenían como regla la imitación de Cristo, por lo que no podían poseer una casa, buscando morada en el camino, debían renunciar a la ciencia, así como asegurarse el sustento mediante el trabajo y la humillación de la limosna. Por propia elección Francisco y su comunidad se habían rebajado a los estratos más bajos de la sociedad, por lo que tomaron el vocablo más común para designarlos “minores”. Al contrario de los monjes, evitaron el retiro y salieron en ayuda de las comunidades en pares por Europa para predicar la palabra de Dios, consiguiendo con ello el aumento de sus seguidores, por lo que se comenzó a permitir la residencia fija y, para facilitar el trabajo, se dividió Europa en provincias, con el objetivo de volver al cristianismo primitivo, predicando con el ejemplo de la pobreza y con las palabras.

Al morir san Francisco en 1226, y una vez obtenido el permiso por el papa Inocencia III, sus descendientes religiosos, se enfrentaron a una casi natural disyuntiva, dada la personalidad propia de la orden: llevar a su máximo extremo los fundamentos del franciscanismo, en especial en cuanto a mortificación del cuerpo y la pobreza o suavizar un tanto estos cimientos. Por un lado, los conventuales optaron por esto último, en tanto los llamados observantes, no sólo pretendieron retomar las normas del nacido en Asís, sino que las llevan a una mayor radicalización. La disputa más clara entre los conventuales y observantes se dio en el Concilio de Constanza, al inicio del siglo XV, en el año de 1415. La pugna no se resolvió allí, y lejos estuvo de ser sencilla o intrascendente, no solo para la orden, sino también para la estructura religiosa y política en la baja Edad Media. Muestra más clara de lo anterior, fue el magnífico esfuerzo que emprendió el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros en el siglo XVI en España.

La reforma cisneriana tiene un punto importante en lo que concierne a la pobreza del clero, sin embargo también aborda la preparación del mismo, así como su labor misional, antecedente fundamental de las labores en la Nueva España. Otro punto a destacar es la inclusión de los estudios en esta reforma, san Francisco no lo consideraba relevante, sin embargo Cisneros no encontraba contradicciones entre los votos de pobreza y los estudios, por lo que se volvieron fundamentales para la formación de los frailes menores, elevando con esto la calidad de los mismo “...los hombres que necesitaban más esa salvación eran los paganos e infieles y por tanto, para la evangelización de éstos, se debía mandar los elementos más capacitados, es decir, el clero reformado” (Rubial, 1996,p. 53).

Conquista del Nuevo Mundo

Es importante señalar el profundo carácter religioso que imperó en la España del siglo XV por lo cual combinó su tradición guerrera como extensión de sus creencias. Después de diez años de luchas, el 2 de enero de 1492, Granada fue tomada por los reyes Católicos, marcando el fin de la reconquista de reinos cristianos que habían permanecido en manos musulmanas desde el siglo VIII. La interpretación de este acto era que, a los ojos de Dios merecía una gran recompensa, materializada en el descubrimiento de América por Colón en ese mismo año. El Señor les había dado un continente por su victoria con la única condición de convertir a los indios a la fe cristiana.

Debemos recordar que la espera del Apocalipsis así como la búsqueda de sus señales han estado presentes desde el inicio del cristianismo, por lo que no es de extrañar que el descubrimiento de un nuevo continente, así como la conquista del mismo desencadenara un sinfín de interpretaciones que apuntaran al “Juicio Final”, John Phelan (1972) afirma que incluso Colón interpretó el descubrimiento como una señal de su llegada, parte última de la era de los descubrimientos, quien mantenía el anhelo de la reconstrucción del templo de Jerusalén, justificando con esto sus viajes así como la búsqueda de oro. Cabe señalar que lo que Colón ambicionaba era proclamarse a sí mismo el mesías que Joaquín de Flora había vaticinado, idea retomada por el padre las Casas diciendo que “La función del Nuevo Mundo era restaurar el equilibrio del poder político que el Viejo Mundo era incapaz de mantener” (Phelan, 1972, p. 53). Sin embargo, esta visión estuvo dividida, puesto que algunos llegaron a considerar a Cortés, y no al navegante, como el verdadero redentor. Mendieta consideró que Cortés fue el elegido por la Divina Providencia; como Moisés en atención a la parábola de la huida de Egipto, que el capitán español había hecho lo propio al derrotar a los mexicas. La base de la analogía es la siguiente: Moisés liberó a los judíos de Egipto, Cortés liberaba a los indígenas de sus ideas demoníacas. Los argumentos que sustentan lo anterior fueron los siguientes. En 1485 año en que nació Cortés, en Tenochtitlán se sacrificaron 80 mil indios en la inauguración del templo de Huitzilopochtli, por lo que consideraba que Dios había mandado a un mensajero que pusiera fin a tal barbarie, viéndolo como una coincidencia milagrosa. De igual manera hizo una comparación entre Moisés y Cortés, teniendo la Iglesia como la tierra prometida.

A menudo se tomaba esta idea del fin del mundo anunciada por los nuevos descubrimientos, haciendo comparaciones entre Lutero y Cortés, el primero acababa con el Viejo Mundo, y el segundo construía el Nuevo Mundo, considerando incluso que los indios era el castigo de Dios a la infidelidad de los luteranos y la soberbia española.

Según afirma Mendieta, España era la elegida por Dios para la conversión de judíos, musulmanes y gentiles, lo que significaba en términos bíblicos el fin del mundo, dándole a la península la calidad de pueblo elegido y, al tener el Patronato de Indias, los Reyes Católicos recibieron del clero el poder sobre la Iglesia de Indias dando forma a su misión apostólica y divina que era el ser universal por lo que los descubrimientos, tanto de América como las rutas a Asia, hicieron más realistas tales pretensiones. Así mismo, consideraban que los reyes españoles serían los primeros embajadores del reino universal que Dios les había prometido, por lo que debían divulgar el Evangelio entre los infieles. Sumado a esto, se creía que los indios eran descendientes de una de las diez tribus de Israel, la leyenda decía que estas tribus reaparecerían en el Juicio Final, lo que confirmaría el fin del mundo, por lo tanto "...el Nuevo Mundo equivale al fin del mundo" (Phelan,1972,p.42).

España buscaba con la conquista la adquisición del nuevo territorio no sólo con la violencia, sino que también con el pensamiento, siendo el Siglo de Oro del pensamiento europeo y el apogeo del Viejo Mundo tanto económica como intelectualmente. La expansión del imperio se veía como una misión civilizadora en donde Hernán Cortés adquiría la inmortalidad y se demostraba la superioridad occidental y, sobre todo española sobre las tierras conquistadas, exhibido con la explotación indiana en pos de su cristianización.

Tal interpretación histórica se ve reflejada en la personalidad de Cortés, quien también tiene un fuerte apego por la religión. No es de extrañar que dos religiosos hayan sido incorporados dentro de sus expediciones, fray Bartolomé de Olmedo, mercedario, y el primero en dar misa en suelo mexicano y de predicar a los naturales con ayuda de Jerónimo de Aguilar, abogando siempre por la salvación de las almas indígenas y buscando la mejor manera de convertirlos a la fe, aunque esto significara -no necesariamente- oponerse a las órdenes de Cortés. Incluyó también a Juan Díaz, clérigo secular, quien se mantuvo fiel al conquistador después de ser descubierto en una conspiración en su contra y de ver cómo los demás implicados eran ahorcados, muriendo apedreado por los naturales mientras quemaba sus ídolos.

Aún contando con estos religiosos en puestos de confianza, Cortés solicitó expresamente en su Cuarta Carta de Relación que sólo las órdenes franciscana y dominica fueran enviadas a evangelizar. En 1523 llegaron los franciscanos fray Juan de Tecto, confesor de Carlos V, fray Juan de Aora y el lego Pedro de Gante. Tecto y Aora buscaron aprender la lengua y recogían a los hijos de los principales para catequizarlos en Texcoco. Pedro de Gante vio la importancia de la enseñanza a los niños por lo que hizo una escuela para los hijos de señores donde se les enseñaba además de religión, a leer, escribir, cantar, tocar instrumentos, pintar imágenes y tallar retablos, así como otros oficios. Gran conocedor de la lengua indígena, escribió en ella una Doctrina Cristiana y a él se le debe la construcción de la capilla de San José de los Naturales en el convento de San Francisco, donde también fundó una escuela que servía como normal, ya que los indígenas egresados difundían los conocimientos aprendidos por numerosos pueblos del otrora imperio mexica.

Desde las primeras noticias de la conquista muchos frailes comenzaron a interesarse en las misiones, sobre todo la orden franciscana ya que los ideales que san Francisco impuso en la orden compaginaban perfectamente con lo que se esperaba conseguir en el nuevo continente, sin mencionar su ardua labor misional en Europa y el papel central que jugaban en la vida de los reyes católicos. Baste recordar al humanista fraile menor Ximénez de Cisneros como confesor de la reina quien en dos ocasiones presidió el Consejo de Regencia teniendo el poder de España tras la muerte de Felipe el Hermoso en 1506 y después tras la del rey Fernando en 1516, siendo también responsable de las reformas dentro de su orden. Entre los interesados se encontraban Francisco de los Ángeles y fray Juan Clapión, confesor del emperador, ambos miembros de la provincia de San Gabriel, sin embargo ninguno de los dos pudieron embarcarse al Nuevo Mundo ya que Clapión murió antes de la expedición y de los Ángeles fue nombrado general de la orden, sin que esto significara el abandono de su interés en las misiones americanas, por lo que al recibir el pedido de Carlos V de enviar frailes a estas tierras, eligió a los hermanos de su provincia quienes mantenían las ideas de cambio del cardenal Cisneros que incluían la purificación del clero, la estricta observancia y la austeridad. Resulta significativo el número de frailes elegidos para esta tarea ya que hace alusión a los doce apóstoles, escogidos por Jesús para propagar su palabra por el mundo.

Así, en 1524, llegan a la Nueva España los doce franciscanos, son herederos de un grupo formado en 1487 por fray Juan de la Puebla, conocido por buscar mejorar las condiciones

espirituales de los habitantes de las comunidades vecinas al monasterio, así como por su estricta pobreza. Este antecedente fue uno más de un conjunto de reformas presentes en España desde los últimos años del siglo XV. Estas reformas, conocidas como Observancias Strictísimas, fueron acogidas por frailes menores en España, quienes predicaban con los pueblos más lejanos esparciendo la palabra de Dios, teniendo como mayor práctica en Granada, misma que al ser ganada a los moros fue nombrada provincia del Santo Evangelio, de donde en 1523 partió fray Martín de Valencia, guiando a "los doce": Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Francisco Jiménez, Juan de Rilas y los legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos.

Al llegar a Ulúa el 13 o 14 de mayo de 1524 encontraron una población mermada y temerosa, siendo el primer acercamiento entre clérigos y conquistadores el más importante y quizá la razón por la cual la "conquista espiritual" se dio de manera notable, a diferencia de anteriores intentos. Fue tanta la relevancia de este hecho que, según apunta Antonio Rubial (1996), influyó en la manera en que Cortés se ve a sí mismo, comenzando a entenderse como el enviado de Dios para la salvación de los indios. Los "doce" mostrando su característica humildad, llegaron caminando a la Ciudad de México el 17 o 18 de junio, cansados, sucios y harapientos fueron recibidos por los soldados españoles de rodillas, no dándole importancia a su aspecto. Habían pasado por Tlaxcala, rechazado el montar a caballo. Un indígena los calificó con el vocablo Motolinia origen del sobrenombre del famoso fraile, el que literalmente quiere decir "pobre". Desde el punto de vista indígena, debe haber sido impresionantes ver aquella imagen en donde esos temibles y fuertes hombres que podían arrasar con poblaciones enteras sin el menor miramiento se hincaban y besaban los pies de los recién llegados, cansados y débiles. No es de extrañar que esto haya logrado que se ganaran la admiración de los indígenas, quienes a partir de ese momento consideraron a los frailes una figura paterna y veían en ellos a los salvadores de las múltiples injusticias sufridas a manos de los españoles. Apunta Phelan (1972) que para los españoles "Con el acercamiento de los doce frailes a la capital, México se convertía en la nueva Jerusalén y los frailes en hombres apostólicos" (p.56). Esta muestra de bondad podía considerarse más bien como un acto político, de esta manera Cortés aseguraba una cercanía con los frailes, más que necesaria y por el otro lado, concedía a

estos un poco del respeto que él mismo había ganado, garantizando la conquista espiritual, tan necesaria para el control político.

Una vez instalados pasaron quince días en retiro espiritual en el que se dedicaron a la oración, contemplación y penitencia. Finalizando esto, realizaron un capítulo donde ratificaron a Valencia como custodio y decidieron dividirse para realizar su misión, distribuyéndose en territorios a lo largo de veinte leguas (México, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo). Habiendo pasado tan solo tres meses de su llegada lograron tener contacto con los caciques de los pueblos aliados, siendo quizá el momento en que el señor de Texcoco los invita a fundar en sus tierras un convento y el de Tlaxcala los invita a su territorio, hospedándolos en su palacio, siendo emulados posteriormente por el señor de Michoacán.

Los franciscanos emprendieron su labor evangélica, sin que las cosas les resultaran sencillas pues, además de tener que enfrentarse a la complicada geografía del país y a enfermedades que en otras regiones eran benignas y aquí resultaban mortales, los nativos no siempre los recibían de buena gana. Además enfrentaron la diferencia de lenguaje que dificultó por mucho las posibilidades de entendimiento. Señala Robert Ricard (2010)

Nada podía atraerles a aquel país, a no ser el amor de las almas y quizá un poco el gusto por la aventura. Dejemos a un lado la navegación larga, molesta en extremo y peligrosa para venir desde España. No bien desembarcados en Veracruz, les acogía con su baño tibio una caliente humedad abrumadora, les acometían desconocidas fiebres, al ir subiendo a la Meseta; si bien hallaban un cielo más puro y una luz más sonriente, un ambiente más sano en apariencia, pronto los desengañaba el frío insoportable y repentino, con las bruscas oscilaciones de temperatura, el aire rarificado y fatigador del organismo, que exasperaba sus nervios y hacía a la larga muy duro de soportar cualquier género de actividad continuada y tornaba muy pesadas y agobiadoras las enfermedades benignas (p.87).

Debido a su profunda fe y humildad se ganaron rápidamente a los naturales, muestra de ello fue la negativa que presentaban al querer cambiar por los frailes menores a miembros de otra orden, argumentando lo siguiente:

Señor, porque los padres de San Francisco andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, siéntanse en el suelo como nosotros, conservan su humildad entre nosotros, ámanos como a hijos, razón es que les amemos y busquemos como a padres (Historia de México, 1985, p.1146).

Si bien tenían una disposición en la que los pueblos vecinos acudían a las cuatro fundaciones mencionadas, esto duró poco ya que no todos los indígenas iban y los frailes tenían que salir a las comunidades, viendo con ello la necesidad de fundar más conventos. En 1525 se funda el convento de Cuernavaca y en 1526 el de Tzintzuntzan, Michoacán, sin tener de inmediato las grandes construcciones que vemos en la actualidad, más bien eran pequeños caseríos de adobe y techos de paja. Para 1531 lograron llegar a Nueva Galicia (hoy Jalisco), posteriormente en Ciudad Guzmán, lo que fue el primer paso para llegar a Nayarit, Durango y Zacatecas.

Hasta ese momento la misión dependía de la provincia de San Gabriel en Extremadura, pero en 1535 adquieren el carácter autónomo logrando la creación de las provincias del Santo Evangelio en el centro del país, San Pedro y San Pablo en Michoacán y Jalisco. Cabe señalar que gracias a su pronto arribo en estas tierras pudieron asentarse en los sitios de relevancia político-económica, relegando a los dominicos y agustinos las regiones más apartadas. Con estos buenos resultados en 1525 Mendieta habla de una “segunda barcada” de mendicantes, en 1526 Antonio de Ciudad Rodrigo regresa a España para buscar más hermanos, los cuales arribaron a México en 1529 entre los que destacó fray Bernardino de Sahagún.

Al mismo tiempo que los religiosos comenzaban su misión, en 1524 Cortés emprendió una expedición a Honduras, llevando consigo a dos de los franciscanos flamencos con la intención de contar con la protección divina, fray Juan de Tecto y fray Juan de Ayora. Por desgracia ambos murieron ahogados en el viaje de regreso. Antes de partir, el conquistador encomendó a fray Toribio de Motolinia el cuidado y control de la Nueva España, algo raro ya que este fraile estaba bajo las órdenes de Martín de Valencia, a quien se le debió haber dado la comisión, pero Cortés tenía una gran capacidad para estudiar a la gente y, al contrario de Motolinia, Valencia no poseía el interés por la labor misional, siendo un hombre más bien contemplativo. Y es justamente gracias a esta comisión que los franciscanos pudieron extenderse y fundar tantos conventos en tan poco tiempo y en una extensión relativamente grande del territorio. La alianza entre la orden franciscana y Cortés siempre estuvo presente, ellos ayudaron a que el conquistador se identificara como elegido de Dios y a cambio los frailes menores buscaron llevar a cabo su proyecto de una nueva sociedad cristiana en estas tierras. Incluso en sus crónicas los frailes franciscanos hacen referencia al capitán como un buen hombre, religioso y gran benefactor para la Iglesia, ignorando pequeños pecados.

Según Ricard (2010), la orden dominica llega a Nueva España probablemente el 2 de julio de 1526, siendo también doce, recibidos en la Ciudad de México y alojados en el espacio del que será su convento, sin embargo, antes del año, cuatro de ellos murieron por secuelas del duro viaje y cuatro más regresaron a España, quedando sólo fray Domingo de Betanzos, fray Gonzalo Lucero y fray Vicente de las Casas, a los que se les unieron seis frailes en 1528, comenzando con esto su misión y obteniendo la provincia independiente en 1532 bajo el nombre de Santiago de México, estableciéndose en el Valle de México, Puebla y Morelos en menor medida por la presencia previa de la orden franciscana, teniendo su mayor emplazamiento en Oaxaca. Esto también implicó el inicio de las actividades inquisidoras en México, donde se vieron casos de idolatrías, herejía y judaísmo, así como la pugna por declarar al indio irracional, lo que hubiera imposibilitado toda misión evangelizadora. Como resolución a lo anterior el papa Paulo III emite una bula en la que otorgó toda libertad, derecho de instrucción y manera de vivir al indígena, gracias al trabajo, entre otros, de fray Bernardino de Minaya.

Por su parte, la orden agustina desembarcó en Veracruz el 22 de mayo de 1533, llegando a México el 7 de julio tras pasar cinco días en el puerto. A pesar de que la orden mostró deseos de incorporarse al esfuerzo evangelizador del Nuevo Mundo, su presencia se retrasa ocho años debido a la división de la provincia agustina en España, así como a la negativa del Consejo de Indias y la muerte del fraile Gallegos, quien se encontraba al frente de la recién creada provincia de Castilla. Al llegar a la Ciudad de México son hospedados por los dominicos, asentándose a los tres meses entre los barrios de San Miguel y Salto del Agua, yendo posteriormente al estado de Guerrero y zonas del valle de Morelos y Puebla, así como Hidalgo y Michoacán, esto a finales de 1533. En un lapso de dos años y medio fundaron veintidós parroquias, teniendo su primera residencia en Ocuituco, que debieron entregar a los franciscanos por los excesivos costos y trabajos que exigían a los naturales para su construcción.

Aunque las recién llegadas órdenes intentaban por todos los medios desaparecer las antiguas religiones, el escaso número de religiosos y la falta de interés en este problema de parte de la población civil española hicieron que los naturales continuaran con sus ritos y sacrificios en lugares apartados, aparentando en su vida diaria ser cristianos devotos ¿Un mecanismo de supervivencia? Quizá. Por ello era de suma importancia destruir todo rasgo de aquellas deidades paganas, acción que inició con Cortés a su llegada pero de manera aislada, y que tuvo mayor ahínco con la llegada de “los doce”. La eliminación de ídolos era difícil ya que

los escondían en los lugares más insólitos, por ejemplo enterrados a los pies de las cruces que se encontraba en cada intersección de caminos, lo cual permitía que dejaran ofrendas y veneraran a sus dioses aparentando ser buenos cristianos. Por todo esto se hicieron varias campañas para destruir los templos, el primero de ellos al iniciar 1525, en Texcoco pasando después a México, Tlaxcala y Huejotzingo, según Mendieta, logrando esto con la ayuda de los adultos que querían demostrar su fe, así como niños y jóvenes que se educaban en los conventos, ya que pronto entendieron que estos niños eran más fáciles de instruir en la nueva fe, puesto que no tenían un gran conocimiento de la religión de sus padres ni estaba tan arraigada en ellos.

A pesar de que los españoles religiosos hicieron todo lo posible por abolir viejos hábitos heréticos, tuvieron la prudencia de estudiar y documentar el culto indígena, historia política, costumbres, leyendas, tradiciones, entre otras, añadiendo importantes capítulos en sus crónicas para estos casos. El que quizá lo hizo con mayor interés y rigor científico fue fray Bernardino de Sahagún quien, después de estudiar en Salamanca, pasó 62 años en la Nueva España fascinado por las culturas nativas, escribiendo numerosas obras al respecto, quedando únicamente en la actualidad la *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, en este documento, compuesto por doce libros, recopila lo que para él son las muestras de idolatría, pertinentes para poder detectarlas y erradicarlas. También fray Toribio de Benavente escribió una crónica en la misma línea titulada *Memoriales* donde relata la acogida del cristianismo en estas tierras, narrando incluso como eran las culturas prehispánicas. Tanto Sahagún como Motolinia debieron aprender la lengua natural para obtener estos conocimientos ya que venían de los ancianos y era mucho más difícil que ellos aprendieran el español, lengua que de alguna manera no se difundió tempranamente a los indígenas.

Evangelización

Una de las justificaciones más importantes de la conquista en la Nueva España fue la evangelización, el lograr que todas esas almas ajenas a la palabra de Dios pudieran escucharla y con ello no sólo salvarlos, sino también a toda España. Es por esto que la Corona puso una gran atención en todos los misioneros que quisieron emprender esta difícil tarea, permitiendo el paso sólo a los elementos idóneos, por lo que pusieron una serie de restricciones, por ejemplo, los candidatos debían someterse a un chequeo médico en Sevilla, ser de buena conducta, dar información sobre su vida y doctrina, así como recibir la aprobación de su superior de la orden.

Como exigían las costumbres, se sabe que los doce franciscanos eran buenos cristianos, sin contar con antecedentes judíos o moriscos, siendo en su mayoría de las capas medias de la sociedad, aunque es posible que alguno de ellos fuera noble. La existencia de franciscanos no españoles dentro de este reducido grupo es entendible si consideramos que la orden se veía a sí misma como universal y sin fronteras. También se sabe que los frailes reunían dos características importantes para el evangelio: santidad y sabiduría, sin embargo fray Martín de Valencia desdeñaba a quienes sólo se dedicaban al estudio humano, pues esto infundía soberbia y los alejaba de Dios, pensamiento en común con San Francisco, es por esta razón que los frailes menores eran tomados por "simples y sin letras" (Rubial,1996,p.147) pero la realidad es que fueron seleccionados entre los más versados, siendo incluso doctores universitarios. Además de sus conocimientos filosóficos y teóricos, tuvo gran relevancia su saber lingüístico para la conversión, puesto que gran parte de los frailes aprendieron náhuatl para poder comunicarse con las comunidades, ya que fue la lengua más difundida. Llegaron incluso a alfabetizar muchas de estas lenguas, redactando casi 80% de los textos indígenas del siglo XVI, haciendo posible su estudio en la actualidad.

Como muestra de su humildad se humillaban frente a la congregación, confesaban sus culpas y se castigaban abiertamente, además no aceptaban ningún cargo ofrecido, a menos que fueran obligados por sus hermanos. Se negaron a recibir diezmo de los indios, obteniendo sólo vivienda y sustento, lo que ocasionó fuertes disputas entre los frailes y el clero secular quienes exigían cada vez más dinero a las comunidades, en contra de los pedidos franciscanos. Mendieta aseguraba que fue el seguimiento de esta pobreza lo que permitió la conversión de los indios y este mismo afán los convirtió en "los seres apostólicos por excelencia"

(Rubial,1996,p.139) a los ojos de los frailes quienes comenzaron a ver estas tierras como el lugar ideal para volver a la Iglesia primitiva. El fraile veía en los indígenas "...la mansedumbre, la docilidad, la simplicidad de corazón, la humildad, la obediencia, la paciencia y el contentamiento con la pobreza" (Phelan,1972,p.90), lo que para él significaba que los indios tenían instintivamente las virtudes de Cristo, lo que el católico anhelaba vehementemente, cualidades que los harían herederos del reino de Dios.

Es por esto que los franciscanos tomaron como misión no sólo la conversión de las almas, sino también la educación de los indígenas, aplicando los principios humanistas de Erasmo de Rotterdam, teniendo como objetivo la alfabetización y los valores occidentales. Este espíritu humanista llevó a los frailes a acercarse a los indios al grado de adoptar elementos propios de sus culturas para la evangelización en lugar de eliminarlos, aunque no fue este el caso de templo, ídolos, clase sacerdotal y sacrificios, ya que esto amenazaba la nueva fe. Lo mismo pasó con elementos comunes con el cristianismo como el bautismo, ofrendas y matrimonios, que si bien mantenían semejanzas a los católicos, prefirieron empezar en *tabula rasa* para evitar que se desfigurara el sentido de los mismos. Curiosamente, los santos fueron interpretados como parte del "panteón de deidades" (Gibson, 2007).

Como una sustitución a los elementos eliminados, los frailes arquitectos realizaban sus construcciones como muestra de la belleza que esta nueva fe traía consigo, así mismo, las obras literarias realizadas en esa época por los frailes, constituían una empresa pedagógica de escala monumental con el único fin de instaurar el cristianismo, muestra de esto fueron las escuelas anexas a los principales conventos, dedicadas a la instrucción religiosa de los niños indígenas y, como se ha dicho, a la lectura, escritura y algunos oficios, teniendo como segundo propósito la creación de un clero autóctono. No fue un proceso sencillo. Con muchas decepciones al no poder lograr formar sacerdotes, los españoles consideraban peligrosas muchas de las materias impartidas, buscando incluso en no pocas ocasiones, la eliminación de ellas.

Uno de los más fuertes preceptos del cristianismo es propagar su palabra por el mundo, mismo que para el español del siglo XVI tenía un fuerte significado, por lo que justificaban la conversión de paganos e infieles aún con medios violentos y en contra de su voluntad. Tanto el rey como autoridades civiles e Iglesia estuvieron fuertemente involucrados en los métodos evangelizadores, sin embargo, para los frailes esto no significaba únicamente enseñar

cristianismo, sino instruir al indio en la cultura occidental ayudando con esto a la salvación de su alma. La lengua fue su mayor obstáculo, ya que se enfrentaron a una gran variedad de ellas, todas desconocidas, por lo que utilizaron al inicio señales y traductores, pero eran poco confiables por lo que aprendieron las lenguas jugando con los niños a su cargo, siendo el caso más destacado el del franciscano Alonso de Molina.

Al haber múltiples concentraciones humanas en Mesoamérica, la labor evangélica se hacía muy complicada, por lo que se decidió congregarse los distintos pueblos, usando las cabeceras políticas mexicas, teniendo allí sus conventos, haciendo el trazo de calles y plazas así como el repartimiento de tierras para el cultivo. Este modelo no pudo repetirse en todos los casos, ya sea por el tamaño de la congregación o por la distancia a otro poblado, por lo que algunos pueblos quedaron como visitas, donde los misioneros iban esporádicamente. Las moradas de los primeros religiosos resultaban en algunos momentos malsanas, teniendo apenas lo básico para subsistir y eliminando casi al máximo las comodidades. Rubial (1996) escribe que las primeras residencias mendicantes no eran más que capillas o chozas de tierra adobe y paja llegando a construir los grandes conventos que aún subsisten mayoritariamente hasta después de 1550.

Las campañas constructivas realizadas por las distintas órdenes mendicantes no fueron constantes, esto debido al deceso de población y de recursos, la falta de frailes que se encargaran de las diferentes misiones, así como la secularización, entre otras. Por ejemplo, la orden franciscana, al ser la primera en establecerse en el territorio, tuvo la idea titánica de expandirse por todo el virreinato, obteniendo un gran número de construcciones provisionales, insostenibles económicamente y sin un responsable, por lo que tuvieron que disminuir sus pretensiones. Aunado a lo anterior se vieron en la necesidad de suspender grandes construcciones por la disminución de mano de obra. Si bien se sabe que las tareas constructivas en la Nueva España fueron posibles gracias a la urbanización de estas tierras, esto no fue una tarea sencilla, pues implicó destruir sus formas de vida y costumbres, por lo que se encargaron de habilitar una metrópoli con una red de provincias para europeos, poblaciones mineras y artesanales. Al contrario de otras colonizaciones, en México la tarea de conversión y urbanización fue de la mano de las ideas humanistas reinantes en la Corona. Tal tarea fue realizada en un principio por la Iglesia, pretexto para la edificación de sus magníficas iglesias y conventos, pero más tarde se vio a los conventos como posibles fortalezas en caso de

levantamientos indígenas, por lo que se benefició su construcción en las laderas de los caminos principales.

Al llegar a estas tierras habían impuesto, a la nueva sociedad y geografía, la estructura medieval que ellos conocían tan bien, el guardián del convento se convertía también en cabeza del pueblo circundante adquiriendo con esto más poder que el que la Corona deseaba, así como una autonomía. Las ciudades fundadas posteriormente mantenían una perfecta delimitación entre la ciudad española y la indígena, esto más que por un prejuicio racial, era una medida que respondía al carácter protector de los mendicantes hacia los indígenas, de esta manera se evitaba que fueran explotados y favoreciendo la conversión católica con la intromisión civil o del clero, con quien las órdenes mantuvieron fuertes disputas. Mendieta mantuvo su argumento de que los indios tenían una naturaleza de infantil inocencia, por lo que era necesario segregarlos de los españoles quienes ya conocían los pecados más viles y podrían contagiarlos. Necesitaban la guía de los frailes mendicantes dedicados a la pobreza. Gracias a los exhaustivos registros guardados por los colonizadores, se sabe que existió una gran relación entre la población de una localidad y la escala de sus construcciones, tanto públicas como religiosas. Esto responde a las posibilidades de trabajo y carga de la población, ya que se evitaba el abandono de empresas ambiciosas y sin futuro.

La orden franciscana, al contrario de las dos restantes, no construía suntuosos conventos en poblaciones pequeñas, y muchas eran construcciones modestas en grandes poblaciones, sujetándose a los recursos locales, siendo también importante la distancia a la capital, considerando incluso las tradiciones constructivas de la zona. Muestra del caso contrario, es lo que pasó en el convento de Ocuituco, primera fundación agustina. Según relato del obispo Zumárraga era demasiado suntuosa para las posibilidades económicas de la población. Aunado a lo anterior, los religiosos comenzaron la construcción del convento a la par de la iglesia, aumentando con ello la carga de trabajo de los indígenas, por lo que el obispo ordenó la suspensión de la obra, orden ignorada por los religiosos quienes incluso esclavizaron a los trabajadores argumentando que no terminaban la tarea lo suficientemente rápido. Indignado, Zumárraga ordenó la destrucción de la cárcel y nombró como vicario a un cura para que se encargara de las labores religiosas, por lo que los agustinos abandonaron el convento y se trasladaron a Totolapan, quedando este en manos de los frailes menores.

Según fray Jerónimo de Mendieta, hubo una época de oro de la evangelización en la Nueva España, que terminó aproximadamente en 1565, teniendo como antecedentes la recesión económica de 1550-1560 entre España y la Nueva España, la disminución de la población indígena a causa de las epidemias en 1545, el repartimiento de 1549, la ruptura de la encomienda y la política tributaria, así como los constantes problemas que existieron entre religiosos y el arzobispo dominico fray Alonso de Montúfar, quien arribó a la Nueva España en 1551. Antes de eso, a pesar de los problemas que la orden menor tuvo con las autoridades, siempre se vio respaldada por el episcopado, el arzobispo Zumárraga y los virreyes Mendoza y Velázco. Esta clasificación fue tomada del Viejo Testamento: la primera corresponde a la esclavitud egipcia. La segunda, dividida por el surgimiento de Cortés-Moises, la edad de oro de la monarquía judaica, y la tercera, las calamidades del Apocalipsis. Pero estas descripciones tiene un dejo nostálgico, ya que Mendieta vivió más de la tercera etapa, mostrando una seria admiración por su guía, Motolinia, y las tareas evangelizadoras de sus hermanos, viviendo Mendieta en la época del desencanto, aumentado por las epidemias que mermaron a la población indígena. Para la segunda mitad del siglo XVI los misioneros tuvieron que enfrentarse a un nuevo problema y quizá más difícil que cualquiera que hayan presentado en el inicio: la decepción. Aún existían varios de los doce primeros quienes lograron ver que a pesar de todos sus esfuerzos la herejía continuaba, así como los ritos paganos, cada vez disminuía más la población y, sobre todo, esta región había dejado de ser novedad, por lo que era cada vez menor el número de misioneros que se embarcaban en estas tierras.

Uno de los principales problemas de la religión en el Nuevo Mundo, fue la disputa entre el clero secular y regular, ya que fueron los últimos los encargados de adoctrinar a estas nuevas almas, acción que se consideraba correspondía al clero regular. Estas disputas por los indígenas tuvo un cese en el siglo XVII ya que los naturales comenzaron un alejamiento muy marcado hacia los frailes. Si bien al inicio de la “conquista espiritual” mantenían un cariño y admiración por los frailes, viéndolos como un padre protector, a mediados del siglo XVI los frailes tuvieron que rendirse ante el sistema de maltrato al que sometían de manera reiterada al natural, debido a que siempre los vieron como a un menor de edad al que debían educar y reprender en cualquier momento, por lo que perdieron la imagen de defensor del desvalido. Además con la desintegración del orden social indígena ya no tenían ningún castigo si faltaban a los sacramentos. Sumado a esto, la desesperación por parte de los religiosos al no poder

erradicar por completo sus conductas paganas, ni convencerlos de ir a la iglesia, generó numerosos castigos, que sirvieron para aumentar más la distancia con los indígenas. En 1560 Gerónimo de Mendieta escribe la respuesta indígena de su reacción hacia el cristianismo:

Antes del cristianismo nadie actuaba de acuerdo a su propia voluntad. En vez de ello, todo el mundo hacía lo que se le ordenaba. Ahora tenemos gran libertad y es malo para nosotros porque no nos vemos obligados a respetar ni a temer a nadie (Gibson,2007, p.121).

Europa y los orígenes del movimiento religioso moderno

La proyección depurada de un proyecto. La Europa protestante

Aunque los antecedentes del discurso religioso católico en Europa son múltiples y variados, para el siglo XVI formaban ya parte de un debate dinámico y vital, fincado en los siglos precedentes, sumamente inteligente y fuertemente enraizado en algunas de las mejores tradiciones occidentales. Estas formas de interpretación religiosa estallaron en el siglo XVI, que se convirtió entre otros rasgos de personalidad, en el siglo de la Reforma y la Contrarreforma. Los efectos de esta discusión se verán reflejadas en América, y con más detenimiento en el virreinato de la Nueva España: formas de evangelización, distribución de los espacios en el convento, imágenes y discursos asociados a las mismas. En el siguiente apartado se abordarán varias de las dinámicas históricas que trajeron como consecuencia el surgimiento del protestantismo, detonador para la generación de las posturas religiosas, que en respuesta fueron más cercanas a España, dentro de la reacción ofrecida, conocida como Contrarreforma, cimiento que permitirá analizar y explicar algunas de las determinaciones y acciones que los frailes franciscanos siguieron dentro de la “conquista religiosa” implícita en la evangelización. La hipótesis básica que se sigue es la de explicar la razón de las cosas, a las que se suma la necesaria justificación del porqué, a pesar de las instituciones religiosas existentes en España, la labor evangelizadora franciscana manifestó particularidades en la construcción de conventos y la elaboración de documentos en la Nueva España, muy distintas a las existentes en Europa y con métodos de conversión que si bien pudieron haber tenido antecedentes en la acción propia con los moros recién sometidos, fueron en esencia originales y creativos, tanto en el discurso como en la construcción de espacios arquitectónicos. La hipótesis general del trabajo sigue

siendo básicamente la misma: la respuesta material plasmada en la construcción conventual se encuentra sólidamente arraigada en la historia. El desconocimiento de la misma conllevará a errores de interpretación tanto en la construcción como en los espacios asociados, falseando todo el sentido discursivo que posee.

Fueron muchas las variantes que estuvieron presentes dentro de la síntesis histórica que construyó, como ocurre con todo pensador, Martín Lutero a lo largo de su vida (1483-1546), en especial en 1517, año de la publicación de sus tesis en la iglesia del castillo de Wittenberg. Algunos de los principales elementos contemporáneos que estuvieron en juego y que influyeron decididamente en la conformación de su pensamiento, fueron el surgimiento de los estados nacionales, en especial España, Francia e Inglaterra, la existencia del creciente poder económico y político de las ciudades, el desarrollo de la burguesía, el peso de la conciencia humanista y el impulso del conocimiento laico, acrecentado por la invención de la imprenta pocos años antes. Todos en conjunto contribuyeron a formar una crítica hacia el poder supra nacional que se encontraba en contradicción (el papado), con el desarrollo de los primeros estados nacionales, de sus gobernantes, y de quienes financiaron tal empresa. Un rompimiento con el aglutinante social medieval se leía a través de la disputa religiosa, el paso hacia una nueva frontera en la concepción social humana, en especial en las formas de gobierno, pero con pretensiones universales asociadas con el catolicismo, sustento que retomó la casa de los Habsburgo.

Tanto las discusiones luego de 1517, (la publicación de las 95 tesis) como las que sustentaron la autoridad del Pontificado a lo largo de los siglos previos, centraron su atención en la autoridad universal de la institución pontificia, institución que se había enriquecido, contrario a los ideales cristianos, que había generado una jerarquía sumamente estructurada, en el que el papel administrativo de los ingresos varios fue cada vez más importante, en donde el papa fue determinante de disputas múltiples, desde juez internacional en asuntos de gran trascendencia como ocurrió con el tratado de Tordesillas en 1494, hasta la designación de la autoridades religiosas locales más acorde con los intereses económicos de cada región. La crítica hacia la institución pontificia incluyó argumentos -la venta de indulgencias y las limosnas por los jubileos- que fueron centrales, pero que a su vez generó e impulsó una serie de reformas hacia las propias órdenes religiosas. Ejemplo de esto último y de lo que hablaremos posteriormente lo tenemos con el notable esfuerzo encabezado por Ximénez de Cisneros en

España, por los propios agustinos en el nombre de Martín Lutero, de la posterior fundación de la Compañía de Jesús como una de las grandes banderas de la Contrarreforma, o del desarrollo del pensamiento de uno de los más grandes humanistas que conoció el siglo, el holandés Erasmo de Rotterdam.

El siglo XVI fue el siglo de la Reforma y de la Contrarreforma, se ha dicho. En esta disputa encontraremos muchas de las bases del pensamiento moderno, pero también del comportamiento individual y de creencias que, basadas en el libre albedrío y la incipiente conversión del dinero en capital, entre otras, serán de las vertientes principales del comportamiento de la burguesía, como señalará en *La ética protestante* Max Weber (2013).

Para Lutero hay una idea central. De no haberse dado, quizá hubiese seguido siendo un fraile agustino brillante sin duda. Pero al abordar el asunto de las indulgencias como institución de la iglesia con todas sus implicaciones, hizo que el problema de la fe se convirtiera en un problema de la Reforma Religiosa al ser de suyo una crítica implacable. La pregunta, aparentemente básica, parte de la siguiente premisa: ¿qué debo hacer para servir a Dios? Tal consideración se encuentra enraizada en la filosofía. De ella viene el complemento necesario y su consecuencia lógica: ¿servir a Dios implica el pago de indulgencias?, si ello es así, cómo sé que agrado a Dios con este pago.

El sustento teológico que fundó Lutero obviamente implicó una suerte de modificaciones tan grandes que provocó una división en la cristiandad no antes visto en la historia del catolicismo, marcando la existencia a grandes rasgos de dos bandos, obviamente con sus coincidencias, pero también ya marcados con sus notables diferencias. En tiempo y espacio, en el marco político y social que sustentaron a una y a otra, es la división entre católicos y protestantes. En lo nacional: España, Alemania, Inglaterra, Francia.

Europa, aunque sólidamente aglutinada bajo el fuerte cemento social que implicó la cristiandad, mostró cambios centrales en muy poco tiempo. Del siglo XIV a inicios del XVI surgieron una cantidad de actores, hechos y considerandos que inyectaron una nueva problemática al catolicismo. Central fue la afinación de dos formas de ver la cristiandad: la popular, y otra apegada a las élites, sumamente estructurada en función de jerarquías e íntimamente ligada a los poderes económicos y políticos nacionales y el papado. A ello se suma una serie de grandes pensadores que constantemente se encontraron revisando los preceptos

básicos del catolicismo. Los franciscanos y los cátaros –en el siglo XIII- en los extremos son explicables por este influjo.

Baste recordar y será ampliado en su momento, el que si hay un precepto que los franciscanos en Nueva España respetaron concienzudamente fue el de la obediencia y el respeto a las jerarquías, no es gratuita en esa línea la carta de Motolinia en 1555 al emperador, como la postura que asumen cuando se dio el conflicto con la primera Audiencia gobernadora a propósito de Hernán Cortés. Si se quiere ahondar en ello, baste recordar la pintura que aparece en el convento de Cuernavaca, a un costado de la capilla abierta.

El papa Inocencio III recibe a un grupo de franciscanos, obviamente entre ellos San Francisco. La grisalla no pasaría de ser una descripción sobre el origen de la orden, de la obtención de su bendición ante el papado, la representación de una escena del medievo en la Nueva España. Pero el lugar de su ubicación en el recinto es de gran importancia. Antecede la entrada al claustro, espacio exclusivo de los religiosos, escena que se verá reforzada por la presencia en el interior de la genealogía de la orden. Pero también es algo más: es el respeto novohispano y franciscano en lo inmediato a la autoridad papal, autoridad que como hemos dicho fue sólidamente cuestionada por Lutero. En el mundo protestante una imagen así hubiese sido imposible, amén de otras críticas, que existiera. El respeto a la autoridad papal fue incuestionable para la contrarreforma.

En Lutero también tuvo impacto, como en toda la cristiandad, el cisma religioso que permitió la existencia del llamado papa de Avignon, entre 1309 y 1377, tendencias y planteamientos de los pensadores medievales, en especial santo Tomás, (1224-1274), Duns Scoto, (1266-1308), Guillermo de Occam, (1280-1349), Juan de Torquemada, (1388-1468) Ximénez de Cisneros (1436-1517), como la celebración de Concilios, como el de Constanza (1414-1418) y el lateranense (1517). Martin Lutero, como Erasmo de Rotterdam (1466-1536), a los que se sumará Tomás Moro, formaron parte de un conjunto de pensadores que más allá de su visión del mundo, mostraron lo dinámico, junto con el pensamiento laico, de las ideas en un mundo que aparentemente se consideraba sumamente cerrado. Gracias a percepciones como la vida luego de la muerte, la importancia de la Virgen, el purgatorio, o el desarrollo inicial de la burguesía, pudieron encontrarse en medio de debates de mayor trascendencia.

Por lo antes dicho podemos ya entrever muchos de los problemas sobre el mundo religioso europeo al momento del descubrimiento de América. De importancia central y en clara

oposición al protestantismo será la posición de España respecto a la autoridad del papa, y el seguimiento de la más estricta ortodoxia, y por ende, la negación del libre albedrío. Por ejemplo, baste como mero señalamiento, Weber (2013) le dará una importancia central a esta última para que se de el advenimiento del individuo burgués.

Europa en el medievo

Entre los siglos XV y XVI la sociedad europea generó una revolución con repercusiones en todos los aspectos de la vida diaria, transformación que encontró su base en la época clásica. Centrado en la religión católica, a esta revolución se le llamó *Philosophia Christi*, siendo uno de sus principales divulgadores Erasmo de Rotterdam. Fue trascendental el desarrollo de la burguesía y la expansión de la visión del mundo, pero como suele ocurrir, todo cambio parte de la consideración del pasado. Se basó tanto en Jesús como en sus doctrinas, pero retomando la Sagrada Escritura, con lo que se eliminaron las deformaciones teológicas surgidas en el medievo, teniendo como meta fundamental lo puro, tanto en el cristianismo como en la ética (Rubial,1996). Se buscó una filosofía simple, que resultara accesible para todos. Es en esta misma época en que se dan las condiciones propicias para el nacimiento de los movimientos intelectuales más importantes: el Renacimiento y la Reforma, cuyo mayor interés fue la búsqueda de la fuente prístina de la religión y la cultura. Es con la Reforma que aparecen las tendencias católicas cuyo fin era una modificación profunda de la Iglesia, en donde podemos encontrar el impulso humanista fomentado por Ximénez de Cisneros (1436-1517). La reforma cisneriana es mucho más que un simple movimiento en contra de los abusos y excesos supuestamente sustentados en el nombre de la fe, ya que cristalizó las ideas de toda una época, dándose por ende una revuelta en la Iglesia nunca antes vista.

Al iniciarse la transición entre el Medievo y el Renacimiento, los españoles llevaban siglos en pugna con el islám, presencia que a pesar de los intercambios entre judíos, cristianos e islamitas, logró arraigar algunos de los elementos más ortodoxos de las tres religiones, que fueron palpables en la vida cotidiana. No es de extrañar que una forma política de cohesión, acaso la más importante, tuviese como punto de partida y fundamento el discurso católico enarbolado por los reyes de España y su política de expansión territorial. España se había consolidado como estado eclesial cuyo fin absoluto era la fe y la propagación de la misma para

la salvación primero de España y luego del mundo. El sustento de la reconquista fue la fe, su discurso político también. La política religiosa de la corona en esta época es explicada a través de tres aseveraciones: “Iglesia española, Iglesia una e Iglesia reformada” (Rubial,1996,p.39) en donde la primera es lograda con la obtención del Regio Patronato, que otorgaba al clero facultades sobre tierras y colonias. La segunda se logró con la expulsión de judíos y musulmanes, efectuada por los Reyes Católicos. Una vez resuelto esto, buscaron la tercer fórmula, iniciando una reforma al clero, purificándola para obtener mayor eficiencia, ya que la salvación de las almas era el tema más preocupante. Las órdenes religiosas, sobre todo las mendicantes, no estaban exentas de ello, y en algunos casos esta ya estaba en proceso. La orden de San Francisco se había dividido en dos ramas: la conventual, con una regla más relajada que permitía la posesión de tierras y el enclaustramiento, y la observante, fieles a la regla de extrema pobreza y predicación del evangelio, siendo ésta la que sustentó en mucho la reforma cisneriana. Cisneros, preocupado siempre por la calidad de los religiosos, instauró la Universidad de Alcalá, dedicada a la enseñanza eclesiástica elemental, media y superior, proyecto concebido desde que se ungió como arzobispo de Toledo.

En España surgió el “iluminismo” considerando una religión más interior, como única forma de encontrar la gloria eterna. Es gracias a este movimiento iluminista que el erasmismo penetra en España, pues mantenían puntos en común: cristianismo más interior, profundo evangelismo, un anhelo de la unión de almas con Dios, crítica a los malos frailes, renovación religiosa y moral, así como su visión optimista de la vida y gracia de Cristo. Si bien el iluminismo español nace antes de la publicación de las tesis luteranas -el protestantismo tiene orígenes anteriores a 1517- ambas doctrinas manifestaban un problema bastante antiguo, por lo que en no pocas ocasiones los iluministas fueron acusado de herejes. “El iluminismo español es, en sentido amplio, un cristianismo interiorizado, un sentimiento vivo de la gracia” (Bataillon,1982,p.167) aunque, como en toda corriente, se ve una separación en dos tendencias: del recogimiento y del dejamiento. El primero aboga por el conocimiento de Dios a través de la purificación del alma, mientras que el segundo aseguraba que todas las buenas acciones del hombre vienen de Dios, ya que por sí mismo él no puede hacer nada bien y debe luchar constantemente contra sus propios instintos y pasiones, que son las que lo alejan de Dios. Como señala Rubial (1996), a pesar de las fuertes críticas que mantiene Erasmo hacia los frailes, es en ellos que sus ideales adquieren varios de sus defensores, ya que muchas de sus

críticas eran compartidas por los observantes en contra de los conventuales, importante es resaltar que fue en la península ibérica donde esta filosofía tuvo mayor acogida, gracias a movimientos anteriores que de igual manera buscaron una purificación de la Iglesia.

...cada uno de entre ellos parecía un verdadero apóstol y un evangelio viviente, y por eso se les dio el nombre de hermanos del santo Evangelio.

Fray José Torrubia, ofm.

El aporte franciscano a la construcción de la Nueva España en el siglo XVI

La historia de la evangelización en la Nueva España, aparentemente, no es una historia novedosa, ni de la que no se haya escrito en diversas ocasiones a través de los años, con distintos y variados propósitos. Desde el siglo XVI, fray Toribio de Motolinía dedicó apartados de su *Historia* a una breve semblanza de la venida a la Nueva España de sus compañeros de orden, esfuerzo que corresponderá con mucha atención y cuidado otro importante franciscano, Jerónimo de Mendieta, en las últimas décadas del siglo XVI. Sosteniendo varios argumentos, y un discurso que posee aparentemente mucho de tono nostálgico, escribirá –entre otras cosas– sobre la historia de su orden en términos muy cercanos a la hagiografía. El destacado evangelizador Motolinía, el talentoso etnohistoriador fray Bernardino de Sahagún y el historiador fray Jerónimo de Mendieta, serán las plumas más representativas de la labor de los franciscanos en la Nueva España, a la que se sumará en los primeros años del siglo XVII, la obra de fray Juan de Torquemada, creador de una gran historia -casi de corte enciclopédico- de nombre en mucho sencillo y descriptivo: *Monarquía indiana*. Más allá de sus propósitos como divulgadores de la fe, y por supuesto sin proponérselo expresamente, la obra de estos cuatro franciscanos será sustento fundamental de la labor historiográfica para la formación de la nación mexicana en el siglo XIX. No sin razón, Enrique Krauze (2005) la enjuiciará de la siguiente manera:

Aunque aquellas obras sólo fuesen conocidas parcialmente (y muchas de ellas quedaran enteramente olvidadas o ignoradas hasta el siglo XIX e incluso el XX), el recuerdo del mundo precolombino recogido en ellas permanecería como testimonio inequívoco de la grandeza y complejidad de las civilizaciones prehispánicas, cimientos remotos de una futura patria independiente (p. 31).

No será producto del azar el que en el siglo XIX varios historiadores centren su atención en el rescate de tales trabajos, siendo motivo de gran atención por parte de personajes como Lucas Alamán, José María Luis Mora, José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra. El influjo de la importante presencia franciscana en la Nueva España no se detuvo por supuesto en el siglo XIX, pero el gran aporte hecho al recuperar sus escritos sigue siendo invaluable. Baste señalar a grandes rasgos en el siglo XX, la publicación en 1933 del ya clásico estudio de Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, al que se sumó pocos años más tarde *La arquitectura mexicana del siglo XVI*, de George Kubler. Estos esfuerzos se vieron enriquecidos con las reediciones y varias investigaciones de crónicas de importancia como *La historia eclesiástica indiana*, de Jerónimo de Mendieta, los *Memoriales* de fray Toribio de Motolinía, o, la *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada.

Otros esfuerzos alcanzaron particular relevancia por la forma en que abordaron la crónica de los mendicantes, causando por ello un alto impacto entre los estudiosos del tema. Uno de ellos, a pesar de haber sido revertidas algunas de sus propuestas con argumentos bastante sólidos, fue el del historiador norteamericano John Leddy Phelan, *El reino milenar de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, publicado por la Universidad Nacional en 1972. No obstante lo refutable de algunas de sus bases como señalaremos en el apartado correspondiente al hablar de los escritos de Mendieta, y Sahagún, parte importante de su trascendencia radicó en que marcó en parte importante una vuelta al estudio de las fuentes patrísticas novohispanas. Algunos de los resultados se dieron a través del análisis de estudios sobre el franciscanismo en el Medievo, en especial en Francia, proyectando esta base en el análisis de la explicación que ofrecieron Motolinía, y en especial Jerónimo de Mendieta sobre la realidad novohispana y el advenimiento, basados en La Biblia, del fin de los tiempos. El resultado de tal interpretación nos es ofrecida por el historiador Georges Baudot, en dos libros: *La pugna franciscana por México*, publicado en 1990 por CONACULTA y Alianza Editorial, y el otro un tanto anterior: *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, publicado en

1983 por ESPASA Calpe. El resultado de los anteriores estudios permitió un debate sumamente atractivo, en especial por la respuesta que ofrecieron los doctores Elsa Cecilia Frost y Antonio Rubial, a las principales tesis del estudioso francés.

En un destacado libro publicado en español a propósito de la celebración del quinto centenario del encuentro de Europa con América, el historiador inglés David A. Brading pondera nuevamente el discurso sobre el Milenio franciscano. No obstante los señalamientos críticos que se advertirán, conviene traer a colación los aspectos básicos de la propuesta milenarista, porque si bien podrá ser puesta en entredicho, la referida interpretación no ha dejado de ser difundida y referida, encontrándose presente en libros que poseen una alta circulación. *Orbe indiano. De la monarquía católica ala república criolla, 1492-1867*, es el caso. Además de ser amparada por la alta reputación del historiador inglés, señalada en libros como *Mito y profecía en la historia de México*, *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*, o, *La Nueva España: Patria y Religión*, la propuesta sobre el reino milenario parece haber convencido a no pocos historiadores.

El milenio franciscano, o las interpretaciones de un discurso

El sociólogo francés Emilio Durkheim propone que todo individuo para existir en sociedad, debe generar una construcción de relaciones, jerarquías y leyes que, aprendidas dentro de su contexto familiar inmediato, le permitan explicar tanto el funcionamiento de su propio ser como de las distintas esferas en donde se desenvuelve, sean estas la familia, la escuela, la iglesia. En ellas aprenderá las reglas básicas sobre qué es permitido y qué no, la asimilación de valores como la honradez, el respeto. En suma, la asimilación de las normas básicas de convivencia que permiten que las sociedades existan. Normas y valores se asocian en no pocas ocasiones con creencias, y así los amplios aparatos religiosos representan algo mucho más central que la, no menos importante, interpretación que es posible tener del mundo. Si ello ocurre con un individuo, el aparato social que lo soporta no deja de ser muy distinto.

Aunque se han señalado distintos antecedentes, se ha optado por apuntar que mayo de 1524 es la fecha de inicio del proceso de evangelización novohispana. En ese mes un grupo de doce frailes franciscanos arribó a Veracruz, luego de varios meses de su partida de la ciudad de

Sevilla. Algunos de ellos se convirtieron en leyenda dentro de la historia de su propia orden, y posteriormente, del territorio. Fray Martín de Valencia fue asignado como superior de tan central aventura, completando la significativa cifra de doce, entre los que se encontraban Toribio de Motolinía, Antonio de Ciudad Rodrigo, Miguel de Jesús, Francisco de Soto, Luis de Fuensalida y Francisco Ximénez. Ellos se sumaron a otros tres franciscanos que arribaron en 1523, destacando entre ellos la figura de fray Pedro de Gante. Poco después de su llegada, el 18 de junio de 1524, se celebró la primera reunión capitular para establecer las pautas mínimas a seguir para que se diese la evangelización novohispana, amén de que se difundieran las experiencias de los frailes con más tiempo en el virreinato.

El aprendizaje de las lenguas indígenas apareció como algo fundamental para la conversión. A finales del siglo XVI, Jerónimo de Mendieta hará referencia a algunas de las primeras vicisitudes de estos franciscanos, llamando la atención la que tiene que ver con la modificación que de su nombre hizo fray Toribio de Benavente, reflejo indudable del espíritu franciscano.

La historia es de la siguiente manera: al salir de Veracruz, después de rechazar tajantemente los caballos que para su traslado envió Hernán Cortés, iniciaron la larga marcha de ascenso que los llevaría a la ciudad de Tlaxcala, entre otros lugares. Lugar de paso obligado, baste recordar que para ese momento faltarían aún algunos años para que se diera la fundación de la ciudad de Puebla, el grupo de doce religiosos causó una alta sorpresa. En la llamada capital de uno de los pueblos que fue aliado de Cortés durante la guerra de conquista, la presencia española comenzaba a ser cotidiana. El grupo de frailes al arribar a Tlaxcala despertó mucha curiosidad, misma que se encontró fincada por la contradicción: cómo podían ser pobres y humildes estos religiosos, cuando los conquistadores precisamente se caracterizaban por lo contrario. Cómo podían ensalzar la pobreza siendo españoles, cuando en la experiencia previa habían llegado a excesos, como el de inventarse enfermedades que únicamente era posible curarse con polvo de oro. Los tlaxcaltecas quedaron impresionados. Rodearon a los franciscanos, y ante la admirada interrogación “¿pero quiénes son estos hombres tan pobres?” Toribio de Benavente escuchó que repetían la palabra Motolinía, Motolinía. El fraile se acercó a un soldado al que preguntó con suma curiosidad que querían decir con aquello. Este respondió, sencillamente, que el significado de Motolinía es el pobre. Dicen algunos que el franciscano arguyó: “este es el primer vocablo que sé en esta lengua, y

porque no se me olvide, éste será de aquí en adelante mi nombre”, otros en que el adjetivo caía perfecto dentro del espíritu franciscano, espíritu que al momento, y conviene tenerlo en cuenta, cumplía dos siglos. Toribio de Benavente será desde ese momento y para siempre Toribio de Motolinia.

Otra anécdota casi de santidad que ha sido contada recurrentemente, es la referida a fray Pedro de Gante. Dicho fraile, junto con el guardián en el convento franciscano de su ciudad de nacimiento, fray Juan de Tecto, iniciaron la travesía a la Nueva España recién fundada. Habiendo llegado en 1523, fray Pedro de Gante (se dice que el medio hermano de quien será Carlos V) tuvo un cambio significativo. Siendo tartamudo, al aprender el náhuatl, pudo superar esta condición, a tal grado que pronto se convirtió en un gran predicador en dicha lengua. Ello fue uno de los inicios del aprendizaje por parte de los religiosos de las lenguas nativas, siendo condición posterior de exanimación sobre las aptitudes de los predicadores de la fe. Curiosamente también, es sabido que gracias al aprendizaje del náhuatl, esta lengua conoció un período de expansión, misma que, como podría suponerse, no se vio interrumpida por la conquista militar. Fue así, por la conquista religiosa, que se dio una forma de preservación del mundo prehispánico, en términos lingüísticos y arquitectónicos, mostrados por el mismo fray Pedro de Gante, cuando organiza los primeros espacios de divulgación de la fe y analizando que en el pasado inmediato los indígenas celebraban sus fiestas religiosas en plazas, hizo una analogía ingeniosa de las mismas, inventando las que llamadas capillas abiertas, siendo un excelente ejemplo el del convento de la ciudad de Cuernavaca.

No sin razón, los conventos contemporáneos a la fundación de Cuernavaca, tuvieron, por un lado, una capilla abierta, y por el otro, un atrio de importantes dimensiones. Huexotzingo, Cuernavaca, Tepeaca, Toluca se caracterizaron por estas construcciones, siendo ambos elementos de alta innovación en la arquitectura novohispana, y, por supuesto occidental. A la conformación novedosa de los espacios, siguió una serie de elementos por demás singulares. David Brading (1991) lo escribe así:

Antes de encabezar la misión que fue a México, Martín de Valencia había sido el primer provincial de San Gabriel de Extremadura, nueva provincia creada a partir de un grupo de conventos ya renombrados por su austeridad y su dedicación a predicar el Evangelio a los moriscos de Granada. El primer arzobispo de México, Juan de Zumárraga, franciscano bien versado en los escritos de Erasmo, compuso un catecismo que explicaba la doctrina cristiana en lenguaje bíblico sencillo.

También en Michoacán, el obispo Vasco de Quiroga estableció hospitales en todos los pueblos indios y fundó dos comunidades siguiendo los lineamientos sugeridos por la Utopía de Moro (p. 124).

Si por milenio franciscano atendemos exclusivamente al entusiasmo puesto en tal obra, no podríamos encontrar ante ella objeción alguna. Brading (1991) lo ampliará así: “En España, la renovación del entusiasmo religioso precedió a la Reforma protestante, y la conversión de los naturales de la Nueva España debe considerarse entre las principales obras de tal renovación” (p.124).

Una utopía de frailes: Bernardino de Sahagún, Jerónimo de Mendieta. Hacia la invención del Nuevo Mundo

América no es descubierta, es inventada. La anterior afirmación que presentó Edmundo O' Gorman en su célebre libro *La invención de América*, parte de una serie de ideas consistentes, sintetizadas a grandes rasgos, en que el nuevo mundo fue producto más de la visión y escritura de los primeros cronistas que la refirieron, que de un hecho tácito y acotado anunciado desde la noche del once de octubre 1492, confirmado ya con claridad al día siguiente. Imposible era que el almirante de la mar Océano dijera ese día ‘he descubierto un continente’. Y es una idea por mucho bien sustentada la del historiador mexicano. Si bien Cristóbal Colón tuvo varios anuncios desde semanas antes de su llegada a tierra firme, la vista de aves, plantas y troncos de árbol flotando sobre el mar, un conjunto de islas es el primer contacto que fue divisado de lo que posteriormente se llamará América, ya más cercano tal bautizo a otra importante invención, la de la imprenta, pero así es muy difícil hablar en sí de un descubrimiento. América, por tanto, no fue sólo producto de un selecto grupo de capitanes y altos burócratas de la corona quienes rendían diversos informes. Es producto también de una multitud de noticias que no sólo los capitanes de los navíos ofrecieron en sus distintos escritos y relaciones a los personajes principales, sino además, quizá con mayor fuerza que en los documentos escritos, de un sinfín de charlas entabladas por los marineros que lentamente se comenzaron a difundir por España. Es probable que en las cantinas o las fondas como años después señalará Lope de Vega, o las plazas públicas fueron los lugares en donde se comenzó

a divulgar con mayor fuerza y a seguir inventando una parte considerable del misterio y el prodigio existente más allá del Océano. Relaciones y charlas acotadas probablemente, pero muchas de ellas quizá estuvieron marcadas y construidas más por la imaginación y la interpretación ilusoria de una realidad, que por el hecho mismo. América por tanto se fue inventando durante un proceso que ocupará muchos años.

Además del descubrimiento y sus decires, América se fue inventando también por la pluma de los principales cronistas y sus importantes escritos, acaso de los mejores escritores que se dieron en el Renacimiento. Un ejemplo lo tenemos con el cronista Pedro Mártir (1457-1526) y sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Al principio, América es una mención pasajera, pero en breve “la gran empresa marítima que entonces se iniciaba reclamará crecientemente su atención” (O’Gorman, 1972, p. 12) A Pedro Mártir, el que es quizá el historiador más antiguo del Nuevo Mundo, y del que entre muchas otras cosas, brinda la posibilidad de percibir que América fue un proceso inventivo que en el transcurso de pocos años creó una nueva visión del mundo, reclamando con ello su presencia en la cultura de su tiempo, se sumaron algunos más. La atención creció y llegó a la imprenta. Después de diversas indagaciones, vendrá el bautizo definitivo: “...el concepto de Nuevo Mundo pasará a ser el nombre propio para designar un imprevisto ente geográfico que, al irrumpir dentro del viejo y clásico molde tripartita, reclama el reconocimiento de su identidad.” (O’Gorman, 1972, p. 29.) Pedro Mártir, nunca creyó en la idea de que Colón había llegado a Asia. En la importancia de sus temas, a este cronista se sumará Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Ambos historiadores se refirieron al naciente Nuevo Mundo a través del ya existente libro impreso, origen de muchas conjeturas, y en ello vertieron lo que pronto imaginariamente y discursivamente se convirtió en el Nuevo Mundo: el creciente rumor de lo maravilloso y fantástico más allá del mar.

Entre 1492, año de la llegada de Colón a la llamada Isla Española, y 1519, año en que la expedición de Cortés entró a Tenochtitlán en el mes de noviembre, mediaron casi tres décadas. Primero, una lenta expansión y reconocimiento del territorio, la fundación de alguna villa, el paulatino descubrimiento en una primera tímida empresa, baste comparar los tres viejos barcos del descubrimiento, con los veinte navíos que meses después traerá el mismo Colón en el segundo de sus cuatro viajes. Todo ello fue marcando la personalidad y derroteros de la huella española, siempre creciente. No sin razón la primera mención que de América hace Pedro Mártir fue casi en forma marginal. Y luego, este espacio geográfico que fue efectivamente el

Nuevo Mundo, se transformó casi de inmediato en una tierra objeto de fundaciones urbanas, al igual que en su momento lo hizo el imperio Romano en España. Fue entonces ya común, luego del segundo viaje de Colón, que se dieran los diversos avistamientos de mares, los primeros contactos con la masa continental, la lenta apropiación de frutos y animales no conocidos en Europa, además de que en lo novedoso, los navegantes se encontraron con no pocos pobladores, hecho fundamental que fue el inicio de una gran cantidad de sorpresas, acercamientos, formulación de explicaciones, procesos de evangelización, y también –en su cara más negativa- el inicio de uno de los peores genocidios conocido en la historia humana, como señalará con atinado acierto el cronista franciscano Gerónimo de Mendieta años después.

La invención de América por supuesto no terminará en 1492 con el hecho del arribo de la expedición de Cristóbal Colón. En el tejido de los años, múltiples sorpresas se agregaron con el paso del tiempo hasta mezclar lo real con lo fantástico. La búsqueda de la fuente de la eterna juventud, la invención formidable de una ciudad en que todos los palacios y las casas, calles y plazas, eran de oro, los bautizos de mares y ríos con nombres traídos de la mitología, pero también y baste señalarlo como un rasgo central de distinción entre lo que será el virreinato de la Nueva España y las Antillas: el descubrimiento del hecho urbano en tierra firme. El fantástico avistamiento de las ciudades mayas.

Si bien podemos hacer referencia al descubrimiento, más tajante resulta la admiración causada cuando los españoles describen algunas de estas ciudades, pasando luego por las encontradas en el altiplano de México hasta llegar a una que debió de haber sido excepcional, no sólo por la construcción urbano arquitectónica, si no por el entorno ambiental en el que se encontraba inserta Tenochtitlán.

La ciudad conquistada en agosto de 1521, agregará a sus múltiples historias y quedará como marca indeleble del siglo XVI, la de convertirse en territorio de nostalgias y proyectos, la de ser sede de apariciones y portentos, grandes y formidables fundaciones y construcciones, y también con el andar de los años, la de ser el espacio no muy feliz de los vencidos en convivencia con los vencedores. Ya instalado el gobierno español, la ciudad de México fue el lugar de las múltiples cabezas de los poderes principales del virreinato: el arzobispo, el virrey, el cabildo, la Real Audiencia, las órdenes religiosas, los principales mercaderes, la Universidad, la Inquisición, y todos ellos con sus formidables construcciones y casas. Las familias más poderosas del virreinato tuvieron aquí su asentamiento. La centralización del poder fue de tal

magnitud, que por ejemplo y en tanto a la demarcación de caminos, tenemos que así como la ruta a Veracruz se sustentó en los nexos del virreinato con España, no pocos caminos por construir del mismo virreinato se orientaron hacia la antigua México Tenochtitlan. Herencia indígena por supuesto en no pocos casos, pero una herencia que los conquistadores supieron encauzar y, por supuesto, optimizar.

Podemos decir entonces que en agosto de 1521 no terminó la Conquista de México, antes bien apenas si esta comenzaba y la historia del siglo XVI no lo desmentirá. Un territorio desconocido y que se adivinaba potencialmente enorme, cabe recordar como ejemplo, la insistencia que Cortés tuvo por saber de una ruta hacia los mares del sur. Luego, las exploraciones que con el objeto de encontrar zonas mineras se emprendieron hacia los actuales estados de Guanajuato, Hidalgo, Durango y Guerrero, la conquista de los territorios nombrados en la actualidad de Jalisco y Michoacán, hasta el gran enfrentamiento que se dio con los pueblos llamados genéricamente chichimecas, pueblos nómadas y dispersos del norte, que al ejército español les llevará cerca de medio siglo en dominar. Si bien ello pudiese decirse que fue por el lado español y haciendo una discriminación, el mundo indígena, en especial los aztecas, enfrentarán una aventura por demás peculiar y molesta. Este pueblo como muchos otros de Mesoamérica fue orillado hacia un proceso de supervivencia cultural en muchos de sus rasgos distintivos, siendo quizá los más evidentes los relacionados con su religión, su “monarquía”, su forma de ver y entender el universo. La conquista implicó un ejercicio extraordinariamente rico de supervivencia cultural. Los historiadores norteamericanos Charles Gibson y James Lockhart han escrito sobre el particular, en libros cuyos títulos cercanos (*Los aztecas bajo el dominio español* y *Los nahuas después de la conquista*) vislumbran un problema que fue retomado durante el siglo XIX y que sigue siendo fundamental: cuál es la historia de los aztecas bajo el dominio español y cuáles sus formas de supervivencia cultural, hasta la Independencia de México. ¿Embrión del nuevo país? La discusión ante ello fue central durante el siglo XIX, origen de un esfuerzo considerable por el rescate de los documentos históricos precortesianos, que tuvo en Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez a dos de los más grandes “héroes de la historiografía” de nuestra historia.

Aunque con anunciada presencia por personajes importantes como fray Pedro de Gante, se tienen antecedentes de la orden de San Francisco anteriores a 1524, pero no es hasta mayo de tal año en que arribaron a Veracruz los llamados “doce”, descendientes de la provincia de

San Gabriel, como hemos señalado en otro apartado. Entre ellos vendrán fray Toribio de Motolinía, primero en narrar las múltiples impresiones e interpretaciones del territorio recién sometido, el célebre fray Martín de Valencia, fray Francisco de Soto, y el inteligente fray Antonio de Ciudad Rodrigo, a los que se sumarán años después los autores franciscanos, primero quien ha sido dado en llamar el pionero de la antropología, fray Bernardino de Sahagún y, posteriormente los cronistas fray Jerónimo de Mendieta y fray Juan de Torquemada. La historia del siglo XVI de la Nueva España difícilmente se comprendería sin la obra de estos cuatro franciscanos.

Felizmente franciscanos como hemos dicho, aunque siendo su principal motivación en la Nueva España la evangelización de los indígenas, aunque enraizados con las reformas varias que motivó el cardenal Ximénez de Cisneros, aunque continuadores de la importante disputa que se dio en contra de los cátaros en el siglo XIII -que fue uno de los móviles para que se diese la constitución de la orden de san Francisco-, aunque de alguna manera son actores y testigos de una de las más grandes empresas emprendidas por la referida orden a dos siglos de su fundación, y quizá otras razones más, tres de los cuatro escritores señalados, a los que haremos referencia en el presente apartado, (Motolinía, Sahagún y Mendieta) muestran variadas diferencias de intereses, entendibles en lo inmediato por el momento en que escribieron, la generación a la que pertenecieron, y aunque el proyecto principal al que se brindaron tanto en vida como en relación con su propia orden, y la personalidad y ánimo del virreinato en que sus textos fueron realizados, es distinta, los tres son notables historiadores.

Todo escrito es hijo de su tiempo, y en él se entremezclan distintas justificaciones y referencias del momento en que es redactado. Más impactante la realidad fue en Motolinía, más inmerso en la reconstrucción de una cultura ocurrió con las preocupaciones de fray Bernardino de Sahagún, más construido sobre la nostalgia de la labor realizada medio siglo atrás, fue el caso de la Historia de Mendieta. Entender el convento de Cuernavaca implica de alguna manera sumergirse también en los papeles de quienes fueron testigos de su fundación. Adelantamos como conclusión que todo convento implica una parte de la historia de la orden en la Nueva España y su integración se complementa con los papeles y escritos más relevantes de la orden. Todo proceso de restauración, por tanto, implica más allá del uso adecuado de las técnicas propias, la construcción mínima del significado histórico que para los franciscanos, en

este caso Cuernavaca, tuvo dentro del gran proceso de expansión que significó la evangelización novohispana.

Si a ello agregamos que no siempre encontraremos entre los frailes franciscanos, como ocurre con otros grupos, un cuerpo homogéneo y sin fisuras, en especial por los vientos que en el pensamiento y las creencias trajo el Renacimiento, resultará interesante establecer las relaciones que estos tres autores pudieron tener entre sus intereses y sus obras. Prueba de las fisuras de la orden es el caso de fray Alonso Cabello hacia 1572, según lo cuenta el historiador español José Miranda (1972).

Acusado de erasmista ante la Inquisición por sus propios compañeros de hábito, muestra la decadencia del influjo del pensador holandés a pesar de lo anotado por el mismo Miranda, o de personajes centrales y de gran importancia como el arzobispo fray Juan de Zumárraga, como anota el historiador español:

Difícil es ponderar el influjo de Erasmo en la Nueva España. Debido a la coetaneidad de este humanista con el movimiento de renovación, resulta imposible determinar, en la mayoría de los casos, si una proposición u opinión en la que coincide algún renovador con Erasmo está inspirada por éste o es parte del movimiento renovador (Miranda, 1972,p.109).

En el particular caso, consta como sus mismos compañeros buscaban libros de Erasmo en la celda de fray Alonso cuando este iba a misa. El joven humanista y lector de quien fuera una influencia determinante en la fundación de la iglesia novohispana, influencia decantada en no pocos evangelizadores, fue víctima de una actitud de denuncia y hostigamiento por parte de sus “hermanos”. Tal actitud no es ni por mucho muestra de un grupo que se ha cohesionado estrechamente entorno al pensamiento del nacido en Asís. Si a ello agregamos las viejas disputas franciscanas entre conventuales y observantes, tendremos una muestra de que la institución religiosa cimentada sobre la prédica de San Francisco lejos se encontraba de ser un todo homogéneo y sin fisuras a finales del siglo XVI.

Sin ser motivo de discordia, sino más bien de las múltiples posibilidades que se brindaban en la persecución de la labor evangelizadora, la obra arquitectónica se muestra como una variación de lo diverso y rico del pensamiento renacentista y de la intencionalidad en el logro del proyecto franciscano: los intereses y preferencias de priores y provinciales, ajustados a los propósitos planteados en los distintos coloquios de la orden, determinan que se invoquen ciertas pinturas por encima de otras, plasmadas efectivamente en los intereses del naciente

criollismo y difunden la pasión de Felipe de Jesús, o los que procuren acentuar la genealogía franciscana y plasmen pinturas sobre tal motivo en el claustro del convento de Cuernavaca, o coloquen, a un costado de la capilla abierta, la imagen de san Francisco ante el papa. Y estas discusiones probablemente ocurrieron en todos los conventos.

Por lo anterior, cabe recordar que una de las principales preguntas que han motivado el estudio de la arquitectura se encuentra sustentada en determinar el por qué de la forma en que fueron diseñados los objetos, misma que cuestiona a la sensibilidad y motivos iconográficos para determinar la jerarquía por seguir, más allá de los cánones establecidos para el privilegio en la ordenación de los múltiples objetos sacros, sean estos las custodias y relicarios, o arquitectónicos como campanarios, capillas, coros, ábside. Nueva España fue un territorio de fundación y de acelerada construcción de recintos para la difusión de la fe. La creación de las capillas de indios fue sumamente original, así como la idea de transformar y adaptar, base de su subsistencia, las plazas indígenas, convertidas en atrios. La invención pictórica y arquitectónica llevó a logros sonados como ocurrió con las pinturas de la nave principal en el convento agustino de Ixmiquilpan, las dos capillas abiertas del convento de Meztitlán, o la superposición de elementos tanto por la ubicación de la capilla abierta, como de la colocación del claustro en la parte norte del convento franciscano de Tlaxcala. Y de cada uno de los más de doscientos cincuenta conventos construidos en el siglo XVI se podría abundar.

Si en la arquitectura fueron muy claras las determinaciones impuestas por el principio de la realidad en el recién conquistado territorio, más aún se verán las múltiples inventivas en los escritos y propósitos de sus principales cronistas. Por tal motivo, y alterando un tanto la secuencia cronológica en la consecución de sus trabajos, que determinarían primero a Motolinía, seguido de Sahagún para concluir con Mendieta, se quiso privilegiar en esta exposición a fray Bernardino, quizá el heredero más preclaro del humanismo de su tiempo en la Nueva España, y el mejor portavoz en la reconstrucción de una cultura, urgida por las circunstancias de un cronista excepcional. Sin ser mexicana, por la pluma de este franciscano se pudo preservar mucho de la cultura de los antiguos pobladores del valle de México. Es, por sus escritos y su labor, un personaje de gran importancia en la historia de nuestro país, un héroe del pensamiento renacentista.

Fray Bernardino nació en 1499. Ya el mismo año de nacimiento nos señala una serie de elementos con los que se encontrará vinculada la vida de este hijo del pensamiento y del

Renacimiento español. La influencia humanista y franciscana aparecen desde su lugar de nacimiento que estuvo en la ruta a Santiago de Compostela. Sahagún, conoció en el año de 1257 la fundación del convento franciscano, no muy lejos del convento de los benedictinos, a poco más de tres décadas de haber sido fundada la orden. Casi un siglo después, fue creado en tal lugar un centro de estudios universitarios, convirtiendo a la población en un centro irradiador de cultura, que a su vez impulsará al joven Bernardino, en sus años universitarios, a trasladarse a la ciudad de Salamanca, donde encontrará muchos de los ecos y vientos de la revuelta intelectual que consiguio trajo el Renacimiento. Las referencias que hay sobre fray Bernardino indican que fue un hombre muy atractivo, de muy buena presencia física a decir de fray Juan de Torquemada, que parece fue descendiente de judíos portugueses. Sustenta tal argumento el gran manejo que tuvo del Antiguo Testamento, y en una comparación, promovida acaso por estas letras sacras, por la doble admiración que tuvo tanto por los judíos como por los indígenas, mostrando un interés sumamente alto por la historia, religión y costumbres de los habitantes de la posteriormente llamada Mesoamérica. Es muy probable que Sahagún viera a los indígenas a través de una serie de semejanzas con el pueblo judío. La indagación de su historia quizá tuvo, entre otros móviles, tal condición, una simpatía semejante a la que pudiese tener por los antiguos habitantes de Palestina.

La Universidad de Salamanca fue uno de los grandes centros de cultura de toda Europa a inicios del siglo XVI, y baste decir que este interés por la cultura fue compartido prácticamente por toda España. Lejos se encontraba de ser una nación que no valorara altamente la cultura.

La adquisición de la sensibilidad hacia las distintas lenguas, en especial el griego, árabe y hebreo, fue quizá también uno de los cimientos que a la larga le permitirán tener a fray Bernardino de Sahagún un particular acercamiento al náhuatl y a la cultura del pueblo que representaba. La siguiente referencia, muestra cabalmente mucho del espíritu que años después mostrará Sahagún en su interpretación del mundo náhuatl, y que él traerá constantemente a colación:

...porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías, de parte de Dios, fulminó contra Judea y Jerusalén, diciendo en el capítulo quinto, yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente muy de lejos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis ni jamás oísteis su manera de hablar; toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esa gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos,

y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios. Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles; fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes... (León Portilla, 1999, p. 36.)

En Sahagún parecen coincidir varias vertientes culturales de gran importancia, presentes en lo mejor del espíritu de su tiempo: su conocimiento y comprensión de las letras sacras, su condición de humanista y universitario, su vocación como fraile y un alto gusto por las lenguas y la cultura. Clara muestra del influjo del Renacimiento, y gracias a este influjo, se pudo consumir la hazaña de que mucho del mundo mexicano fuese preservado. A su vez, la hazaña de salvar del olvido la obra de fray Bernardino de Sahagún en el siglo XIX se debió al historiador José Fernando Ramírez, ya referido.

Nace en 1499, y los años de su juventud los vivió en España hasta 1529. Testigo es por tanto del ascenso de Carlos V, de la fundación de universidades, de la discusión de ideas, de la aventura intelectual de Erasmo y de su contemporáneo Martín Lutero. España y Europa entera se encontraban dentro de las transformaciones que trajo consigo el Renacimiento, sumado a los cambios favorecidos por el desarrollo de la burguesía, de las transformaciones radicales en la estructura religiosa, que permitirá la trascendencia histórica de la Edad Media. El destacado religioso fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fraile que vino junto con los doce en 1524, regresó a España dos años después. Reclutó a un grupo de nuevos misioneros, entre ellos a fray Bernardino de Sahagún, quien junto con otra treintena llegará a la Nueva España en 1529. Fray Bernardino nunca regresará a España, país por el que de seguro sintió nostalgia, pero que probablemente se encontraba ya lejos de sus nuevas y formidables preocupaciones.

Aparentemente sustentado en una forma de analizar el mundo a través del pensamiento de la antigüedad clásica, Sahagún orientó su estudio en tres grandes bloques a saber: cosas divinas, cosas humanas y cosas de la naturaleza. Tal soporte se vio reforzado además por la presencia de un importante filólogo en la España de la época, Antonio de Nebrija, protegido de Ximénez de Cisneros, estudioso de los idiomas, impulsor de la edición de la Biblia políglota, impulso que a su vez fue coincidente con el planteamiento de Erasmo en relación con las letras sacras. La síntesis de mucho de la inteligencia española se encontraba en la formación de fray Bernardino.

El año en que llega al virreinato, la situación política entre la primera Audiencia y Hernán Cortés lejos se encontraba de ser amable. Como resultaría lógico, la orden de san Francisco

tomó partido en favor del conquistador. Años después, la vecindad que se muestra entre el convento de la Asunción y la casa de Cortés en Cuernavaca dista de ser una casualidad. Es más bien una suma de afectos mutuos.

Fray Juan de Torquemada refiere el interés que pronto mostró Sahagún por los vestigios arquitectónicos, en especial por el llamado Templo Mayor. León-Portilla (1999) lo enjuiciará así:

El hecho de que fray Bernardino se preocupara por hacer pintar lo que podía aún verse del Templo Mayor poco tiempo después de su llegada a México, revela ya un rasgo de su carácter. Era hombre que desde un principio se interesaba por comprender las realidades de una cultura tan distinta (p.59).

En otras circunstancias también marcó una particular atención, visto de la siguiente manera:

Y en verdad que grandes eran las diferencias, con respecto a lo que conocía en España, que de continuo le salían ahora al paso. Tierra de muy acusados contrastes, antigua grandeza indígena, destrucción y reedificaciones; opulencia de los nuevos señores y de algunos antiguos caciques, miseria y sufrimiento muy hondos del común de los indios, tal se mostraba el país conquistado a los ojos de los recién llegados veinte jóvenes frailes (p.60).

La fundación del virreinato que le tocó en suerte observar distaba mucho de ser carente de conflictos. Los conflictos de Cortés y sus cercanos con los miembros de la primera Audiencia, crearon un ambiente de tensión que se sumó a la reconstrucción de la ciudad, a la reorganización económica y de producción, a la caída de la población indígena producto de las epidemias, en especial en el año de 1520. Felizmente, un personaje central en la historia de aquellos años, enfrentó con valor y decisión al presidente de la Audiencia Nuño de Guzmán. Nos referimos al erasmista fray Juan de Zumárraga.

Las distintas denuncias ante Carlos V trajeron como consecuencia la remoción de este grupo gobernante y la llegada de una segunda Audiencia, en esta ocasión liderada por un personaje que será también una leyenda: Vasco de Quiroga.

En los difíciles días de 1530, Sahagún comenzó por reconocer el territorio en donde vivirá el resto de su vida. Estuvo inicialmente en la ciudad de México Tenochtitlán, posteriormente en Tlalmanalco donde conoció a fray Martín de Valencia, encargado del grupo de doce frailes arribado en 1524. León-Portilla (1999) con inteligencia procurará la siguiente conclusión:

La convivencia con fray Martín, en quien Sahagún reconocía ejemplo de genuina virtud franciscana, contribuiría sin duda a reforzar en él los ideales en que se había formado desde que fue miembro de la provincia de San Gabriel de Extremadura (p. 75).

Luego pasó a Xochimilco. Un dato curioso es de llamar la atención. El convento franciscano en dicho lugar posee la advocación de San Bernardino, y era cosa muy sabida la devoción que Sahagún tenía por dicho santo. ¿Influyó en tal determinación? Fray Jerónimo de Mendieta así lo considera. Un cambio importante sufrirá en su vida, apoyo para su posterior trabajo y vocación, debido a la apertura del Colegio de Santa Cruz Tlatelolco, inaugurado en enero de 1536, de donde será maestro por muchos años.

Fray Juan de Gaona, fray Juan Focher, fray Andrés de Olmos y fray Arnaldo de Bassacio, echaron a andar el proyecto auspiciado por la corona española. Fray Bernardino permanecerá en Tlatelolco hasta 1540, año en que estuvo en varios conventos del valle de Puebla, para regresar en 1545, ampliando su permanencia en el colegio hasta 1558. El conocimiento de Sahagún sobre el pasado y la cultura prehispánica se fue ampliando, viéndose su labor plasmada en sermonarios, en la búsqueda del establecimiento de nuevos canales de comunicación con los indígenas, y en el acrecentamiento de su admiración por las obras culturales de los indígenas. Ejemplo de ello lo dejará en su *Historia general*. Las comparaciones y explicaciones que ofrece sobre las ciudades indígenas, revelan su condición renacentista.

“Los que de esta ciudad huyeron (alude a Tollan-Teotihuacan), edificaron otra muy próspera, que se llama Cholula, la cual por su grandeza y edificios los españoles en viéndola le pusieron Roma por nombre.” (Sahagún, Fray Bernardino, *Historia general*, citado por: León-Portilla, 1999, p. 90) El Renacimiento, la difusión de ideas, la construcción de su primer estudio sobre el mundo prehispánico, tuvo como nombre *Huehuetlahtolli*, cuya traducción literal es *Antigua palabra*. Su contenido es sintetizado por el mismo fraile, se sintetiza sobre “la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocante a las virtudes morales.” Y agregará: “Usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar.”

Sahagún no fue el único. Es quizá un rasgo evidente que caracterizó a no pocos frailes franciscanos, mismo que contagiara, entre otros, a personajes centrales del virreinato, como el primer virrey Antonio de Mendoza:

En lo concerniente al conocimiento de las culturas indígenas para informar acerca de ellas al Emperador, puede recordarse que fue Mendoza quien dispuso se elaborara el código que hasta hoy lleva su nombre (León-Portilla, 1999, p. 102).

A ello se sumó la elaboración de mapas sobre la ciudad de México, así como de un código sobre plantas medicinales, (código Badiano), la construcción de noticias sobre la llegada del segundo Arzobispo de México, Código de Tlatelolco, así como una primera versión del libro sobre la conquista de México, libro que será reformado hacia el final de la vida de Sahagún. El propósito central de tal encomienda fue: conocer qué implicó para los indígenas, en su concepción del mundo, el cambio en la estructura político militar ocurrido con la llegada de los españoles. Los testimonios indígenas hablan por medio de la pluma de Sahagún, mismo sistema que utilizará años después, hacia 1585, con un grupo de ancianos que fueron testigos de lo ocurrido sesenta años antes. Luego de Tlatelolco, seguirá una escala que será central: su estancia en Tepeapulco entre 1558 y 1561.

Para que la trascendencia de tal escala se diese, tuvieron que coincidir varios aspectos: primero, la conjunción del interés de más de treinta años por el estudio de las culturas indígenas, el decidido propósito por allanar el camino de los nuevos frailes que se incorporasen a la labor evangelizadora, brindándoles un conocimiento de las culturas por evangelizar, y un tercero que –por la orden recibida, más no por el objeto y sujeto por historiar- asemejará las preocupaciones tanto de fray Jerónimo de Mendieta como de fray Bernardino de Sahagún. El provincial del Santo Evangelio, fray Francisco de Toral hizo una petición a Sahagún, relatada por el fraile así:

A mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan.

El resultado posterior serán los doce tomos de los que está formada *La Historia General de las cosas de la Nueva España*.

Terminada su estancia en Tepeapulco, Sahagún regresó con su cargamento de testimonios de viejos indígenas a la que será su principal morada en Nueva España: Tlatelolco. La recopilación que llevó a cabo mostró ya mucho de la serie de tradiciones que se perdieron con la conquista, y por razones explicables a la misma dominación española, no fue sino hasta

el siglo XIX cuando se comenzaron a recuperar. La conclusión a la que llegó el franciscano es retomada con inteligencia por León-Portilla (1999): “Este acercamiento al mundo espiritual de los antiguos mexicanos revelaba un pueblo paradójico que practicaba los que se tenían como repugnantes sacrificios de seres humanos y a la vez daba muestras de profunda y elevada espiritualidad” (p. 127). El pasado del mundo prehispánico no debería de quedar en el olvido. El historiador de la Universidad Nacional Autónoma de México trae a colación una larga referencia de Sahagún, misma que nos muestra ya mucho de sus intereses adquiridos, método de trabajo e intenciones de una investigación que con creces le valió el calificativo de etnógrafo. Dice Sahagún:

Fui a morar a Santiago de Tlatelulco donde, juntando los principales, les propuse el negocio de mis escripturas y los mandé se me señalesen algunos principales hábiles con quien examinase y platicase las escripturas, que de Tepepulco traía escriptas. El gobernador, con los alcaldes, me señalaron hasta ocho o diez principales, escogidos entre todos, muy hábiles en su lengua y en las cosas de las antiguallas; con los cuales y con cuatro o cinco colegiales, todos trilingües, por espacio de un año y algo más, encerrados en el colegio, se enmendó, declaró y añadió todo lo que de Tepepulco truxe escripto. Y todo se tornó a escribir de nuevo, de ruin letra, porque se escribió con mucha priesa. En este escutrinio o examen el que más trabajó de todos los colegiales fue Martín Jacobita, que entonces era rector del colegio, vecino de Tlatilulco, del barrio de Sancta Ana (León-Portilla, 1999, p. 135).

Ya en Tlatelolco o en el convento franciscano de la ciudad de México, Sahagún siguió con su trabajo, reflejo de lo mejor del espíritu franciscano, que al momento se encontraba construyendo numerosos conventos. Los frutos de tal esfuerzo se verán cristalizados en el llamado Códice Florentino, también llamado Historia General, en medio de la epidemia de 1576.

Problemas, desencantos sobre la labor franciscana claramente escritos por Gerónimo de Mendieta, delinearon los últimos años de vida de Sahagún. La bien fundada duda sobre si había valido la pena el enorme esfuerzo realizado en seis décadas por convertir a los nativos, aparecía en los escritos y tribulaciones de no pocos frailes. Floración de sincretismos, falsas interpretaciones, deformaciones. El cronista Cervantes de Salazar lo traerá a colación de la siguiente manera:

Ellos (los indios) son tan inclinados a su antigua idolatría que, si no hay quien entienda muy bien su lengua, entre las sacras oraciones cristianas que cantan mezclan cantares de su gentilidad; y, para

cubrir mejor su dañada obra, comienzan y acaban con palabra de Dios, interponiendo las demás gentílicas abajando la voz para no ser entendidos (León-Portilla, 1999, p. 183).

La incompreensión de tal fenómeno desde un punto de vista particular, parte de que era muy temprano aún para que hubiesen podido medir la trascendencia de las múltiples culturas que formaban parte de Mesoamérica. Los elementos de supervivencia de las mismas aún perduran.

La *Historia general de las cosas de la Nueva España*, a más de cuatro siglos de haber sido escrita, sigue siendo un sólido monumento en el que converge la representación de la inteligencia de dos mundos aparentemente disímbolos: por un lado, el renacimiento europeo, por el otro, las costumbres, visiones y modos de vida de muchos siglos de las distintas culturas que habitaron el territorio de lo que hoy denominamos Mesoamérica. Gracias a la pluma de Sahagún y sus alumnos y testimoniales, podemos entender de mejor manera algunas de las vertientes históricas que conforman hoy la historia del país. No sin razón, en el nacimiento del México independiente, no pocos de sus mejores historiadores pusieron particular atención en el pasado indígena y en el rescate de algunas de sus principales fuentes para su estudio. *La presencia del pasado*, como con fortuna titula Enrique Krauze al estudio sobre quienes enfrentaron la hazaña de escribir nuestra historia en el siglo XIX, ofrece un papel de gran importancia a fray Bernardino de Sahagún, que rescatado por los héroes de la historiografía, como Joaquín García Icazbalceta y Francisco del Paso y Troncoso, forma parte en sus escritos y propósitos de la enorme hazaña del franciscanismo en la Nueva España en el siglo XVI.

La obra de Mendieta se nos presenta como un texto político-teológico cuya finalidad era defender a los indios de los abusos de los españoles y demostrar que los frailes, contra lo que expresaban sus enemigos, eran los únicos capaces de lograr la sobrevivencia y el bienestar de la Nueva España.

Antonio Rubial García

En la línea: Jerónimo de Mendieta

Un autor se encuentra estrechamente ligado a la historia que en suerte le toca vivir, a su circunstancia, la de su trabajo, y por la honra hacia éste tiempo procura la trascendencia del mundo en el cual enfrentó valores, desafíos, aventuras y propósitos, los que en suma, hacen de su vida y sus escritos sujetos dignos de historiarse. Los textos de Mendieta se convierten pronto, al igual que muchas otras fuentes patrísticas, en un reflejo de su mundo, los cuales serán una ventana sobre la confluencia de vidas y hechos, testimonios de una época que ya no existe, pero que al igual que en otros momentos de la historia, se proyecta hacia el futuro. Charles Baudelaire lo pondrá con más elegancia: "...Mira cómo se inclinan los Años difuntos/ En los balcones del cielo, con ropa pasada de moda."

Jerónimo de Mendieta es una de las grandes personalidades que se dio en el siglo XVI novohispano como fraile franciscano, pero también y en especial como un humanista, como defensor de los indios en un período de crisis en el virreinato, y por supuesto, situado en nuestro contexto, fue contemporáneo de uno de los momentos fundacionales de las casas de la orden, momento en que se dio el desarrollo del convento de Nuestra Señora de la Asunción.

En la historiografía varios textos refieren la vida de este fraile franciscano; de entre ellos destaca la serie de trabajos del historiador Luis González, una investigación de José Luis Martínez de un proyecto aparentemente trunco de nombre *Historiografía mexicana del siglo XVI*, a los que se agregan el afamado estudio de John Leddy Phelan, y las indagaciones que

sobre su obra han hecho Patricia Nettel, Antonio Rubial, José Revueltas Valle, Elsa Cecilia Frost, Enrique Florescano, George Baudot y Carlos Assadourián, por supuesto entre un largo entre otros¹.

En conclusión, ha sido Mendieta un historiador muy estudiado, interpretado y consecuentemente comprendido de distintas maneras, condición que ha originado no pocas polémicas, algunas referidas a argumentos un tanto voluntaristas, otras con una clara concepción de las razones que motivaron a que el autor franciscano utilizara ciertos argumentos, y no otros. Cabe destacar en ese sentido los brillantes trabajos de los doctores Elsa Cecilia Frost y Antonio Rubial.

Podemos adelantar que no fueron ni por mucho agradables los años que le tocaron vivir en la Nueva España a este franciscano, viéndose su trabajo notablemente afectado por ello. Pero es de llamar la atención que a pesar de tener relativamente pocos años de que fue encontrada *La historia eclesiástica indiana* por Joaquín García Icazbalceta, es hacia el año de 1870 en que se da la noticia de su existencia y primera publicación. Fue impresa nuevamente en 1945, casi siete décadas después, en la editorial de Salvador Chávez. De ella tenemos posteriores reediciones en la Biblioteca Porrúa, y, en forma más reciente, por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en 1997. Mendieta, además de los trabajos mencionados,

¹ Véanse: González, Luis, *Jerónimo de Mendieta. Vida, pasión y mensaje de un indigenista apocalíptico*, México, El Colegio de Michoacán, 1996. Martínez, José Luis, "Gerónimo de Mendieta", en: Estudios de Cultura Náhuatl, Universidad Nacional Autónoma de México, número 14, 1980. Phelan, John Leddy, *El reino milenarismo de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972. Nettel, Patricia, *La utopía franciscana en la Nueva España*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2010. Rubial, Antonio, "Estudio preliminar. Fray Gerónimo de Mendieta: tiempo, vida, obra y pensamiento", en: Mendieta, fray Gerónimo, *Historia eclesiástica indiana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Cien de México, 1997. Revueltas Valle, José, *La ciudad de México en el siglo de Sor Juana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2001. Frost, Elsa Cecilia, "¿Milenarismo mitigado o imaginado?" en: *Memorias del Simposio de Historiografía mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. Florescano, Enrique, *Memoria mexicana*, México, editorial Joaquín Mortiz, 1987. Baudot, George, *La pugna franciscana por México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. Assadourián, Carlos Sempat, "Memoriales de fray Gerónimo de Mendieta", en: *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, volumen XXXVII, número 3.

es un historiador que constantemente llama la atención, y del que tampoco se ha dicho la última palabra.

Mendieta se encontrará por su circunstancia histórica, a diferencia de sus dos compañeros de orden referidos, más cercano a los influjos del Concilio de Trento. Es el mismo territorio, pero las condiciones habidas entre 1519 y 1590 –por situar dos límites- lo hicieron un mundo sujeto a muchos contrastes y cambios. Es el siglo de la imposición española. Mendieta nació en 1525 en la ciudad de Vitoria, en el norte de España, llegando en 1554 al virreinato de la Nueva España, portando ya el hábito de San Francisco. Como Motolinía y Gante, entre muchos otros, Mendieta fue un excelente confesor, caracterizándose, al igual que otros miembros de las distintas órdenes religiosas, por su conocimiento de las lenguas nativas. Patricia Nettel (2010), siguiendo los escritos de Mendieta, ubica su importante labor como misionero en los siguientes cinco rubros:

- Participó en la construcción de iglesias y monasterios.
- Contribuyó a la fundación de pueblos de indios, dada la política de congregación de los mismos.
- Escritor de las cartas y documentos de la orden, dado su claro estilo, ante el rey Felipe II. Encargado de hacer la historia de la orden en el virreinato.
- Maestro de religiosos incorporados a la orden franciscana.
- Fue acompañante de los provinciales a los Capítulos de la orden.

Jerónimo de Mendieta en 1570 regresó a España donde no se encontró a sus anchas. Su vocación y problemas estaban al otro lado del Atlántico. Solicitó por tanto ante el Obispo de Tucumán regresar a la brevedad al nascente virreinato. Conseguido su propósito, el Padre General de la Orden le instruyó en 1573 su regreso, indicándole además que escribiera una historia sobre la labor franciscana en la provincia del Santo Evangelio, siendo la encomienda uno de los orígenes de su *Historia*. Tal labor le llevará 23 años. Mendieta murió en mayo de 1604, y es hasta ahora que la importante discusión y estudio sobre sus escritos cumplirá apenas unas seis décadas. Lo que sí es claro, es que el período histórico que le tocó vivir en la Nueva España, el virreinato enfrentó una serie de transformaciones en las cuales la orden de san Francisco ocupó un lugar sumamente importante en la defensa de los indios, casi como si fuera continuidad espiritual de las aguerridas luchas que el padre las Casas había realizado

años antes. Gerónimo de Mendieta fue un humanista que estuvo al servicio de las mejores causas de los pueblos.

En la supuesta consecución de una línea de continuidad de la orden franciscana durante el siglo XVI en la Nueva España, más allá de su primera influencia erasmista y posterior tridentina, tanto Patricia Nettel (2010) como Antonio Rubial (1997) insistirán en un aspecto de gran relevancia que conviene traer a colación:

Todos los elementos de la historia de las órdenes mendicantes en Europa se reproducen de manera original en la Nueva España. Primero, respecto al gobierno espiritual de los indios, con la tentativa de fundar una iglesia pobre, fuera de la estructura del clero secular. Después, respecto al gobierno temporal de los indios, por la aspiración de conservar la sociedad india bajo la tutela de los religiosos (Nettel, 2010,p.26-27).

Es allí, en el derrumbe de la sociedad indígena y el alto despoblamiento que la acompañó, en donde muchas de las labores y escritos de Mendieta encontrarán un fundamento y una posición, misma que dignificó a los franciscanos y a los espacios en donde llevaron a cabo la conversión y la defensa de los indios.

Una parte importante de las disputas de los religiosos mendicantes, de acuerdo con la defensa de su particular visión de la evangelización, se centró en la implantación del cobro del diezmo por parte del clero secular, a la que se sumó su posición ante las formas de difusión de las imágenes, y, por supuesto, por la implantación de altas tasas de explotación hacia los nativos por parte de los funcionarios de la corona². En atención a su condición como evangelizadores y ante el desarrollo de nuevos e impositivos intereses hacia los nativos, la famosa parábola de San Lucas sobre la invitación de los hombres a comer, se convertirá en uno de los soportes con los cuales apuntalará su Historia. Mendieta la ubicó hacia tres sujetos identificados claramente: judíos, moros e idólatras. Patricia Nettel (2010), a diferencia de Phelan (1972), lo sintetizará de la siguiente manera:

² En cuanto al segundo punto, véase: O’Gorman, Edmundo, *Destierro de sombras. Luz en el origen y culto de la imagen de Nuestra Señora deGuadalupe del Tepeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Para cada nación había una forma de conversión. A los judíos bastaba con proponerles la palabra de Dios. A los moros era necesario, por estar pervertidos por Mahoma, evangelizarlos con la predicación y el buen ejemplo. En el caso de los indios, por su absoluta ignorancia, era necesario obligarlos, pero sin violencia, a entrar en el camino de la verdad, con la autoridad de padres espirituales a quienes los hijos tienen la obligación de temer y respetar. He aquí la utopía franciscana para la Nueva España (p.31).

Otra explicación que se presenta como evidente es posible esbozarla de la siguiente manera: ante el encargo de la redacción de una Historia de la Orden en la Nueva España, a qué argumentos históricos, religiosos y propios del franciscanismo será posible recurrir para cimentar lo que a la larga será *La historia eclesiástica Indiana*.

El uso de tal parábola también se explicará por la encomienda recibida por parte del General del Orden: la adaptación del extraordinariamente complejo discurso católico a un hecho también extraordinario: el descubrimiento del Nuevo Mundo y de sus habitantes. ¿Cómo explicarlo?, ¿cómo justificar la labor franciscana en el Nuevo Mundo?, ¿cómo explicar los problemas y conflictos en que fueron perdiendo autoridad ante el surgimiento de otros poderes como el clero secular?, ¿qué papel asignar a los principales actores de la empresa española en América, desde Cristóbal Colón, hasta el Rey Felipe II, sin omitir por supuesto a Hernán Cortés y Carlos V?

Ante el encargo del escrito y los múltiples hechos históricos, otra realidad demandó la atención del proyecto franciscano, una realidad que escapaba a toda posible previsión. Los años de 1520, 1545 y 1576 se caracterizaron por ser años de grandes epidemias entre la población indígena. Se calcula que de los aproximadamente 25 millones de indígenas que habitaron Mesoamérica en 1519, la población descendió primero a unos siete millones hacia 1548, tres millones hacia 1568, y poco más de un millón hacia 1595. La preocupación franciscana no fue escasa, ya que además del grave descenso poblacional, el visitador del Rey, Jerónimo de Valderrama, trajo a principio de la década de los sesenta una serie de instrucciones para gravar a los habitantes de la Nueva España, en sus dos repúblicas, de indios y de españoles. El problema se complicó con la intervención de los grupos económicos y políticos de mayor peso al ver sus intereses afectados. Ante la visita de Valderrama, se confrontó con mayor fuerza el papel de los religiosos regulares en tanto a la preservación y

evidente descomposición de la jerarquía de la sociedad indígena. Patricia Nettel (2010) comenta al respecto:

Los encomenderos, la Audiencia y el Arzobispo deseaban limitar el poder de los religiosos que eran el obstáculo para aumentar el tributo e imponer el diezmo. Era, entonces, necesario destruir la base del poder de los frailes: los señores naturales (p. 36).

Baste recordar que la preservación de la estructura de poder indígena luego de la conquista se convirtió -en primera instancia- en la base para la implantación del poder español y la fundación del virreinato. Encomiendas, tiras de tributos, distribución de pueblos se encontraban sustentadas en el respeto a la jerarquía anterior a la conquista. Seriamente afectada esta base por el descenso de la población, el solicitar un aumento en el monto de las encomiendas, ocasionaría una explotación aún mayor de la ya debilitada población indígena, así como un debilitamiento de la estructura religiosa que no cumplía aún medio siglo de existencia. Sin población indígena, no existe una razón que justifique la evangelización, y la misma ante lo categórico de la realidad se enfrentaba ante su lógico desencanto.

Patricia Nettel (2010) sintetiza muy claramente el problema:

El conflicto entre el arzobispo Montúfar (quien llega a la Nueva España en 1551) y las órdenes mendicantes estalló en 1555 en razón de la resolución tomada por los obispos de imponer el pago del diezmo a los indios. El año siguiente, el Rey ordenó mediante una cédula de imposición decimal a los indios de la Nueva España. En 1557 las tres órdenes en su conjunto hicieron un memorial explicando las razones por las cuales no se debía imponer el diezmo a los indios. Después de este memorial se expidieron tres cédulas reales favoreciendo la acción de las órdenes mendicantes: que los indios no pagasen el diezmo, que los frailes pidieran edificar sus monasterios sin permiso de los obispos, que nadie impidiera a los religiosos la administración de los sacramentos (p. 39).

La llegada de Valderrama pocos años después y su imposición de nuevos elementos de tributación, será una de las bases que justificarán la defensa de la labor y organización social de la orden de San Francisco. Es una de las bases de la redacción de *La historia eclesiástica indiana*.

Un arzobispo tenaz en su lucha en contra de los regulares, lucha que entre otras consideraciones fue una de las vertientes que justificó la maravillosa invención de la Virgen de

Guadalupe, un proyecto franciscano que fue atacado por su estrecha relación con los indígenas, el abandono de la simpatía de los virreyes por las órdenes religiosas luego de Antonio de Mendoza y Luis de Velasco. En suma, tendremos un conflicto que encaraba el serio problema de la organización de la iglesia indiana, y a ello dio respuesta la orden de san Francisco a través de los escritos de Mendieta. En síntesis, solicitaban la extracción de la población nativa de la jurisdicción de la Audiencia Real y del clero secular, dejándolos por tanto, en manos de los frailes en lo concerniente a educación, evangelización, administración de los bienes de los pueblos y preservación de la estructura social prehispánica. Obviamente la oposición ante tal proyecto fue categórica, y el proyecto franciscano de la república de indios, obviamente encontró mayor conflicto y oposición ante la llegada del visitador Jerónimo Valderrama en 1563. Nettel (2010) escribe:

...entre 1563 y 1565 Valderrama llevó a cabo una reforma en la manera de cobrar el tributo que cambió radicalmente la faz de la Nueva España. Con la acción del visitador se dio fin al proyecto político de las órdenes mendicantes de conservar bajo su protección el orden de la sociedad india tal como había sido el deseo de fray Bartolomé de las Casas (p. 45).

La descomposición social se acentuó al minar las bases de la estructuración jerárquica indígena, base que era el cimiento más importante, como ha sido mencionado, del proceso evangelizador. Los indios no se encontraban en posibilidades de pagar un tributo mayor dada su condición de pobreza y mortandad. Entonces ¿pagar tributos, ser sujetos de las terribles epidemias, y ser sometidos por encomenderos, era “el beneficio” que obtenían por haberse convertido al cristianismo? La conciencia franciscana debía de dar respuesta a ello, ya que las mismas imposiciones traídas por Valderrama alejaban a los indígenas del convento. Era allí en donde muchos fueron sometidos para ser llevados a realizar trabajos forzosos.

En los últimos años del siglo XVI el desencanto por lo vivido en las tres últimas décadas era sumamente evidente. De nuevo epidemias, el desarrollo de ciudades mineras en donde los niveles de explotación indígena se incrementaron, un descenso muy marcado de la población nativa, obligó y delineó una reflexión sobre la labor de la orden desde su llegada en 1523 con Gante, Tecto y Aora. El balance incluyó una etapa idílica, la fundacional, en la cual las biografías de algunos de los principales frailes fueron escritas. Fue la edad dorada en que los grandes evangelizadores, en la interpretación de Mendieta, fundaron el proyecto franciscano: Martín de Valencia, Pedro de Gante, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Motolinía, Juan de

Zumárraga, Bernardino de Sahagún, Jacobo de Testera, entre muchos otros aparecerán en su libro. “Varones todos de mucha penitencia, y muy austeros en el comer y en el beber,” como dirá Mendieta. Puente que fue entre dos mundos, el de la utopía y el del desencanto, defendió con vehemencia la labor franciscana, marcando sin embargo un sabor amargo en su conclusión escrita por la doctora Nettel (2010):

En el capítulo XLVI del libro IV de la *Historia Eclesiástica Indiana* advertía que él, a diferencia de Motolinía, para terminar su historia no podía ofrecer cantos de alabanza a Dios por la conversión, porque habiendo visto buena parte del principio y viendo el triste fin de la Iglesia indiana, consideraba más justo lamentarse con lágrimas y voces que legaran al cielo, como Jeremías lo hacía frente a la Jerusalén destruida (p. 60).

Ante tal panorama, los indicios de santidad de necesaria vuelta a las creencias católicas se hacían imprescindibles, y en Cuernavaca las tenemos con la pintura en la nave de la pasión de Felipe de Jesús. Hijo de nobles y ricos de la Corte Imperial de México, nació, presumiblemente, en la Ciudad de México entre 1572 y 1576, y estudió en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, teniendo un gran interés en la vida monacal, por lo que ingresa al convento de los Descalzos Franciscanos de santa Bárbara en Puebla, sin embargo, al no ser lo que esperaba, abandona al poco tiempo el convento. Después de dejarlo, no es mucho lo que se sabe de su vida, algunas personas aseguran que llevó una vida banal y de ocio con algunas travesuras juveniles que le valieron la desaprobación familiar, aunque no existen pruebas de ello, lo que sí se sabe es que sus padres, decepcionados por el abandono del convento y sin ver un oficio claro para el joven, deciden enviarlo a las Filipinas como comerciante.

Al poco tiempo de llegar a Manila, ingresa al convento de santa María de los Ángeles, de los padres descalzos de san Francisco, siendo de los primeros novicios del lugar, y el 22 de mayo de 1594 adopta el nombre de Felipe de Jesús, dejando el apellido de Casas. Pasando un tiempo en el noviciado decide tomar el hábito, pero debido a la falta de prelados en Manila era imposible que lo hiciera allí, por lo que solicita licencia para regresar a la Nueva España a ordenarse, embarcándose en 12 de julio de 1596 en el San Felipe, donde los tripulantes lo nombraron también San Felipe.

A los cuatro días de salir del puerto, una tormenta azotó el barco, volviendo sumamente peligroso continuar la travesía hacia México, por lo que se vieron obligados a dirigirse a Japón, llegando seis días después al puerto de Hurando, donde el gobernador los conduce al puerto y

con artimañas los hace encallar, obligándolos a bajar a tierra donde les advierte que para poder emprender el viaje deberán solicitar la autorización del emperador. Organizado el comité que se presentaría ante el dignatario con un presente para que les permitiera el viaje, solicitan a Felipe que los acompañe, y a mitad del camino, cuando les notifican que el emperador tardaría más tiempo en recibirlos, le piden a Felipe haga una diligencia en el convento de Meáco, donde cumplido el encargo, es asegurado por guardias del gobernador Giburaxo, quedando encerrados el comisario, tres religiosos, Felipe y doce japoneses cristianos del 9 de diciembre al 30 de diciembre, sin embargo, al llevar el santo un presente al emperador y no aparecer su nombre en la lista de los presos pudo haber escapado, pero él se negó de manera rotunda sabiendo que sus hermanos morirían.

El 30 de diciembre fueron apresados, sacándolos amarrados por un cuarto de legua, donde eran vejados por los vecinos, hasta llegar a la cárcel donde estaba fray Martín de la Ascensión, tres religiosos de la Compañía de Jesús y tres japoneses cristianos. Al sexto día de su encierro fueron sacados para ejecutar la sentencia que marcaba, en primer instancia, que les cortaran la oreja izquierda y la nariz, aunque esto último fue perdonado, Felipe ofrece el martirio como una disculpa por el tiempo que no escuchó a Dios. Después de esto fueron regresados a la cárcel y posteriormente llevados, durante treinta días, hasta Nagazaki donde morirían, pero aún en el camino siguieron predicando la palabra de Dios, por la que morirían, encontrando también dos presos más Francisco Carpintero y Pedro Suquexico.

Llegan a Nagazaki el 5 de febrero de 1597, a una loma donde habían dispuesto las 27 cruces donde morirían los presos, al ver la suya, Felipe se inclina y llora de alegría ante su destino. Una vez puesto en la cruz, el palo que lo sostendría entre las piernas fue colocado demasiado bajo por lo que al ser levantado se deslizó y la argolla que los sostenía del cuello comenzó a ahorcarlo, por lo que suplicó que se le acomodara, aunque esto le fue negado y procedieron a atravesarle las lanzas en los costados, teniendo tres en total. Al morir, llamó tres veces a Jesús encomendando su alma, mientras los cristianos recogían su sangre en pañuelos y sombreros.

Después de grandes esfuerzos para conservar el cuerpo del mártir, fue traído a México con suma alegría, siendo el primer santo de origen mexicano, sus reliquias fueron guardadas en diferentes conventos, por ejemplo en Catedral se encontraban dos huesos suyos, en Santo

Domingo una cruz hecha de la misma cruz donde murió, en San Jerónimo un pulgar, en San Francisco un hueso y una túnica y en Capuchinas y los Remedios mantos con su sangre.

En 1627 los mártires fueron beatificados, y para septiembre de 1678 se celebró la primer misa en honor de San Felipe de Jesús, con una gran fiesta, a cuya procesión fue invitada la madre del santo, dispuesta a un lado del Virrey y otorgándole una renta vitalicia para ella y sus hijas, aunque murió tan sólo quince días después de la celebración.

Capítulo II

Análisis de la traza urbana

... apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas; y en las obras á unos tomaban vigas, y otros caían de alto, sobre otro caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras... Todos los materiales traen á cuestras: las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas; y como les faltaba el ingenio é abundada la gente, la piedra ó viga que habían menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, y es su costumbre que acarreando los materiales, como van muchos, van cantando y dando voces; y estas voces apenas cesaban de noche ni de día, por el grande hervor con que edificaban la ciudad los primeros años.

Motolinia.

Traza urbana en la Nueva España

A la llegada de los españoles, el proyecto primordial en la Nueva España era reorganizar el territorio, pues, a diferencia de lo que hicieron en otras partes, donde la urbanización no fue sino hasta años después, en México la colonización estaba obligatoriamente ligada a la organización territorial. Las razones para estas diferencias pueden ser varias. Kubler (1983) apunta que los años transcurridos luego de la conquista, influyeron positivamente en el planteamiento ideológico de la colonización, ya que en México se había abrazado el humanismo, caso contrario de lo que ocurrió en España durante la ocupación de Perú, ya que su territorio resultaba más problemático de colonizar, al igual que la dominación de los indígenas. Además, como consideración básica, la urbanización no era prioridad para la Corona, sino para el clero, como una de las necesidades para la conversión de los naturales. Esta labor no fue nada sencilla, pues implicó destruir sus formas de vida, así como muchas de sus costumbres, ya que en algunos casos esta reorganización implicaba cambiar comunidades de lugar, y en otras regularizar las ya existente. Dentro de esta labor se incluyó la creación de un centro fuertemente protegido a la que servían una serie de ciudades españolas, mineras y

artesanas, así como ciudades de indios donde se habían colocado a las comunidades sedentarias y nómadas, por lo menos del centro del país.

La traza de las poblaciones contó siempre con el asesoramiento de los indígenas, utilizando en algunos casos los núcleos urbanos ya existentes. Se sabe incluso que la proyección de poblaciones posteriores a 1521 fueron asistida por los tlaxcaltecas y mexicas, ejemplo de esto sería San Cristobal de las Casas, antes Villa de Chiapa, o con la ayuda de los otomíes, en el caso de Querétaro. Con esto se buscó congregar a los habitantes que estaban de manera dispersa cerca de estos núcleos, con el fin de posibilitar la evangelización, así como el adoctrinamiento en el modo de vida occidental. Debido a la gran extensión del nuevo territorio y al desconocimiento que tenían los españoles del mismo, era necesaria una organización que facilitara las tareas tanto misionales como de control, usando como base la distribución del mundo mesoamericano, sobre todo al centro de la Nueva España en la primera etapa de urbanización, pasando más adelante a Hidalgo y Michoacán en el norte, en el sur con Oaxaca y Chiapas, y Yucatán hasta 1541.

Tomando el ejemplo de la Ciudad de México, se puede ver que en algunas poblaciones el carácter simbólico fue de gran peso al momento de elegir emplazamiento, si bien el lago donde se encontraba Tenochtitlán no representaba de ninguna manera el sitio perfecto para erigir la capital del Nuevo Mundo. Tal condición hizo dudar al propio Cortés pues se le consideraba insalubre, propensa a inundaciones, sin posibilidad de desarrollo agrícola y peligrosa ante el levantamiento indígena. Kubler (1983) considera que fueron tres los puntos que permitieron que se definiera en favor de la reconstrucción de la capital mexicana: la capacidad económica, pero, sobre todo, el prestigio y el valor estratégico con el que ya contaba la ciudad. No debe olvidarse que para poder subyugar a una cultura se debe imponer la nueva, y la construcción de la ciudad sobre las ruinas del mundo prehispánico representaban el simbolismo perfecto para lograrlo, además se evitaba que los restos de los templos ceremoniales sirvieran como memoria del viejo mundo, lo que sin duda alguna hubiera retrasado por mucho la evangelización. Kubler (1983) asegura que “Al ocupar Tenochtitlán, los europeos destruyeron la imagen anterior a la Conquista y se identificaron con la tradición política de este centro” (p.75).

Lo principal para los españoles era marcar el dominio de la corona sobre los indígenas y educarlos en el catolicismo, por lo que se empeñaron en hacer una diferenciación entre las poblaciones de españoles y las de indios, las primeras regidas por el virrey y las segundas

normadas por las órdenes mendicantes y los encomenderos. Sin embargo, a pesar de los grandes esfuerzos de los misioneros por separar ambos grupos evitando la contaminación del indio, ninguno de los dos espacios fue puramente de indios o españoles. Artigas (2011) refiere que las ciudades de españoles eran conocidas como "ciudades de Estado" o "de la Corona", y las de naturales "ciudades de catequesis" (p.502), cada uno con sus respectivos espacios de producción agropecuaria. En el caso de las repúblicas de indios, deben su formación a la construcción del convento, involucrando a una de las órdenes mendicantes, ya que éste obligaba el trazo de la villa, los servicios como vías de comunicación y agua. Debe considerarse también que la construcción de un convento se realizaba en sitios cuya población resultara significativa, ya sea una cabecera prehispánica o la congregación de pobladores dispersos, en una comunidad.

Estos dos tipos de ciudades fueron los reinantes hasta 1546, cuando comienzan a aparecer comunidades industriales y mineras de oro, estaño, hierro, cobre o plata, obligando la creación de poblaciones que permitieran la subsistencia, como comunidades ganaderas y agrícolas. También existieron fundaciones cuyo fin era político o de protección de las ciudades de españoles, sobre todo de la Ciudad de México; ejemplo de esto es Veracruz que se fundó en 1519 como estrategia política al momento de la conquista; Segura de la Frontera, antes Tepeaca, le fue dado el título de municipio español en 1520 al servir como refugio a Cortés después de huir de Tenochtitlán al perder la batalla en junio de ese año, aunque fue abandonada al trasladar a la población a Antequera, Oaxaca. Otras ciudades fungieron como centros comerciales, como Uruapan en Michoacán.

Un rasgo curioso de la arquitectura novohispana es que no estaba fortificada, a excepción de las ciudades portuarias, a pesar de que en innumerables ocasiones se habló de proyectos cuyo fin era la protección de ciudades de gran relevancia, construyendo casa-fortalezas en los accesos, o murallas alrededor que pudieran frenar los motines indígenas, sin embargo estas siempre eran abandonadas casi al inicio, y nunca fueron necesarias. Kubler (1983), sin embargo, apunta que en algunos casos la arquitectura monástica presentaba fuertes características militares, y dada las dimensiones de sus construcciones se llegaron a considerar como una buena alternativa de fortificaciones en caso de alguna rebelión, por lo que se benefició su construcción cercana a los caminos principales, como el que iba de Veracruz a la capital, bordeado de asentamientos franciscanos, mientras que los dominicos se encargaron del

camino que iba de la Ciudad de México a Oaxaca, y ambas ordenes estaban presentes en la vía que conducía de esta ciudad con el norte del país. También resulta evidente que otros emplazamientos obedecían a objetivos específicos, como el convento franciscano de Atlixco que buscaba el aprovechamiento de sus manantiales, y Morelia permitía el comercio y control de las tierras michoacanas.

El tema principal de la conquista era la evangelización de los naturales, por tanto, las construcciones durante el siglo XVI se centraron en mayor medida en cumplir con las necesidades que tal propósito requería, ligado por supuesto a la traza de las nuevas poblaciones, de la mano de las órdenes mendicantes, no sólo a nivel de la orden, sino también lograron instaurar nuevas formas de vida, donde se incluyera el aprovechamiento de los animales de granja traídos de España, así como una mejor explotación de las tierras y las especies nuevas. Si a esto se le agrega que cada convento reúne una población que requiere servicios básicos, se concluye que las actividades constructivas fueron incesantes. Artigas (2011) asegura que para finales del siglo se contaba con 441 conventos, de los cuales 238 eran franciscanos, 110 dominicos y 93 agustinos, de mediana y gran relevancia. Gracias a los exhaustivos registros guardados por los colonizadores, se sabe que existe una gran relación entre la población de una localidad y la escala de sus construcciones, ya sean públicas o religiosas, condición permitida por las posibilidades de trabajo y carga de la población, ya que se evitaba el abandono de empresas ambiciosas y sin futuro.

Según Meli (2011), para 1550 ya existían en la Nueva España por lo menos las 20 ciudades más importantes del país, siendo, para 1574, hasta 30. Sorprende ahora, y aún en esa época, que, por lo menos las villas de españoles contaban con un trazo ordenado y planeado, así como los servicios básicos y un perfecto mantenimiento, algo complicado para la época, incluso en las ciudades españolas. Para lograr esto, en la ciudad de México, se tenían estrictas regulaciones sobre alineamientos, fachadas y el trazo de las construcciones, buscando una imagen homogénea que le aportara refinamiento a las villas. En el caso de las poblaciones indígenas, congregados en la periferia de las villas españolas, no existían tales regulaciones, aunque las clases altas indígenas imitaban en medida de lo posible las construcciones de españoles, agregando una plataforma o terraplen debajo de sus casa para enfatizar la posición social, mientras que las casa del indio común eran simples chozas de adobe y carrizo, acomodadas alrededor de la traza urbana y de manera un tanto desordenada.

El emplazamiento de estas ciudades era escogido con sumo cuidado, en muchos casos obedeciendo al deseo de no opacar la grandeza de la capital, ya que villas cercanas con una mejor localización podrían haber cautivado a sus residentes, abandonándola en poco tiempo. En el caso de las poblaciones indígenas se encontraban relacionadas a los campos de cultivo o zonas mineras, y controladas con poder ilimitado por las órdenes mendicantes desde la mitad del siglo XVI hasta el final del mismo, puesto que esta actividad estaba íntimamente ligada con las tareas evangélicas, reservando el centro y oeste del país para los franciscanos, los dominicos se establecieron al sur, mientras que los agustinos trabajaron en Michoacán e Hidalgo. Terminado este periodo en que la labor misional estaba en su apogeo, las autoridades civiles fueron las encargadas de continuar con la fundación de poblaciones indígenas, pero siempre siguiendo con las técnicas clericales, para lo cual existieron fuertes discusiones sobre la mejor forma de hacer esto, ya que algunos creían que una población con exceso de densidad era propensa a una epidemia mortal, cosa que ya se había experimentado, y a esto podía añadirse el fracaso de la misión, mientras que los opositores aseguraban que la concentración intensa aseguraba la propagación de la fe y los modos de vida occidentales.

Pero a pesar de todos estos cambios en la vida de la Nueva España, se mantuvieron los sistemas constructivos, los materiales e incluso las formas de las casas habitación, logrando compaginarlos con las necesidades y los gustos del viejo mundo. Aunque la traza de las ciudades y sus edificaciones mantuvieron rasgos tanto españoles como indígenas, en estricto sentido fueron concepciones completamente nuevas para ambos mundos, pues debieron adaptarse a las condiciones reinantes del lugar, a las necesidades crecientes de una población desconocida, así como los requerimientos de la Corona.

Al igual que en la ciudad de México, las ciudades fundadas posteriormente mantenían perfectamente delimitados y separados la ciudad española y la indígena, más que por un prejuicio racial, por una medida que respondía al carácter protector de los mendicantes hacia los indígenas, de esta manera se evitaba que fueran explotados y favorecía la conversión católica sin la intromisión civil del clero. Una de las diferencias más marcadas entre las ciudades de indios y españoles, es que en el primer caso los conventos ocuparon un papel central dentro de la plaza, ya que se buscaba sustituir los edificios ceremoniales y remarcar la nueva fe, mientras que en el caso de los españoles los conventos se construyeron en la periferia de la ciudad. Por otro lado, las ciudades de españoles mantenían un extremo cuidado

no solo en la traza, sino también en el lugar de emplazamiento, controlando la cercanía que tendría respecto a otras poblaciones, en especial con la ciudad de México, evitando que compitieran en importancia, manteniendo un reducido número de ciudades peninsulares, evitando así la dispersión de estas familias.

En las villas de españoles la plaza mayor era la que definía la traza, dando prioridad a la catedral o parroquias dejando predios de grandes dimensiones cercanos a este centro alrededor del cual se desarrollaba otro núcleo de familias prominentes. Pero en las comunidades rurales los conventos regían la traza, así como la vida diaria de la población, si bien es cierto que a comparación de los conventos e iglesias ubicados en las ciudades, los construidos en los poblados se veían mucho más austeros, pero a pesar de eso lograban dominar el panorama de la población. Estas construcciones fueron fuertemente apoyadas por la Corona en los llamados “asentamientos de avanzada”, permitiendo que los frailes mendicantes tuvieran un control casi absoluto sobre la construcción, diseño y posterior traza. Tal razón la define el virrey Mendoza, al afirmar que los conventos “... son, como ha descubierto la experiencia, las ciudades amuralladas y los castillos de este reino” (Meli, 2011,p.66). Para llevar a cabo la empresa constructiva los frailes elegían de manera cuidadosa el emplazamiento, teniendo que ser en sitios destacados que permitieran realizar la traza en torno al convento, por lo cual en muchas ocasiones se utilizaron los centros ceremoniales prehispánicos como plataformas para las mismas, frente a las cuales se encontraba la plaza y alrededor de ésta los edificios públicos y el pueblo, teniendo una cuadra con cuatro viviendas y cada una con un huerto y milpa. Para la construcción de estos pueblos, en ocasiones los frailes congregaron poblaciones dispersas, obligándolos a dejar sus tierras lo que no siempre era bien visto por los indígenas, es por ellos que en ocasiones abandonaban los nuevos pueblos para regresar a su sitio original. Meli (2011) señala que esto se dio sobre todo en los lugares más alejados del centro, donde el control que podían tener sobre la población era muy limitado por la poca presencia de españoles, tanto civiles como de gobierno.

Kubler (1983) señala que según el archivo franciscano del siglo XVIII las poblaciones de indios siguió un mismo patrón fundacional, en donde se levantaba una cruz en el lugar elegido a partir de la cual se trazaban las calles, se comenzaba la construcción de una capilla provisional y se designaban los lotes de vivienda y huerta, dividiendo las familias entre los caciques que las regirían y asignando a éstos un gobernador, teniendo por último la construcción del convento.

Concluyendo que “Con el propósito de crear una comunidad cristiana, los frailes construían no sólo una iglesia, sino todo un núcleo urbano, con sus dependencias y una actividad agrícola e industrial acorde con la población del área” (Kubler,1983,p.90) mientras que Diego Valadéz, fraile mestizo, describe en su *Retórica Cristiana* un poco de la traza colonial:

En esas divisiones se reservaba algún campo intermedio para tener allí comercio y el mercado y los edificios públicos erigidos, como son el palacio, que se llama casa de la ciudad(...) El templo ocupa allí el sitio intermedio y está construido con admirable artificio y grandeza. Suplen también nuestros templos el lugar de las escuelas, y no cobran réditos o pensiones anuales sino que gratuitamente y por caridad cristiana enseñan los hermanos [religiosos] de las tres antedichas órdenes todos los oficios, así los eclesiásticos como los necesarios para la vida pública. Encuéntrense los edificios sagrados separados de los otros, como si fuesen islotes teniendo los barrios a su alrededor. Son de paredes altas de cantería y pintadas de cal, y no estaban unidos con ninguno de los edificios que componían los pueblos(...) A la parte izquierda de los templo hállase en los cuatro lados del atrio la escuela de letras y artes, a la que ordinariamente asisten mil jovencitos más o menos, según el mayor o menor número de habitantes de esos lugares(...) En los patios se encuentran deliciosas fuentes llenas de agua, en las que se lavan los niños(...) Contiguas a la escuela suelen hallarse capillas fabricadas artísticamente, en las que se dicen sermones para los indios los días festivos y los domingos, y en donde se celebran misas, pues es tan numerosa la asistencia a las reuniones que presidimos, que no hay templo tan espaciosos(...) por lo cual es costumbre predicarles en los atrios, que son muy espaciosos, y no solo sucede en las ciudades (Valadéz, 2003 p.421).

Es importante señalar que al iniciar la traza urbana no se contaba con una legislación a la cual ceñirse, ya que ésta llegó hasta 1573 cuando la mayoría de las poblaciones ya estaban asentadas, pero no por esto carecieron de control, ya que se puede observar, en planos de 1580 encargados por Felipe II de varios pueblos, que se sigue un estilo específico, donde el trazado de las calles responde a la forma de un damero -quizá por la facilidad de esta forma sin una complicada planeación- marcada por dos ejes principales perpendiculares, en cuyo cruce se encuentra la plaza pública al rededor de la cual se desplantan los edificios principales, manteniendo al oriente la iglesia. Las manzanas eran divididas en barrios, marcados por una capilla. Kubler (1983) recalca la relación que existe entre estos pueblos y los construidos en Francia en el siglo XIII al momento en que se autorizó la construcción de poblaciones cuya fortaleza es la iglesia central, fundada bajo las órdenes de los frailes menores. La relación podía

deberse a la posibilidad de que frailes familiarizados con este tipo de villas se embarcaran al Nuevo Mundo. Por otro lado, la existencia de la plaza central no tenía muchos precedentes en la Europa medieval, en donde los amplios espacios públicos, reservados, por lo general a los mercados, surgían con el crecimiento de las poblaciones, no como pauta para su traza, sin embargo, es posible ubicarlos dentro de las teorías italianas, en autores como Leone Battista Alberti, quien sostenía que los edificios debía responder a su utilidad social, así como mantener una unidad estética con el conjunto, contando con espacios abiertos que permitieran la relación entre sus habitantes. Guillermo Tovar y de Teresa señala que el primer virrey, Antonio Mendoza, trajo las ideas del italiano,

...y formuló un criterio urbanístico y arquitectónico como idea de su Tratado de Arquitectura, no se limitó a concentrar una traza para los conventos, sino que ordenó la construcción de acueductos, puentes, caminos y cañerías, y estuvo atento a la obra de las catedrales y a la fundación de ciudades (Cortés, 2007 p.99).

Al empezar la importante tarea de construcción en la Nueva España, los colonizadores copiaron tanto los estilos como las técnicas arquitectónicas predominantes en Europa en esa época, ya que "...su anhelo era reproducir en el Nuevo Mundo una forma de vida similar a la que habían dejado, pero a una mayor escala y con mayor riqueza" (Meli, 2011, p.73). Pero resulta evidente que para enfrentar tal reto tuvieron que sortear algunos problemas, como los climas para ellos nuevos, la ausencia de caminos para poder recorrer el vasto territorio así como la limitada mano de obra, pues aunque tenían una gran tradición constructiva, las técnicas europeas eran completamente desconocidas para ellos, así como el uso del hierro como herramientas de trabajo o la rueda, que tuvieron que ser sustituidos ya que elevaría considerablemente el costo de la obra, optando por el uso de mano de obra poco calificada pero de manera masiva y limitando en mucho el empleo de herramientas y equipo, así como la adaptación de las técnicas prehispánicas para la nueva arquitectura, ejemplos de esto son los aplicados para reducir los hundimientos en la ciudad de México, como la cimentación con plataformas sobre pilotes de madera, así como el emparrillado de vigas de madera en plataformas de tierra o mampostería.

Cuando llegó el momento de iniciar la construcción de la ciudad, no se contaba con tratados arquitectónicos que rigieran las formas estilísticas, pero se contaba con libros que hacían la alusión a obras arquitectónicas de gran relevancia, mismos que se considera

fungieron como guía para los constructores, papel muchas veces desempeñado por los frailes que no contaban con esta clase de preparación técnica. Sumado a esto, el uso de planos realizados en España no resultaba confiable, por lo que pocos edificios fueron construidos de esta manera, sin embargo se tiene idea de que algunos técnicos especializados en la Nueva España eran capaces de llevar a cabo estas construcciones a partir de “bocetos verbales” así como la elaboración de dibujos en manos de artesanos, o se tomaba como referencia construcciones españolas. Esto no se aplicó en las construcciones mendicantes ni en las zonas rurales, donde se le daba poca importancia a los registros gráficos de sus edificaciones, quienes basaban sus construcciones en modelos europeos, incluso en los errores, sin que para ellos se mandaran traer del Viejo Mundo los modelos gráficos, se basaban en sus recuerdos, muchas veces alejados de la realidad y para lo que sería necesario contar con medidas exactas, cayendo incluso en invenciones libres.

De acuerdo con Kubler y Guillermo Tovar (Meli, 2011), la presencia de arquitectos profesionales en el país no se dio hasta 1550, teniendo al principio pocos alarifes³ y que eran necesitados en las grandes ciudades, sobre todo en las de españoles, dejando olvidados los poblados aledaños y sobre todo las construcciones religiosas presentes. Es por ello que los mismo frailes se encargaron tanto de la organización como del diseño de los conventos, contando en algunas ocasiones con las directrices que los alarifes podían dejar al respecto así como con el poco entrenamiento que pudieron dar a los albañiles locales.

Cabe destacar que aunque fueron pocos, algunos de los frailes que comenzaron estas edificaciones contaban con algunos conocimientos arquitectónicos, fruto de sus previas tareas misionales en España. Entre ellos destacó en la orden franciscana Martín de Valencia y Juan de Almada, cofrades de los primeros doce, y también Francisco Tembleque, Diego de Chávez, Pedro de Pila y Pedro de Gante. Al respecto, fray Antonio de Ramesal escribe sobre la importante labor constructora que desarrollaron sus compañeros:

Pero quien dirá lo mucho que trabajaron y padecieron los padres de esta sagrada religión en asentar los pueblos, edificar las casas, hacer las iglesias y todo lo demás necesario para una república? Ellos eran los que tiraban los cordeles, medían las calles, daban sitio a las casas, trazaban las iglesias, procuraban los materiales y, sin ser oficiales de arquitectura, salían maestros

³Maestros de obra.

adelantadísimos de edificar. Cortaban las cañas con sus manos, formaban los adobes, labraban los maderos, asentaban los ladrillos, encendían hornos de cal, y a ningún oficio por bajo que fuese se dejaban de acomodar (Meli, 2011, p.70).

Debido a las importantes labores constructivas que se desempeñaron en el territorio antes de la llegada de los españoles, resulta lógico afirmar que existía un considerable número de albañiles y constructores entre la población natural capaces de realizar las labores exigidas para la edificación de los conventos. Al principio fueron estas construcciones toscas y rudimentarias, siendo capaces de acatar los lineamientos impuestos por los frailes al punto de hacerse cargo de la empresa al poco tiempo. Meli (2011) afirma que existen registros de la anticipada construcción de templos antes de la llegada de los frailes a la población. Cabe señalar que en el caso de las poblaciones rurales, la construcción de templos y conventos estuvo a cargo de manera íntegra, de la población indígena, los únicos españoles eran los frailes, quienes justificaban el trabajo obligado de los naturales como una forma de evitar que fueran explotados por los españoles. Mendieta escribe:

... quién ha edificado tantas iglesias y tantos monasterios como los religiosos tienen en la Nueva España [...] sino los indios con sus manos y propio sudor y con tanta voluntad y alegría como si edificaran para sí y sus hijos y rogando a los frailes que se los dejen hacer mayores (Meli, 2011, p.72).

Antecedentes prehispánicos

Cuernavaca se asienta en la que fuera el paraíso conocido como Tamoanchán, teniendo como primeros pobladores anteriores a 1500 a.C. según Valentín López G. (González, 1998), asentando la ciudad colonial sobre los restos de culturas del periodo formativo y preclásico, así como posclásico, los correspondientes al palacio de Cortés. Durante la época prehispánica el valle de Morelos sirvió de refugio para las poblaciones del Altiplano cuyas ciudades estado iban en declive, asentándose en Tetela del Volcán, Ocuituco y Huexapan, así como Amilpan, Oaxtepec, Atlatlahuan, Yecapixtla y Cuauhnáhuac, creando con esto un intercambio cultural entre ciudades como Xochicalco, Teotihuacan, Cholula, Cacaxtla, Azcapotzalco y Tlatelolco. Sin embargo, estas culturas mantuvieron una estrecha relación con los centros vecinos, construyendo caminos que favorecieran el comercio de sus productos. Uno de estos caminos pasaba por el Ajusco, llegando hacia el hoy Estado de México, comunicándolos con los pueblos de Huitziac y Tres Marías, así como la laguna de Zempoala.

Antes de la conquista, la zona vivió constantes guerras, alianzas y ampliaciones territoriales, impidiendo la homogeneización poblacional y, por lo tanto, cultural. Existían pueblos de habla otomíaca al norte y poniente de Cuernavaca, y con fuerte influencia matlatzinca y cuiteca al oriente y norte del valle. En su colindancia norte, se encontraba Xalatlaco, poblado otomí y matlatzinca, que tuvo presencia náhuatl en el siglo XV al realizarse la unión con la Triple Alianza⁴. Lo anterior también trajo presencia náhuatl al valle. Sin embargo se sabe de oto-chichimecas en la zona predominio tepaneca para el siglo XV, inmigraciones donde el occidente de nahua-chichimecas, así como guerras constantes por la unión con la Triple Alianza, lo que lo hace una zona increíblemente multicultural y compleja.

Según crónicas de fray Diego Durán (Hernández, 2011), los xochimilcas ocupaban el sur del valle de México y norte del valle de Morelos, en las faldas del volcán Popocatepetl, nombrados los señoríos de las Amilpas, formados por Ocuituco, Tetela del Volcán, Hueyapan, Talimilupan, Xumiltepec, Tlacotepec, Zacuilpan, Temocac, Tlayacapan, Totolapan y Tepozotlán. Mientras que los tlahuicas se apoderaban de las tierras bajas del valle de Morelos,

⁴Durante el periodo posclásico, en Mesoamérica se dio una alianza entre los señoríos más importantes del centro de México, conformada por México-Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan.

estableciéndose en las faldas del Ajusco los señoríos de Yautepec, Oaxtepec, Yecapixtla y Tlaquiltenango, siendo Cuauhnáhuac la capital. Ésta última estuvo aliado a los mexicas por matrimonios, lo que permitió una red de intercambio y comunicación con Azcapotzalco, Cuatlinchán, Amecameca y Huejotzingo, manteniéndose como estado independiente. Posteriormente, en el siglo XV, Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan invaden el Valle de Morelos, repartiéndose entre los tres el territorio. Tenochtitlán recibió las ciudades más importantes por ser el reino más poderoso, denominándolo Tlahuic⁵, se dividió en las provincias de Cuauhnáhuac y Oaxtepec, rindiendo tributo en un principio a Tenochtitlán y Texcoco, más tarde Moctezuma I, ayudado por los tlahuicas, recupera el reino de Cuauhnáhuac, siendo tributario de los mexicas. Cuernavaca fue el señorío más grande de los tlahuicas, seguido por Oaxtepec, Yahutepec y Yecapixtla, razón por la cual probablemente los españoles fundaron la ciudad en este sitio.

El señorío de Cuauhnáhuac se encontraba en una zona de valles y lomeríos delimitados al poniente por los ríos Apatlaco, Temixco, Tembembe y Chalma, y al sur por el río Amacuzac. Según fuentes tlatelolcas, para 1455 este señorío era muy poderoso, con abundantes tierras y frecuentes conquistas, habiendo organizado una guerra de conquista contra los cohuixca, en la Sierra Madre Occidental, invitando a los mexicas a participar en ella. Este territorio mantuvo fuertes lazos militares y comerciales con los pueblos vecinos, conocidos como Tierra Caliente, a la que pertenecieron Yautepec, Oaxtepec, Cuautla y Yecapixtla. La lengua predominante en estas zonas era la náhuatl hasta mediados del siglo XVI, sin embargo, al estar formado por cuatro grandes señoríos, esto significaba un pequeño mosaico cultural, con muchas lenguas y costumbres, conformando un señorío mayor y poderoso, conviviendo en un ambiente natural variado, teniendo desde selvas caducifolias al sur y bosques de altura al norte, obligándolos a mantener gran vinculación con la naturaleza, con el fin de sacar provecho de estas variaciones (Von Mentz, 2008).

La región de Cuauhnáhuac fue de gran importancia para los tlahuicas gracias al algodón, papel amate y frutos, así como los tributos que recibían, razón por la cual en 1398 quedó bajo el dominio de los mexicas hasta la llegada de los españoles. Su importancia también se debe a que comunicaban con Tierra Caliente y la costa del Pacífico, recorriendo la región mexiquense y

⁵Nación de tlahuicas.

michoacana, pasando por el Mar del Sur hasta Acapulco, esto servía para abastecer a los demás pueblos del Valle de México, haciendo los recorridos a pie por el valle de Amecameca hasta llegar a los lagos donde se desplazaban en trajineras, remplazando este sistema a la llegada de los españoles por carretas, empleando un elemento desconocido hasta entonces: los animales de carga. Este adelanto propició el mejoramiento de los viejos caminos prehispánicos, así como la construcción de nuevos, mejoras que mantuvieron hasta el siglo XVII, más adelante la implementación del ferrocarril modifica nuevamente el traslado de personal y productos, uniendo la capital con la ciudad de Cuernavaca.

El habitante común de Cuauhnáhuac era cazador de venados, conejos, aves y animales salvajes, recolectores de plantas e insectos, criadores de perros y guajolotes, así como cultivadores de maíz, frijol, amaranto, chía, algodón, flores, aguacate y zapote. Sirviendo esto, además para el propio consumo, para el comercio con poblaciones vecinas, así como pago de tributos, siendo también una población fuertemente manufacturera de productos de uso militar, ritual y doméstico. Los hombres eran mayormente agricultores de tiempo completo pero también realizaban servicio militar y caza ocasional, mientras que las mujeres tenían a su cargo las labores del hogar, así como la elaboración de hilos y tejidos (Von Mentz, 2008).

Los señoríos y reinos tenían cada uno su clase dominante, con sus residencias cercanas a templos y recintos religiosos, mismos que conformaban el centro de poder, donde también se realizaban los mercados, favoreciendo el comercio con regiones lejanas, posibilitando un gran intercambio cultural. Los señores de estos reinos mantenían un estricto control social y una gran jerarquización, así como el mantenimiento del orden tanto interno como externo, involucrando la organización militar y sus implicaciones, teniendo también entre sus funciones, la recolección tributaria, distribución de tierra, orden religioso, del tiempo, las fiestas, entre otras.

Por la segunda mitad del siglo XV se realizó una alianza entre el intrincado tejido de Cuauhnáhuac y Texcoco, manteniendo el primero control sobre la materia prima para la elaboración de armas, provenientes del cerro de las Navajas al norte del lago de Texcoco. Esta unión, que involucraba a las grandes ciudades del Valle de México, permitió no sólo mantener un esplendor militar, sino que mejoraba considerablemente la economía ya que esto amplió la zonas de tributación y permitió el intercambio de botines, el control de ciertas rutas de comercio y el abasto de obsidiana, cinabrio, piedras verdes de regiones apartadas, de oro y plumas de aves de zonas tropicales, de conchas spondilus del Océano Pacífico, entre otros.

Conquista de Cuauhnáhuac

Debido al gran poderío que tenía la Triple Alianza sobre los pueblos vecinos, entre ellos los tlahuicas, y sobre todo al exagerado pago de tributos que éstos pedían, el descontento de sus tributarios era muy grande, cosa que aprovecharon los españoles para llevar a cabo la conquista de todo el territorio. Gracias a su experiencia en guerras, los españoles supieron identificar a los pueblos sometidos por los mexicas y beneficiarse de su molestia, obteniendo detallada información sobre vías de comunicación con Tenochtitlán, así como las vías de escape. Una de estas vías fue el corredor entre Xochimilco y Cuauhnáhuac, que abastecía de alimentos a la ciudad, razón por la cual atacaron Cuauhnáhuac y Oaxtepec. Con 20 mil indios de Tlaxcala, Texcoco, Chalco y Huejotzingo, logró penetrar en Yautepec y Tlayacapan, defensas de Cuernavaca, para posteriormente dirigirse a la ciudad y conquistarla, aislándola de la capital mexicana.

Cortés y sus hombres llegaron a Cuauhnáhuac el 13 de abril de 1521, encontrando que los habitantes habían roto los puentes de madera y eran recibidos con flechas y piedras, por lo que decidieron buscar otra ruta de acceso, encontrando, a media legua, una barranca por la que accedieron a la ciudad al inclinar un árbol y usarlo como puente. La resistencia tlahuica huyó al ver el poderío del invasor, quienes saquearon y quemaron la población. Aquí encontraron un palacio erigido en 1325 donde se almacenaban los tributos para el Valle de México, por lo que en calidad de conquistador, Cortés se apoderó de él y construyó más adelante el Palacio de Cortés. Fue aquí donde los doce Tlatuanis juraron obediencia al conquistador y la Corona, entregándole el tributo correspondiente a la Triple Alianza y a cambio se respetaban su linaje y posesiones. Cortés sale de Cuauhnáhuac al día siguiente con rumbo a Tenochtitlán y no regresa hasta 1524, cuando ordena la edificación de la villa española, con la idea también del palacio para su hacienda (Gómez, 1943).

Ya conquistado el Nuevo Mundo, la organización del territorio se llevó a cabo de manera lenta y bajo los paradigmas españoles, que en ese momento tenían un ideal político-religioso muy marcado, todo esto a través del Consejo de Indias, los virreyes como representación de la Corona y la Audiencia de México como gobierno. Morelos contó con un alcalde mayor y un corregidor, a excepción del dominio del Marquesado del Valle, otorgado a Cortés y sus herederos en pago por sus hazañas en la conquista. El territorio de Cuauhnáhuac fue

reorganizado en provincias, la de Cuernavaca y Yautepec junto con Tepoztlán formaron uno, Oaxtepec y Amilpas la segunda y la tercera Yecapixtla y Tlanáhuac. Cada capitán de conquista recibió el derecho de encomienda, quienes podían mandar sobre los señores naturales encargados del gobierno local. Más tarde se fundaron las Repúblicas de Indios, reconociéndoles su título y heredades, recibiendo tierras, agua, bosques y el derecho a un gobierno propio. Las tierras más fértiles del estado de Morelos fueron destinadas al cultivo de trigo, mientras que la hacienda de Cortés se dedicó a la caña de azúcar, esto ayudó a que los nuevos estados prosperaran con la mano de obra indígena y el gobierno español, sin embargo la gran cantidad de epidemias que mermaron la población natural puso en riesgo esta prosperidad, lo que obligó a que se hiciera una reorganización de la explotación y cultivo y, debido al aumento del valor comercial del azúcar y la disminución de mano de obra, fue necesaria la importación de esclavos negros que se hicieran cargo de esta labor.

Debido al enorme valor que fueron adquiriendo las tierras, se hicieron comunes los juicios por posesión y restitución de estos bienes, siendo más frecuentes los juicios entre repúblicas de indios y caciques, que litigios entre indios y españoles. Hasta el siglo XVIII, las tierras de Morelos eran destinadas al cultivo de trigo y horticultura que abastecía a la Ciudad de México, siendo muy restringido el cultivo de caña de azúcar, pero esto fue cambiando debido a la migración y el alza en la tasa de natalidad, los terrenos se hicieron escasos y al recurrir al tribunal solicitando más sembradíos, el cual, debido a un cambio político impulsado por los borbones, fallaban a favor de las haciendas, concediéndoles siempre mayores beneficios. El azúcar se volvió un lujo, por lo tanto la producción y recolección de caña de azúcar fue modificada, las haciendas azucareras fueron creciendo, teniendo inversiones por parte de los comerciantes, mineros y hacendados, se liberó a los esclavos, optando por jornaleros que representaban menores gastos, se extendieron las tierras de cultivo hacia los pueblos vecinos quienes lo cedían o arrendaban, afectando a las familias más pobres.

Orden menor en Morelos

Los franciscanos se establecieron en la zona cerca de 1525, teniendo “casa” posiblemente en San Francisco barrio de Olác, conocido como San Francisquito o en los manantiales de Guadalupe, en Panchimalco. Pero fue quizá hasta 1531 en que aumentaron sus acciones evangelizadoras, fecha en que Hernán Cortés se establece como marqués del Valle de Oaxaca, y toma a los frailes como su brazo derecho en la zona. A pesar de la oleada de franciscanos y dominicos que llegaban de Europa con gran entusiasmo por convertir estas inhóspitas tierras en un utópico nuevo mundo cristiano alejado del mal, la comunicación con los nativos representó un gran obstáculo, haciendo más lenta la conversión. Además existían zonas de difícil acceso, sin mencionar que el número de frailes no era suficiente para impartir doctrina y bautizar a la gran población indígena, aunado a problemas generados por las diferencias en cuanto a cosmovisión, moral, costumbres y prácticas religiosas. Como ya se ha visto, los franciscanos se encargaron de la conversión de los indios, no solo religiosamente, también modificaron las prácticas sociales cotidianas, transformando la organización e introduciendo los sacramentos, todo esto partiendo principalmente de las nuevas generaciones de élite.

Debido al gran número de culturas y lenguas de la zona de Tierra Caliente, se tomó el náhuatl como base para permitir la comunicación entre frailes y nativos, ya que era la lengua predominante, dándole así un mayor auge. Esto originó también la creación de nuevos conceptos y términos al comenzar a circular entre 1530 y 1540 traducciones de los rezos más importantes al náhuatl, un ejemplo de esto es la transformación que sufrió el inframundo prehispánico para dar lugar al infierno católico, creando así lo que la doctora Brigida Von Mentz (2008) describe como “náhuatl de doctrina”.

Hacia 1540 aún faltaban una gran cantidad de personas por bautizar en Tierra Caliente, sin embargo, comparado con zonas más alejadas de México-Tenochtitlán, la conversión fue relativamente rápida, esto debido a que en la cabecera se encontraba una escuela franciscana de gran importancia, aunque se desconoce en qué edificio se encontraba. La doctora Von Mentz (2008) supone que existía un pequeño convento instalado a finales de 1529 quizá en el barrio de Olac, en la parte sur del centro, que contaba con una escuela que permitió la difusión de la alfabetización del náhuatl, así como el castellano oral y escrito, teniendo incluso conocimientos básicos del latín concernientes al cristianismo.

Con la conquista se reevaluaron muchas cosas de la vida común, como la actitud frente a los recursos naturales, ya que hubo una considerable disminución en la población indígena, combinado por el aumento del mestizaje y la reubicación de la población sobreviviente. Esto, a su vez, obligó a plantear un nuevo modelo de poblamiento, el español consideraba que el nativo vivía sin control alguno, por lo que buscaron adoptar el sistema europeo que congregaba un pequeño núcleo de casas en torno a una iglesia, casa real o de gobierno, teniendo las casas de mercaderes al rededor de la plaza central del cual partía la traza de calles rectas y cuadriculadas, teniendo en la periferia las parcelas de cultivo, campos de ganado, etcétera. Estos modelos pertenecen a finales del siglo XVI y principios del siglo XVIII comenzando en la década de 1550 al iniciarse la fundación de iglesias y conventos, así como por la disminución de la población por las epidemias. Fue una época marcada por constantes luchas internas en la clase dominante contando con cuatro importantes, la primera entre franciscanos y dominicos ya que estos últimos cuestionaban la importancia de la orden menor en la región; los problemas legales del marqués del valle con el virrey por el poder que el marqués quería mantener sobre el virrey; y por último el marcado interés de la Corona por disminuir o eliminar, en algunos casos, el poder que hasta el momento mantenían los herederos de los conquistadores (Von Mentz, 2008).

Aprovechando esto, los pueblos ubicados al sur de Cuernavaca buscaron librarse de los servicios gratuitos y cargas económicas al independizarse del cabildo, poniendo también en evidencia el abuso de franciscanos e invitaron a otras órdenes a suplirlos. Esto coincidió con la aprehensión de Martín Cortés, segundo marqués del valle quien había tomado a los franciscanos bajo su protección, al igual que su padre, y con su acusación de rebeldía, así como su salida de la Nueva España en 1566, los franciscanos vieron cada vez más debilitada su posición en el Nuevo Mundo. Y aunque los herederos del conquistador recuperaron el control de la zona en 1593, la orden de Santo Domingo se encargó de la doctrina en la parte sur del marquesado, mientras que los franciscanos sólo conservaron el convento de Cuernavaca, Mazatepec, Coatlán, Huajintlan y Xoxoctla (Von Mentz, 2008).

En 1671 oficiales de la república de 13 pueblos al sur de Cuernavaca manifestaron sus quejas por los altos cobros por cada sacramento que realizaban los franciscanos de Cuernavaca, llevando esto a la Real Audiencia, resolviendo el conflicto a favor de los pueblos, ordenando que se cobrara solo lo estipulado en los aranceles, sin embargo, estos aranceles

tenían tarifas aún más elevadas que los pedidos antes, lo que perjudicó aún más a estos pueblos. Los franciscanos habían argumentado que esta “rebelión” se la debían al alcalde mayor de Cuernavaca, enemigo suyo, por lo que la Real Audiencia lo cambió, siendo el nuevo partidario completo de los frailes, dando lugar a una guerra declarada entre los trece pueblos y los religiosos (Von Mentz, 2008). Los principales de los trece pueblos siguieron mandando quejas a México, esta vez por los abusos, producto del enojo de los frailes, y al no tener respuesta favorable dejaron de ir a misa y pagar las abvenciones, evadiendo los sacramentos. Ante esto, el guardián del convento pidió al virrey se le permitiese imponer graves penas a estos rebeldes, dando así cárcel a los responsables. Cansados de tantos excesos, los pueblos amenazaron con abandonar por completo sus asentamientos, lo que significaría una considerable baja en las arcas de Cuernavaca, por lo que el gobernador del estado y marquesado decidió ceder antes sus quejas.

En el siglo XVIII Cuauhnáhuac tuvo una disminución de población indígena, contrastando con una economía en auge gracias al incremento de ranchos y haciendas. Esto no provocó que el uso del náhuatl disminuyera, adoptando únicamente el castellano, sino que enriqueció la lengua, adoptando y elaborando palabras nuevas que pudiesen comunicar su nuevo entorno. Pero, a diferencia de lo que había pasado en el siglo XVI, ahora los naturales no eran tan protegidos por las órdenes religiosas ya que, sobre todo los franciscanos, habían comenzado a explotarlos, como hacían los hacendados, razón por la cual trataron de deslindarse del convento de Cuernavaca.

La ciudad de Cuernavaca

Con la llegada de la orden franciscana a la Nueva España se dio inicio al arduo proceso de evangelización, para el cual sería necesaria la fundación y reordenamiento de los pueblos, esto a partir de un elemento central: el conjunto conventual. La fundación de Cuernavaca tiene un antecedente prehispánico muy importante, reforzado por la emergencia de la evangelización, acelerada también por la creación del marquesado del Valle, ya que Cuernavaca se asienta en la que fray Bernardino de Sahagún (González, 1998) cree que era el paraíso conocido como Tamoanchán, bordeado por laderas de norte a sur. Debido a las profundas barrancas que hay en ellas solo era posible el acceso a través de puentes de madera, mencionados por Cortés en su Tercera Carta de Relación, lo que en un momento les dificultó la toma de la ciudad.

A pesar de que las condiciones topográficas de Cuernavaca favorecían su defensa y aislamiento en caso de un ataque, Cortés y sus hombres lograron penetrar en ella, arrasando con el poblado el 27 de abril de 1521. Al inicio se toparon con barrancas que comunicaban con la ciudad a través de puentes colgantes, mismos que fueron retirados al ver al enemigo, sin embargo los españoles consiguieron pasar por la barranca de Amanalco, consiguiendo entrelazar dos árboles monumentales que utilizaron como puente, quemando la ciudad y ocupando los edificios prehispánicos. Cortés recibe la encomienda de la ciudad, pero está más interesado por vivir en la capital, por lo que para 1524 sólo construye una torre de vigilancia en Cuernavaca, comenzando la construcción del palacio hasta 1526 en lo que era el templo tlahuica. Según Chafón (Conventos coloniales, 1994), basándose en noticias sobre el envío de canteras de Texcoco y Otumba para la edificación.

La ciudad de Cuernavaca, en su época prehispánica, llegaba al norte a lo que hoy es el Calvario, y al sur con la calle Abasolo, siendo éstas sus vías de acceso, y era dividida por tres ejes principales: el primero era religioso, en lo que hoy es el Calvario, el segundo dedicado al comercio, empezaba en el mismo lugar y terminaba en la plaza del Zacate, y el tercero iniciaba en la avenida Morelos, terminando en la catedral (Ver figuras 1,2). Contaba con barrios aún existentes, sobre los que se erigieron capillas, mismas que pudieran ser de los barrios de Olac y Tecpan por su ubicación ya que estos contienen el núcleo más importante de la ciudad y que genera el eje de este-oeste, ahora llamado avenida Hidalgo, que unen el Palacio de Cortés con la catedral. Estos eran los barrios de mayor relevancia dentro de la ciudad, ya que en Tecpan

se encontraba el tlatoani y en Olac se desplantaron los templos ceremoniales, y dado que mantiene una localización estratégica con el resto de la ciudad, es probable que haya sido allí donde se encontrara el tianguis, así como el tlatocayancalli⁶, fungiendo como centro de control para acceso y salida del poblado (González, 1998).

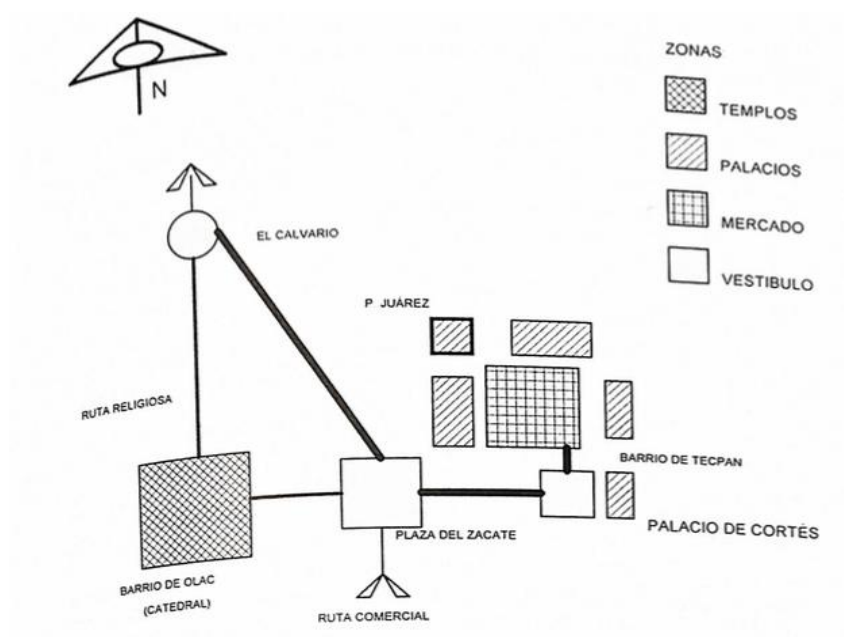


Fig. 1 Zonificación hipotética de los barrios de Olac y Tecpan. (González, 1998).

⁶ Recinto donde se recolectaban los tributos de las poblaciones dependientes del señorío de Cuauhnáhuac.



Fig. 2 Zonificación hipotética aplicada a la traza actual.

El denominado barrio de Olac, reservado para el culto, se encontraba en donde hoy vemos la catedral, creando un eje oeste-este con el palacio de Cortés, este último desplantado sobre el barrio de Tecpan, en donde se localizaban los palacios o casa real, de hecho se sabe que el mismo palacio ocupa el sitio correspondiente al edificio para la recolección de tributos, teniendo al frente de éste un espacio abierto, hoy plaza Pacheco. Al centro de este eje principal se encuentra la plazuela del Zacate, fungiendo quizá como vestíbulo o zona de descanso para los viajeros, ya que se cree que este sitio, privilegiado en una ruta comercial que corría de norte a sur, probablemente formaba parte de la comunicación de Tenochtitlan. A un costado de la casa del conquistador, en el barrio de Tecpan, se encontraban templos que fungían como aduanas para el mercado ubicado al centro de esta zona, hoy plaza de Armas, a partir del cual se realizaba la división, respondiendo a los puntos cardinales y a la topografía del sitio, en este tianguis de grandes dimensiones confluían comerciantes de Guerrero, Puebla, Estado de México y zonas aledañas.

Es sabido que en América se implementó la cuadrícula para el trazo de ciudades, permitiendo un crecimiento ordenado y regular en todos los puntos cardinales, sin embargo, Cuernavaca fue un caso excepcional, debido a su accidentada topografía, obligando a utilizar

los barrios ya existentes para las nuevas edificaciones. La ubicación del conjunto responde a una topografía especial, contando con una distribución de capillas muy peculiar, a partir de los barrios de indios ya existentes, mismos que tuvieron especial cuidado en mantener, incluso después de la construcción del Palacio de Cortés. Son justamente estas capillas las que originan ciertas vialidades y, más adelante, determinan el crecimiento de la ciudad. Mendieta (Fontano, 2010) menciona que en el siglo XVI, Cuernavaca visitaba Ocuilan, Malinalco “y toda la tierra caliente que cae al mediodía hasta el mar del sur”, pudiendo tener, como menciona la Enciclopedia de México, 26 pueblos de visita y 12 ingenios de azucareros, con una población aproximada de ocho mil habitantes. Esto se redujo a medida que se edificaron más conventos. Alfonso Toussaint (2003) menciona entre sus visitas Santa María Ahuacatitlán, Tetela del Monte, San Lorenzo Chamilpa y San Antón.

Una vez realizada la conquista, y al ser nombrada Cuernavaca una encomienda, Cortés construye antes de 1524 una torre de vigilancia sobre el templo Tlahuica, lugar estratégico y simbólico. El palacio se empieza en 1526, extendiendo sus terrenos hasta el borde de la barranca de Amanalco, manteniendo su huerta. En lo que hoy es la plaza de armas se asentó el mercado, teniendo estrados donde se ubicaba el corregidor y sus caciques para poder vigilar y dar audiencia a los pobladores, al mismo tiempo que resolvían las disputas entre ellos. Dado que el tianguis tenía un lugar privilegiado como punto central entre caminos, mantuvo estrecha relación con las comunidades vecinas, esto en razón de ser el punto intermedio de la “ruta del pacífico” entre Filipinas y España. En el barrio de Santa Catalina el sitio prehispánico fue destruido, quedando quizá algunos basamentos en lo que hoy es Palacio de Gobierno y plaza Juárez, mismos que fueron rellenados al necesitar espacios planos y abiertos en los cuales la caballería y artillería pudiera replegar un levantamiento de los naturales, mientras que la plaza del Zacate siguió siendo la zona de descanso y abastecimiento de los comerciantes, y en la plaza atrial se instaló el convento desde 1525, al fundar la orden franciscana de la ciudad.

Capítulo III

Análisis del convento

Fuerte, robusta, maculada por el tiempo, dorada por el sol y patinada por las lluvias, se destaca sobre el azul del cielo, perfilando la sinuosa línea de sus almenas, el esbelto cuerpo de su torre y la mole imponente de sus muros.

Federico Gómez de Orozco.

Antecedentes conventuales medievales

Los antecedentes más remotos que se conocen de la vida monacal cristiana pertenecen a comunidades paganas instaladas en las riberas del mar Mediterráneo, quienes buscaron alejarse de la sociedad para alcanzar la perfección espiritual a través de la reflexión, oración y meditación, por lo que se refugiaban en cuevas o chozas en el desierto, llamándose ermitaños y/o anacoretas. Una de sus tradiciones era el reunirse al atardecer para escuchar al más viejo de la comunidad, obligando a que el resto del grupo se desplazara grandes distancias, lo que propició que con el tiempo comenzaran a construir sus cabañas más cerca la una de la otra para evitar los traslados, sin que esto significara la pérdida del retiro que ellos buscaban. Otro de los inconvenientes era que, al encontrarse tan aislados, eran constantemente asaltados por lo que tuvieron que construir un muro que cercara el conjunto de cabañas, añadiendo con esto áreas comunes que pasaron a ser espacios de oración primero, para después convertirse en comedores, área de almacenaje, biblioteca, entre otros, lo que a su vez obligó a regir esta vida común, surgiendo con ello las Reglas, códigos de objetivos y responsabilidades, sin abandonar por ello la búsqueda individual de perfección, pasando a ser monjes⁷. De igual manera el puesto de sabio⁸, pasó a ser de elección popular para quien cumpliera ciertos requisitos, cuando al principio era reservado para el miembro de mayor edad.

⁷Palabra en lengua siríaca que significa solitario.

⁸Llamado abad en siríaco.

En el siglo IV, la mayor parte de monjes se encontraban en Oriente y África, comenzando a popularizarse esta práctica en Europa, teniendo como mejores ejemplos San Martín de Tours en Francia, San Benito de Nursia en Italia y San Agustín de Hipona en África, fundando reglas de gran relevancia, sobre todo la italiana en la Edad Media, gracias a la cual se construyó un monasterio en Montecasino, mismo que más tarde influiría en la vida monacal de occidente. Es importante destacar que, obligados por las invasiones a Inglaterra e Irlanda, los monjes se trasladaron al continente en busca de la tranquilidad y la vida intelectual perdida, lo que Carlomagno (742-814) aprovecha y se hace asesorar por ellos, teniendo importantes avances en distintos ámbitos, entre ellos la creación de escuelas laicas que a la larga darán pie a las universidades. Otro punto importante que trajo la fundación de estas reglas fue el programa arquitectónico de los monjes benedictinos, que contemplaba las necesidades espirituales pero también consideraban entre sus tareas el trabajo manual, algo que no había sido visto antes. Para tal efecto se creó un programa arquitectónico, conocido ahora como el "Plano de Sankt Gallen" por ser el único plano que permanece hasta nuestros días derivado de este programa. En el mismo se detalla el trazado arquitectónico, siguiendo las normas del siglo IX, con la creación de un sínodo para su elaboración, con esto se buscaba unificar la vida monacal del imperio carolingio, pretendiendo también que se adoptara en cada monasterio la regla de San Benito.

Este plano, que data de 817-830, marca la importancia que tuvo la idea del monje en el imperio, en él podemos ver características muy importantes de los monasterios que lograron sobrevivir hasta el descubrimiento de América, observando en este continente sus últimas representaciones. Chafón (2001) hace un estudio sobre este plano, concluyendo que se trata de una copia, sacada de un prototipo, mandado al abad de dicho convento, y que se trata en realidad de un programa arquitectónico pensado para un conjunto conventual, expresado a manera de plano para poder explicar la relación que cada dependencia debe tener entre sí, a manera de esquema, en donde el templo y el claustro funcionan como núcleo básico sobre el cual se determinarán los demás elementos complementarios. Resulta evidente que dicho programa no se tomó al pie de la letra, ya que los edificios en los distintos conventos de la época tienen un desplazamiento acorde con sus características particulares, como lo es el clima, vientos, topografía, recursos naturales, entre otros.

El programa arquitectónico constaba de cuatro áreas delimitadas, cuyo elemento principal era el templo con el coro al centro y perimetralmente diversos altares destinados a la población laica que acudía a las celebraciones religiosas. Al oriente de el claustro, restringido para los monjes, situaban el presbiterio que funcionaba como único acceso al locutorio donde, en señal de humildad, los monjes lavaban los pies a todo el que entraba. Al templo se le adosaba la sacristía, el scriptorium -donde se copiaban manuscritos-, la biblioteca, celdas de tránsito, y las celdas del maestro de la escuela para laicos y del portero. Cabe destacar que con el tiempo, la importancia intelectual de los monasterios se fue elevando por lo que tanto el scriptorium como la biblioteca fueron adquiriendo mayor relevancia en el conjunto, hasta lograr ser elementos aislados.

Para el segundo espacio se reservaban para las zonas en contacto con el exterior, estas eran la dependencia del abad, la escuela para laicos y las habitaciones para huéspedes nobles que incluían espacios para su séquito. Dependiendo de ésta área, se encontraba el alojamiento para pobres y peregrinos. En el caso de la escuela para laicos la localización representó un problema ya que se consideraba una obligación del monasterio con la sociedad civil, pero al mismo tiempo ponía en entre dicho la función principal del cenobio que era el aislamiento. Como solución se construyó la biblioteca como barrera entre el noviciado y la escuela externa, teniendo ambos acceso de cada lado, distribución que fue copiada más adelante por las universidades. De igual manera, las celdas de tránsito fueron dispuestas junto al templo para dar la oportunidad al monje de ir al coro, manteniendo un acceso libre.

En la tercera sección se encontraba el área de novicios con cocina y baños, herbario medicinal y cementerio-huerto con casa para el hortelano, y junto a esta sección estaba el hospital para enfermos y ancianos, este último con estancia de médicos y sala de flebotomía donde se realizaban las sangrías, así como cocina y baño. Por último, la cuarta área, era la más extensa, donde se ubicaban grandes espacios para animales domésticos y talleres de manualidades, cada uno con espacios específicos y personal a su cuidado con las habitaciones pertinentes. En esta zona también se contaba con habitaciones y espacios necesarios para la vida de los soldados del conjunto conventual, pues aunque los monjes estaban exentos del servicio militar, y sólo tenían como obligación enviar aportaciones de hombres civiles, armas, ropa y víveres, el convento seguían siendo un pequeño feudo que podía ser asaltado en cualquier momento, siendo necesario mantener esa protección (Ver figura 3).

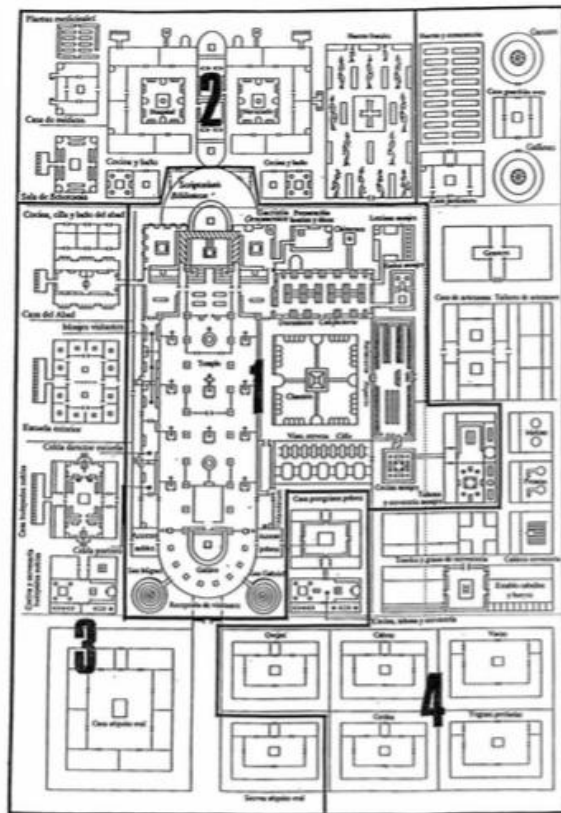


Fig. 3 Plano de Sankt-Gallen con las distintas áreas (Chafón, 2001).

Posteriormente surgió la necesidad de modificar el programa arquitectónico en los monasterios adaptándolos a una sociedad en constante cambio, muestra de ello fue el cenobio de Cluny, cuyas dimensiones sólo fueron superadas por la basílica de San Pedro del Vaticano. En él se introduce un bloque de habitaciones para los hermanos legos o conversos, quienes se volvieron los encargados del trabajo manual; o el convento de Cîteaux, conocido en español como Cister. Estas ramas, conocidas como cluniacenses o monjes negros y las cistercienses o monjes blancos, fueron hitos tanto en el clero como en la arquitectura considerando incluso que los cluniacenses fueron los creadores del estilo románico, mientras que los cistercienses se les asocia con el estilo gótico.

Una rama de los cistercienses del monasterio de Clairvaux, buscaba la perfección espiritual con base en la pobreza y trabajo manual en sus huertas, con tan buenos resultados que lograron convertir estas en centros de producción agrícola generando una riqueza impensable, misma que utilizaron para el mejoramiento de los templos, llegando a ser sinónimo de opulencia, algo que estaba en contra de su misma Regla y que por lo tanto debía erradicarse. Por tal motivo, surgieron figuras como el español Domingo de Guzmán y el italiano Francisco de

Así, precursores de las Órdenes Mendicantes, quienes además de priorizar la pobreza, buscaban la predicación y la elevación del intelecto como forma de encontrarse con Dios. Esto provocó cambios significativos en el modo de vida monacal, se debía dejar el aislamiento para participar de manera activa en la sociedad, lo que motivó que los nuevos monasterios se edificaran en los centros urbanos, buscando después definir su territorio de acción y dividirlo en provincias, limitando el número de ocupantes para poder garantizar un mejor desempeño, lo que también obligó a establecer otros conventos quizá más pequeños y dependientes de los mayores. Pasaron de ser unidades autosuficientes y se convirtieron en centros dependientes ya que la predicación impedía el trabajo manual de los frailes y los obligaba a subsistir a base de limosna, relajando también las actividades obligatorias al interior del convento, tales como ceremonias en el coro. Gilles Lapouge (Conventos coloniales, 1994) ve el fenómeno monacal medieval como “una especie de ideal utópico, que se vuelve imposible porque suprime la libertad del individuo, de modo que continuamente oscila entre las voluntades de reforma y los periodos de decadencia” (p.59). No encajan así en la lógica del capital.

Modelo medieval en el Nuevo Mundo

El Nuevo Mundo representó para la orden franciscana lo más cercano a sus ideales de pobreza, y el clima en la mayoría de las zonas era tan generoso que permitía una vida al aire libre, algo común entre los naturales sobre todo al desplazarse entre comunidades, por lo que la construcción de conventos o moradas no fue prioridad, adaptando para tal caso alguna choza donada por los aldeanos. Lo principal para los frailes al momento de desembarcar en estas tierras era establecer estrategias de acción para poder cubrir el mayor territorio posible, para lo cual buscaron congrega a los indígenas, lo que les permitía llegar a un mayor número de personas en menor tiempo, ya que la acción misional en un principio fue ambulante y con un muy limitado número de frailes. Una vez congregada la población se crearon puntos estratégicos a partir de los cuales se desplazaban a las comunidades, mismos que a la larga se convirtieron en el emplazamiento de conventos.

Para instalar estos conventos, se elegía un terreno de grandes dimensiones y que contara con una posición privilegiada, en el cual se construía una capilla abierta o, en algunos casos, un

templo de somera arquitectura, al que se le añadían cuartos que serían de habitación para los frailes. Una vez que se contaba con el apoyo de los naturales y habían sido instruidos para la construcción a la manera europea, se procedía a construir la estructura conventual, siendo la iglesia la última estructura a construir. Meli (2011) afirma que antes de 1526 las construcciones religiosas eran simples albergues con techos de paja y muros de bajaraque que servían tanto para las actividades religiosas como para el descanso de los frailes, y que entre 1526 y 1540 se comienzan a construir las primeras capillas abiertas así como los templos basilicales y algunos conventos permanentes pero de manera aislada, quedando en el periodo comprendido entre 1535 y 1550 la construcción de templos de una nave.

Resulta evidente que durante la primera etapa constructiva la arquitectura, al ser “de memoria”, no tenía una buena calidad, existían planos mandados de España para la edificación de edificios importantes, aunque no pasaban de ser bosquejos o directrices simples, además dejaban en completo olvido el resto de las obras, por lo que se recurrió a la memoria logrando una heterogeneidad en los estilos, aunque se aprecian algunos patrones, producto quizá de ciertas reglas aplicadas en las construcciones que hablaban a grandes rasgos de orientaciones, sobre todo en lo concerniente a orientación, distribución de espacios y proporciones. En el caso de los conventos, es probable que existieran reglas internas que hablaran sobre esquemas a seguir para sus edificios. Ejemplo de esto serían el Cuadrado de San Benito y las Reglas tridentinas, la primera la usada para el trazo de los monasterios benedictinos.

En esta primera etapa, las construcciones eran provisionales con el único fin de proteger de las inclemencias del tiempo a los frailes, siendo simples cobertizos. Meli (2011) considera que estas primeras edificaciones consistían en capillas abiertas frente a las que se ubicaba un patio, llamado atrio, que permitía las labores evangelizadoras, usando para sus templos el esquema basilical, con tres naves y techos a dos aguas hechos completamente de madera. Para la construcción de estos edificios se utilizaron materiales fáciles de conseguir, los mismos que habían utilizado antes de la conquista: piedra, barro, cal, madera, cuña y paja, con ligeras variaciones en su uso en cada región, respondiendo sobre todo al uso que anteriormente le hubieran dado los naturales, pero también a la disponibilidad y condiciones climáticas. El adobe, bloques de arcilla secado al sol, predominó en las construcciones sobre todo de las primeras décadas para la construcción de muros, aún en edificios de gran importancia, pero son pocos los ejemplos de ellos que prevalecen hasta nuestros días, ya que progresivamente fue sustituido

este material por otros más finos y duraderos, y su uso se relegó a vivienda y obras menores, a excepción de Chiapas y Michoacán. Es hasta 1580 que se empezó a popularizar el empleo del barro cocido, sobre todo en pisos y tejas, incluso en algunos muros de calicanto se llegó a intercalar algunas hiladas de ladrillos, con el fin de delimitar niveles y mejorar el amarra en el espesor del muro.

Otro sistema utilizado en las primeras construcciones conventuales provisionales, tomado de los naturales, es el llamado bahareque o bajareque, que consiste en postes de madera, llamados horcones, entre los cuales se coloca un bastidor de ramas y caña, al que se le aplicará lodo. Al ser suplido por las construcciones permanentes, este sistema se siguió aplicando en las viviendas, sobre todo en climas cálidos y húmedos. Pero el material que dominó en la obra formal, ya sea prehispánica o novohispana, fue la piedra, adaptándola a las nuevas necesidades y empleando sistemas estructurales mucho más eficientes y que permitieran un juego de formas. Aunque el costo de este material era excesivo por el transporte, se aprovecharon las construcciones prehispánicas como banco de materiales, facilitando en mucho su uso, Motolinía (Meli 2011) escribe:

Para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus teocallis para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra de los cuales había infinitos, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vieron a servir de cimientos para la iglesia; y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimientos de tan grande y santa obra (p.85).

Siguiendo esta lógica de aprovechar la materia prima que tenían a la mano, hicieron uso de la piedra bola extraída de los lechos de río, así como a la piedra volcánica, sobre todo de la llamada tepetate, ya que al ser un material ligero y fácil de cortar, posibilitaba su transporte así como la labranza y colocación. De igual manera, el tezontle, constituido de espuma volcánica y extremadamente ligera, fue muy popular en la segunda mitad del siglo XVI, usado como elemento decorativo.

En esencia, se recurrió a dos formas de uso de la piedra, la cantería y el calicanto. El primero consiste en piedras regulares (sillares), unidas entre sí por capas delgadas de un mortero de cal y arena, conocido como mampostería en sillares. El calicanto es definido por Meli (2011) de la siguiente manera:

...se entendían distintas variantes de la mampostería de piedras unidas con un mortero de pega. Éstas incluyen una especie de concreto ciclópeo con piedras de diferentes tamaños que se mezclaban con mortero de cal y arena; en esta modalidad se procedía por tramos, y con el empleo de elementos confinantes de madera o de piedra labrada, se daba la forma deseada a cada elemento constructivo; en algunos casos se empleó arena con alto contenido de finos que proporcionaban al mortero mayor calidad cementante, de manera similar al concreto pozolánico empleado por los romanos. Más comúnmente se empleaba una mampostería ordinaria en que las piedras se iban colocando progresivamente y se llenaban los intersticios con mortero de cal y arena, al que se mezclaba en ocasiones tierra fina (limo), para hacerlo más trabajable y reducir la permeabilidad de la mezcla (p.87)

Otra materia prima esencial era la madera. Para las primeras construcciones religiosas provisionales, cuyas formas simples eran postes y techumbres de tijera, eran completamente de madera, a excepción de la techumbre recubierta de paja. Pero en los templos definitivos de calicanto, la techumbre eran refinadas estructuras de madera, reemplazados más tarde por bóvedas y domos. Para la construcción de los pisos y techumbres en los conventos y aún en los palacios, se realizaron estructuras de madera a base vigas y tablones de madera, sobre los cuales se echaba un terrado que era cubierto con ladrillos o, en su caso, con mortero con cal. El problema con el uso de la madera es su poca resistencia a los incendios y sobre todo la humedad, ya que al empotrar las vigas en los muros la madera absorbía la humedad del muro, por lo que su tiempo de vida era realmente limitado.

Es importante señalar que las construcciones conventuales realizadas en las ciudades de españoles y las villas de indios tenían considerables diferencias, aunque ambas usaban modelos europeos como bases. En el caso de las ciudades, al contar con una mejor capacidad técnica y económica "...permitió desde el principio algunos de los atrevimientos del gótico, y evolucionó rápidamente hacia una arquitectura renacentista, que derivaría en el plateresco y otras variantes del barroco" (Meli, 2011, p.79), caso contrario a lo ocurrido en los pueblos ya que los recursos estaban seriamente limitados, obligando a optar por la sencillez, aunado a que estaban a cargo de frailes cuyo dogma era la humildad a toda costa. Para la segunda mitad del siglo se vio un refinamiento en la arquitectura conventual, coincidente con el arribo de arquitectos profesionales a la Nueva España y, sobre todo al aumento de frailes cuyo conocimiento arquitectónico se había incrementado considerablemente.

Para la construcción de los cenobios en la Nueva España se tomó como referencia el esquema arquitectónico carolingio inicial, mismo que ya había sido abandonado en Europa, pues se consideró poco funcional, pero en la Nueva España tiene sus últimas representaciones, encontrándolo en conventos del siglo XVII, lo que hace cuestionarse el porqué de su adopción en estas tierras. Chafón (2001) plantea como posible respuesta, que, dado que los franciscanos no tenían una morada fija y viajaban de un lado a otro, eran acogidos por las noches por el clero secular o monasterios de otras órdenes, muchas de ellas muy antiguas, y, considerando que el plano de Sankt Gallen contempla el alojamiento de peregrinos, no es difícil imaginar que los mendicantes estaban familiarizados con conventos basados en este plan arquitectónico, por lo que quizá tomaron los elementos que consideraban de mayor beneficio para las nuevas necesidades del lugar, y por supuesto del momento. Cabe señalar que la mayoría de los conventos iniciales se desplantaron en zonas alejadas, por lo que la autosuficiencia era primordial,

...circunstancialmente impuesta al monasterio, hizo que volviera a tener huerto de grandes dimensiones, con cuyo producto se ayudaba a dar alimento a los grupos de adolescentes que apoyaban a los predicadores en sus correrías misionales y que trabajaban al derredor de los monasterios en una gran multitud de tareas diarias (Chafón, 2001, p.72).

Tomando en cuenta las nuevas necesidades, se eliminaron áreas que eran innecesarias, como las de defensa, por lo tanto, a comparación de las imponentes construcciones medievales que constituían en sí mismas una ciudad, los conventos del Nuevo Mundo presentaban dimensiones considerablemente menores, exceptuando los ubicados en cabeceras importantes. De igual manera se eliminó el albergue para los pobres, ya que los indígenas estaban acostumbrados a dormir al aire libre, por lo que no necesitaron el asilo del convento, manteniéndolo en pocas ocasiones para los funcionarios civiles o religiosos que viajaban, aunque en México, debido a la utilidad que presentaban en Europa, se mal interpretó la función de ciertas áreas en los conventos, denominándolas "portal de peregrinos" (Conventos coloniales, 1994). Sin embargo, se rescató la escuela laica para niños, eliminado del programa arquitectónico desde los inicios de las Órdenes Mendicantes, esto con el fin de sustituir las escuelas indígenas y tratar con ello de adaptar los nuevos estilos de vida a las generaciones más jóvenes. Los hospitales también fueron eliminados, ya que el cuarto común para los frailes se sustituyó por celdas individuales, lo que en caso de enfermedad daba la privacidad necesaria,

aunque esta fuera contagiosa, además en la mayoría de los casos el número de frailes en cada convento no superaba la decena, lo que facilitaba el aislamiento.

Aunque en muchas ocasiones se ha afirmado que los conventos fueron construidos para que, en dado caso de una sublevación indígena, pudieran servir de fortaleza para el resguardo de la población española, Luis Mac Gregor, George Kubler y McAndrew desmienten esta hipótesis, creando la "tesis del simbolismo" ya que consideran que tanto la decoración como las dimensiones de los conjuntos conventuales tiene la intención de amenazar a la población, creando un símbolo de poder que permitiera mantener la sumisión de los naturales. Chafón (Conventos coloniales, 1994) plantea que, dado el carácter humanitario y pacífico de los mendicantes, es poco probable que consideraran siquiera un enfrentamiento físico para buscar la pureza de esas almas, si bien es cierto que mantienen una ornamentación militar, como flameros o pináculos platerescos que podrían simular antorchas, éstas eran simplemente decoraciones que ayudaban a elevar un poco más la altura, al mismo tiempo que rompían con la horizontalidad de los pretils. Agrega que estos coronamientos no eran poco comunes en el siglo XVI, encontrándolos hasta en arquitectura civil, por lo que cree podrían ser un símbolo de la importancia de la construcción, o simplemente dar una sensación de mayor altura con un costo reducido.

De esta manera llegamos al programa arquitectónico básico de los conjuntos conventuales en la Nueva España, teniendo como primer elemento el atrio, que al igual que la capilla abierta y la cruz atrial, constituyen adaptaciones novohispanas al partido arquitectónico carolingio, ya que debido a lo favorable que resultaba el clima en estas tierras para la vida al aire libre, se fomentaron las actividades comunitarias orientadas por el clero, que al mismo tiempo buscaron ocupar el tiempo que el trabajo agrícola dejó libre. Otra de las razones para la construcción de estos espacios arquitectónicos fue poder mantener el ceremonialismo religioso al que estaban acostumbradas estas culturas pero adaptándolo a la nueva fe. Al respecto Chafón (Conventos coloniales, 1994) menciona que en la tradición prehispánica existían fechas en las que se congregaba un gran número de personas en un espacio abierto, esto con el fin de participar en una ceremonia solemne al amanecer seguido por eventos comunitarios ininterrumpidos que podían durar varios días, en comparación con esto, una misa europea de dos horas y entre cuatro muros, no representaba un atractivo para el carácter festivo propio de estas comunidades, por lo que los misioneros debieron adaptarse a esta mentalidad y a estos espacios.

La denominación del atrio en la Nueva España no llega hasta los primeros años del siglo XVII por dos cronistas dominicos, fray Hernando de Ojea en *Libro tercero de la historia religiosa de la provincia de México de la Orden de Santo Domingo* y fray Antonio de Remesal en *Historia general de las Indias occidentales*, sin embargo, este elemento arquitectónico tiene sus inicios en los paleocristianos, como un remanente de la cultura romana. Su tardía denominación se puede deber a que, para el europeo del siglo XVI, un atrio es un espacio abierto delante de una construcción, y en el Nuevo Mundo, al inicio sólo se trataba de un área-recinto sagrado, sin contar con una construcción definitiva, en cuyo eje principal del atrio, a menudo eje longitudinal de la nave del templo, se puede encontrar una cruz atrial, misma que contiene símbolos de la pasión sin la figura completa de Cristo, esto para evitar que pudieran relacionarlo con los sacrificios humanos indígenas. Su antecedente más posible son las cruces colocadas en los cruces de caminos en Europa, con la finalidad de invitar al viajero a orar.

En estos espacios se realizaba la vida de la comunidad, posponiendo la construcción del conjunto conventual, ya que para poder utilizar a los indígenas como mano de obra para la construcción de estas grandes obras arquitectónicas primero debían ser convertidos a la fe. Cabe destacar, que estas áreas-recinto-sagrado no sólo tenían uso misional, sino que servían para las tareas comunitarias que buscaban readaptar el estilo de vida indígena al cristiano, siendo utilizados para clases de pintura y dibujo, artes, enseñanza para adultos y niños, música entre otras (Ver figura 4). Dado que este elemento también servía para la impartición de justicia cuando los indios acudían a los mendicantes para que los ayudaran a resolver conflictos con los civiles, las disputas entre los mendicantes y las autoridades civiles fueron en aumento, pues la intervención de las órdenes en asuntos judiciales mermaba la autoridad de los gobernantes, aunque el problema se había originado desde que los religiosos pretendieron sacar a los españoles de los pueblos de indios, alegando que estos eran mala influencia para su conversión, ya que eran corruptos y abusivos.

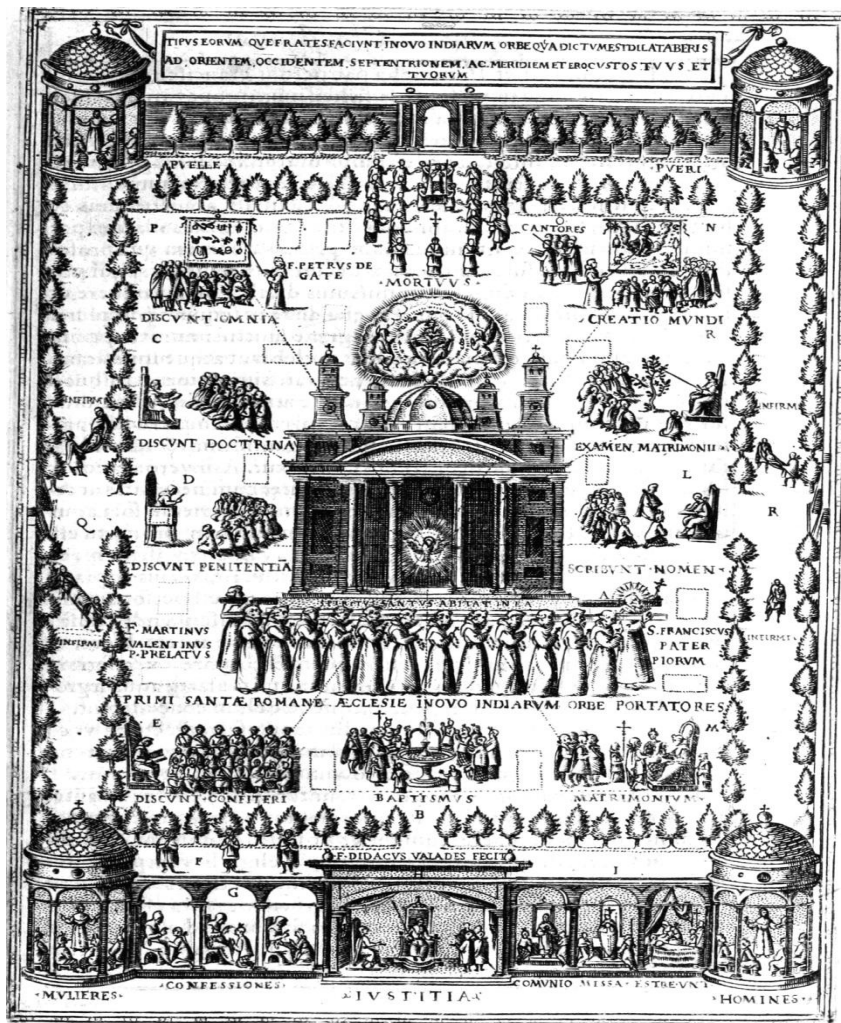


Fig. 4 Rhetorica Christiana. Encontrado en [\(https://commons.wikimedia.org/wiki/file:rhetorica_christiana_-_ad_concionandi_et_orandi_vsvm_accommodata_vtrivsq\(ue\)_facvltais_exemplis_svo_loco_insertis_-_quae_qvidem_ex_indorvm_maxime_deprompta_sunt_historiis_-_vnde_praeter_doctrinam,_](https://commons.wikimedia.org/wiki/file:rhetorica_christiana_-_ad_concionandi_et_orandi_vsvm_accommodata_vtrivsq(ue)_facvltais_exemplis_svo_loco_insertis_-_quae_qvidem_ex_indorvm_maxime_deprompta_sunt_historiis_-_vnde_praeter_doctrinam,_) (14586423378).jpg

Los mendicantes, al proyectar la construcción de estas ciudades, también buscaban la aplicación de los conceptos utópicos de una civilización basada en el cristianismo primitivo, por lo tanto debían sustituir el orden social prehispánico así como sus instituciones y escuelas. Tomando esto en cuenta, si se dedicara un espacio para la educación a la manera europea y considerando la cantidad de población a la que debían educar, serían necesarios 20 salones para 50 niños cada uno, teniendo dimensiones considerablemente mayores a las que tienen los conventos novohispanos. Diego Valadés, en su *Rhetorica Christiana*, hace una descripción de lo que eran los atrios, denominándolo “cuadrilátero”, señalando que representa a grades rasgos, un teocalli, debido a los amplios espacios que lo caracterizaban así como el carácter religioso que le

fue infundido desde su concepción. Considera también que, dada la cantidad de indios a evangelizar y facilitado por las grandes áreas abiertas con las que contaban, estos espacios pasaron a ser el corazón de las comunidades, ubicándolas en un punto central de las poblaciones con las que trabajarían.

El atrio proveía satisfactoriamente de un espacio lo suficientemente amplio para que la población pudiera celebrar las misas de manera multitudinaria y tan ceremonial como las costumbres prehispánicas lo dictaran, pero sin lugar a dudas, para lograr la fusión con el cristianismo era indispensable contar con un altar digno de la iglesia primitiva, es de esta necesidad de donde nacieron las capillas abiertas. Si bien fueron una adaptación en el Nuevo Mundo, no eran por completo extrañas para los europeos, ya que en la Europa Medieval se tuvieron que solucionar los problemas que generaba el celebrar una misa durante las constantes guerras e invasiones, para lo que, según Chafón (Conventos coloniales, 1994), se adaptaron altares a cielo abierto en los caminos para que los soldados pudieran acudir a misa. Sin embargo, las capillas mexicanas no son, de ninguna manera, una improvisación ante la necesidad religiosa independiente de un templo, sino una reinterpretación del ritual cristiano para ayudar a los indios a participar en las ceremonias públicas, religiosas y civiles. Todo esto va de la mano con las condiciones climáticas reinantes en Mesoamérica, ya que a diferencia de Europa, las actividades al aire libre no sólo eran satisfactorias sino hasta necesarias por el intenso calor. Según Meli (2011) es en estas construcciones donde, a principios de 1530, se empezó a experimentar con las bóvedas de cañón, así como algunos años después con las bóvedas de nervadura.

En el mismo grabado de Diego Valadés podemos encontrar una capilla abierta como elemento principal, representada por un pórtico frontal, mismo que Chafón (Conventos coloniales, 1994) describe de esta manera:

El pórtico, formado por siete arcos, señala su área central por medio de un arco más amplio, coronado de entablamiento y rematado por cornisa. A ambos lados de este elemento central, hay tres arcos más pequeños, pero iguales entre sí, que integran el conjunto. Bajo cada uno de los siete claros están representadas distintas actividades (p.127).

También afirma este autor que las capillas abiertas fueron planeadas como una forma de adaptarse a las costumbres mesoamericanas, teniendo en cuenta la costumbre de los espacios

abiertos, y ceremonias comunitarias, adaptando el calli o "casa-pórtico" como una prolongación, con un apoyo aislado al centro.

Esto representa la primera etapa constructiva en la arquitectura conventual, el área-recinto sagrado, donde tuvo su gran desarrollo la campaña misional, dando pie, en la segunda mitad del siglo XVI, ya terminada la conversión masiva, a la segunda etapa, donde se pasó al atrio-convento a partir de los años 50. Posteriormente, en los ángulos del atrio, se construyeron las capillas posa, que se cree tenían como función servir como paradas o estaciones en las procesiones, posiblemente a raíz de la festividad de Corpus Christi⁹, la fiesta constituye una procesión por las calles principales de cada poblado

...llevando la hostia consagrada en custodia, bajo palio(...) Al ampliarse los recorridos, fue necesario programar paradas para que el sacerdote que llevaba la custodia tuviera descansos entre cada tramo del trayecto. Tales paradas estaban señaladas por un altar provisional para colocar la custodia, bajo una ramada con variados adornos florales. Tales altares recibieron el nombre de posas (Conventos coloniales, 1994, p.90).

Como elemento predominante, se encuentra el claustro, mismo que pasó del plano carolingio a América como un fuerte recuerdo del medievo, ya que mantuvo su forma cuadrangular articulado por un jardín central y corredores en sus cuatro lados, siendo de altura baja y con cubiertas de bóvedas de cañón, solo adaptando algunas de sus funciones a las nuevas necesidades. En general, los cenobios constan de dos niveles, aunque en muchos casos el piso superior es de fechas posteriores, siendo de dos tipos, claustros con contrafuertes al interior del patio central y los de arquería, siendo los primeros los más utilizados en los primeros conventos. El segundo nivel estaba destinando para las celdas y la biblioteca, reservada esta ultima, únicamente a los frailes para permitirles trabajar aislados y al mismo tiempo preservando los valiosos libros que con tantos pesares lograban traer al Nuevo Mundo, mientras que la planta baja se mantenía para las áreas comunes teniendo como sacristía, refectorio, cocina, entre otros, arquitectónicamente, estos espacios no presentan características singulares, siendo de pequeña dimensiones, con techos abovedados o en algunos casos en la planta alta, con pequeñas cúpulas, teniendo el mayor atractivo en la pintura mural.

⁹Las oraciones oficiales de esta fecha pertenecen a Tomás de Aquino.

Debido a lo rústico de su arquitectura, se considera que en la mayoría de los casos los conventos antecieron a los templos, así como en lo elemental de sus soluciones constructivas, ya que se caracterizan por estar limitados por gruesos muros de piedra y rodeados por gruesos contrafuertes, teniendo pequeños vanos para iluminación en forma de arco, sin mencionar su obvia falta de proporción y la carencia de decoración, compensada en algunos casos por las grisallas presentes en los pasillos así como en las cubiertas.

Más adelante se proyectaron las iglesias, que en el nuevo modelo arquitectónico implantado en estas tierras mantiene la jerarquía sobre el conjunto,teniéndolo como elemento principal y distinguiéndose por la elevada altura en comparación del claustro, al que estaban adosadas. En un principio eran de estructuras de madera y con una planta de tres naves con techo a dos aguas, con muros de calicanto o adobe, en algunos casos abiertas en uno o más de sus lados. Posteriormente, en los templos definitivos, la forma más común de la planta era de una sola nave, manteniendo una relación entre la longitud y el ancho de cuatro, así como una variación entre 1.5 y 1.7 para la relación entre la altura de la clave de la bóveda, ligeramente rebajada, y el ancho de la nave, menciona Meli (2011), que si bien hubo fluctuaciones en las dimensiones, lo normal era encontrar naves con 40 o 69 metros de longitud, contra 20 a 25 metros de altura a la clave. Eran cubiertos con techos de madera más elaborados y mejor terminados, contando con vigas de un grosor considerable para ayudar a librar las grandes dimensiones del templo, ocultas en algunos casos por un artesonado de tipo mudejar. El empleo de madera para estas estructuras se debe, probablemente, por razones económicas, así como las restricciones técnicas, ya que es hasta 1540 que se cuenta con los conocimientos técnicos para enfrentar la construcción de bóvedas. Chafón (Conventos coloniales,1994) señala que debido a los contrafuertes tardíos puede considerarse que las bóvedas que rematan varios templos son posteriores, sustituyendo las techumbres de madera, y estos contrafuertes fueron contruidos para ayudar a resolver los problemas de soporte que enfrentaban los muros al tener que cargar un peso mayor, lo que a la larga podría generar empujes hacia afuera. La sustitución de estos techos era sabido por los franciscanos desde un principio, según afirmaciones de Kubler (1983), ya que los muros tienen un espesor superior al necesario para soportar las estructuras de madera, pero al no tener las posibilidades técnicas para construir bóvedas desde un principio, se recurrió a esta solución temporal, estos muros tienen una relación con respecto al claro de la nave entre tres y cuatro.

La nave, dividida en entrejes por pilastras y arcos fajones, era rematada por un presbiterio poligonal adornado por una bóveda nervada, considerado de los primeros atrevimientos técnicos, coronado por un arco triunfal de grandes dimensiones que ayudaba al soporte de la bóveda, y delimitaba el espacio de la nave y el presbiterio. La nave angosta y con altos y gruesos muros, fue iluminada gracias a ventanas colocadas debajo del arranque de la bóveda, e instalaron en la primer crujía el coro simulando un balcón, manteniendo una profundidad casi igual al ancho de la nave, con piso de madera en un inicio, sustituido más adelante por una bóveda rebajada, decorada con nervaduras. Y, como decoración, sobre todo en las construcciones mendicantes, elaboraban una pintura mural denominada grisalla, por ser líneas negras sobre un muro blanco con algunos elementos en color, patrón que también aplicaron dentro del claustro. El uso de la nave simple, para el siglo XVI, ya no era aplicado en España, sin embargo, según Kubler (1983), su aplicación en el nuevo mundo responde a dos necesidades; la primera, una arquitectura sencilla y sin grandes complicaciones técnicas que serían imposibles de cumplir; y la segunda, poder congregarse a un gran número de naturales en un espacio libre, que centrara la atención en las zonas importantes de la misa, permitiendo también que los frailes los vigilaran.

En el caso de las fachadas, en un inicio eran excesivamente sencillas, contando únicamente con los vanos de la puerta y la ventana que iluminaría el coro, manteniendo el muro liso y plano, adquiriendo con el tiempo mayores desafíos tanto técnicos como estilísticos al darle mayor altura y volumetría, agregando frontispicios de mayores dimensiones. Meli (2011) menciona que la orden franciscana decretó la prohibición para la construcción de torres en los templos, mismos que fueron agregados en siglos posteriores, quizá al dejar los conventos en manos del clero.

En lo que se refiere a la parte estructural de los conjuntos conventuales, los conocimientos constructivos que traían los españoles tuvieron que ser enfrentados a las condiciones tanto climáticas como geológicas del territorio, aunado a una gran actividad sísmica, algo a lo que no estaban acostumbrados, ya que España los sismos son esporádicos y de baja intensidad, y sus anteriores conquistas, en Antillas y el Caribe, tampoco los prepararon para los fuertes terremotos que enfrentaron en la Nueva España, por lo que la casi inmediata evidencia de la vulnerabilidad de las construcciones ante estos fenómenos, los hicieron replantearse los modelos europeos que pensaban implementar de forma exacta, y se habla de evidencia inmediata ya que el primer

registros que se tiene de un terremoto es de el dos de abril de 1523, además, Meli (2011) señala que:

Las estadísticas de la actividad sísmica registrada en el siglo XX indican que en México ocurren, en promedio, aproximadamente dos sismos por año de magnitud 6.0 o mayor, un sismo de magnitud 7.0 o mayor cada dos años, y uno de magnitud 8.0 o mayor cada 15 años. Hay razones para suponer que la actividad tectónica del planeta no ha cambiado significativamente en épocas recientes, y que la frecuencia con que ocurrieron sismos de distintas magnitudes en el siglo XVI debe haber sido semejante a la que se ha registrado en el siglo XX (p.200).

Gracias a que los frailes tenían completa libertad para escoger el emplazamiento de sus conventos, escogían terrenos planos y con buenas condiciones para la colocación de la cimentación, siempre en medida de lo posible, por lo que lo más común era que eligieran los templos prehispánicos como plataformas de desplante, además del importante simbolismo del catolicismo imponiéndose, también se aprovechaban los terrenos planos y con una dominancia sobre la zona, aprovechando además las cimentaciones. En los casos en que no había o no se podía aprovechar los cimientos existentes, se excavaba hasta un estrato compacto y/o rocoso, comúnmente a 1.7 metros de profundidad, y en casos muy raros llegaban a los 3 metros tomando por bueno el tipo de suelo que se encontrara ahí. Incluso el arquitecto Leon Alberti, en su tratado de arquitectura del siglo XV, al hablar sobre la cimentación en terreno cuyo estrato firme se encuentra a mayor profundidad escribe: “Excava lo más profundo que puedas y que el cielo te asista” (Meli,2011,p.93). Para cimentar los conventos se utilizaron zapatas corridas, y en el caso de columnas, poco usadas durante los primeros años constructivos, se usaban zapatas aisladas, ambas sobresaliendo del nivel del suelo, sirviendo como protección para el muro contra la humedad. En los dos casos el grosor respondía a la calidad del suelo en que se desplantaba, si éste era de una firmeza considerable, el grosor de la zapata sobresalía del muro en promedio 20 cm de cada lado, si la firmeza era pobre podría sobresalir hasta el doble del muro. Estos elementos eran hechos de mampostería de piedra pegada con mortero de cal, el cual se endurece aún bajo el agua, lo que aseguraba el correcto funcionamiento de la cimentación, por lo que las fallas en ellos se reducen a los casos en que existen hundimientos diferenciales, consistentes con suelos que han sido nivelados con relleno y que este no fue compactado de manera correcta. También se presentan problemas cuando a la estructura, desplantada en un suelo poco compacto y que ya ha presentado los hundimientos propios de la construcción, se le

hacen añadidos presentando asentamientos desiguales, esto ha sido evidente en contrafuertes posteriores al convento.

En el caso de los muros, al tener que soportar la enorme carga que representaba la cubierta y otros elementos, y tener que transmitirla a la cimentación, se optó por engrosar los elementos, teniendo espesores de entre 1.6 y 2.4 metros, usando en muy raras ocasiones columnas como apoyo. Esto se debió a que los muros responden muy bien a las cargas verticales, pero son poco seguros al soportar fuerzas horizontales, como las generadas por los sismos o las bóvedas, estas últimas pueden provocar inclinaciones en los muros hacia el exterior, problema que fue resuelto posteriormente con la colocación de contrafuertes. Otra solución para estos empujes fue la construcción de pilastras al interior del templo, que es una especie de costilla en el muro, seguido en la cubierta por arco fajones que segmenta el espacio en crujías, ayudando a las bóveda de nervaduras a concentrar la carga en puntos específicos que serían las pilastras y contrafuertes. En el caso de los conventos, al ser bóveda de cañón con empujes uniformes, la colocación de pilastras y contrafuertes se dio de manera arbitraria.

Para el caso de pisos y cubiertas en las construcciones civiles, se resolvieron colocando vigas de madera empotradas en los muros o en arcos transversales, y en los casos de claros de grandes dimensiones se recurrió a las cubiertas a dos aguas. Pero en los casos de arquitectura conventual o de gran importancia, se construyeron bóvedas de mampostería, usando el arco por su facilidad para librar claros de grandes dimensiones, construido de calicanto, cuidando en exceso la calidad del mismo, esta se colocaba sobre una cimbra de madera, aunque también se llegó a construir a base de sillares o ladrillos, teniendo un espesor promedio de 60 cm en la clave y 120 en los arranques. Estas bóvedas limita en mucho la iluminación de los espacios, ya que perforar una bóveda compromete su estabilidad, por lo mismo se empezaron a construir bóvedas con lunetos.

Cabe señalar que para el siglo XVI se comenzaron a popularizar recomendaciones o notas arquitectónicas para dimensionar edificaciones de gran relevancia como los templos, conventos y palacios, estos eran formulados por arquitectos o maestros de obra, siendo los más conocidos los pertenecientes a Alberti, Serlio y Palladio, así como las de Gil de Hortañón, Lorenzo de San Nicola, Martínez de Aranda y Hernán Ruiz, aunque estos últimos corresponden a un periodo posterior. Meli (2011) menciona que las recomendaciones realizadas por Rodrigo Gil de Hortañón, muy difundido en España durante la etapa en que se construyeron los templos

definitivos, se afirma fueron concebidas a partir de ensayos en modelos a escala y hablan sobre la geometría de bóvedas y arcos, así como las condiciones que debe cumplir un contrafuerte para soportarlas. La tesis doctoral de Natalia García compara diversos conventos del Estado de Morelos con las reglas dominantes al momento de construcción, encontrando que los contrafuertes mantienen dimensiones cercanas a las recomendadas en la regla de Lorenzo de San Nicolás, mencionada en la obra de Palladio, lo que nos habla no tanto del conocimiento de la regla en sí, sino de que estructuraron de manera muy similar a como lo hacían en el Viejo Mundo.

Convento de la Asunción de Nuestra Señora, Cuernavaca, Morelos

Mendieta (2002) data la fundación de la orden en Quauhnáhuac aproximadamente en febrero de 1525, fecha en que llegaron los franciscanos fray Antonio Ortiz, fray Alonso Herrera, y fray Diego de Almante, de la provincia de San Gabriel. Puesto que no contaban con construcciones previas y aún faltaría un tiempo antes de que se iniciaran las obras, los frailes aprovechaban las chozas ofrecidas por los naturales para descansar, partiendo de allí para predicar el evangelio desde Cuernavaca pasando por Ocuilan, Malinalco y todo lo que es Tierra Caliente hasta el Mar del Sur, así como Oaxtepec, Yecapixtla, Taxco, entre otros. Tardaron aproximadamente tres meses en evangelizar la zona, saliendo posteriormente a otras regiones cada vez más lejanas, mientras que la población recién convertida construía el convento, terminado cuatro años después por lo menos lo principal para permitir la vida en él. Mientras esto ocurría, los frailes se instalaban en la casa de algún cacique, viviendo más tarde en Chipitlan, construyendo la ermita, aún existente, de San Francisquito.

Orozco y Berra menciona, en su Diccionario de Historia y Geografía, como posible fecha de inicio de las obras en Cuernavaca el 2 de enero de 1529, aunque debido a la falta de documentos es difícil saber a ciencia cierta si la iglesia y convento actual son los terminados en 1529. Después de varias conjeturas, y teniendo en cuenta la fecha de 1552 de la portería de la iglesia como posible fecha de término, así como la tradición local de que fue la esposa de

Cortés¹⁰ quien donó los terrenos para su construcción, la posibilidad de que la obra sea de Francisco Becerra, llegado a México en 1574, así como un documento que avala la existencia de una “portería vieja” anterior a 1574, Gómez de Orozco (1943) supone que la iglesia y casa concluida en 1529 es la de San José y no la actual.

Gracias al Códice Municipal (Dubernard,1991), se sabe que la zona escogida para el emplazamiento del convento es el centro de cuatro lomas, mismo que fue terraplenado y nivelado, colocando los cimientos en la parte más sólida. Incluso los caciques participaron en las labores de construcción, constatando los nombres de éstos en el Códice, así como el barrio al que pertenecían. Gómez de Orozco (1943) menciona que, como en varias edificaciones novohispanas, para la construcción de la bóveda de la iglesia se llenó la nave con tierra, sirviendo de cimbra para la techumbre, una vez fraguada se sacó la tierra y se extendió para dar forma al atrio.

El primer guardián del convento fue fray Pedro García, seguido por fray Martín de Valencia, mismo al que los indios le tenían profunda devoción por su inmenso compromiso. Otro que habitó en Cuernavaca recibiendo elogios y admiración fue fray Hernando de Leyva, nacido en Cidamón, Rioja, un fiel seguidor de la pobreza y las penurias franciscanas hasta su muerte, en 1574. Siendo enterrado en la portería de la casa vieja donde solía alimentar a los pobres, y éstos, teniéndole tanto cariño, pintaron su retrato en la puerta cercana a su tumba. Otro fraile ejemplar que pasó por este convento fue fray Francisco Zimbrón, enterrado en la iglesia del lado del evangelio, donde los indios colgaron su retrato.

Para poder entender la importancia que tuvo el convento de Cuernavaca, no sólo para la Nueva España, sino también para los reyes, se tiene que explicar el constante interés de fray Martín de Valencia por el Oriente mientras fungía como custodio de la provincia de Cuernavaca, soñando incluso con revelaciones divinas que le mandaban que emprendiera el descubrimiento y evangelización de esas tierras, por lo cual inició las tareas, teniendo incluso una fallida expedición de Tehuantepec al Mar del Sur, auspiciada por Cortés, misma que no pudo realizarse por demoras en la construcción de los navíos. A esta expedición se embarcaron ocho frailes, cinco de los cuales eran miembros de los 12 primeros: fray Martín de Valencia, fray Martín de la

¹⁰José Luis Martínez sostiene que Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga se casó con el conquistador en el transcurso del mes de abril del año 1529.

Coruña, fray Francisco Jiménez, fray Antonio de Ciudad Rodrigo y fray Toribio de Benavente. Islas García (1967) menciona que

...no era pequeña nota el desplazamiento de tan numeroso grupo de fundadores de la Provincia del Santo Evangelio, con el Custodio al frente, para iniciar el propósito de descubrir nuevas tierras, y tampoco lo podía ser el hecho de que el mismo don Fernando de Cortés dejara su villa predilecta, para salir por molestos caminos hasta Tehuantepec, donde aguardaba el grupo de franciscanos que les entregara los navíos (p.23-24).

Tras el rotundo fracaso, Martín de Valencia decide regresar a Cuernavaca, dejando a tres frailes a cargo de la misión: fray Francisco de Jiménez, fray Alonso o Ildefonso de Herrera y fray Martín de Jesús o de la Coruña, quienes de igual manera fracasaron en el intento. Varias veces más se intentó conquistar el Mar del Sur, sin tener grandes avances, incluso el jesuita san Francisco Javier mandó una carta, en 1552, al padre Simón Rodríguez suplicando que cesara las expediciones al oriente diciendo lo siguiente:

Esta cuenta os doy, hermano mío, Maestro Simón, para que digais al Rey nuestro señor y a la reina, que por encargo de sus conscentias deberán dar aviso al Emperador, o a los reyes de Castilla, que no mandasen más armadas por la vía de la Nueva España a descubrir islas Platareas, porque tantos cuantos fueren, tantos se han de perder; porque aun en la mar no se perdiesen si tomasen las islas, es la gente de Japón tan belicosa y codiciosa, que, por muchos navíos que viniesen de la Nueva España, a todos los tomarían; y por otra vía, es tan estéril la tierra de Japón de mantenimientos, que morirían de hambre; y allende desto, son tan grandes las tempestades en tan grande manera, que los navíos no tienen ninguna salvación, si no estuviesen en algún puerto amigo suyo. Empero, como arriba dije, son tan codiciosos los japoneses que por tomarles las armas y el hato que llevan, los matarían a todos (Islas, 1967, p.26).

En la década de los sesenta del siglo XVI, Felipe II encarga al virrey de la Nueva España y a fray Andrés de Urdaneta, fraile navegante, una nueva expedición, estableciendo como punto de salida Acapulco, saliendo el 20 de noviembre de 1564, logrando llegar a las Filipinas y después retornar al puerto de salida, gracias a este triunfo la Nueva España se convierte en el vínculo entre el lejano Oriente y España, permitiendo la conquista y comercialización con Japón, China y las islas del Pacífico, dando una mayor importancia a estas tierras. Tan grande es el tamaño de este mérito que un cronista anónimo escribe: “Y los de México están tan ufanos con

su descubrimiento que tienen entendido que serán ellos el corazón del mundo” (Islas, 1967, p.28). Éste hecho marcará también el destino de Cuernavaca, que de por sí ya era relevante por la predilección del marqués hacia él, pero con estos viajes Acapulco se transforma en el límite del mundo novohispano, convirtiendo el convento de la Asunción en el punto de partida para los miembros de la comunidad, sin mencionar que también la geografía del sitio permite el cruce a Veracruz por Cuernavaca sin tener que pasar por el altiplano, favoreciendo enormemente los tiempos de comercio.

Pero, después de descubiertas estas rutas, no todo fue tan fácil para los españoles, como en todo proceso de evangelización, los frailes, sobre todo Martín de Valencia consideraron la excursión al oriente de manera pacífica, al igual que su evangelización. Sin embargo Cortés tenía la idea contraria: considerando que el uso de las armas era la manera más fácil de conquistar un país. En Japón lo que encontraron distaba mucho de los problemas que tuvieron en Nueva España, mientras que aquí habían grupos independientes sin conocimiento el uno del otro o en pugna, Japón estaba muy cerca de la unidad nacional contando con flotas para dominar y defender sus propios mares. Además, los portugueses, que ya tenían alianzas con la isla por razones comerciales, no querían compartir el mercado con los españoles, valiéndose de estas alianzas para sembrar el odio, otro punto a favor de los portugueses es que a estos no les interesaba la ideología, caso contrario a los españoles.

Elementos del conjunto conventual

El convento de la Asunción, con una superficie actual de 1.57ha, ocupa el terreno comprendido entre las calles Miguel Hidalgo y 20 de Noviembre, y entre Morelos y Nezahualcoyotl, aunque se sabe que sus dimensiones se extendían hasta donde hoy se ubica el jardín Revolución, en la calle Mariano Abasolo (Ver figura 5). Sobre la actual calle Miguel Hidalgo se encuentra el acceso principal al atrio, un espacio en forma de L limitado por un muro almenado, con una segunda puerta sobre la calle de Morelos, sobre estas puertas se tallaron las tres cruces del calvario. En el muro atrial se colocaron placas de piedra con los jeroglíficos de cada uno de los pueblos de visita que ayudaron en su construcción, esto como una forma de recordatorio de las obligaciones que tenían con el templo, no se tienen registros exactos de

cuáles fueron, ya que las piedras pudieran haber sido recubiertas o quitadas, pero basados en los pueblos que acudían a la iglesia, Gómez de Orozco (1953) cree que pudieron ser los siguientes: Tetlaman, Cohuentepec, Biacatlan, Tonexco, San Francisco Cohuatlan, Mazatepec, San Miguel Cohuatlan, Quauhchinchinolan, Huaxintlan, Ahuhutzingo, Acatlicpan, Xochitepec, Alpoyecan, Xoxocotla, Tetelpan, Pachimalco, Itlatenchi, Huitzilac, Quauhxomulco, Ocotepec, Teienmilpa, Santa María, Tetelan y Tlaltenanco. Ramírez Badillo (2001) señala la existencia de restos piramidales cerca del presbiterio, encontrados al abrir un acceso a la capilla funeraria, pero esto fue repellado y no se ha realizado un estudio serio al respecto, por lo que no se sabe a ciencia cierta en donde se desplantaban estos templos, pero sí se cree que la mayoría de ellos fueron derrumbados por completo para poder usar sus materiales para la construcción franciscana.

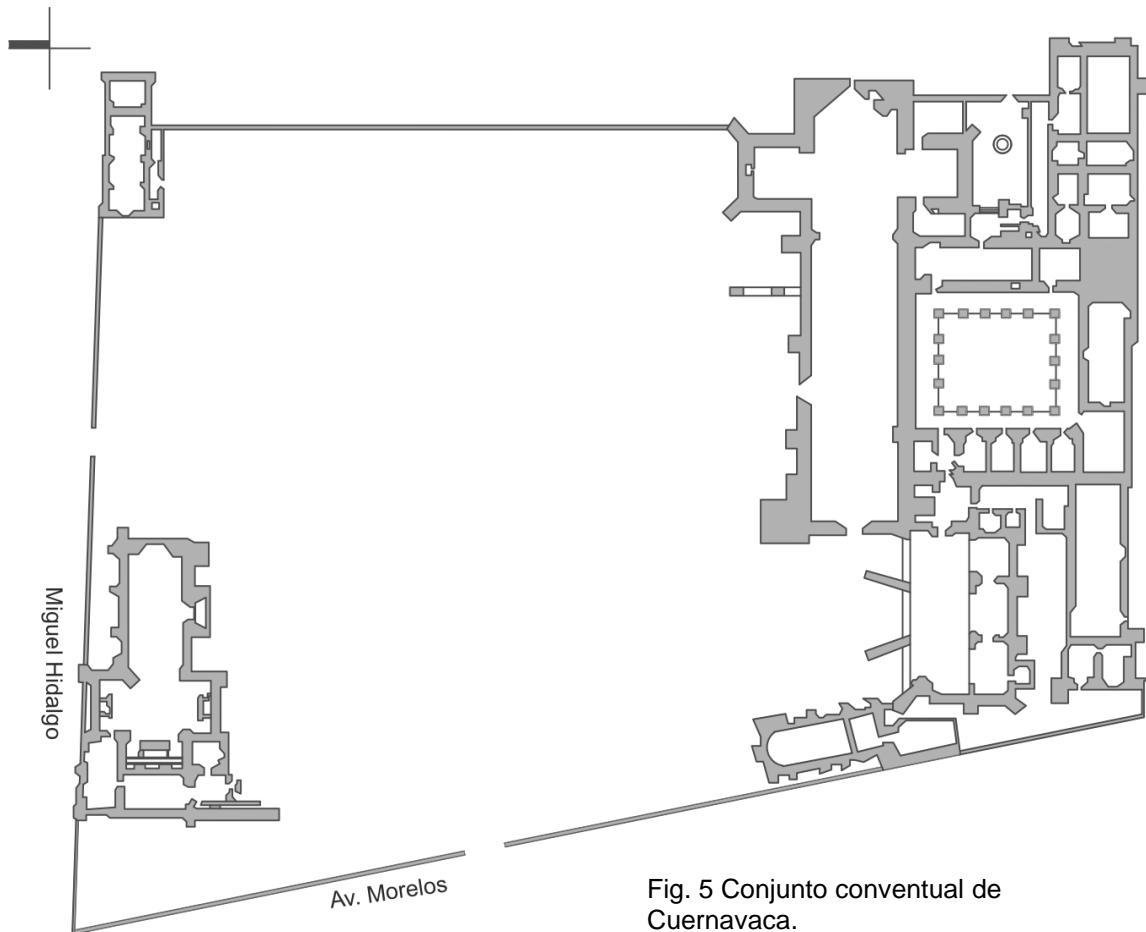


Fig. 5 Conjunto conventual de Cuernavaca.

Ramírez Badillo (2001) afirma que en la construcción del conjunto atrial es claramente visible el seguimiento del cuadrado de San Benito, que

...se forma sobre una diagonal a 45° tomando como base un cuadrado de cinco por cinco módulos (la perfección agustiniana); le sigue, en forma ascendente, otro cuadrado (la trilogía) de tres por tres módulos; luego, un cuadrado de dos por dos módulos (cielo o infierno); y termina con el módulo de tres por tres. De esta manera se conforma un cuadrado final de trece por trece módulos que tienen por su número la cabalística premonición de la salvación del alma. Este cuadrado sirve para localizar muros y elementos arquitectónicos, así como para dimensionar espacios y establecer secuencias para localizar zonas y lugares sacros (p.18).

y este cuadrado se utiliza para dar las dimensiones adecuadas a los espacios, dar secuencias a los lugares sacros, así como definir muros y demás elementos arquitectónicos. De igual manera utiliza la proporción áurea en las plantas y el rectángulo de Euclides para dar el ancho y largo tanto de la nave principal como de la capilla abierta (Ver figura 6).

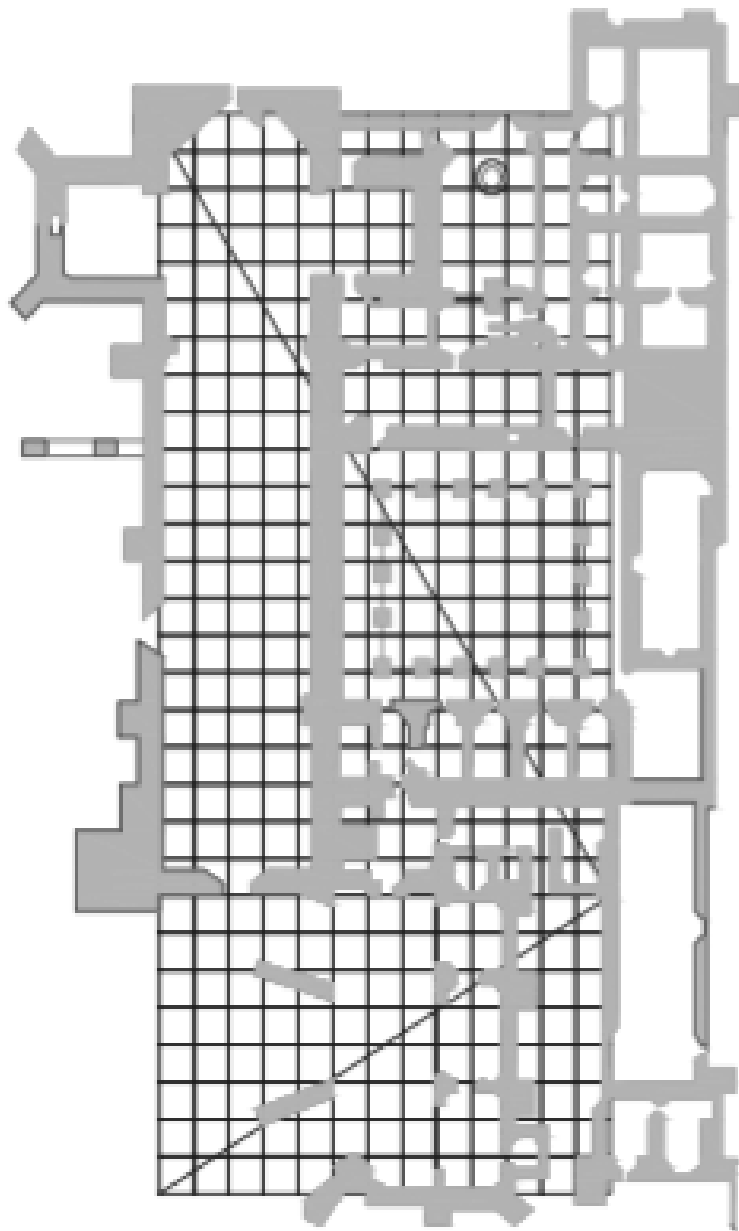


Fig. 6 Planta de iglesia y convento de Cuernavaca con proporciones (Ramírez, 2001).

En la parte sur del atrio encontramos la capilla abierta, primera construcción del conjunto y la capilla en pie más antigua del país. De grandes proporciones y orientada hacia el norte, perpendicular a la fachada principal del templo, está dividida en tres espacios, siendo el primero la explanada, donde se ubicaban los indígenas aún paganos. La segunda área cuenta con una bóveda frontal de cañón corrido apoyada sobre seis arcos de medio punto y esbeltas columnas de cantería, reservada para los naturales bautizados, mientras que la bóveda de fondo, de

tercería gótica, dividida en tres secciones, en la bóveda principal se colocaba el altar, reservando la de la derecha para el coro y la de la izquierda para un púlpito (Ramírez, 2001), todo esto enmarcado por dos contrafuertes botareles que absorben los esfuerzos de las bóvedas (ver figura 7).



Fig. 7 Capilla Abierta. Tomada por la autora.

El Códice Municipal señala la existencia de un campanario y torre, destruidos quizá en el momento de los trabajos de la iglesia, la razón es incierta pero Gómez de Orozco (1943) explica que quizá fue para construir sobre la capilla. La decoración interior eran con frescos, teniendo aún algunos ejemplos, mientras que la exterior consistía en aplanado con almohadillados, dando

la impresión de sillares, añadiéndole el escudo de la orden y las cruces Potenzadas¹¹ sobre el friso bajo las almenas, subsistiendo únicamente el que se encuentra en el exterior con el escudo de la orden tallado en piedra. Contando con la advocación de San José, en sus inicios contaba con un rico retablo con una imagen del santo patrono, por desgracia este ha desaparecido, al igual que la decoración interior y exterior. Es probable que esta capilla junto con el convento primitivo fueran terminadas entre 1525 y 1529.

Al este de la capilla abierta se encuentra la iglesia, cuya planta es rectangular de cañón corrido con quince metros de altura, pero, dado que a finales del siglo XVI se añadieron dos corrillos y casquete en el presbiterio, se puede pensar que es de cruz latina, aunque es fácil obviar esta adaptación. Artigas (2011) argumentó que esto es fácilmente visible al comparar las alturas ya que se trata de espacios yuxtapuestos a un elemento dominante, en este caso el templo. La puerta se orienta al poniente, mientras que la Porciúncula al norte, siguiendo los cánones de la orden. Ramírez Badillo (2001) aplicó a estas puertas los principios de Fibonacci y Euclides, encontrando un interesante juego de ambos, ya que en el caso de la porciúncula la altura y superficie coinciden de manera perfecta con el trazo áureo, pero la decoración está sujeta al ángulo “k”¹², algo que el autor considera natural, ya que el constructor pudo haber estado en contacto con el conocimiento árabe de estas proporciones (Ver figuras 8 y 9).

¹¹ Cruz que lleva pequeños remates en sus extremidades que representan las cuatro esquinas del Mundo, los cuatro elementos.

¹² Los egipcios utilizaban para el trazo de sus construcciones cuerdas con nudos con una misma distancia. Para hacer triángulos rectángulos contaban 12 nudos. Luego hacían un triángulo cuyos lados fuesen 3, 4 y 5, en total 12, formando un ángulo recto con los lados 3 y 4. También observaron que se podían duplicar, triplicar, y seguía siendo rectángulo (6-8-10).

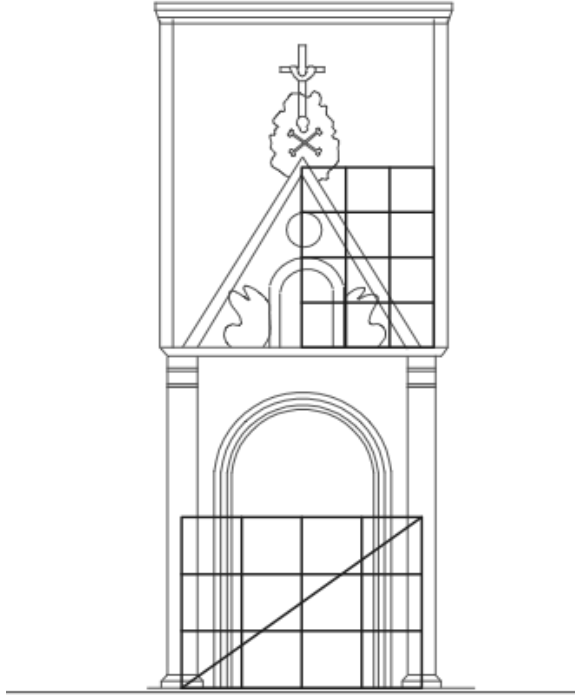
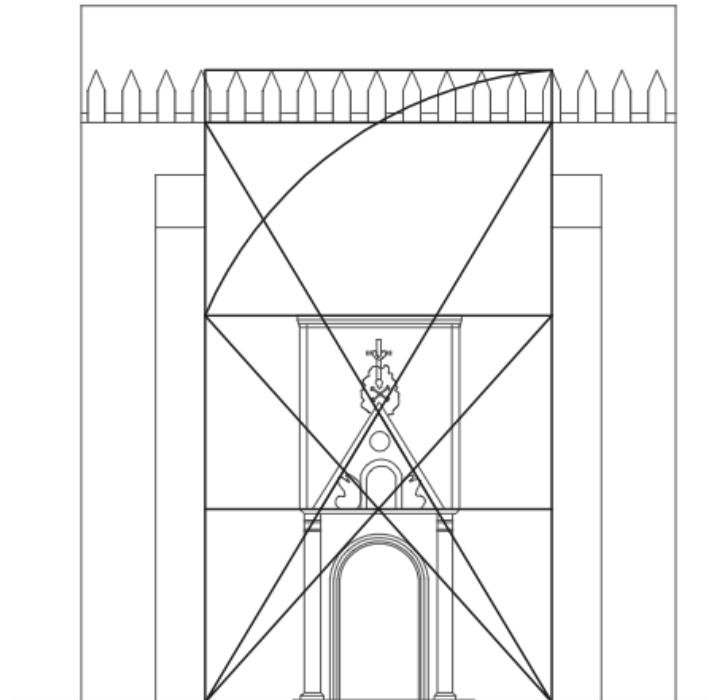


Fig. 9 Porciúncula con la proporción áurea (Ramírez, 2001).

Fig. 8 Porciúncula con la proporción del ángulo K (Ramírez, 2001).



En el mismo lado norte se puede observar un botarel, acompañado por contrafuertes para dar estabilidad al conjunto, teniendo en cuenta el terreno de desplante (ver figura 10). Coronando los muros superiores, se encuentran las almenas piramidales, solo en el crucero han desaparecido estas, protegiendo un camino de ronda y una plataforma para artillería. El campanario, compuesto por tres cuerpos, sólo cuentan con el basamento original correspondiente al siglo XVII, mientras que los dos cuerpos superiores fueron elaborados en el siglo XVIII, posiblemente en 1713 tomando como base la fecha labrada en uno de los cuerpos, así como el remate, una linternilla con su capulín, aunque el que se observa actualmente es una copia del original, reemplazado en 1882 después de que un sismo lo destruyera. El Códice Municipal de Cuernavaca menciona que la iglesia primitiva, que fue probablemente de tres naves y de madera, se ubicaba donde hoy se encuentra el falso crucero del siglo XVIII. El altar mayor se sitúa al oriente por el evangelio de san Mateo donde expresa que “El salvador vendrá del oriente para juzgar a vivos y muertos” cosa que coincide con la leyenda prehispánica de que Quetzalcoatl regresará por el occidente.



Fig. 10. Vista norte. Tomada por la autora.

Al interior del templo encontramos el sotocoro, con una bóveda de tracería gótica, similar a la de la capilla abierta, arranques adornados con cabezas de perro y un relieve de la Asunción en la clave central. Existen registros que afirman que el altar de la iglesia estaba adornado con un retablo plateresco que, según lo que Gómez de Orozco (1943) constató con los pocos vestigios que encontró del mismo, pudo haber sido similar al de Huejotzingo o Xochimilco y, afirma, contaba con un relieve de la virgen María en madera policromada, dispuesto al centro y rodeada por ángeles y serafines, llevado desde Xochimilco en 1552. También tiene noticias de una imagen de San Francisco recibiendo los estigmas, pintado en una tabla, sin tener conocimiento de su lugar exacto, así como la existencia de un altar a san Francisco, quizá donado por el marqués y su familia, considerando la devoción que le tenían al santo, al igual que el cacique del lugar. Se desconoce el número exacto de altares con los que contaba la iglesia, pero Gómez (1943) supone, por la existencia de campanillas para los altares que había siete: el altar principal, dos en el crucero, y cuatro a lo largo de la iglesia. La capilla de la Santa Cruz, anexa a la iglesia, tiene un origen milagroso, ya que la mujer del cacique mandó derribar un zapote negro de su huerto y al partirlo aparecieron dos cruces grabadas dentro del tronco, después de notificarlo y llevar los maderos en procesión, se decidió construir una capilla donde resguardarlos, esto a base de limosnas, siendo quizá la ahora llamada capilla de Nuestra Señora del Carmen. Gracias a una remodelación realizada entre 1957 y 1959 por Gabriel Chávez de la Mora bajo las órdenes del obispo Sérgio Méndez Arceo, se descubrieron los murales que conmemoran el martirio de san Felipe de Jesús y es también cuando son retirados los altares neoclásicos que cubrían los muros, así como un púlpito del siglo XVI. En la actualidad, del dicho siglo solo se conservan la Porcíncula, el arco triunfal y las nervaduras del sotocoro.

Colindando al sur con la iglesia, se encuentra el claustro, enmarcado por arcos de medio punto, en la parte baja y el alto con arcos rebajados, teniendo ambos decoración en sus inicios (ver figura 11). El convento ha sufrido tantas modificaciones que no queda mucho de su aspecto primario, puesto que primero se adaptó como hospital, después como seminario, y posteriormente como palacio del señor Obispo. Al oriente se situaba la huerta con un gran solar para hortalizas y jardín, cerca de un estanque utilizado por la comunidad para la cría de bagres y truchas, todo esto fue destruido para dar lugar, en la actualidad a un parque.

En el atrio se construyeron tres capillas que, se cree, fueron desplantadas en el sitio donde se encontraban las capillas posas. La primera, a un costado de la capilla abierta es la de Nuestra Señora de Dolores probablemente edificada en el siglo XVIII, y tomando la barda atrial como soporte, contando con una bóveda de cañón corrido con una linternilla y con contrafuertes en los costados, en uno de ellos se pueden apreciar tres monogramas de Jesús María y José, posiblemente del siglo XVI que fueron retirados de algún otro lado del convento (ver figura 12). Al norte se encuentra la de San Francisco de la Tercera orden construida entre 1772 y 1735, con una planta de cruz latina y una cúpula sostenida por un tambor octagonal rematado por una linternilla (ver figura 13). Y la última, la Capilla del Carmen, en el lado noroeste, que para su construcción se utilizó la nave de la Capilla de la Santa Cruz, edificada en 1870 con un estilo neogótico (ver figura 14).



Fig. 11 Fotografía del claustro. Tomada por la autora.



Fig. 12 Nuestra Señora de Dolores. Tomada por la autora.



Fig. 13 Capilla de la Tercera Orden.
Tomada por la autora.



Fig. 12 Capilla del Carmen
Tomada por la autora.

Murales del Convento e Iglesia

La arquitectura funcional tiene su máximo exponente en las construcciones de las ordenes mendicantes, un ejemplo de ello es que la ornamentación con pintura y escultura servía como representación de la orden, y también de su fe. Si bien la escultura servía para introducir a los indígenas en la forma de vida occidental y, al ser realizados por ellos mismos, presentó una reinterpretación de las imágenes sacras, mientras que la pintura al interior de los claustros era exclusivamente para contemplación de los frailes, por lo que la “ortodoxia” de ellas fue fuertemente vigilada. Kubler (1983) señala que la pintura podía tener dos fines dependiendo del lugar en el que se encontrara, en lugares públicos para la evangelización y al interior del claustro para favorecer la espiritualidad y la comunión con Dios, aunque existen opiniones encontradas al respecto ya que algunos investigadores sostienen que los conventos no fueron cerrados a los indígenas, existiendo escuelas en su interior, lo que le daría un carácter didáctico a los murales, aún cuando éstos no son mencionados por los frailes cronistas al hablar sobre sus métodos de evangelización.

Ma. Celia Fontana (2010) sostiene que la pintura mural al interior del claustro no responde a lo que se esperaría para iniciar a la población en la religión, más bien va ligado al uso de cada espacio, por ejemplo, las pinturas de personajes del clero de alto rango, pintado en el claustro alto, reservado para las celdas de los frailes, sirvieron quizá como un modelo al cual imitar, o la pintura aludiendo a un pasaje de Cristo triunfando sobre la muerte, pintado en la sala de profundis, donde se solía velar a los difuntos, añadiendo lo siguiente

Tan determinante es el lugar para la comprensión de la pintura, que su particular ubicación define las condiciones de interpretación. En imágenes cercanas formal e iconográficamente es sobre todo el contexto lo que determina en última instancia la finalidad de la imagen y su sentido más genuino (p.35).

Destaca también la mezcla entre ideología cristiana e iconografía prehispánica, ya que en muchos murales es posible apreciar elementos propios de las culturas nativas, lo que muestra la presencia de la mano indígena en la pintura, aún al interior del claustro, pintando lo que los frailes les encargaban, utilizando los elementos que mejor conocían. Islas García (1967) menciona que la pintura mural era realizada por indígenas sin contrato, como un esfuerzo colectivo, siendo la mayoría de las veces un trabajo obligado, por lo que el nombre de los artistas

no aparece en ningún registro, caso contrario de los pintores españoles quienes, también favorecidos por la legislación gremial, no permitían que los naturales decoraran edificios civiles, relegando a los muralistas indígenas a las iglesias y conventos donde eran ayudados por los frailes, de lo contrario habrían perdido todo trabajo.

La pintura mural se realizaba con dos técnicas básicas, al fresco y al seco, el primero aplicando la pintura sobre el muro húmedo, lo que permite que al secar los pigmentos se adhieran al muro, asegurando su permanencia. Para la pintura al seco se aplicaba el color con algunos aglutinantes conocidos por los indígenas, pudiendo ser baba de nopal, aceite de chía y jugo de orquídea, lo que de igual manera favorecen la conservación de los pigmentos. Estas obras eran pintadas en grisalla, siguiendo los cánones Españoles del siglo XVI, teniendo el color negro que servía para definir el dibujo mientras que con el gris se agregaba volumen, reservando el rojo para acentuar personajes o elementos importantes, como podrían ser la sangre de Cristo o el cabello de algún ángel.

En el caso específico de la decoración del conjunto conventual de Cuernavaca, podemos encontrar unos ricos murales, tanto del siglo XVI como del XVII, sin embargo debido al paso del tiempo y diversas adaptaciones del edificio, muchos de ellos sólo conservan pequeños fragmentos que hacen difícil saber a ciencia cierta a qué corresponde la imagen completa. Siguiendo el patrón normal de que lo primero construido era el claustro y espacios que permitieran la vida conventual al máximo, Celia Fontana (2010) considera que las pinturas que se encuentran en el convento de Cuernavaca deben ser anteriores a las de la Iglesia, mientras que Kubler (1983) advierte que la pintura muestra influencias góticas, como las que podemos ver en el claustro bajo, y que fueron pintadas a mediados del siglo XVI, y que, algo similar a lo que se puede encontrar en los conventos de San Gabriel de Extremadura, la pintura mural se limita a los ángulos de los corredores con altares, así como al centro de los mismos.

En la parte superior de la portería del convento se encuentra un mural representando el momento en que San Francisco recibe la aprobación de la orden de parte del papa Inocencio III. Enmarcando esta imagen encontramos, también pintado en grisalla, un vano con columnas corintias adosadas sobre el que descansa un frontón recto con molduras dinteladas y, sobre éste, en el tímpano, encontramos los monogramas de María y Jesús, todo esto rematado por tres figuras, la primera al centro, representa el crucifijo de San Damián, donde le comunica al santo, ubicado en el lado izquierdo y vestido como gran señor, que repare la iglesia. Del lado

derecho se encuentra San Francisco vestido de fraile, que se dirige a cumplir con su misión, y uniendo todo se aprecia un cordón franciscano. Cabe aclarar que la pintura cuenta con retoques, el rostro del santo, por ejemplo, muestra un dibujo más fino al del resto (ver figura 15). Sobre la puerta que comunica al claustro con la iglesia se encuentra la pintura que muestra los estigmas de San Francisco, de colores ocres y verde azulado, que podría marcar la entrada a un espacio de mayor jerarquía, ya que esta etapa de la vida del santo es considerada el clímax de su santidad (ver figura 16).

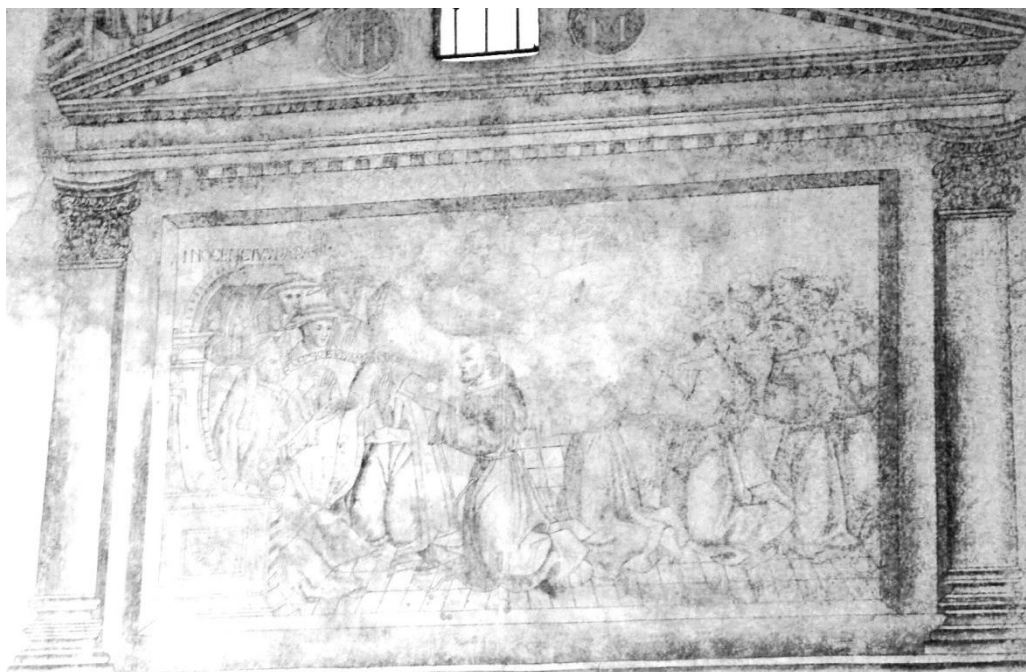


Fig. 13 Aprobación de la orden por el papa Inocencio III. Tomada por la autora.



Fig. 14 Estigmatización de san Francisco (Fontana, 2010).

Ya al interior del recinto, podemos encontrar frisos recorriendo todo el claustro, motivo similar al encontrado en el convento de Huejotzingo por ejemplo, pintura que Celia Fontana (2010) considera son posteriores, y que posiblemente los muros fueron decorados en un inicio únicamente con el cordón franciscano. En las cuatro esquinas del claustro se encuentran nichos, en cuyas jambas se pintaron representaciones estilizadas del árbol de la vida, siendo

...uno de los temas de reflexión fundamentales del franciscanismo: por la acción vivificadora de la Santa Sangre, el árbol muerto al que Cristo fue sujeto, vuelve a la vida y se convierte en el árbol de la Redención, idea mística popularizada por San Buenaventura en su *Lignum Vitae* (Fontana, 2010, p. 49).

Este elemento está presente de manera repetitiva en el claustro bajo, dentro de las jambas de los altares, representando plantas hasta el momento desconocidas que bien pudieran ser uvas, elemento fundamental para la eucaristía. Así como en otro altar, en el lado sureste del claustro, se pintaron granadas, cuyo simbolismo se relaciona con la inmortalidad. En el altar

noroccidental, en el dintel, se puede apreciar un mural titulado Misa de San Gregorio, representando el momento en que al santo se le aparece la imagen de Cristo de la Piedad mientras realizaba la eucaristía (ver figura 17).



Fig. 15 Árbol de la vida pintado en uno de los altares del claustro bajo. Tomada por la autora.

En lo que eran los tres confesionarios en el muro que separa la iglesia del convento se cree que pintaron murales alusivos a la penitencia, los peligros del alma y el pecado, así como a la confesión misma, actualmente quedan poco visible por lo que la imagen completa solo puede ser a base de suposiciones, quedando elementos aislados como una cruz con una mujer con velo a sus pies al lado de un ángel (ver figura 18).

El mural del claustro llamado por Toussaint (2003) El linaje Espiritual de San Francisco, pudiera representar el engrandecimiento del franciscano en el Nuevo Mundo. Pintado en colores negro, gris y tierra de Siena, esta pintura pudiera remitirnos a las genealogías indígenas, probablemente habiendo mostrado al tlacuilo un grabado en un libro del cual copiaría la imagen, resultando una reinterpretación a partir de su propia ideología. En él se encuentran importantes figuras de la orden, acomodadas en torno a un eje central, aludiendo a un árbol genealógico, pero carece de la figura del santo en la base como soporte de la orden. Este mural, en cuyo eje

se muestran cuatro escenas de la vida del santo, aunque se ha perdido la primera de ellas, de abajo a arriba, y pudo haber representado el momento en que el santo renuncia a su vida acomodada, basándose en la inscripción que queda en la que puede leerse: “en sus manos renunció a la herencia.” La segunda imagen muestra el momento en que se le revela al papa Inocencio III, que san Francisco sería el restaurador de la Iglesia. La tercera es la llamada indulgencia de la Porciúncula, y el requisito era entrar a dicha iglesia, confesado, el día 2 de agosto fecha de dedicación de la capilla. La cuarta, y última, corresponde a los estigmas del santo (ver figura 19).

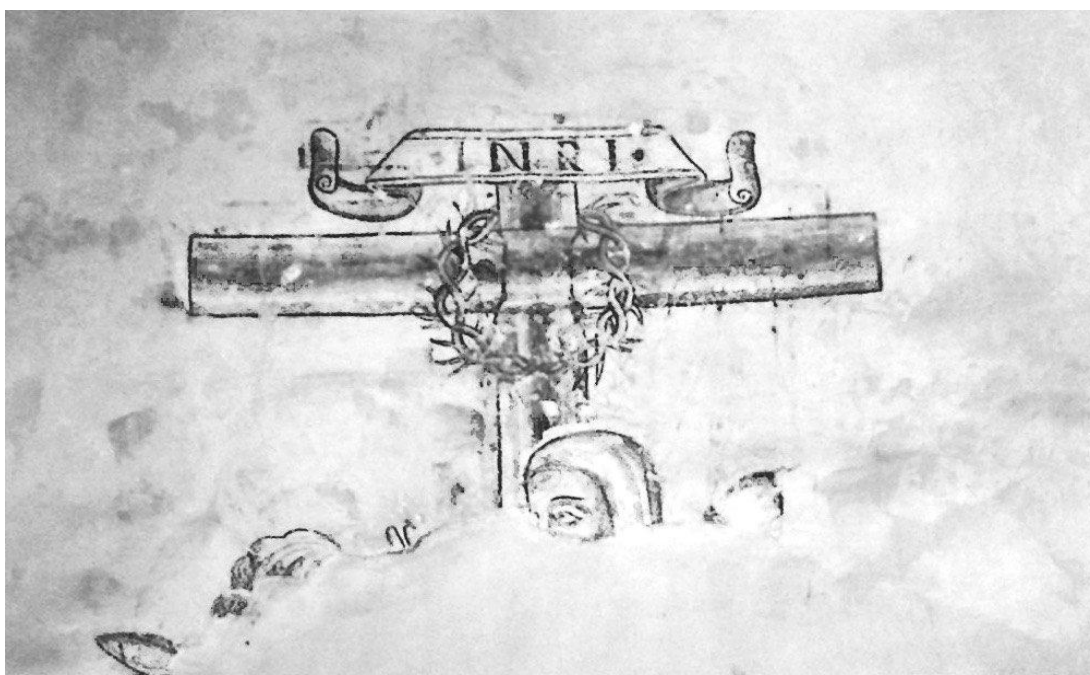


Fig. 16 Detalle de pintura que decora el ingreso del confesionario en el muro norte (Fontana, 2010).

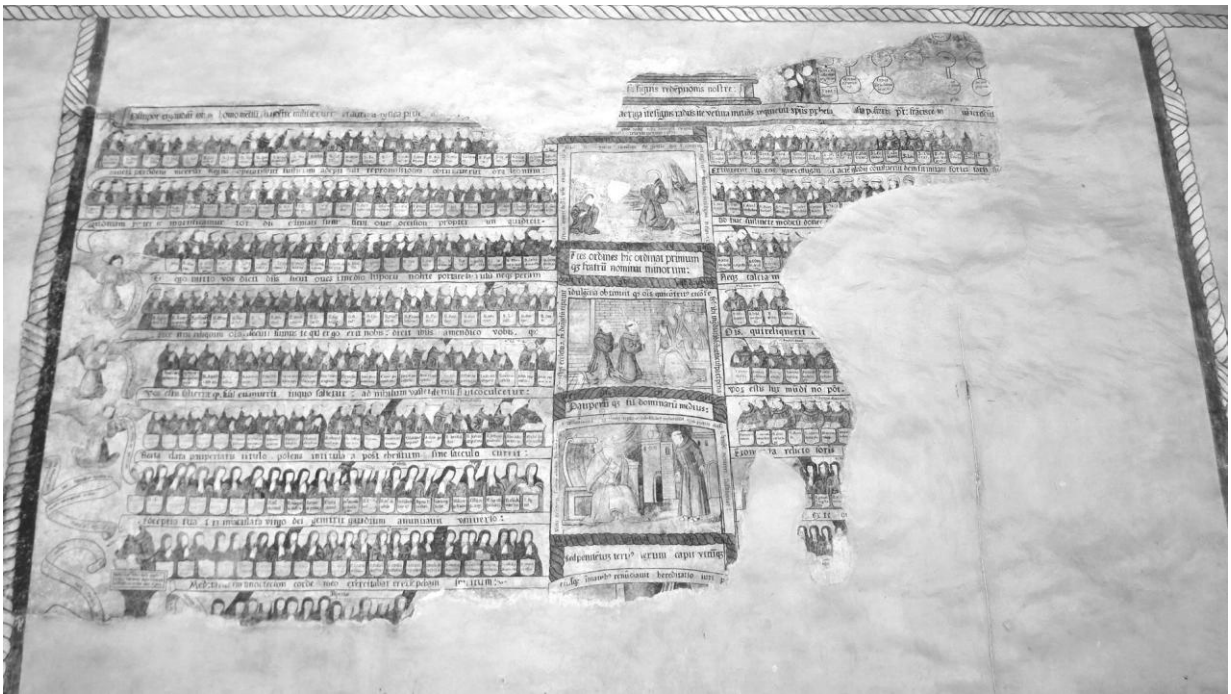


Fig. 17 Genealogía de San Francisco. Tomada por la autora.

Otra pintura presente en el claustro, en lo que probablemente fue pensado como sala capitular, se encuentra hoy en día la capilla del Santísimo. Allí podemos apreciar la pintura del Calvario (ver figura 20), reproducción de la crucifixión de Cristo, que según Islas García (1967), mantiene similitudes con murales coetáneo, como los agustinos de Acolman y Yecapixtla, lo que lleva a suponer que los tres murales fueron inspirados en xilografías de la época, pero el historiador desmiente esto, argumentando que al analizar la xilografía más conocida en la Nueva España sobre este tema, presente en el libro de Antonio de Espinosa de 1568 *Bulla confirmationis et novae concessionis privilegiorum omnium ordinum Mendicantium*, se puede constatar que esta es en realidad de calidad mucho más burda que las presentes en los conventos antes mencionados, pareciendo incluso que la xilografía es en realidad la copia de ello.

Subiendo al claustro alto vemos que el color dentro de los murales es más recurrente, teniendo altares aparentes en las esquinas de los corredores, y santos al centro de los mismos, que fueron enmarcados por dos columnas con capitel decorado con hojas de canto, fuste estriado y basa estilizada. Es probable que al inicio solo se consideraran cuatro santos en los corredores, relacionados íntimamente con la orden, pero por desgracia a la fecha solo es posible

distinguir a santa Elena en la galería oriental (ver figura 21), aunque Fontana Calvo (2010) considera que quizá el que se encuentra en la galería sur podría ser san Pablo.



Fig. 18 Imagen del Calvario. Tomada por la autora.

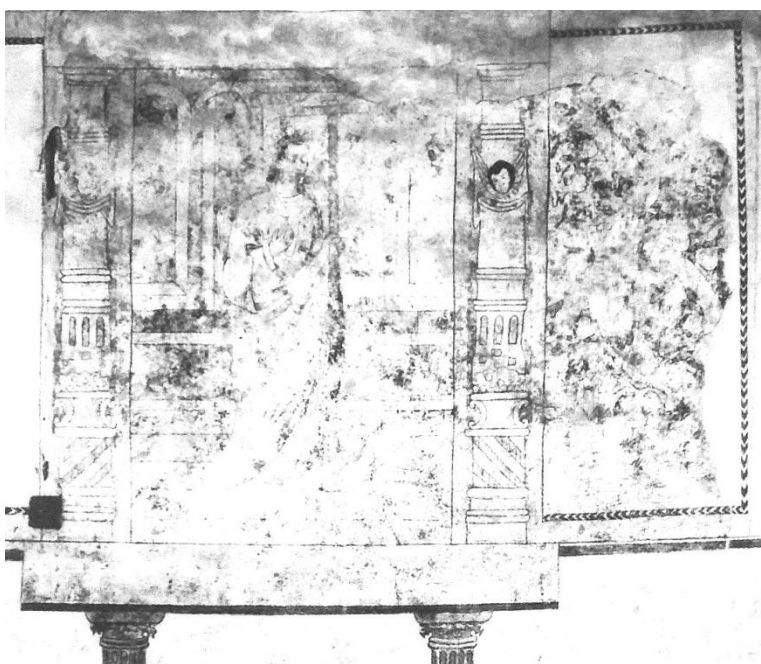


Fig. 19 Pintura de Santa Elena en el claustro alto. (Fontana,2010)

En los muros de la iglesia del convento podemos apreciar el mural que hace referencia a los martirios que tanto san Felipe de Jesús como sus compañeros recibieron en Nagasaki, cuando su barco, con rumbo a Filipinas, se desvió a Japón. Dispuestos a evangelizar a los nativos, sufrieron la persecución de las autoridades, quienes ordenaron fueran exhibidos en varias ciudades, les cortaran una oreja y fueran colgados en cruces en Nishizaka. La razón para que pintaran estas escenas fue, quizá, que el convento se convirtió en el lugar de despido de todo misionero que se dirigió al Oriente, así como el primero en recibir noticias de los franciscanos que regresaban de estas misiones. También señala la importancia capital que tiene Cuernavaca para esta clase de misiones, ya que los desembarcados de España pasaban forzosamente por esta villa antes de dirigirse a Acapulco y ahí poder dirigirse al Oriente (ver figuras 22,23,24).

Considerando que los martirios ocurrieron el 5 de febrero de 1597, y la nao partía para Acapulco en julio y agosto con una travesía de 6 meses, es probable que las noticias llegaran a Cuernavaca aproximadamente los últimos días del año, pero no es hasta septiembre que se reciben los informes de incorruptibilidad, por lo que los primeros informes al respecto llegarían hasta finales de 1598, teniendo como fecha tentativa para el mural, los inicios del siglo XVII. El mural ocupa lo largo de ambos muros, en donde las escenas no están divididas en cuadros, sino que es una composición abierta con solo los puntos importantes, teniendo como escenas principales la prisión en Kyoto, mutilación y exhibición en carretas por la ciudad, la exhibición en caballo en Osaka y Sakai, el traslado de Osaka a Nagasaki, la llegada a Sokonni, la elevación y alanceamiento de los mártires, donde mueren antes de doce horas.

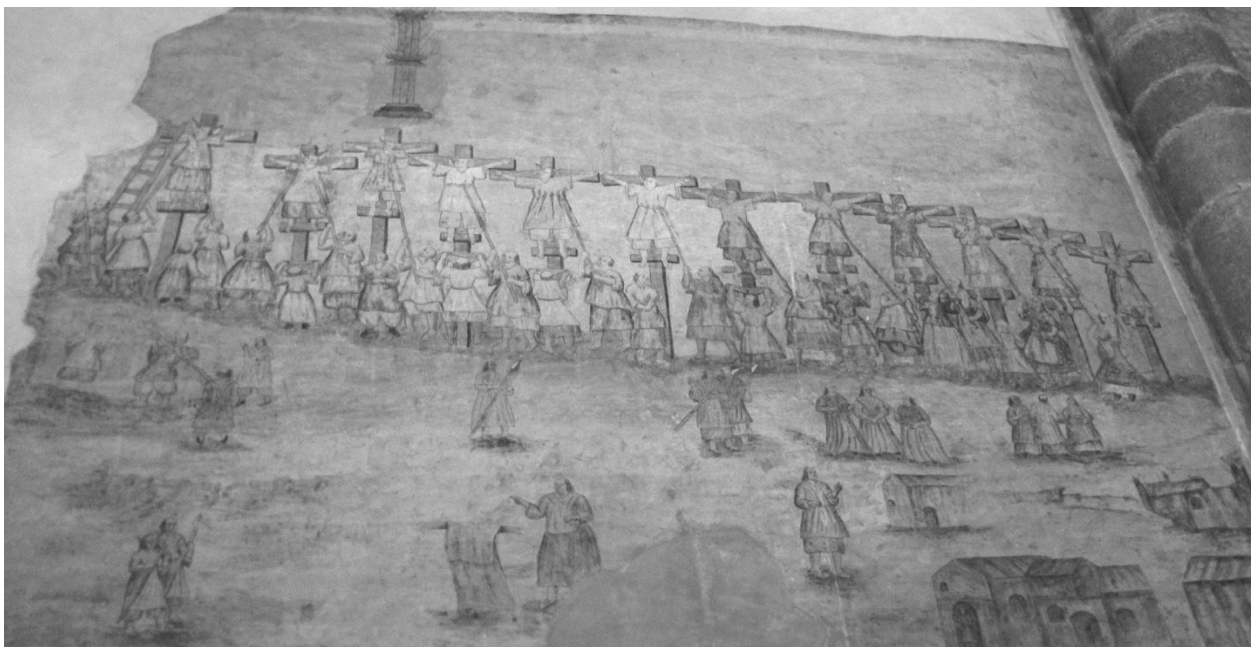


Fig. 21 Murales de los mártires de Japón. Tomada por la autora.

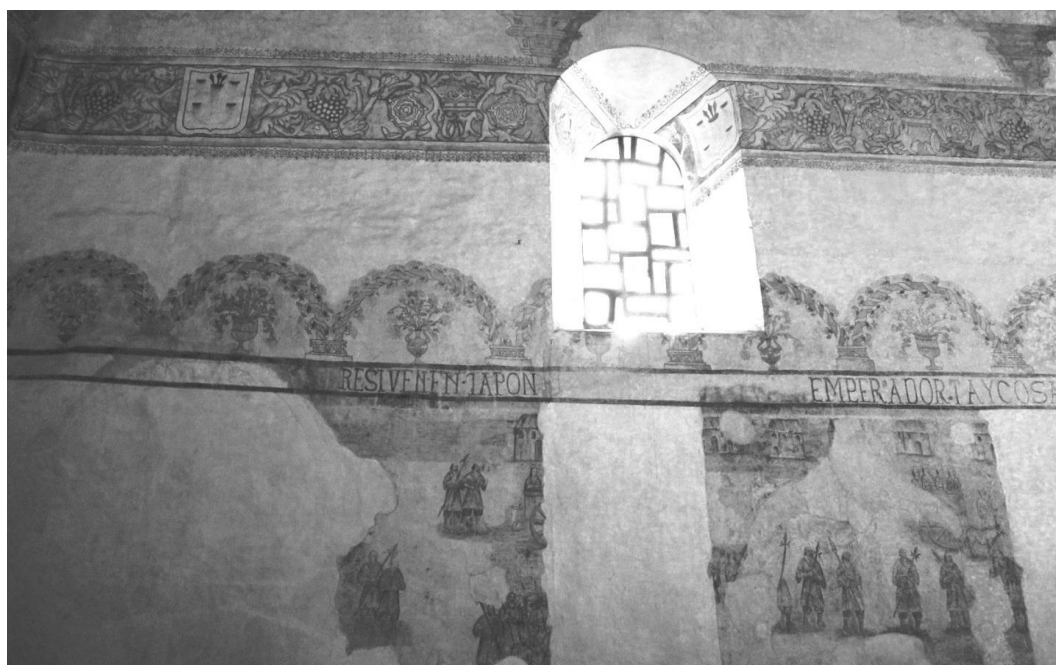


Fig. 20 Murales de los mártires de Japón. Tomada por la autora.

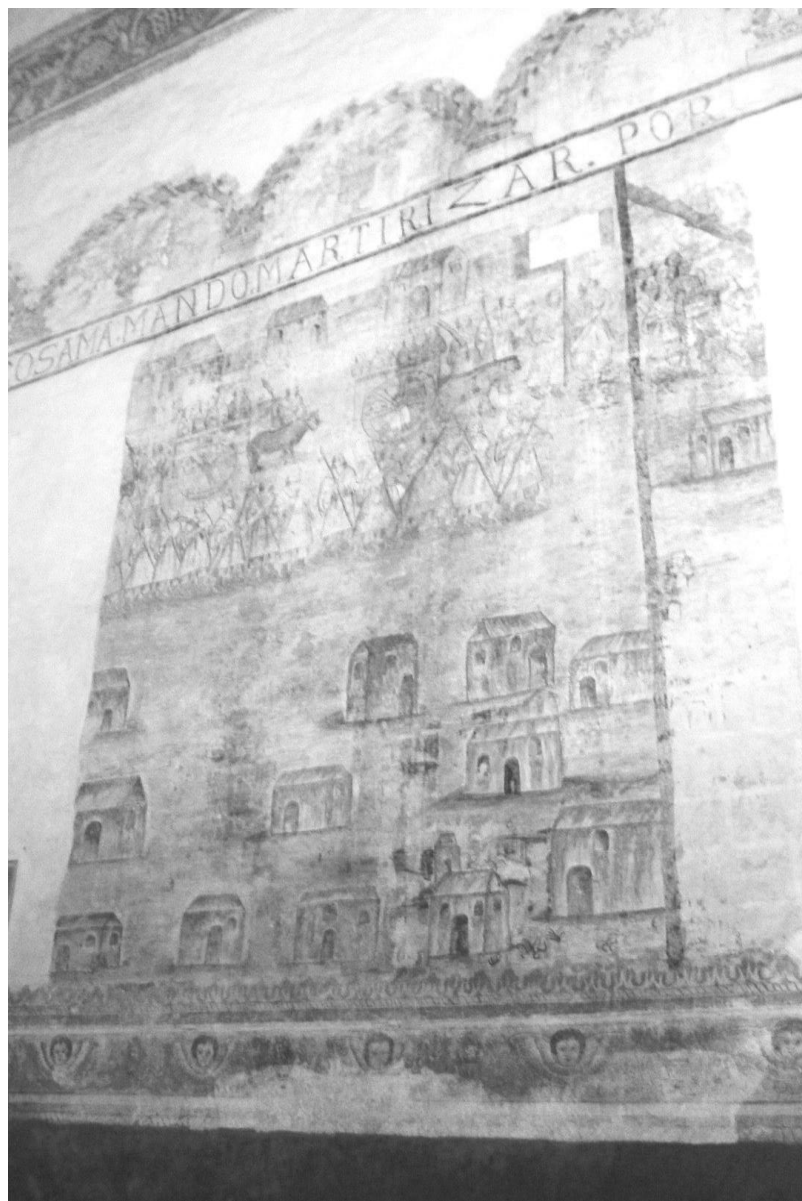


Fig. 22 Murales de los mártires de
Japón. Tomada por la autora.

Capítulo IV

Análisis de restauración

Cuidad de vuestros Monumentos y no tendrás necesidad de restaurarlos (...) Vigilad con ojo atento un viejo edificio, conservadlo lo mejor posible con todos vuestros medios, salvadlo de cualquiera que sea la causa de disgregación. Tened en cuenta sus piedras del mismo modo que haríais con las joyas de una corona. Poned guardianes como los pondríais a la puerta de una ciudad prisionera (...) Hacedlo con ternura y respeto, vigilancia incesante, y más de una generación nacerá y desaparecerá a la sombra de sus muros. Pero su última hora, al fin, sonará, y que suene abierta y francamente, sin que ninguna sustitución deshonorables y falsa lo prive de los deberes fúnebres del recuerdo.

John Ruskin

Breve historia de la restauración

A lo largo del tiempo las diferentes culturas se han preocupado por dejar una huella, algo digno de ser recordado por las siguientes generaciones, pero la preservación de este patrimonio ha tenido variantes, ya que en algunas épocas se consideraban obsoletos y se buscaba su destrucción para dar paso a “la modernidad”, mientras que en otros escogía un periodo determinado para conservar, como el romanticismo italiano, que buscaba conservar las ruinas del imperio romano, destruyendo su pasado medieval. En un principio, la palabra patrimonio se encontraba íntimamente ligada a la estructura familiar, supeditada a un espacio y un tiempo específico, pero que ha ido evolucionando hasta formar en la actualidad el concepto de patrimonio histórico.

La palabra monumento deriva del latín *monumentum*, que viene de *monere* cuyo significado es advertir o recordad, por lo que es posible entender que el monumento, en su esencia tiene la obligación de transmitir, a través de una emoción, un recuerdo específico mismo que engloba una gran cantidad de elementos de una comunidad vinculadas con su

pasado, pudiendo ser objetos varios u obras de arte, así como trabajos producto del saber humano, y cuyo fin es la de formar una identidad para dicho grupo. Françoise Choay (2007) afirma que el monumento es un mecanismo de defensa contra el tiempo, eliminando los miedos de la incertidumbre del futuro, y que "Desafía a la entropía y a la acción disolvente que el tiempo ejerce sobre todas las cosas, naturales y artificiales, el monumento intenta apaciguar la angustia de la muerte y de la aniquilación" (p.13).

No es hasta 1790, en pleno romanticismo, que se empieza a hablar del monumento histórico, después de que intelectuales y anticuarios fijaran su atención en objetos y sobre todo edificios, remarcando su importancia como testigos del tiempo. Esto dio pie a la creación de una defensa jurídica de tales monumentos, creando instituciones que lo regían así como escuelas dedicadas a la nueva disciplina de restauración, ayudando a establecer el concepto de patrimonio cultural gracias a las ciencias sociales, así como el estudio más profundo de la cultura como aglutinante nacional que se va transmitiendo por generaciones y que ayudan a ampliarlo con la obligación de su mantenimiento. Ejemplo de esto es que cuando se creó la Comisión para los Monumentos Históricos en Francia, en 1837, se establecieron categorías para estos elementos, siendo los pertenecientes a la antigüedad, construcciones religiosas pertenecientes al medievo y castillos. Terminada la Segunda Guerra Mundial, se incluyeron todo tipo de edificaciones, aumentando la clasificación como espacios públicos y privados e industriales, incluyendo conjuntos como puede ser un pueblo, un barrio o un centro histórico. Y paulatinamente, se ha permitido la integración como patrimonio a edificios del siglo XX, tomando en cuenta los problemas que esto pueda generar ya que la clasificación responde más a innovaciones en cuestiones tipológicas, estéticas, o constructivas.

Antón Capitel (1988) da noticias de la existencia de una escuela del *restauro* a principios del siglo XIX, cuyo trabajo se centró, en ese momento, en la restauración del Coliseo y los Arcos del Triunfo en Roma, contando con la participación de Valadier y Stern. Aunque ya se habían visto trabajos enfocados en la rehabilitación de edificios de importancia estética o histórica, no es hasta ese momento en que se realizan de manera sistemática y académica, gracias a lo cual se puede entrever por primera vez la idea de la cual parte la restauración: "...la necesidad del rescate de un edificio del pasado, parcialmente perdido o lacerado, enfrentada a la imposibilidad global de recobrarlo *realmente*" (p.17). Al mismo tiempo, en Francia la restauración se realizaba en monumentos medievales de manera libre, sin seguir una dirección

precisa ni unitaria, a lo que uno de los más importantes intelectuales de la época en Francia y con un fuerte interés por la historia de su país, Victor Hugo, seguido por varios grupos simpatizantes, protestó ante la posible destrucción del pasado arquitectónico en aras de la restauración, lo que obligó la creación del cargo de Inspector General, quedando en manos de Ludovico Vitet, que buscó instituir los criterios de acción para estas obras. Se estableció que la restauración no debe llevar por ningún motivo innovaciones, añadiendo que el propósito principal deberá ser la conservación de los monumentos. La restauración fue vista como un último recurso, pero es probable que esto no se haya acatado, ya que su sucesor, Merimée, propuso hacer reconstrucciones solo cuando se tuviera una certeza absoluta sobre la existencia en el pasado del elemento. Esto nos indica que en el siglo XIX la restauración se volvió un acto de reconstrucción buscando con ello solucionar los efectos que tanto el tiempo como el hombre tuvieron sobre los monumentos, con el objetivo de mantenerlo tal cual se construyó.

Más adelante el arquitecto y escritor francés Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879) se encargó de revitalizar los monumentos franceses de la Monarquía anterior a la Revolución, acciones que simbolizan la restauración de una “Edad Nacional *dorada*”(Capitel,1988, p.18). Gracias a su enorme bagaje cultural, obtenido por sus amplios estudios de los estilos arquitectónicos, sobre todo del gótico para poder realizar sus obras neo-góticas, se percató que la reconstrucción de algún elemento faltante del edificio es posible al analizarlo como un todo, estudiando la forma del edificio así como su verdadera historia, y con un profundo pensamiento idealista, para lo cual es necesario ponerse en el lugar del autor del monumento, dejando a un lado toda idea personal, y pensar qué haría él, partiendo siempre de lo siguiente: “Restaurar un edificio no significa conservarlo, repararlo o rehacerlo, sino obtener su completa forma prístina, incluso aunque nunca hubiera sido así” (Capitel,1988,p.19). Esto se volvió la meta de la restauración, la búsqueda de una arquitectura aún más pura que la original, superando las limitaciones del propio estilo, en el caso de Viollet, del gótico, lo que en la práctica tuvo muchas variantes, y en un momento en que el eclecticismo histórico estaba en boga, llegó a ser difícil determinar cuándo se trataba de una restauración y cuándo de arquitectura nueva. Pero, a pesar de lo que se cree, Viollet no tomaba la reconstrucción en estilo como única forma aceptable de restauración, ya que consideraba que aun los estilos posteriores podrían dar la solución buscada para la forma prístina, aprobando incluso las renovaciones con el fin de preservar por el mayor tiempo posible el monumento, considerando que deben estar ligadas la

coherencia formal con la constructiva, cosa que sus alumnos dejaron de lado. Cabe señalar que en la realidad la búsqueda de la arquitectura prístina era imposible, ya que ésta se basaba en las interpretaciones del propio arquitecto sobre la obra, entendiéndola desde su propia época y cultura, lo que suponía la alteración del estilo original, y debido a las grandes modificaciones que se hacía en el monumento utilizando la restauración en estilo, las críticas al respecto fueron contundentes, argumentando la falsedad en la condición antigua, independientemente de la forma del elemento, conocido ahora como un falso histórico. Además, el desuso del eclecticismo histórico hicieron que la práctica de la restauración de estilo perdiera adeptos.

El antagónico de Viollet-le-Duc, con una visión moralista y romántica de la restauración, fue el escritor y artista inglés John Ruskin (1819-1900), quien a pesar de no referirse de manera directa a las obras del francés, mantuvo una postura completamente contraria, pues defendió abiertamente la autenticidad histórica de la arquitectura, considerando que el verdadero valor de ella es moral, no estético como plantea Viollet, y consideró que la Edad Media representa el paradigma del trabajo artesano, pues creó una obra que logra conciliar el edificio con su entorno, argumentando por ello que los monumentos medievales deberán mantener sus materiales, evitando así la deformación de su esencia. Esto es un muestra de la apreciación que los ingleses tienen por sus monumentos, considerando la restauración, sobre todo cuando se habla de reconstrucciones, una burda forma de prolongación de un fin inevitable, siendo mucho más necesario conservar el monumento, tomando en cuenta esto como la idea principal para la concepción de la restauración moderna y, sobre todo, del *restauro scientifico* italiano. Ruskin habló también de una comparación entre naturaleza y arquitectura, en la que se obliga un ciclo donde el edificio tiene un nacimiento, tiempo de vida y muerte, por lo que la visión de la ruina del monumento adquiere una dimensión romántica dentro del pensamiento ruskiniano, alcanzando niveles escénicos, y no tomando mucho en cuenta la parte histórica del mismo,

...bien expresada por la borrosa mirada del turismo de masas, generalmente inconsciente y desinteresado de cualquiera que fuere el valor artístico de un edificio, pero atento y aparentemente sensible a los valores evocativos del mismo, entendido como escena en la que la historia adquiere una imagen (Capitel, 1988, p.25).

Suponía también que restaurar un edificio le impregnaría irremediablemente el espíritu del momento histórico que lo intervenga, alterando por completo su esencia, y convirtiéndolo en una burda copia de sí mismo.

El punto medio entre ambas ideas se dio gracias al italiano Camillo Boito (1836-1914), arquitecto y crítico de arte, siendo pionero en el "restauro scientifico", que, aunque concuerda con las ideas críticas de Ruskin sobre los falsos históricos, discierne sobre la idea de que el monumento debe dejarse morir, por lo que buscó siempre la consolidación de lo existente, evitando a toda costa la eliminación de los añadidos históricos, permitiendo las obras de restauración mínimas, siempre y cuando fuera un recurso extremo y se diferenciara claramente de la obra original. Para llevar esto a cabo el arquitecto italiano estableció ocho puntos con las condiciones que todo añadido debía cumplir para una buena restauración:

- 1) distinción clara entre original y añadido.
- 2) distinción de materiales.
- 3) eliminación de decoración en añadidos.
- 4) los elementos originales que deban ser separados de la estructura deberán exponerse cerca de la estructura.
- 5) marcar con una señalización el añadido y fecha de inclusión.
- 6) epígrafe del elemento añadido.
- 7) documentar la intervención para su publicación y exhibición pública.
- 8) visión clara de la intervención.

Estos ocho puntos son los antecedentes más importantes de la restauración moderna, al ser adoptados en la primera Carta del Restauro, mismos que fueron incluidos en muchas de las legislaciones al respecto de varios países.

Gracias a las teorías de Boito se buscó una documentación histórica más profunda del monumento antes de su restauración, así como la evaluación de los añadidos históricos antes de proceder a eliminarlos, considerándolos en algunos casos ya parte sustancial del propio edificio, lo que también ha servido para crear diversas técnicas de consolidación, pues asegura que

...los añadidos a un monumento no sólo suelen tener valor artístico propio y son testigos de la verdadera historia del edificio, la incoherencia estilística y la falta de unidad nos explican también frecuentemente su imposible perfección ideal, que tantas veces no existió nunca porque no podía,

en realidad, ser hallada mediante los instrumentos formales de la arquitectura primitiva (Capitel,1988,p.36).

De igual manera, se buscó el desarrollo de estrategias para la conservación de los monumentos al desechar por completo la idea de la reconstrucción como forma viable para la permanencia del edificio, estableciendo como fundamental, tanto en la restauración como en las nuevas construcciones en ciudades históricas, la diferenciación clara entre lo viejo y lo actual, coincidiendo con la ideología de la modernidad. Para ello se dividió la restauración en tres grupos: el primero dedicado a la restauración arqueológica con una acción mínima, obligando la diferenciación de añadidos; la segunda dedicado a los edificios medievales; y la tercera dedicado a la arquitectura clásica, llamada restauración arquitectónica.

La escuela de Viollet-le-Duc entendía el monumento aislado de su propio entorno e historia, perfecto en sí mismo, siendo el arquitecto e ingeniero italiano Gustavo Giovannoni (1873-1974), abierto seguidor de Boito, quien planteó la integración del monumento a su entorno, entendiéndolo como parte de un todo para lo cual es sumamente importante la conservación del referente histórico, tales como trama y alineaciones originales, ampliando las teorías boitianas al concepto de ciudad histórica y el patrimonio urbano, para lo que se oponían de manera tajante a la integración de arquitectura moderna en cascos antiguos y sus modificaciones sustanciales, por lo que sus ideas fueron incluidas en la Carta de Atenas de 1931. La radicalización con la que Giovannoni concebía la preservación de las ciudades históricas terminaba en el aislamiento de esta de la ciudad moderna, convirtiéndose en una ciudad-museo, sin posibilidades de adaptación a las nuevas sociedades, siendo una simple escenografía al perder población y uso cotidiano. El tener una expansión tipológica, cronológica y hasta geográfica de lo catalogado como patrimonio trae consigo los efectos negativos del turismo, pues al privilegiar a este sector en muchas ocasiones se recurre a la paralización constructiva de la zona y aumento del costo de vida del habitante promedio, pero Françoise Choay (2007), nos recuerda que una ciudad mantiene una necesidad de crecimiento al ser una entidad viva, por lo que debe buscarse la forma de compaginar ambas formas puesto que: "La seducción de una ciudad como París proviene de la diversidad estilística de sus arquitecturas y sus espacios. Estos no deben ser inmovilizados por una conservación intransigente sino continuada: de ahí la pirámide del Louvre" (p.11).

Aún con todas estas teorías, el desarrollo de la disciplina fue lento, ya que no fue hasta 1931 que se realizó la primera conferencia internacional sobre el particular en Atenas, lo que logró establecer los principios de conservación y restauración, así como del patrimonio cultural, logrando que en 1964 se redacte la Carta de Venecia en el II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de monumentos Históricos. Dicho congreso con el patrocinio de la UNESCO, en donde se establecen los principios básicos con los cuales se reconocerá el patrimonio cultural considerándolas “portadoras de un mensaje espiritual del pasado” (Quiroz,2008,p.14) como un claro testimonio de la cultura a la cual pertenece y que debe mantenerla. Con esto el concepto de monumento se fue ampliando, llegando a aceptar distintos tipos, épocas y lugares, sin estar ya limitado a ciudades o arquitectura de academia, dejando que la arquitectura vernácula sea reconocida como una muestra más de la cultura digna de preservar, además de permitir la modificación racional y coherente del monumento o espacio para su aprovechamiento, sin que esto signifique distorsionar el elemento.

En el caso mexicano, es en el siglo XIX que se realizan los primeros intentos de protección arqueológica de la mano de Porfirio Díaz, quien en 1885 formó la Inspección General de Monumentos, teniendo el primer decreto de patrimonio en 1897, y la primer declaratoria de sitio arqueológico en 1907 con Teotihuacán. Aunque estas acciones fueron detenidas por el estallido de la Revolución, en 1917 ya se tiene un intento de aplicación de ley sobre conservación de monumentos históricos, misma que sirvió como base para la promulgada en 1934. Sumado a esto se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), lo que confirma que la búsqueda por la conservación del patrimonio va de la mano de los actos políticos que llevan a cabo la construcción o consolidación del nacionalismo, valiéndose de monumentos históricos pongan en los ojos del pueblo sus bondades.

Debe reconocerse el enorme interés que México ha mantenido en la conceptualización y legislación del patrimonio, ya que desde 1945 con Jaime Torres Bodet, año en que se funda la UNESCO, se han seguido las recomendaciones dadas por la institución para la conservación y restauración de los bienes. Sin embargo, esto no ha evitado la pérdida de elementos de gran importancia histórica o estética, sobre todo del patrimonio urbano anterior a los años sesenta, ya que la especulación inmobiliaria y el crecimiento poblacional impidieron la conservación de los núcleos urbanos históricos. Esta pérdida se ha detenido en cierta medida con la creación del

ICOMOS¹³ creada a raíz de la Carta de Venecia y que cuenta con una sede en el país que implementó una política de conservación de núcleos coloniales.

Restauraciones

Como en todo edificio antiguo, el convento de la Asunción ha sufrido un sin número de adecuaciones y restauraciones a lo largo de su vida, algunas más provechosas que otras, y que deben ser estudiadas con detenimiento para poder juzgar la pertinencia de las mismas, ya que la muy conocida adecuación de la catedral de Cuernavaca a la nueva liturgia bien podría considerarse una muestra en materia de arquitectura y diseño. Si bien es cierto lo anterior, no debe olvidarse el análisis de las repercusiones que tuvo para el edificio, tanto físicamente como en su esencia.

Algunos de los cambios más relevantes que sufrió el conjunto conventual pueden ser considerados los más desfavorables, sobre todo los ocurridos como consecuencia del movimiento de contrarreforma religiosa, ya que se realizaron ampliaciones y decorados con fuertes influencias en el neoclacisismos, visibles tanto en los altares laterales de la iglesia como en el ciprés, eliminados durante la adecuación litúrgica, y que al ser construidos se colocaron varias capas de cal en los muros, cubriendo el excelso mural del martirio de los Protomártires de Japón del siglo XVII, provocando la desaparición de algunos fragmentos de él. Pero es en 1891 que la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción es nombrada catedral de Cuernavaca, lo que incrementa las alteraciones al monumento, como la construcción de habitaciones en la capilla abierta para uso de los párrocos, o la construcción de mausoleos en muros tanto del atrio como de las capillas, o el anecdótico cambio de nombre de la capilla de la Santa Cruz Milagrosa, pasando a ser la capilla del Carmen, haciendo honor a la primera dama, Carmen Romero Rubio de Díaz (Ramírez, 2001). Al crearse el Seminario Conciliar de San José en el convento, se realizan las mayores adecuaciones en el claustro ya que tanto las celdas como la sala de profundis, biblioteca, refectorio y cocina son desmanteladas y las escaleras

¹³Consejo Internacional de Monumentos y Sitios.

modificadas. Sumado a esto, pasada la Revolución, el gobierno expropia la huerta para convertirla en un parque, hoy jardín Revolución, se destruye el alcantarillado que desembocaba en la barranquilla, se nivela el atrio y, según Ramirez (2001), es probable que durante esta época se haya perdido la parte oriente del atrio, que servía como cuartel y/o casas privadas, lo que en el siglo XX terminó en una escuela particular, y hoy día una primaria pública de estilo art-decó.

Es en el siglo XX cuando se realizaron un menor número de intervenciones, tanto de restauración como de adecuación, siendo el momento en que se realiza una de las más relevantes. En 1957 se adecua la catedral para la nueva liturgia con excelentes arquitectos como Ricardo de Robina, fray Chávez de la Mora y los vitrales de Mathias Goeritz. Durante ésta, al retirar las capas de cal de muros se descubrieron los imponentes murales de los mártires de Japón. En 1970 y 1975 se realizaron reparaciones de aplanados exteriores, incluyendo en la última un trabajo de consolidación de la capilla abierta que estaba en riesgo de colapso. Para 1990 el atrio había sido convertido en un estacionamiento para el servicio de los visitantes de catedral, con considerables daños en el inmueble, por lo que fue necesario realizar una restauración del mismo. En 1994 se registró ante la UNESCO la ruta de los Primeros monasterios del siglo XVI en las laderas del Popocatepetl, contemplando Cuernavaca entre ellas, por lo que en el 2009 el INAH creó un programa de rescate para los atrios de los conventos pertenecientes a esta ruta. Como se ha podido ver, han sido pocas las tareas de restauración en el inmueble, lo que se traduce en un visible deterioro, además de que eso permite un manejo libre por parte del párroco encargado del inmueble, en aras de una modernización que pocas veces es favorable.

En junio del 2017 se dio inicio a las labores de restauración integral del conjunto conventual, la primera en 40 años, con un programa pensado en tres etapas. Durante estas labores, en el templo, la capilla abierta, y la capilla de dolores, se planeó la consolidación de elementos estructurales, así como de mampostería, el resane y retiro de aplanados con gran deterioro. El edificio presentaba pérdida de algunos elementos iconográficos, daño estructural, en instalaciones eléctricas y desagües, y tanto las filtraciones como la humedad han dañado el mural de 1700 m², provocando la aparición, en el 70% de su superficie, de manchas amarillas por humedad y blancas por la presencia de sales, así como grietas y fisuras, lo que, de no ser resuelto de manera inmediata, podría ocasionar la pérdida de aproximadamente el 50% del

fresco en un plazo de entre 2 y 4 años. La primera etapa concluyó en agosto del mismo año, teniendo un 40% de avance en las tareas, que incluían el reforzamiento de la torre del campanario que presentaba una inclinación de 50 centímetros con un alto riesgo de colapso, así como la eliminación de filtraciones en la bóveda de la iglesia, solucionado con una impermeabilización de cera natural.

Sin embargo, a raíz del sismo del 19 de septiembre del 2017, las labores tuvieron que ser suspendidas en algunos casos para dirigirse a elementos que requerían mayor atención. Por ejemplo, la bóveda de la iglesia, que había sido sellada, presentó grietas de oriente a poniente, así como una fractura que va de norte a sur cerca del altar, el campanario también se fracturó corriendo el riesgo de colapsarse. Además, del presupuesto que estaba destinado a la restauración inicial, 75 millones de pesos, ya se había utilizado el 25%, y el 75% restante fue destinado al fondo de restauración para las viviendas afectadas en el estado, por lo que el INAH permitió la entrada de inversionistas del sector privado para continuar con los trabajos en el convento, esto con la condición de seguir las indicaciones del instituto.

A mediados del 2018 ya se habían sellado las grietas en la bóveda principal, así como el apuntalado el campanario, dando inicio a la rehabilitación de la fachada de la iglesia, fortaleciendo los muros, y la continuación de trabajos en la bóveda, habiendo ya terminado con la restauración de la Capilla de la Tercera Orden. Por todo esto, el trabajo inicial de restauración, contemplado para culminar en febrero del 2018, no pudo seguir su curso inicial, lo que ocasionó que consideraran que las labores podrían demorar mucho tiempo más, ya que son muchos los edificios catalogados que sufrieron daños por el temblor y que requieren una atención inmediata, lo que disminuye el tiempo y dinero que se le podría dedicar a la Catedral de Cuernavaca, además los trabajos en el recinto son muy meticulosos, como el proceso de limpieza del mural.

Restauración de fray Gabriel Chávez de la Mora

En 1952 llegó el obispo Sergio Méndez Arceo a Cuernavaca que, aunque comenzó con un carácter conservador, no tardó en acoger el movimiento liberal que ciertos grupos religiosos habían comenzado a gestar en Europa, convirtiéndose en poco tiempo en una figura de gran relevancia en la vida política e intelectual de México. Méndez Arceo fue un abierto partidario del progresismo católico, manteniendo amistad con figuras relevantes de varios campos del conocimiento. Unido a Ivann Illich, importante pensador y ensayista mexicano-austriaco, y el psicoanalista y filósofo judío alemán Erich Fromm, convirtieron a la ciudad en un referente intelectual, cultural y hasta espiritual en el nivel mundial, teniendo entre sus logros el Monasterio Benedictino de Santa María de la Resurrección, con un taller de arte sacro, en donde se impulsó el cambio litúrgico aprobado en el Concilio Vaticano II; el Centro Psicoanalítico Emaús, el Centro Intercultural de Documentación que sirvió para que los sacerdotes extranjeros estudiaran la vida y costumbres latinoamericanas, a cargo de Ivan Illich; así como el taller diocesano para las obras de catedral y asesoría en materia de restauración sacra, a cargo de Francisco Ramírez Badillo.

Es importante destacar que en el siglo XX se gestó un cambio eclesial no solo en sus ritos y normas, sino también en su organización y visión tanto cultural como comunitaria, destacando cinco puntos primordiales: el retorno al cristianismo primitivo, el regreso a Dios como elemento central del culto, el desarrollo del misterio de la fe, priorización el altar dentro del templo e incluir al feligrés en el culto. Saúl Espino Armendáriz (2015) afirma que “La renovación litúrgica buscaba involucrar más al laicado en la celebración de la misa, revivir el principio de inculturación y erigir la liturgia en el centro de la comunidad religiosa” (p.13), este movimiento fue iniciado por el francés Dom Guéranger y difundido más tarde por Bélgica, teniendo en este país a los mayores exponentes de estas ideas, encabezados por Lambert Beauduin, quien publicó importantes artículos sobre la relación entre teología y liturgia. Por su parte, el arzobispo de Malinas, monseñor Mercier, promovió la misa en francés, conferencias sobre la liturgia, así como una participación abierta con los anglicanos y ortodoxos.

Posteriormente, en Alemania, terminada la Segunda Guerra Mundial, se vivió un incremento constructivo, que incluía también a las iglesias católicas, aprovechando las ideas de la Bauhaus y el funcionalismo para el movimiento litúrgico que comenzaba a gestarse, teniendo

como fin el regresar al cristianismo primitivo pero dando cabida a la plástica moderna. Los arquitectos buscaron proyectar espacios sagrados dando mayor importancia al altar, la forma racional de los espacios, así como una estética sobria, minimizando la sencillez y modestia sobre las imágenes de santos, tomando las ideas del movimiento moderno con un marcado desprecio por la decoración, coincidiendo la creciente idea del clero por dejar la ostentación. Lois Noelle (1963), afirma que "... los acabados y las imágenes se identificarán con este espíritu ascético, utilizando las formas y los colores del arte contemporáneo y en su caso llamando a artistas plásticos situados dentro de la misma corriente" (p.142). Como ejemplo de esto encontramos los templos proyectados por el arquitecto alemán, ganador del Pritzker en 1986, Gottfried Böhm, admirador de Ludwig Mies Van der Rohe y Walter Gropius, sobresaliendo la Iglesia de Neviges, una pequeña aldea cerca de Dusseldorf, Alemania (Ver figura 25); o de Rudolf Schwarz, quien guiado por Romano Guardini, en 1928 organizó la capilla permanente del castillo de Rothenfels y la sala de caballeros (Ver figura 26), de acuerdo al movimiento litúrgico, descrita por Arocena (2006) de la siguiente manera:

En Rothenfels, la asamblea se disponía en torno al altar en forma de "anillo abierto". Tal disposición abierta en torno al altar, que iba en cierto modo más allá del propio altar, abría el camino a la comunidad para transferirse con Cristo hasta el Padre (p.44).



Fig. 23 Iglesia de Neviges de Gottfried Böhm. En: vaumm.blogspot.mx/2012/01/iglesia-de-

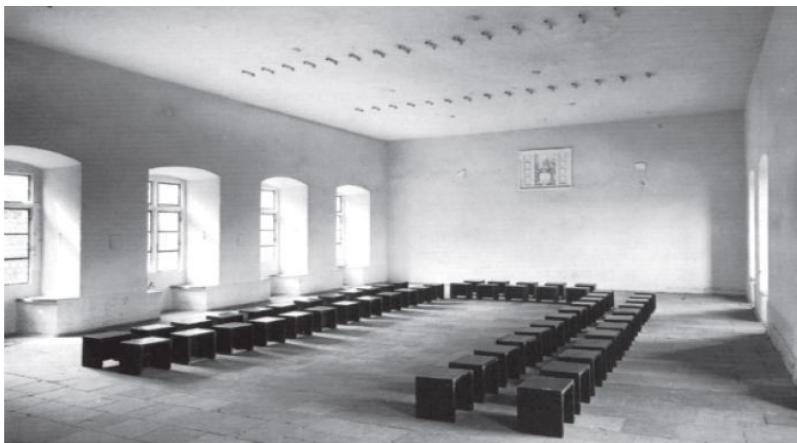


Fig. 24 Sala de los Caballeros, Castillo de Rothenfels. En: vgatec.blogspot.mx

Esto es lo que desencadenó el Concilio Vaticano II (1962-1965) en el cual se aceptaron estas ideas, promoviendo la participación de los fieles en los ritos, y volviendo tanto al altar como a la silla. el centro del cual debe partir la iglesia, promoviendo el uso del arte contemporáneo para su realización.

En México, en la década de los cuarenta, el monje benedictino belga y experto en liturgia, Gregorio Lemerrier, había intentado establecer monasterios en donde se privilegiaba la liturgia moderna, siendo el fundador de Santa María de la Resurrección de Ahuacatlán, en Morelos, monasterio benedictino famoso por sus experimentos psicoanalíticos, y convirtiéndose en el asesor teológico de Méndez Arceo. Debido a que el obispo estudió en la Universidad Gregoriana de Roma, Espino Armendariz (2015) considera que es ahí donde se familiariza con los movimientos modernos de la cristiandad, pero el acercamiento que tiene con Lemecier lo logra convencerlo por completo sobre este movimiento, que ya contaba entre sus adeptos a importantes arquitectos mexicanos como Felix Candela, quien hizo un majestuoso trabajo con sus cascarones de concreto sobre una planta rectangular en la iglesia de la Virgen de la Medalla Milagrosa en 1953 (Ver figura 27); Ricardo de Robina con una planta circular y ladrillo aparente en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz de 1949 (Ver figura 28); y Mario Pani, con la parroquia de Cristo Rey de 1947 (Ver figura 29).

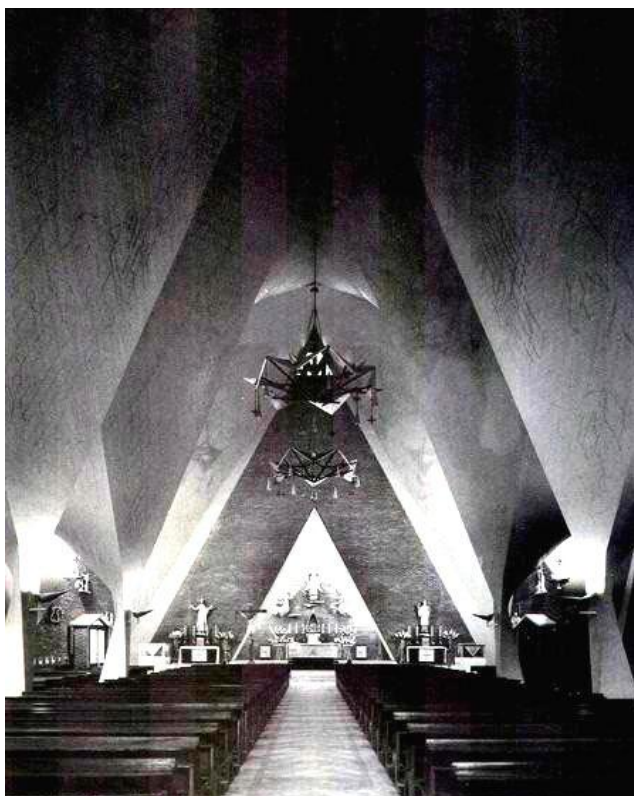


Fig. 25 Iglesia de la Virgen de la Medalla Milagrosa. En: fotos.eluniversal.com.mx



Fig. 26 Capilla de Nuestra Señora de la paz. En: unavidamoderna.tumblr



Fig. 27 Iglesia de Cristo Rey. En: biblioteca.mty.itsm.mx

Cabe destacar que el monje belga es figura central para la arquitectura eclesiástica mexicana del siglo XX, tanto por sus contribuciones en lo relacionado con la revolución litúrgica como en la formación y vinculación entre importantes personajes, como lo serán el obispo Méndez Arceo y el fraile Gabriel Chavez de la Mora, egresado de la Universidad de Guadalajara en la Escuela de Arquitectura, fundada por Ignacio Díaz Morales, destacado arquitecto y creador de la primera escuela de arquitectura de Jalisco, y que buscó tener entre la plantilla a importantes maestros europeos, entre los que destacó Mathias Goeritz, arquitecto escultor y pintor, marcando una estrecha relación entre ambos personajes. La relación entre de la Mora y Lemercier inició cuando el arquitecto acudió a una conferencia en Guadalajara sobre la liturgia, que dictó el fraile benedictino, lo que significó el ingreso del arquitecto al monasterio de Ahuacatlán, que tuvo a su cargo en 1957 la construcción de la capilla del conjunto (Ver figura 30), con una planta circular con luz cenital, para algunos, la primera en México en contar con un altar central, evitando que el sacerdote diera la espalda a la congregación. Loise Noelle (1963) la definiría así: “La construcción se singulariza por una gran economía de medios, con una

interesante composición que aglutina los elementos necesarios dentro de una excepcional pureza evangélica” (p.145).

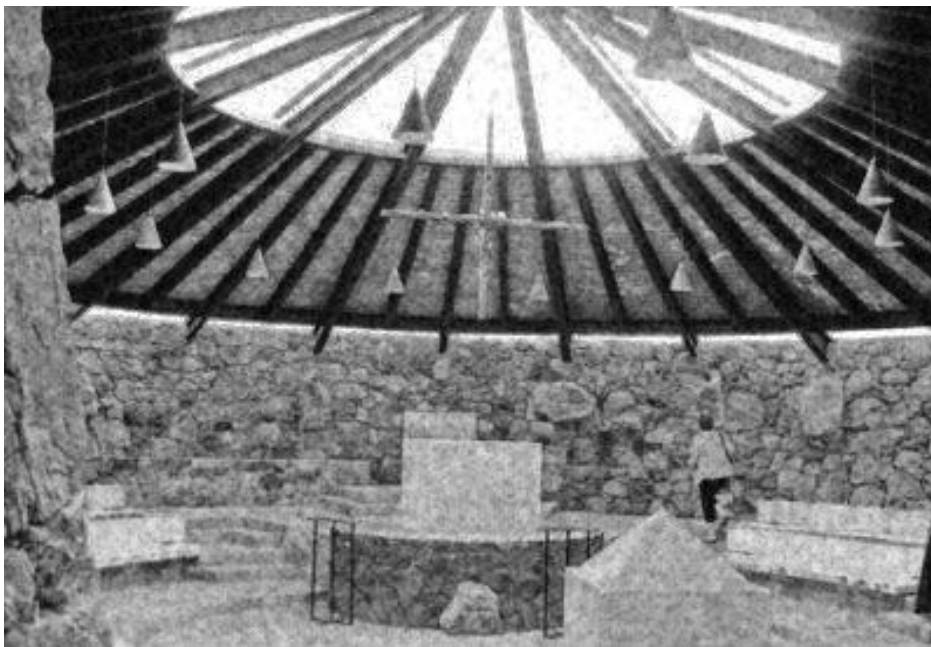


Fig. 28 Capilla de Ahuacatitlán.
En: diariodemorelos.com/articulo/gregorio-lemercier-y-su-monasterio-del-psicoanálisis-en-cuernavaca

Esto fue lo que marcó la pauta para la posterior adecuación de la Catedral de Cuernavaca, que aunque era idea del obispo Méndez Arceo, mantenía la visión del fraile de la Mora quien incluyó en la coordinación del proyecto a jóvenes arquitectos como Ricardo de Robina, quien se encargaría más tarde de los proyectos de restauración de varios templos virreinales.

El 28 de octubre de 1957 se comenzó el proyecto de adaptación y restauración de la catedral, después de que la aprobación de construcción estuviera detenida en un principio por la Oficina de Monumentos Coloniales y el INAH, al no estar muy seguros sobre las repercusiones que la obra tendría sobre el monumento, sin embargo, el propio obispo logró la aprobación posterior, teniendo un periodo de diez años para su conclusión total. Sergio Méndez Arceo (Ramírez,2001) apunta sobre las obras:

El proyecto tenía esta cualidad fundamental, era moderno en la concepción de las nuevas formas, y era moderno en la concepción litúrgica del espacio sagrado. Yo sintetice los principios que debían normar nuestros trabajos al anunciar, el domingo 14 de julio, que al día siguiente comenzarían las obras de la siguiente manera: Se conservará todo lo antiguo de valor histórico o

artístico; se hará una adaptación litúrgica moderna, y se orientará la piedad popular. Creo que estos tres principios son fundamentales en la problemática de la adaptación litúrgica de las antiguas iglesias en México y en cualquier parte del mundo; pero también pienso que en ninguna otra iglesia se han aplicado con tanta armonía, con tan sólida doctrina, con tan acucioso detalle, con tan ejemplar apego a la tradición y con tanta valentía (p.52).

Francisco Ramírez Badillo (2001), residente de obra durante la adecuación del recinto, plantea que en la planta de la iglesia, desde su construcción, se simbolizan cuatro misterios: la redención en el sotocoro, el misterio de la fe en la nave y tanto el misterio de la palabra como la eucaristía en el crucero, y asegura que existe una secuencia ritual acompañada de simbología en el espacio conventual, por lo que para entenderla se debe ver desde el inicio, el sitio elegido para los infieles, la explanada de la capilla abierta, en donde un arco de medio punto abre el espacio, acompañada de dos cruces de piedra con una explanada de la capilla abierta, en donde un arco de medio punto abre el espacio, acompañada de dos cruces de piedra con una gota de sangre al centro, simbolizando las manos de Cristo (Ver figura 31).

- 1 — CATEDRA EPISCOPAL
- 2 — ALTAR
- 3 — BALDAQUINO
- 4 — CRUZ TRIUNFAL: CRISTO RESUCITADO
- 5 — ARCO TRIUNFAL
- 6 — TRIBUNA PARA FELICIDADES, BUSCANDO ACERCARLOS AL SANTUARIO Y TENER UNA ASAMBLEA MUY COMPACTA
- 7 — AMBÓN DEL GOSPELIO Y CANTILLERO DEL CANTO PASQUAL, PARA EL TIEMPO DE PASCUA
- 8 — 'LECTORIO': SACRISTIA ESPECIAL PARA EL OBISPO
- 9 — ARCO PARA LAS LECTURAS EPISTOLAS, LECCIONARIOS Y RITUALES...
- 10 — TRIBUNICULO PARA LA RESEÑA EUCARISTICA, EN CAPILLA ESPECIAL
- 11 — CRUCES DE LA DEDICACION; SIMBOLO DEL COLEGIO ABISPOLICO
- 12 — 'NICHOS HAGIOGRAFICOS' — AMBITO PARA LA IMAGEN DEL SANTO DEL DIA, SEGUN EL CICLO LITURGICO; LOCALIZADO EN LA ANTIGUA PUERTA LATERAL DE LA CATEDRAL
- 13 — TRIBUNA PARA FELICIDADES, EN CADENA; APROVECHANDO ASI EL LUGAR DEL ANTIGUO GABO ORIENTAL
- 14 — CRUCES DE LA ENCRUCIJADA, DE LA PARRA PRINCIPAL
- 15 — AGUA BENEDICTA
- 16 — IMAGEN DE SAN JUAN BAUTISTA
- 17 — CONJUNTO DEL BAPTISTERIO, ORGANIZADO EN EL 'BAJOCORO' SE TRANSFORMA A ESTE SITIO UNA ANTIGUA FUENTE ABISPOLICA...

- 18 — 'LIBRO DE LA VIDA'; EN EL SE NOTAN LOS BAPTISTOS
- 19 — CONFESIONARIOS
- 20 — CANCELLO DEL CANTO PASQUAL
- 21 — MESA DE LAS OFERTAS
- 22 — AGUA BENEDICTA
- 23 — ATRIO
- 24 — NAVE
- 25 — LUGAR PARA LA DISTRIBUCION DE LA COMUNION
- 26 — LUGAR PARA EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION
- 27 — LUGAR PARA EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO
- 28 — ARCO PARA LOS SANTOS OLEOS
- 29 — SITIO PARA EL CONCEPTO O MONTE LITURGICO
- 30 — LUGAR PARA LA PROCLAMACION DE LECTURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO
- 31 — AMBÓN DE LA EPISTOLA
- 32 — IMAGEN DE LA VIRGEN MARIA, EN SU ANUNCIO
- 33 — CRUCERO, COMO EL DEL LADO OESTE, PARA FELICIDADES ACERCANDOLOS ASI AL SANTUARIO
- 34 — TRIBUNA PARA EL CANTO LITURGICO, INSTRUMENTOS Y EL ORGAN
- 35 — CREDENCIA
- 36 — BANCOS PARA LOS PRESBITEROS-CONCELEBRANTES
- 37 — ACCESO DESDE EL ATRIO A LA CATEDRAL
- 38 — SACRISTIA

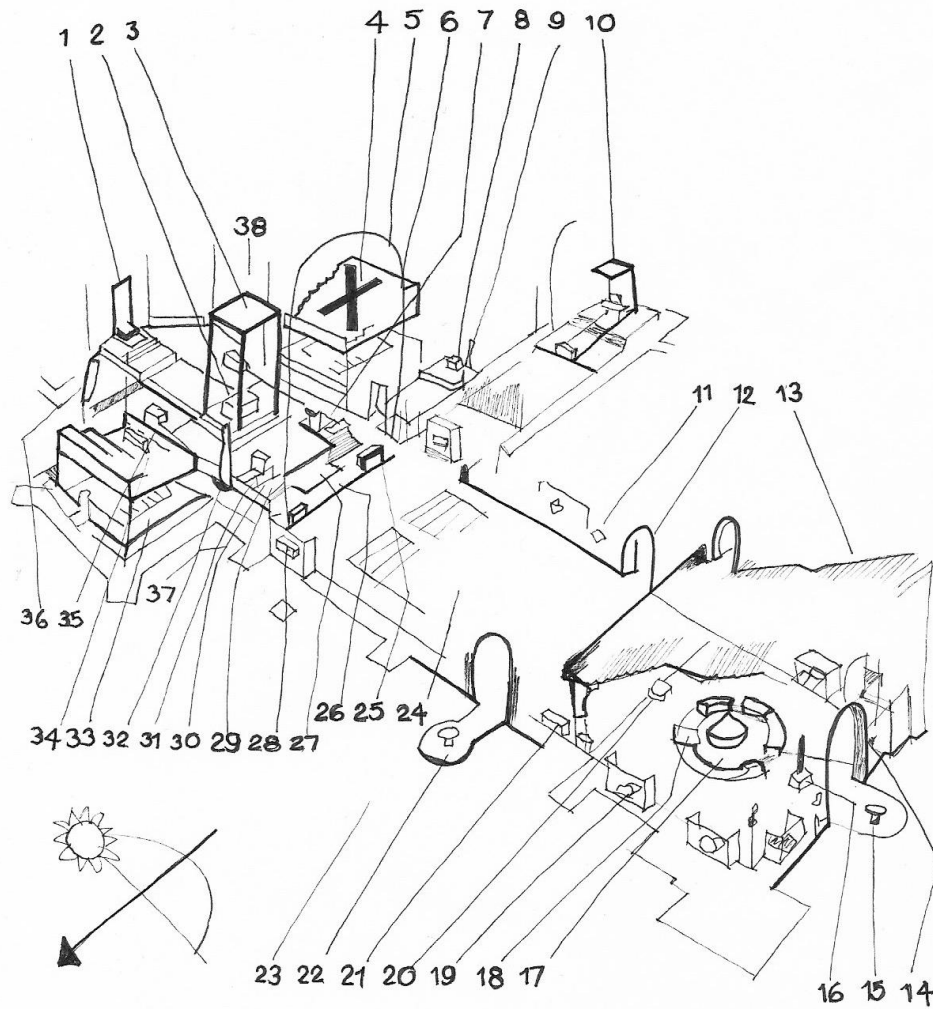


Fig. 29 Boceto de la adecuación de la Catedral. (Ramírez, 2001).

En el trasdós se encuentran otras dos cruces para los exorcismos, así como un par de espadas flamígeras¹⁴, en protección de la iglesia contra el mal. Después encontramos la escultura de san Juan Bautista, considerado el que presenta a Cristo y abre el camino hacia él. Es en el sotocoro donde se realizan los bautismos y las confesiones, denominados “de los muertos” por celebrar la muerte del pecado. El bautisterio, circular, se localiza tres peldaños por debajo del nivel, representando las tres renunciaciones al mal y la trilogía cristiana, teniendo al centro la pila bautismal original del siglo XVI. Otros tres peldaños, simbolizan la fe trinitaria, nos conducen hacia la nave, flanqueada por un cirio en señal de la luz. Hay tres confesionarios en el sotocoro, uno de ellos original, y los dos restantes excavados en el muro de más de dos metros de grosor y, adosado a la nave, se encontraban los contrapesos de un reloj, mismos que fueron acondicionados para un elevador que lleva al coro y a la azotea. A lo largo de los muros se clavaron trece cruces de piedra chiluca, una por cada apóstol, llevando incluso la simbología de cada uno, ubicadas donde la pintura mural ya había desaparecido (Ver figura 32 y 33).

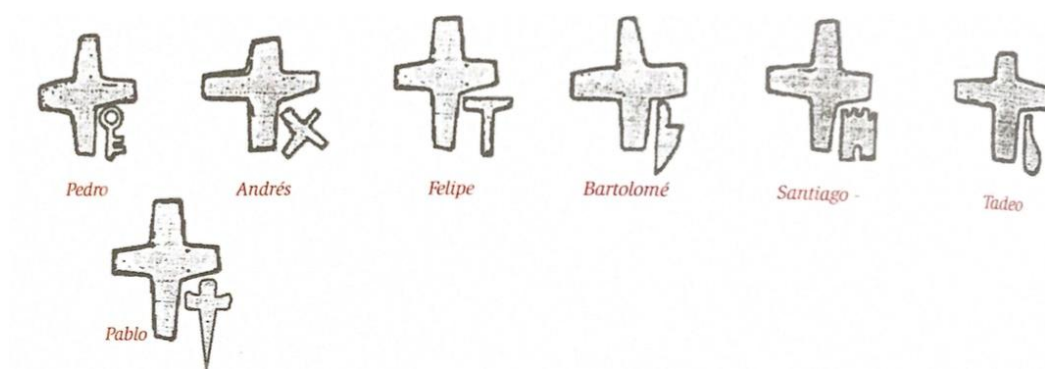


Fig. 30 Boceto de las cruces que se encuentran en la iglesia (Ramírez, 2001)

¹⁴ Este tipo de espada, diseñado con fines ceremoniales, tiene como característica principal la ondulación de la hoja, lo que le da el aspecto de una flama ardiendo, “es el arma de escisión entre el paraíso, como reino del fuego del amor, y la tierra, como mundo del castigo..” (Cirlot, 2013,p.200).

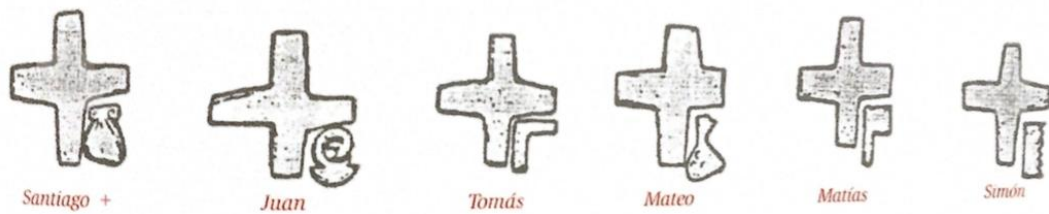


Fig. 32 Boceto de las cruces que se encuentran en la iglesia (Ramírez, 2001).

Aunque el recorrido está pensado desde la puerta principal, por lo general el visitante entra por la puerta norte debido a la proximidad con el acceso al atrio, y es denominada de la porciúncula en homenaje a la capilla primitiva donde san Francisco de Asís tuvo sus primeras revelaciones. En línea recta con esta puerta se encuentra el extradós que comunica con el claustro, en donde se colocó un nicho hagiográfico con “las bienaventuranzas de todos los santos y seguidores de Jesús” (Ramírez, 2001, p. 73) en letra del propio Chávez de la Mora. Antes de llegar al arco triunfal, y encajados en el muro se encuentran, del lado norte, los Santos Óleos, y al sur en el acceso a la capilla, están los libros sagrados resguardados por cuatro lámparas simbolizando a los evangelistas, acompañados por la leyenda “*Antorcha para mis pies es tu palabra*”, presentando entre ambos elementos el coro (Ver figura 34).

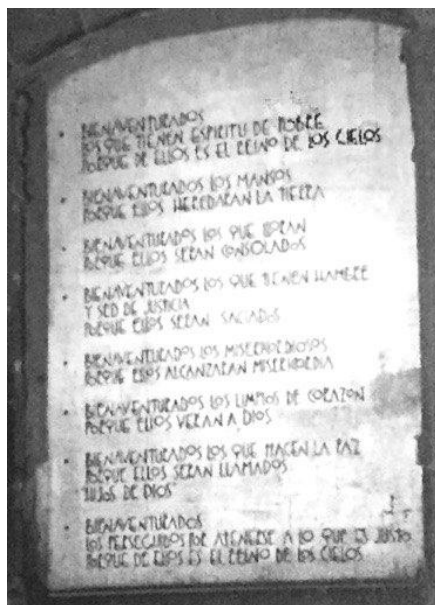


Fig. 31 Nicho hagiográfico con la caligrafía de fray Chávez de la Mora (Ramírez, 2001).

Bajo el arco triunfal se encuentra suspendida una cruz griega con un Cristo, y en los laterales de éste, se adaptó un espacio para los fieles que van a misa, buscando tener mayor capacidad al construirlo en dos pisos con escaleras excavadas en los muros, con el órgano en el lado norte, y en el ábside, bañado en dorado como remembranza del rico retablo barroco del siglo XVII, se encuentra la cátedra episcopal, con el escudo del obispo, acompañado por los asientos correspondientes a los presbíteros. Tras esto, subiendo tres escalones se encuentra el baldaquino, elemento central de la trilogía cristiana, del que Ramírez (2001) escribe:

...es aquí donde se suscita el milagro de la consagración y conversión memorial del pan en cuerpo, y el vino en sangre de Cristo. Bajo su dosel, se celebran las misas y es, sin duda, el más sagrado lugar de todo este bello recinto (p.77).

Bajo este baldaquino están grabadas las manos de Dios con siete lámparas suspendidas, representando los siete dones del espíritu Santo (Ver figuras 35 y 36).



Fig. 33 Dibujo de las Manos de Dios (Ramírez, 2001)

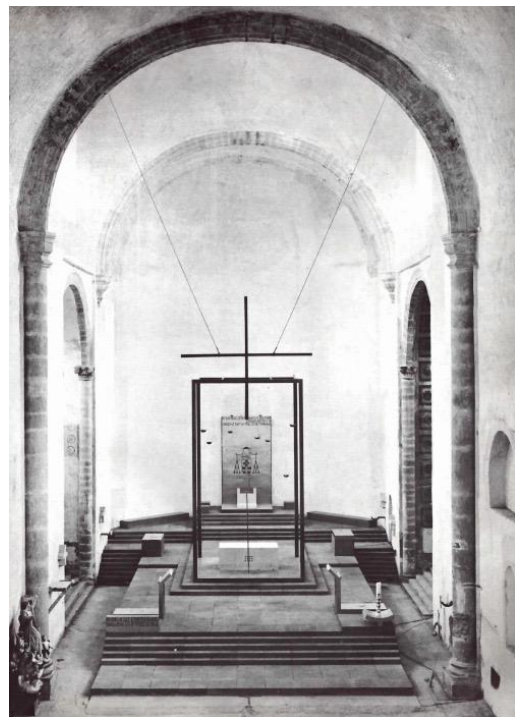


Fig. 34 Vista del altar desde el coro. En: unavidamoderna.tumblr.com

Para el manejo de las ventanas se pidió al también arquitecto Mathias Goeritz que realizara los vitrales de la catedral, buscando que éstos contribuyeran a la creación de un ambiente específico, que ayudara al visitante a entrar en un estado de contemplación y encuentro con lo divino y que, al mismo tiempo, armonizaran con los murales encontrados de los mártires de Japón (Ver figura 37). Para tal caso, el fraile, como lo relata en una entrevista, fue específico con Goeritz sobre lo que quería de cada vitral, diciéndole:

...estos vitrales que sean más luminosos; los del este que enfaticen más... (ya que son iglesias orientadas, el sol da más en el sur), las del sur más claritas; las del norte, que tienen menos luz, más oscuritas, para acentuar; la del fondo, roja” y quedó padrísima: la del fondo en la tarde se ilumina roja. La del poniente es símbolo del mal, de lo oscuro (Díaz,2017,p.119).

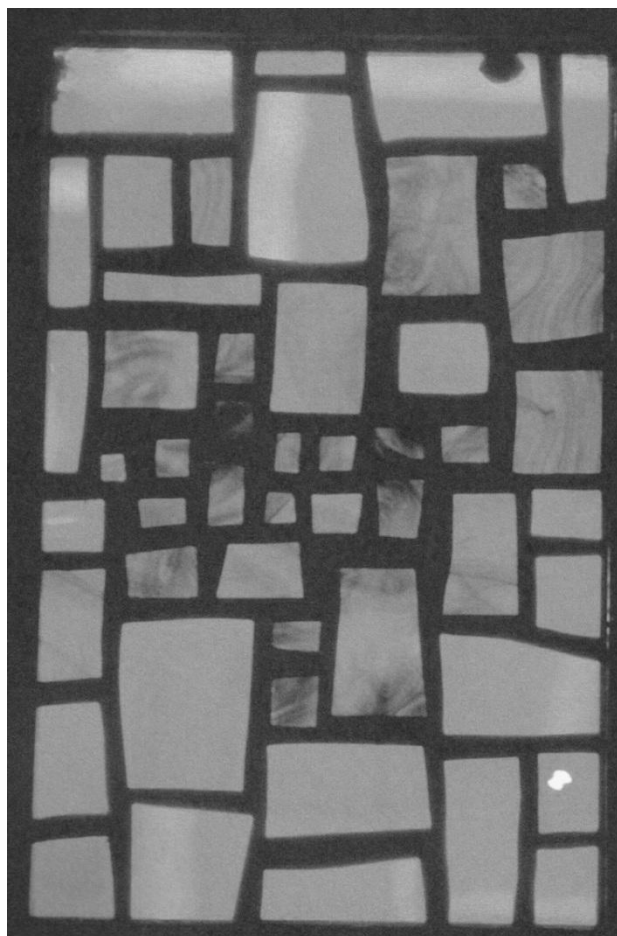


Fig. 35 Vitral del coro de la Catedral.
(Ramírez, 2001).

Como en todo proyecto de la magnitud que tuvo la adecuación de la catedral, sobre todo con las ideas tan vanguardistas que presentaba, no fueron pocos los detractores del proyecto, como se apunta arriba, incluso en la Oficina de Monumentos Coloniales y el INAH. Hubo reticencia en un principio a las intervenciones, bastante fuertes para lo acostumbrado en el país, pero fue quizá la cercanía del obispo con Manuel Castillo Negrete, pionero de la restauración en México, lo que logró la aprobación del proyecto.

En 1967 se incendia el interior de la Catedral Metropolitana, siniestro que sirvió para que algunos propusieran un cambio radical en su ordenamiento, mientras otros querían copia fiel de lo perdido. En paralelismo, Méndez Arceo relaciona a los detractores del proyecto, con “conservadurismo político”, ya que aún después de una década de los trabajos en Cuernavaca, lo veía como un símbolo de la modernización de la Iglesia, a la par con los movimientos sociales. Pero vienen a colación dos preguntas importantes, ¿realmente fue adecuado hacer este proyecto en un edificio tan importante históricamente como lo es la iglesia de la Asunción, sin poner en duda la relevancia plástica y religiosa de la adecuación? ¿no hubiera sido más conveniente adaptar un edificio con menor carga histórica y simbólica, o en el mejor de los casos, construir un nuevo edificio adoptando estos postulados? Como se ha visto en las páginas anteriores, la historia del convento de Cuernavaca no se limita al momento de su construcción, tiene un trasfondo de suma importancia la que, a juzgar por el resultado, fue dejada de lado al momento de diseñar la adecuación. Sumado a lo anterior, es importante recordar que, para la fecha de la adecuación, 1957, ya existía la Carta de Atenas (1931) al igual que la Carta de Roma (1932), en las cuales se habían planteado algunas recomendaciones sobre el manejo de los edificios históricos y que debió haber sido tomado en cuenta.

Uno de los puntos importantes contemplados en la Carta de Atenas para la Restauración de Monumentos Históricos, es la protección del área circundante al monumento, en el caso de la Catedral, la adecuación y restauración se limitó, en muchos casos, al edificio, dejando en segundo término el conjunto conventual, y completamente abandonadas, las calles que lo rodean y que contienen elementos de importancia, sin ir más lejos, está el Jardín Borda, construido entre 1778 y 1783 por el presbítero Manuel de la Borda y Verdugo, destruida en parte durante la Guerra de Independencia y reconstruida por el emperador Maximiliano en 1866; y el templo de Nuestra Señora de Guadalupe, construido en 1784 en el terreno que había pertenecido al jardín Borda y encargado por el mismo Manuel de la Borda, teniendo

originalmente como santo patrono a san Felipe Neri, pasando a ser la capilla imperial de Maximiliano y su esposa en 1887. Esto demuestra que su importancia histórica, ya no digamos estética, tenía la suficiente relevancia como para que su conservación estuviera a la par con el conjunto conventual.

La carta también destaca que la opinión pública al respecto de las obras del monumento deben ser en su mayoría favorables, cosa que no ocurrió en este caso, ya que, como se sabe, existían fuertes opiniones en contra, la mayoría de parte del mismo clero, y un reducido número de arquitectos, similar a lo que ocurrió con la controversia en la Catedral Metropolitana, por suerte en ese caso se logró detener el proyecto. Aunque se debe señalar que la normativa de esta carta es bastante limitada, no dando mayores directrices sobre la realización de una adecuación tan masiva como la que se está analizando, y las leyes nacionales eran aún inexistentes lo que permitió que en muchos casos se destruyeran valiosas obras arquitectónicas en pos de la plástica moderna.

La carta del restauro, elaborada en Roma en 1932, nos da mayores pautas sobre la realización de la restauración, varias de ellas aplicables al caso que nos ocupa, y que fueron ignorados, por ejemplo al recomendar que los monumentos “vivos” mantengan usos afines a su historia, con el fin de limitar las alteraciones al edificio (artículo 4) y que, aunque en el convento el uso siguió siendo similar al de su planteamiento inicial, las alteraciones que se le hicieron no son mínimas. También se plantea la conservación de elementos históricos y artísticos de épocas pasadas, permitiendo el retiro de cerramientos de vanos (artículo 5) y que los añadidos, ya sea para la consolidación del monumento o su uso prácticos deben ser mínimos, simples y en relación al monumento (artículo 7), resulta obvio mostrar que el retiro de los altares neoclásicistas pudo haber sido evitado, los que se hicieron no son mínimos y en pocos casos mantienen relación con el monumento, sólo con el uso que se le da.

Por fortuna, la normatividad, tanto internacional como nacional, ha evolucionado favorablemente desde entonces, aunque en México aún presenta serias limitaciones jurídicas que permiten la destrucción del patrimonio, como fue el caso del famoso hotel Casino de la Selva, con varias estructuras del ingenio de Felix Candela, demolido en 2001 para construir un supermercado. La Carta de Venecia, publicada en 1964, aplicada en la adecuación de la catedral de Cuernavaca, por tomar un ejemplo práctico, dejaría muy mal parado al proyecto, ya que marca que, si bien se debe buscar el uso del inmueble para su conservación y permitir su

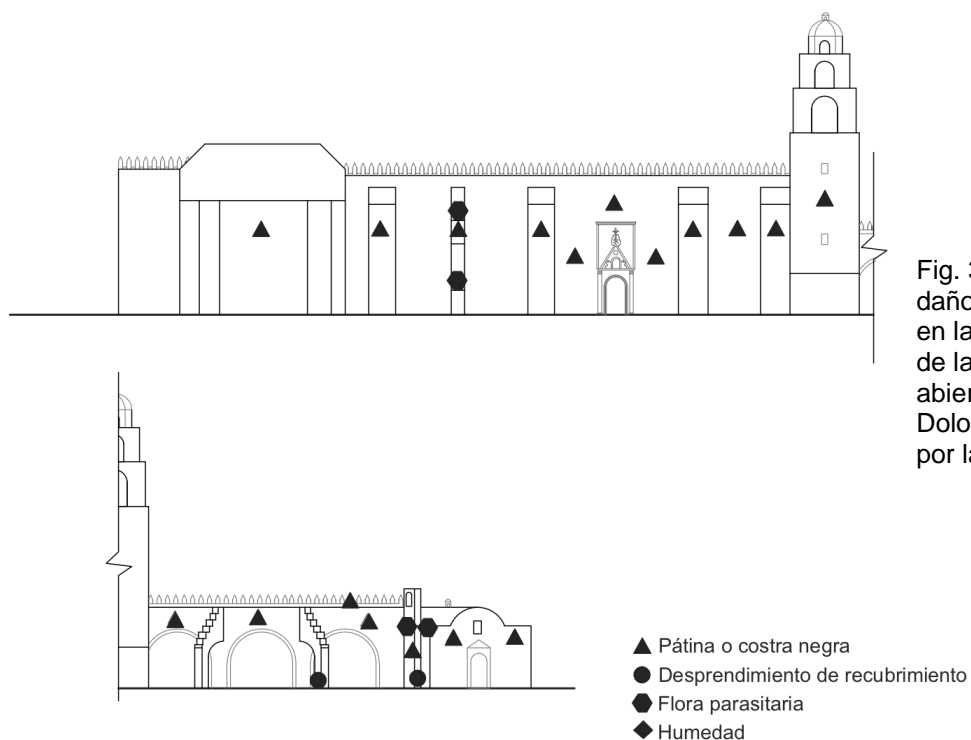
evolución, la adecuación de un edificio no puede trastornar su decoración, como parte fundamental de la esencia del mismo (artículo 5), entendiéndose con esto que en las piezas de escultura y/o pintura, así como la decoración del monumento sólo puede ser concebida su destrucción o retiro en el caso de poner en riesgo el inmueble (artículo 8), pasando lo mismo con el entorno inmediato, ya que al conservarlo y controlar su evolución en lo concerniente a volúmenes se busca la preservación del monumento (artículo 6). Para la realización de toda tarea de restauración se debe tener en cuenta que el fin de esto es el revelar la parte histórica y estética del monumento, teniendo un fuerte respeto por lo antiguo y lo auténtico del mismo, por lo que el estudio de su historia es indispensable (artículo 9), tomando en cuenta las contribuciones que cada época dio al edificio, sin buscar una unidad de estilo, solo en los casos en que estas aportaciones pongan en riesgo el monumento, cubran elementos de mayor relevancia, o carezcan de relevancia, será bien visto su retiro, por lo que la evaluación deberá ser sometida a consenso (artículo 11), y, de igual manera, las nuevas aportaciones deberán estar en armonía con la esencia del edificio, respetando trazado, composición, relación ambiental y elementos de interés del mismo (artículo 13).

Es claro que ninguno de estos puntos fue respetado por completo, ya que los altares laterales de estilo neoclásico se pensó que fueran retirados antes de saber que debajo de ellos se encontraban los murales de los mártires de Japón, se eliminó el retablo del siglo XVII sustituido burdamente por pintura dorada sobre el muro, lo que por cierto, sumado a los elementos decorativos como el baldaquino, la cátedra episcopal y las esculturas, que buscan denotar la importancia que tenía Cuernavaca en ese momento, no parece apropiado para un edificio franciscano, ya que es la orden mendicante con mayor desapego al lujo y la ostentación, siendo éstos los principios fundamentales de su fundación, algo claramente visible en la esencia del mismo conjunto y que fue pasado por alto en el proyecto. De igual manera se ignoró por completo el entorno, centrándose únicamente en el elemento para ellos importante, la iglesia que sería el parteaguas de una revolución en la construcción eclesiástica en el nivel mundial, sin mencionar la osadía de excavar un muro con la única idea de construir un confesionario, unas escaleras o instalar un elevador, algo que claramente no era fundamental y que bien pudo haberse planeado de manera externa a la estructura, pues aunque resulta obvio que la estructura en sí no fue dañada y aún conserva sus propiedades sustentantes, se debió buscar

afectar lo menos posible la imagen del recinto y que, si fuera necesario, permitiera su retiro sin mayores afectaciones.

Proyecto General de Restauración

Para la presente tesis se realizó un levantamiento de daños de manera general y preliminar, mismo que sólo se pudo realizar en el exterior del conjunto y de manera más somera en el claustro del convento, encontrando problemas que si bien no representan daños estructurales, sí deben ser tomados en consideración dentro de las acciones de conservación del monumento, ya que muchas de ellas pueden ser peligrosas a futuro. Para mostrarlos, se realizó un esquema que incluye la fachada norte de la nave de la iglesia, la capilla abierta y la capilla de Dolores, siendo las zonas más afectadas (ver figura 38), y en un plano se muestran los deterioros observados en otras partes del conjunto conventual ya que el acceso al interior del claustro fue limitado por las autoridades (ver figura 39) .



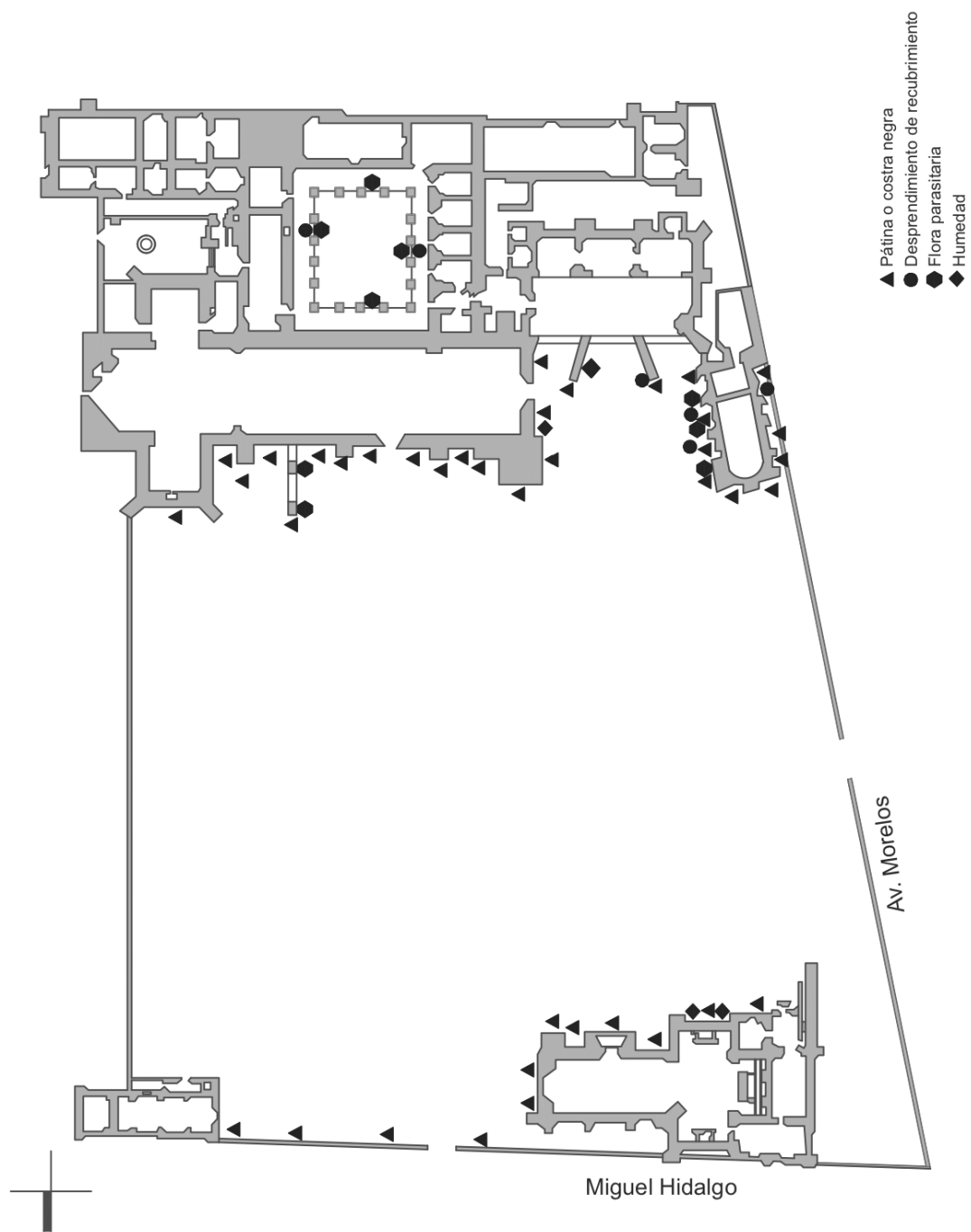


Fig. 37 Plano daños encontrados en el conjunto conventual. Realizado por la autora.

Uno de los puntos encontrados es la aparición de una pátina o costra negra sobre los muros exteriores de la iglesia y la capilla abierta (ver figuras 40 y 41), esto quizá provocado por la acumulación de sales, contaminantes, así como hollín, lo que probablemente haya provocado los desprendimientos sobre el aplanado y que dejó expuesta la piedra en algunas partes, corriendo el riesgo de erosionarse por el intemperismo (ver figura 42). Hay que recordar que el convento se encuentra en una zona con alta afluencia vehicular lo que provoca una fuerte contaminación que se traduce en los problemas antes mencionados.



Fig. 38 Fachada norte de la nave de la iglesia con pátina. Tomada por la autora.



Fig. 39 Capilla abierta. Tomada por la autora.

Fig. 40 Contrafuerte de la capilla abierta con desprendimiento de acabado. Tomada por la autora.



También fueron visibles escurrimientos en los muros exteriores de la nave de la iglesia y de la capilla de Dolores, así como la presencia de flora parasitaria tanto en los muros como en los contrafuertes de los mismos (ver figura 43). Dentro del claustro se detectaron faltantes en pretilos lo que provocó escurrimientos y presencia de humedad en algunos arcos del claustro bajo, así como flora parasitaria (ver figura 44).



Fig. 41 Capilla de dolores donde se aprecia la flora parasitaria en la parte superior de los contrafuertes. Tomada por la autora.



Fig. 42 Claustro del convento donde se aprecia la flora parasitaria en la clave del arco. Tomada por la autora.

Alrededor del conjunto, en la parte externa del atrio se observó una falta completa de mantenimiento, tanto de las autoridades como de los encargados del convento, lo que ha propiciado un marcado deterioro de los elementos.

Por desgracia, al querer realizar un segundo levantamiento más profundo sobre los daños en el conjunto conventual, el acceso fue restringido ya que se estaban llevando a cabo acciones de restauración sobre el monumento y ya se habían eliminado muchos de los problemas enumerados arriba. Además de esto, como se mencionó anteriormente, antes de poder terminar estos trabajos, el sismo del 19 de septiembre del 2017 frenó todas las acciones e imposibilitó el acceso al conjunto conventual.

Los problemas de deterioro en el convento se deben tanto a condiciones físicas y naturales, al encontrarse en un terreno rellenado y con fuerte actividad sísmica, como humanas, ya que el constante uso, la exposición a agentes de deterioro por contaminación debido al paso constante de autos y camiones pesados en las calles colindantes, reducen de manera considerable el tiempo de vida del monumento. Si a esto se le suma la falta de mantenimiento, o, como sucede en este caso, el mantenimiento selectivo de las zonas de mayor interés por cuestiones presupuestarias y turísticas, resulta evidente que el edificio se encuentra en un

riesgo constante, urgiendo por ello un proyecto mayor y bien estructurado, que busque la conservación, tanto del monumento como del entorno.

Antes de pensar en cualquier acción de restauración en el conjunto conventual de Cuernavaca, se debe considerar el complicado entorno en el que se encuentra, evidenciando que éste responde a lo que sucede con lo que lo circunda, presentando vialidades adyacentes que causan mucho de su deterioro. Por tal motivo, se propone el cierre de éstas, haciéndolas peatonales y de uso restringido para residentes a ciertas horas, lo que creará dos corredores, en donde se busca aprovechar los usos que ya tienen. Esto provocará un gran cambio en la apreciación del espacio, ya que se prevé un mayor auge en el turismo, en una zona de por sí llamativa, lo que podría incrementar la derrama económica que ayudará a su mantenimiento, y, de igual manera, se busca aumentar la oferta cultural del sitio y que la sociedad haga suyo el espacio y lo conserve, exigiendo a las autoridades a realizar proyectos en favor del patrimonio.

El primer corredor se propone en la avenida Morelos, entre las calles Mariano Abasolo y Lic. Ignacio L. Rayón, mismo que tendrá un giro cultural, ya que en esa calle se aprecian este tipo de actividades, empezando por el Parque Revolución en el terreno que antes ocupaba la huerta del convento, entre las calles Mariano Abasolo y maestro Jorge Cazárez Campos, conviviendo con el Instituto del Deporte de Morelos, y un Jardín de Niños. Cabe destacar que también es necesario plantear la revitalización del parque, ya que se ve un marcado abandono del mismo. En la siguiente cuadra, que corresponde al terreno del convento, encontramos una escuela de Teatro, Danza y Música de la UAEM, colindando con el atrio, y del lado de Netzahualcóyotl está el Museo Robert Brady. A contra esquina, cruzando av. Morelos, se encuentra el Centro Morelense de las Artes y el Museo de la Ciudad de Cuernavaca. En la siguiente cuadra se localiza el Centro Cultural Jardín Borda, la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, el Museo de Arte Indígena Contemporáneo y el Centro de Arte y Cultura Casa Cuauhnáhuac, y frente al Museo de Arte Indígena Contemporáneo, encontramos el Cine Morelos. Como se puede ver, el propio espacio ha dictado el uso de los inmuebles por lo que se verían fuertemente beneficiados si se restringiera el acceso vehicular, dejándolo únicamente para llevar piezas y materiales de exposición a horas señaladas, y considerando que el uso habitacional en la zona es nulo en este tramo, no se verían afectados los residentes (Ver figura 45). De la figuras 46 a 52 es un recorrido fotográfico actual del corredor, de sur a norte.

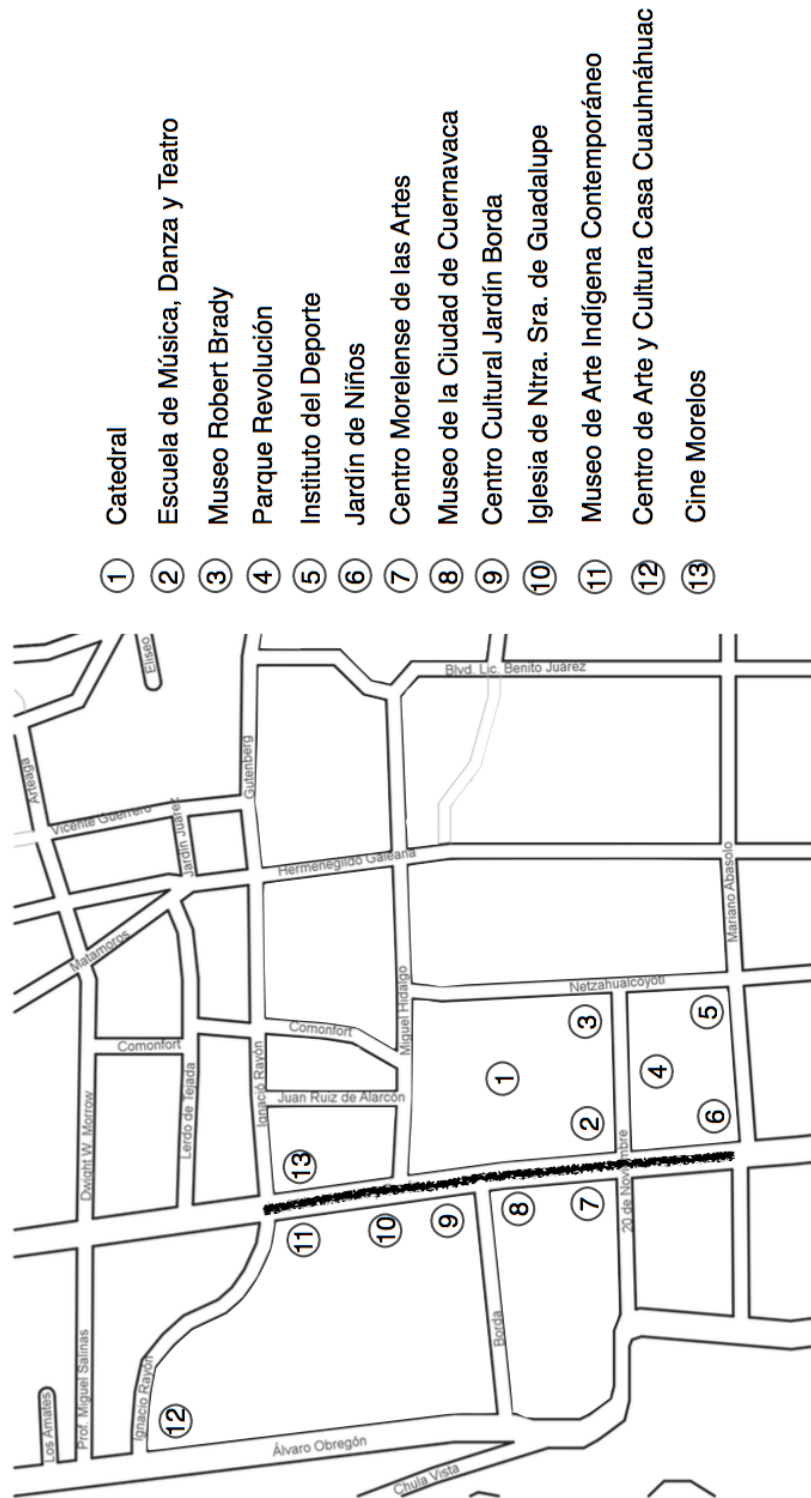


Fig. 43 Corredor Av. Morelos.



Fig. 46 Esquina de Mariano Abasolo y Av. Morelos. Tomada por la autora.

Fig. 45 Entrada al parque Revolución. Tomada por la autora.



Fig. 44 Vista de la avenida Morelos. Tomada por la autora.

Fig. 48 Centro Morelense de las Artes y Museo de la Ciudad de Cuernavaca. Tomada por la autora.



Fig. 47 Vista de la av. Morelos a la altura de la iglesia de Guadalupe. Tomada por la autora.

Fig. 49 Vista de iglesia de Guadalupe. Tomada por la autora.





Fig. 50 Vista de la capilla de la tercera orden desde el jardín Borda. Tomada por la autora.

En el caso de los vehículos se propone desviarlos para salir por la av. Álvaro Obregón, atrás del Jardín Borda, lo que obligaría a cambiar el sentido de la calle, o bajar unas cuadas para poder salir del área. En el caso de los inmuebles históricos de este tramo ya han sido intervenidos en fechas cercanas, por lo que la intervención en el espacio sería mínima y garantizaría una protección al patrimonio.

La calle Miguel Hidalgo, que une la catedral con el Palacio de Cortés, desde la av. Morelos hasta el bulevar Lic. Benito Juárez, tendría un uso más recreativo, ya que desde hace tiempo en esta zona se encuentran diversos restaurantes, hoteles boutiques y, en la plazuela del Zacate, bares que mantienen activa la zona por las noches. El Museo Morelense de Arte Popular se localiza en la esquina de Netzahualcóyotl, junto a la Secretaría de Cultura, y frente a éste, un Taller de Artes (Ver figura 53). En el caso de este corredor, el cierre permanente de la calle sería más difícil ya que aquí encontramos casa-habitación, por lo que se propone, igual que el corredor anterior, un control que permita el acceso sólo a residentes, preferentemente a horas concretas. De la figura 54 a la 59 se hace un recorrido fotográfico actual del corredor de oeste a este, mientras que las figura 60 muestra la calle de 20 de noviembre, y las figuras 61 y 62 son fotografías de la calle Netzahualcoyotl.



Fig. 52 Esquina de avenida Morelos y Miguel Hidalgo. Tomada por la autora.

Fig. 54 Vista de la capilla del Carmen. Tomada por la autora.



Fig. 53 Plaza comercial frente al conjunto conventual. Tomada por la autora.

Fig. 55 Vista de la calle Miguel Hidalgo. Tomada por la autora.



Fig. 56 Escuela primaria aledaña al convento. Tomada por la autora.

Fig. 57 Corredor de la plaza del Zacate. Tomada por la autora.





Fig. 58 Vistas de la calle Netzahualcóyotl. Tomada por la autora.

Fig. 59 Escuela de música, danza y teatro. Tomada por la autora.



Fig. 60 Calle 20 de Noviembre. Tomada por la autora.

La arquitectura es como la cascara del nautilo de la especie humana; es el entorno que construimos para nosotros mismos y que, a medida que vamos adquiriendo experiencia y conocimientos, cambiamos y adaptamos a nuestro nuevo ámbito expandido. Si queremos conservar nuestra identidad, debemos tener la precaución de no eliminar la cáscara de nuestro pasado, ya que es como la crónica física de nuestras aspiraciones y nuestros logros.

Leland Roth.

Conclusiones

Para poder estudiar un monumento perteneciente a nuestro pasado es fundamental empaparnos de su historia y entender el pensamiento, momento histórico y las características de los personajes que le dieron forma, por lo que en este trabajo se buscó un conocimiento más amplio y razonado de un elemento arquitectónico en particular con lo que se podrá llegar a comprender por completo el mensaje que pretende transmitir. Aunque se entiende que el propósito de la restauración de un monumento es la de preservarlo y evitar su deterioro, existen muchas formas de abordar el mismo problema, sin embargo, todas parten del mismo punto, la investigación histórica del edificio, visitas de campo, análisis de la forma, ubicación geográfica y su entorno, ya que sin ellas se trabaja con especulaciones, corriendo el riesgo de malinterpretar el contexto histórico del mismo, lo que podría ocasionar un deterioro de la forma, difícil de subsanar en el futuro.

En las páginas anteriores se muestra un análisis histórico del convento de la Asunción, en Cuernavaca, en el cual se llegó mucho más allá en la investigación sobre la construcción del

propio monumento, ya que, como se pudo ver, los movimientos intelectuales, anteriores al convento definieron en mucho la forma y hasta la función del mismo, dando respuesta a la pregunta inicial de por qué fue construido de la manera en que lo hicieron, en el emplazamiento e incluso en el momento en que fue hecho, teniendo una serie casi infinita de variables que quizá pudieron haber sido más favorables y con un resultado muy distinto.

Roth (1999) apunta que “A diferencia de otras criaturas que construyen, el ser humano piensa mientras construye, razón por la cual la edificación humana es un acto consciente, un acto que engloba innumerables decisiones y alternativas” (p.4). Tomando esto como pauta, y después de haber leído el primer capítulo, se puede decir que fue gracias al pensamiento humanista reinante en Europa, a las constantes ideas de cambio eclesiásticas, así como al poder y visión de hombres de gran importancia, como lo fueron Ximénez de Cisneros, Gerónimo de Mendieta, Motolinía o Bernardino de Sahagún, entre otros, que la conquista y evangelización de México, dieron pauta para la construcción de un país que lograra fusionar dos culturas tan distintas como lo fueron la mesoamericana y la europea, desarrollando una arquitectura que llegó a ser admirada en el viejo mundo, mostrado en la traza de la ciudad de México, los conjuntos conventuales, así como los palacios novohispanos.

Con el análisis de las trazas, pueden entenderse las distintas formas en que se fueron desarrollando las ciudades dentro del territorio, aprovechando en muchos casos como en Cuernavaca, la traza prehispánica existente, pues esto resolvía tres problemas para los españoles: el primero la superioridad simbólica al desplantar las nuevas construcciones sobre los basamentos prehispánicos, el segundo evitar que las ruinas de estos basamentos se convirtieran en sitios de adoración; y como tercer punto resolvían los problemas para desplantar sus construcciones en suelos desconocidos, ya que usaban las pirámides como cimentación. Gracias al análisis de los antecedentes prehispánicos del sitio, así como su papel durante la conquista española, se entendió la importancia que tuvo Cuauhnáhuac para Cortés, y el porqué de la formación del Marquesado del Valle, lo que en un futuro afianzará su importancia para la conformación del país. Debido a lo accidentado del terreno en Cuernavaca, no se tenían muchas opciones para el trazo de la ciudad, por lo que se aprovechó el ya existente, que se había demostrado que resultaba funcional, manteniéndolo hasta la fecha con muy pocas modificaciones.

Con el análisis conventual descubrimos cuál fue la razón para la creación de los cenobios, cómo estaban constituidos y cómo fueron evolucionando en la historia, llegando al programa arquitectónico de Sankt-Gallen, conocido como el primer antecedente de los conventos coloniales. Se estudiaron los problemas que debieron enfrentar los primeros franciscanos para la conformación de un plan que ayudara a evangelizar una región sumamente extensa con tan sólo doce personas, dando forma con esto a una nación. Al analizar los elementos que conforman un convento colonial, se entiende que para su construcción se privilegió el uso como creador de la forma, buscando economizar tiempo y materiales en un principio, para después permitirse derroches de ingenio en el diseño de los conventos definitivos. Para el caso del convento de la Asunción, se vio una marcada semejanza con sus coetáneos, como Huejotzingo, asumiendo las características dictadas por su contexto.

Con un análisis de los cambios en teorías de restauración, se pudo entender más a fondo cómo ha sido la evolución en el entendimiento del patrimonio, desde la adopción del término monumento, pasando por el idealismo de Viollet-le-Duc, el romanticismo fatalista de Ruskin, así como el espíritu conciliador de Boito, quienes dieron forma de alguna manera a las reglamentaciones aún existentes en materia de patrimonio, hasta la creación de instituciones encargadas de restaurar y vigilar su conservación. Estudiando los cambios y restauraciones en el propio edificio, se logró entender el por qué algunos de sus elementos originales han permanecido hasta la fecha, mientras que otros fueron eliminados quizá por caprichos de la época o los cambio históricos.

Para poder entender las razones para la adecuación realizada en 1957 se tuvo que tomar en cuenta las características de quien efectuó la restauración, el obispo Sergio Méndez Arceo, así como su relación con importantes personajes como Ivan Illich y Erich Fromm, o el arquitecto fray Gabriel Chávez de la Mora que buscaban el regreso a la iglesia primitiva y la eliminación de elementos que distrajeran de lo importante para el catolicismo, la comunión con Dios. A lo anterior, se agregó su vínculo con los movimientos de modernización de la liturgia iniciados en Bélgica y Francia, así como los ocurridos en la plástica moderna, encabezados por la Bauhaus, lo que tuvo una fuerte repercusión en artistas y arquitectos mexicanos que supieron dar forma a este pensamiento. Con esto se dio paso a la adecuación litúrgica de la catedral de Cuernavaca, siguiendo como pautas la preservación del patrimonio, la modernización litúrgica y la orientación a la piedad.

Después de este análisis se puede entender que existen elementos criticables de esta restauración en particular, como que al llevar a cabo el proyecto pareciera que sólo se tomó en cuenta el momento en que se construyó el conjunto conventual, y no los cambios posteriores de los que fue objeto, así como la perforación de muros para incluir otros elementos necesarios según su criterio, sin considerar uno de los puntos fundamentales de la restauración: la posibilidad de retirar cualquier agregado en un futuro. Muchos de estos puntos pudieron haberse resuelto de manera más favorable o hubieran sido más pertinentes en un edificio que no contara con una carga histórica y cultural tan grande, cosa que podría ser excusable si se toma en cuenta la falta de documentos que restringieran las acciones de restauración y adecuación del patrimonio. En definitiva, jamás se podrá decir que fue hecho al vapor, responde de manera íntegra a las exigencias del momento, teniendo muchos elementos en común con el pensamiento que dio forma a la orden franciscana. Esta adecuación marcó la pauta para construcciones religiosas posteriores.

El proyecto propuesto responde a una necesidad que no ha sido considerada hasta el momento y que beneficiaría al mantenimiento del patrimonio.

De todo esto se puede recoger que así como se hizo en este ejemplo concreto de la arquitectura colonial, la base de la restauración siempre deberá ser el análisis histórico. Roth (1999) escribió que “La arquitectura es un modo de comunicación no verbal, una crónica muda de la cultura que la produjo” (p.3), por lo tanto, para poder realizar una restauración pensada, se debe recurrir a la fuente, la historia del monumento y su entorno, el pensamiento que lo ideó, el momento histórico que le dio forma y la evolución social que lo fue transformando. Se debe entender que la arquitectura es una ciencia por demás compleja, que no se limita a las técnicas apropiadas para la construcción. La arquitectura es arte, cultura, historia, es un diálogo constante entre pasado y futuro, por lo tanto, antes de plantear una restauración se debe entender este diálogo y mantenerlo; entender que el hombre, como dice Octavio Paz, NO ESTÁ EN LA HISTORIA, ES HISTORIA.

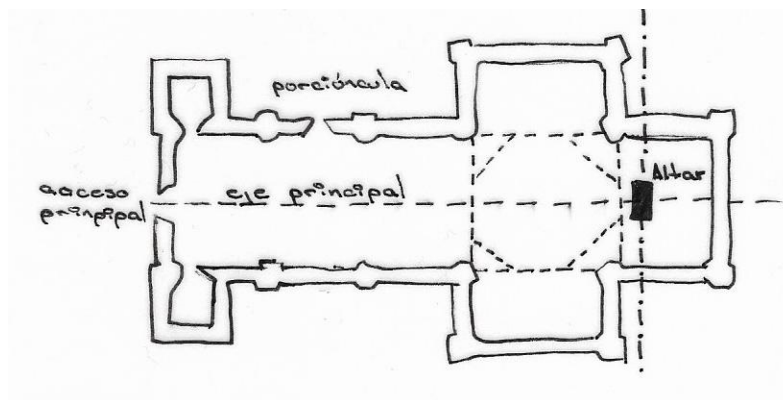
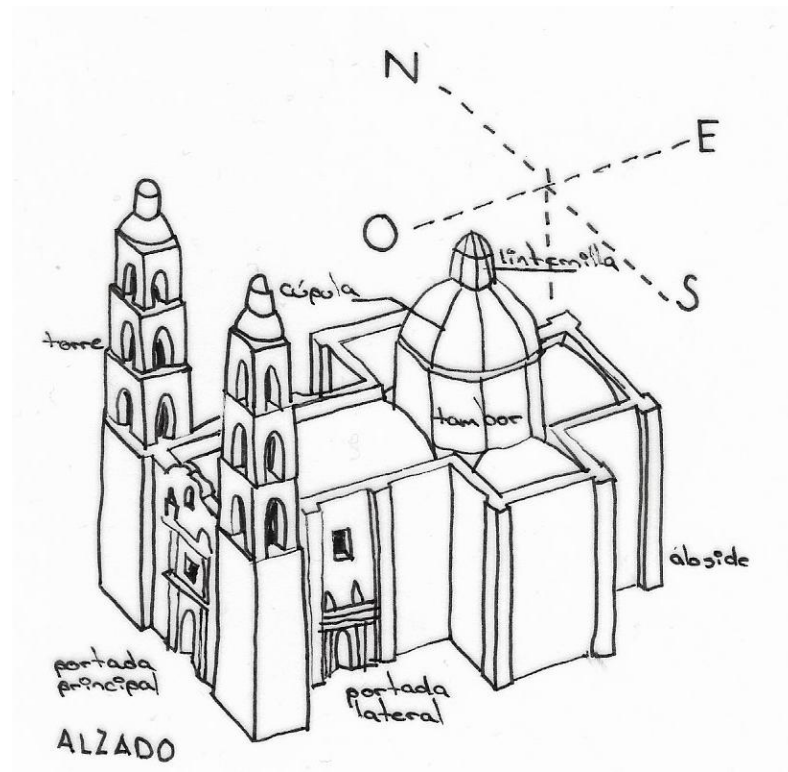
Bibliografía

- Aliaga Vera, S. A., 2002. *Templo y Convento de Cuernavaca, Morelos*. México: el autor.
- Anon., 1994. *Conventos Coloniales de Morelos*. México: Instituto de Cultura de Morelos, Grupo Financiero GBM Atlántico, Porrúa.
- Arocena, F. M., 2006. *Altar cristiano*. Barcelona: Centro Pastoral Litúrgico.
- Artigas, J. B., 2011. *México: arquitectura del siglo XVI*. México: Taurus.
- Assadourián, C. S., n.d. Memoriales de fray Gerónimo de Mendieta. *Historia Mexicana*, XXXVII(3).
- Bataillon, M., 1982. *Erasmus y España: estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baudot, G., 1983. *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid: ESPASA.
- Baudot, G., 1990. *La pugna franciscana por México*. México: CONACULTA.
- Benavente, T. d., 2007. *Historia de los indios de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Brading, D., 1991. *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Capitel, A., 1988. *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*. Madrid: Alianza Forma.
- Chafón Olmos, C., 2001. El plano de Sankt Gallen. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, XXIII(78).
- Choay, F., 2007. *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gili.
- Cirlot, J. E., 2013. *Diccionario de símbolos*. Madrid: Siruela.
- Cortés Rocha, X., 2007. *El clasicismo en la arquitectura mexicana 1524-1784*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Díaz Arellano, G. & Esponisa Dorantes, E., 2017. *Mathías Goeritz. educación visual y obra*. México: UAM.
- Díaz del Castillo, B., 2013. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Díaz-Berrio Fernández, S., 2012. *Comentarios a la Carta Internacional de Venecia*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Dubernard Chauveau, J., 1991. *Códices de Cuernavaca y unos títulos de sus pueblos*. México: Gobierno del estado de Morelos, Miguel Ángel Porrúa.

- Espino Amendáriz, S., 2015. Vnadalimos embellecedor. El reacondicionamiento de la Catedral de Cuernavaca. *Quiroga Revista de Patrimonio Iberoamericano*, Issue 7, pp. 10-21.
- Florescano, E., 1987. *Memoria mexicana*. México: editorial Joaquín Mortiz.
- Fontana Calvo, M. C., 2010. *Las pinturas murales del antiguo convento franciscano de Cuernavaca*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Frost, E. C., 1988. ¿Milenarismo mitigado o imaginado?. In: *Memorias del Simposi de Historiografía mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Frost, E. C., 2002. *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*. México: Tusquets.
- Gante, P. C., 1954. *La arquitectura en México en el siglo XVI*. México: Porrúa.
- Garrido Aranda, A., 1980. *Moriscos e indios. Precedentes hispánicos de la evangelización en México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Gibson, C., 2007. *Los aztecas bajo el dominio español. 1519-1810*. México: Siglo XXI.
- Gómez de Orozco, F., 1943. *El convento franciscano de Cuernavaca: Monografía histórica*. México: Centro de estudios franciscanos.
- González Claveran, J., ed., 1998. *Las plazas del centro de Cuernavaca: plazas, plazuelas y jardines*. México: Universidad del Estado de Morelos.
- González, L., 1996. *Jerónimo de Mendieta. Vida, pasión y mensaje de un indigenista apocalíptico*. México: Colegio de Michoacán.
- Hernández Chávez, A., 2011. *Morelos. Historia breve*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hesse, H., 2013. *San Francisco de Asís*. Buenos Aires: EDHASA.
- Islas García, L., 1967. *Los murales de la Catedral de Cuernavaca. Afrente de México y Oriente*. México: La esfera.
- Krauze, E., 2005. *La presencia del pasado*. México: Tusquets.
- Kubler, G., 1983. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lafaye, J., 2002. *Quetzalcoatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional en México*. México: Fondo de Cultura Económica .
- León-Portilla, M., ed., 1985. *Historia de México*. México: Salvat.
- León-Portilla, M., 1999. *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*. México: UNAM, El Colegio Nacional.
- Mangiano Tazzer, A., 1991. *La restauración arquitectónica: retrospectiva histórica en México*. México: Trillas.
- Martínez Baracs, A., 2011. *Repertorio de Cuernavaca*. México: Clío.
- Martínez, J. L., 1980. Gerónimo de Mendieta. In: *Estudios de Cultura Náhuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Martínez, J. L., 1990. *Hernán Cortés*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meli, R., 2011. *Los conventos mexicanos del siglo XVI: construcción, ingeniería estructural y conservación*. México: UNAM, Instituto de Ingeniería, Miguel Ángel Porrúa.
- Mendieta, f. G. d., 2002. *Historia eclesiástica indiana*. México: CONACULTA.
- Miranda, J., 1972. El erasmista mexicano fray Alonso Cabello. In: S. Setentas, ed. *Vida colonial y albores de la independencia*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Nettel, P., 2010. *La utopía franciscana en la Nueva España*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Noelle, L., 1963. Arquitectura religiosa contemporánea en México. Nuevas expresiones. *Novedades*.
- O'Gorman, E., 1972. *Cuatro historiadores de Indias*. Colección Sep Setentas ed. México: Secretaría de Educación Pública.
- Phelan, J., 1972. *El reino milenar de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Quiroz Rothe, H., ed., 2008. *Rescate y aprovechamiento del patrimonio urbano*. México: UNAM, Facultad de Arquitectura.
- Ramírez Badillo, F., 2001. *Una sacra travesía. La catedral de Cuernavaca*. México: Universidad La Salle Morelos.
- Ricard, R., 2010. *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523 a 1572*. México: Fondo de Cultura Económica., Rubial, A., 1997. Estudio preliminar. Fray Gerónimo de Mendieta: tiempop, vida, obra y pensamiento. In: C. C. d. México, ed. *Historia eclesiástica indiana*. México: CONACULTA.
- Rubial, A., 2001. *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Sánchez Santoveña, M., 2001. *De conservación y restauración: arquitectura, ciudad y paisaje*. México: UNAM, ENAP, Centro de Extensión Taxco.
- Toussaint Shneider, A., 2003. *Conventos en Morelos*. México: Fideicomiso de Turismo Morelos.
- Valadés, f. D., 2003. *Retórica Cristiana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Von Mentz, B., 2008. *Cuauhnáhuac 1450-1675: Su historia indígena y documentos en "mexicano". Cambio y continuidad de una cultura nahua..* México: Miguel Ángel Porrúa.
- Weber, M., 2013. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Alianza editorial.

Glosario de términos



- **Ábside-** Parte posterior de los templos, extremidad semicircular abovedada en forma de concha donde se encuentra el altar mayor. Se denominaba también cabecera, o sea, parte extrema de la nave más allá del santuario, que en el plano corresponde a la parte superior de la cruz.
- **Adobe-** Ladrillo o tabique de barro o tierra, sin cocer, secado al sol. En algunos edificios se usa como elemento mixto de construcción y aparece combinado con sillares de piedra y tabique recocado.
- **Altar-Mesa** para la celebración litúrgica de la misa. El altar principal de una iglesia se localiza en el presbiterio. Pueden existir varios altares secundarios al pie de los retablos, o encontrarse aislados en el interior del templo.
- **Arco-** Elemento arquitectónico de trazo muy variado, a base de porciones de círculo, utilizando comúnmente en cerramientos de puertas y ventanas o para recibir techumbres. También aparece aislado como aplicación ornamental.
- **Arco triunfal-** Arco de grandes proporciones que aparece entre la nave y el presbiterio del templo. Su objetido es resaltar el espacio correspondiente a las celebraciones litúrgicas. En México es característico de la arquitectura eclesiástica del siglo XVI.
- **Baldaquino-** Estructura que soporta un techo o cubierta, que se coloca sobre el altar, apoyada sobre columnas, pilastras u otros elementos arquitectónicos. Su característica consiste en que el espacio que cubre aloja a la mesa del altar y al oficiante.
- **Bautisterio-** Sitio o espacio destinado a la administración del bautismo. Puede localizarse en el interior de la nave o bien formando un edificio independiente. En México, generalmente se encuentra en el cubo de las torres, o cerca de la entrada principal del templo.
- **Bóveda-** Techumbre de forma arqueada, que sirve para cubrir un espacio. Sus trazos son muy variados.
- **Bóveda de arista.** Es la formada por la intersección de dos semicilindros. Esta bóveda, generalmente cubre un área o un espacio cuadrado.
- **Bóveda de cañón-** es aquella que tiene la forma de un medio cilindro hueco.
- **Bóveda de lunetos-** es la formada por la intersección de dos semicilindros, uno mayor que otro. Esta bóveda generalmente cubre un área o espacio rectangular.
- **Ciprés-** Se refiere a una especie de baldaquino o tribuna que forma parte del altar mayor de catedrales o iglesias. Sustentado por columnas y formado por uno o dos cuerpos

tiene por lo general rematado por una cúpula y suele contener en su interior la imagen titular de dichos templos.

- **Contrafuertes-** Construcción maciza que aumenta la resistencia de los muros y contrarresta el empuje de las bóvedas y techumbres. Generalmente está adosado, pero puede aparecer aislado y recibiendo esfuerzos a través de arcos.
- **Crucero-** Espacio o tramo de la iglesia que intersecta la nave mayor para formar una cruz. En los templos de tres o más naves, el espacio del crucero se aprecia mejor en elevación. Normalmente, la cúpula principal se levanta en el crucero.
- **Cúpula-** Bóveda de forma semiesférica de planta circular, elíptica o poligonal. La cúpula en su forma más sencilla, se levanta directamente sobre arcos o muros. En la mayoría de los casos, la cúpula se construye sobre un cuerpo vertical con ventanas, llamado tambor. Es usual coronar la cúpula con una linternilla, la que se compone a su vez, de un tramo vertical, que normalmente lleva pequeñas ventanas y un remate o bovedilla de diseño variado.
- **Extradós-** Superficie exterior y convexa de un arco o de una bóveda.
- **Frontón-** Coronamiento de un edificio, que representa la parte del frente de las techumbres en los templos de la antigüedad. La forman dos porciones de cornisa inclinada o una porción circular que se une en sus extremidades con la cornisa del entablamiento. Se utiliza como remate de fachadas, portadas, retablos, puertas y ventanas, etc.
- **Linternilla-** Cuerpo de coronamiento, en forma de torrecilla con ventanas, que sirve para iluminar, adornar y rematar cúpulas, torres y bóvedas.
- **Nave-** Espacio interior del templo, destinado a contener a los fieles. Está delimitado por muros laterales o filas de arcadas. Las naves pueden ser una o varias; normalmente en número impar; sus ejes siguen el sentido longitudinal del templo.
- **Nicho-** Cavidad o hueco destinado a recibir esculturas, u otros elementos decorativos.
- **Neoclacismo-** Surgió en el siglo XVIII para denominar al movimiento estético que venía a reflejar en las artes los principios intelectuales de la Ilustración, que desde mediados del siglo XVIII se venían produciendo en la filosofía y que consecuentemente se habían transmitido a todos los ámbitos de la cultura.
- **Pilastra-** Soporte arquitectónico de sección cuadrada o poligonal, adosada a un muro.

- **Portería-** Espacio o área cubierta usualmente con arcos que a manera de vestíbulo antecede y sirve de acceso a los conventos o edificios. Generalmente se abre al atrio, en forma de pórtico y suele contener algunos elementos de importancia.
- **Plateresco-** Estilo esencialmente decorativo muy propio del siglo XVI, en el que se entremezclan formas góticas, renacentistas y mudéjares con un alto sentido de riqueza y gran finura, como lo indica su nombre.
- **Presbiterio-** Área o espacio destinado a las ceremonias del culto cuyo elemento principal lo constituye la mesa del altar mayor. Generalmente se ubica al fondo o hacia el centro del templo y se coloca a un nivel diferente de la nave.
- **Púlpito.** Tribuna donde se coloca el predicador para ser mejor visto y escuchado. Generalmente se encuentra en un punto elevado sobre el piso de la nave.
- **Refectorio-** Sala en conventos, monasterios y ciertos colegios que se utiliza como comedor común.
- **Remate.** Motivo ornamental o simbólico con que se termina o concluye una construcción o parte de ella-
- **Retablo-** Estructura arquitectónica, generalmente de madera dorada. Usualmente se combina con pintura y escultura, a fin de decorar, embellecer y destacar los muros del templo que sirven de fondo a la mesa del altar. Los retablos cumplen una amplia función estético-psicológica y didáctica.
- **Sacristía-** Construcción anexa al templo, destinada a conservar los objetos necesarios para el culto y donde el sacerdote se reviste con los ornamentos sagrados.
- **Sala de profundis-** Sala de los antiguos edificios conventuales que era utilizada para celebrar las asambleas de los frailes que habitaban dicho convento. Generalmente, se ubicaba en el ala poniente del claustro bajo. Contaba con un banco corrido de mampostería adosado a los muros, que servía como asiento a los religiosos.
- **Sotocoro-** Espacio o sitio de los templos, ubicado debajo del coro.
- **Tambor-** Muro con ventanas, circular, elíptico o poligonal, que sirve de base a una cúpula y se encuentra apoyado sobre los arcos torales.
- **Trasdós-** Designa el plano superior externo convexo de un arco o bóveda. A veces se denomina extradós. También designa el lomo de una dovela, que suele estar oculta por estar dentro de la construcción.

- Vano- Abertura o hueco que se practica en muros, bóvedas o cúpulas. etc., cuando sirven para iluminación y ventilación son ventanas, cuando comunican espacios o recintos son puertas.
- Zapatas- Tipo de cimentación superficial, que puede ser aislada o corrida, que puede es empleada en terrenos razonablemente homogéneos y de resistencias a compresión medias o altas. Consisten en un ancho prisma de concreto situado bajo los pilares de la estructura. Su función es transmitir al terreno las tensiones a que está sometida el resto de la estructura y anclarla.

Curriculum Vitae

Angélica Contreras López. Arquitecta por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Ha participado en seminarios como el Seminario de Urbanismo Internacional en Cartagena de Indias y el Conversatorio sobre Ciudades Sostenibles en la Universidad Simón Bolívar, en Barranquilla, Colombia, con la ponencia “Residencias Universitarias en el barrio del Prado” en el año 2011. Participó, en el 2013, en el Seminario Internacional “Paisajes Urbanos, Alamedas, Jardines e Itinerarios Culturales, con la ponencia “La construcción del paisaje en un Pueblo Mágico: Macondo”. Colaboró en un cartel de investigación titulado “La historiografía de la orden franciscana a través de sus crónicas de la Nueva España” presentado en la exposición de trabajos de la Escuela de Diseño de la Universidad Anáhuac México Sur.